
Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

Belén en familia

Las comunidades religiosas que conozco preparan generalmente el belén (o los belenes) el mismo 24 de diciembre o pocos días antes, con el fin de no mezclar el tiempo de Adviento con el tiempo de Navidad. Pero la preparación del belén puede también convertirse en una forma muy buena de preparar la Navidad durante el tiempo de Adviento.

Hay muchas parroquias donde uno o varios feligreses montan un gran belén durante varias semanas, y el resto de parroquianos, a medida que el belén se va haciendo, ven cómo el día de Navidad se va acercando. Pero esto se puede observar sobre todo en las familias que se toman muy en serio el belén.

Estas familias, cuando llega el día de la Inmaculada, y a veces antes, ya empiezan a pensar cómo va a ser el belén de este año y dónde lo van a poner. Todos aportan sus ideas y al final se llega a un acuerdo. El fin de semana salen al campo y cogen las cortezas, musgos, ramas, piedras, y demás elementos que serán

necesarios para montarlo. También van a alguna tienda para comprar nuevas figuritas: un rebaño de ovejas con su pastor, una pata con sus patitos, un pozo, etc.

Y comienza el montaje del belén. Todos los días quedan por la tarde para hacerlo. Cada uno se ocupa de una cosa. No son pocas las pequeñas discusiones que surgen sobre si este angelito hay que situarlo más alto o más bajo, o sobre dónde colocar al pastor que está dormido. Pero la ilusión de hacer todos juntos el belén hace que todo se desarrolle en un ambiente cálido y distendido.

Y así, a medida que se acerca la Navidad, la familia va montando poco a poco el belén. Cuando ya lo han acabado, dejan el portal sin las figuritas del «Misterio», es decir, sin la Sagrada Familia, pues aún están de viaje desde Galilea. «¡Qué emoción! ¿Cómo les irá por el camino?», le pregunta la más pequeña de la casa a su padre...

La familia que hace el belén con esmero se siente partícipe de la llegada del Hijo de Dios al mundo. De hecho, le han preparado una parte de su casa para que pueda nacer a gusto. Y así, sin darse cuenta, le han preparado también un lugar para que nazca en su corazón, que es de lo que se trata la Navidad y es a lo que nos prepara el Adviento.

Llegada la Noche Buena, los miembros de la casa, junto con los abuelos y otros familiares, se reúnen en torno al belén para poner solemnemente el «Misterio», además de los ángeles y los pastores que han ido a adorar al Niño. Y así, en familia, ellos también le adoran rezando el Tercer Misterio Gozoso y cantando varios

villancicos. Acto seguido van a celebrarlo con una buena y succulenta cena preparada en partes: unos han hecho los entrantes, otros el primer plato, otros el segundo, y los abuelos se han encargado de traer muchos turrones, mazapanes y polvorones.

Tras la cena, van todos a la parroquia, a la Misa del Gallo, para celebrar con los parroquianos este gran acontecimiento. La Misa les encanta a los niños, porque todos los cantos (que son muchos) son villancicos que todos cantan a pleno pulmón, tocando panderetas, zambombas o cascabeles. Y después el párroco invita a tomar algo caliente a los salones parroquiales.

Y, así, la Navidad transcurre en torno al belén. A veces se cambian algunas piezas, porque, como es lógico, las ovejas y los patitos no pueden estar quietos... Y a medida que se acerca el día de los Reyes Magos, sus figuritas se van acercando al portal. Y los niños no caben de emoción porque saben que también vendrán a su casa. «¿Qué me traerán este año los Reyes?», se preguntan...

Y, tras las vacaciones navideñas, llega el momento de volver al colegio y, con él, el de recoger el belén. Da mucha pena, pero sabemos que algún día, esperemos que muy pronto, Jesús volverá para establecer definitivamente su Reino de amor y paz. Pero eso ya no lo celebraremos en Noche Buena, sino en el gran Banquete Celestial, al que todos estamos invitados a participar.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)

ESTUDIOS

Los sentimientos de Jesús

LOS SENTIMIENTOS HUMANOS

Los sentimientos son estados de ánimo de larga duración que van del placer al dolor. Son impulsos de la sensibilidad hacia aquello que se siente. El sentimiento es la capacidad de reacción de una persona ante los estímulos que provienen del medio externo o interno, es la susceptibilidad que el ser humano experimenta ante determinadas alteraciones. En definitiva es el amor que el ser humano brinda a alguien, o el odio que sale del interior y se clava en su adversario.

Los sentimientos suelen agruparse de la siguiente forma:

- *Ante un bien*: amor (simpatía, estima, admiración), deseo, gozo.
- *Ante un mal*: odio (antipatía, repugnancia, fastidio), aversión (huída), tristeza.
- *Ante un bien difícil de alcanzar*: esperanza, desesperación.
- *Ante un mal difícil de superar*: temor, audacia, ira.

Los sentimientos son estados de ánimo que corresponden a la afectividad. En buena parte son instintivos, de larga duración y corta intensidad. Las emociones son también estados de ánimo, pero de mucha intensidad y corta duración.

Los sentimientos son buenos cuando se dirigen a obrar el bien; son malos cuando invitan al mal. El hombre debe guiarse, no tanto por sus sentimientos sino por su inteligencia que es la facultad que muestra el verdadero bien. Cuando la inteligencia dirige los sentimientos, unas veces frena, pero otras empuja y fomenta los afectos.

La inteligencia debe guiar a la persona hasta adquirir los mismos sentimientos de Cristo, perfecto hombre. Los sentimientos del hombre mejoran a base de realizar y repetir buenas acciones. En este sentido, es posible cambiar un sentimiento de odio en amor; de ira en bondad; de desesperanza en esperanza firme. Es fundamental convencerse de que es bueno querer a todos; que olvidar los desaires o errores de los demás es beneficioso; que recordar aspectos buenos de una persona genera sentimientos de estima.

RASGOS DE LOS SENTIMIENTOS DE JESÚS

El primer elemento que emerge en todos los evangelios es la extraordinaria conciencia que Jesús tiene de sí mismo y de su misión. Jesús se pone como cumplimiento y superación de la antigua Ley de Moisés. Nadie, antes de Jesús, se dirigió con confianza y familiaridad hacia Dios llamándole «*Abbá*», término arameo que significa «papá». Es un término que los niños hebreos empleaban para llamar a sus padres en la intimidad familiar. Jesús demuestra tener con el Padre Celeste una relación tiernamente filial y, por tanto, lo llama con el apelativo de *Abbá*.

El segundo elemento es el comportamiento y la entrega de Jesús que revela un anhelo profundo: llevar a cabo su misión, descubrir a un Dios-Padre, implicar a todos sus discípulos, que son destinatarios privilegiados de su amor: «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os he amado; en esto conocerán que sois discípulos míos, si tenéis amor los unos por los otros» (Jn 13,34-35). Jesús desborda cariño ante la gente y siente verdadera pasión en consolar a los tristes, pecadores y marginados de la sociedad. Meditemos en los rasgos de Jesús:

Veneración por su Padre Dios: «Conviene que el mundo conozca que amo al Padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así lo hago» (Jn 14,31).

Cercanía con sus discípulos: llama a sus discípulos «amigos», no «siervos» (Lc 12,4); desea compartir con ellos la comida pascual (cf. Lc 22,15; 22,28-30); su amor es absoluto (cf. Jn 13,1-34); uno de sus discípulos es el «discípulo amado» (cf. Jn 13,23); desea ser comunidad con ellos (cf. Jn 14,3-18; 16,22).

Compasión: ante la multitud hambrienta y desorientada (cf. Mt 9,36; 14,14; 15,32; Mc 6,34; 8,2); ante los enfermos y ciegos (cf. Mt 20,34); ante la madre que acaba de perder a su hijo (cf. Lc 7,13).

Acogida cariñosa, llena de ternura: ante los niños (cf. Mt 18,1-7; 19,13; Mc 9,36; 10,14-16). Muestra su alegría porque Dios se ha revelado a los pequeños (cf. Mt 11,25-30; Lc 10,21); y su acogida ante los pecadores (Mt 9,13).

Amor: ante el joven rico (cf. Mc 10,21).

Turbación: ante la traición de Judas (cf. Jn 13,21).

Amistad: ante Marta y María (cf. Lc 10,38-42).

Indignación: ante la hipocresía, el falso fariseísmo, el fingimiento y el engaño (cf. Mt 15,7; 23,13ss; Mc 3,5; Lc 11,37-52), ante los vendedores del templo (cf. Mt 21, 12-13; Mc 11,15-19; Lc 19,45-46; Jn 2,15-17); ante los que le exigen milagros (cf. Mt 16,4).

Cercanía y familiaridad: ante los «pecadores oficiales»: Zaqueo, los publicanos, la samaritana, la mujer sorprendida en adulterio (cf. Jn 4,7ss; Lc 19,5; Jn 8,1-11).

Tristeza: ante las lágrimas de María (cf. Jn 11,33); ante el trágico futuro de Jerusalén (cf. Lc 19,41); ante la inminencia de su muerte, que también le produce angustia (cf. Mt 26,37-38; Mc 14,33-34; Lc 22,44; Jn 12,27); ante Judas: «Amigo, ¿a qué vienes?» (Mt 26,50).

Respeto, humildad y admiración: ante Juan el Bautista (cf. Mt 11,11ss; Lc 7,28); ante los extranjeros que creen en él, como el centurión y la cananea (cf. Mt 8,10; 15,28; Lc 7,9).

Enfado: ante Pedro que le quiere apartar del plan de Dios (cf. Mt 17,23; Mc 8,32).

Perdón: ante el pecado (cf. Lc 7,47).

Reprensión: ante los discípulos que quieren castigar a los samaritanos (cf. Lc 9,54-55).

Sentimientos del buen pastor: ante la gente en general (cf. Jn 10,11-28).

Gratitud: ante las deferencias que tienen con él (cf. Jn 12,7-8; Lc 7,44-50).

Alegría: ante la fe de sus discípulos (cf. Jn 11,15).

Preocupación: por su madre y Juan, ante su muerte inmediata (cf. Jn 19,16-27).

JESÚS INSTRUYÓ A SUS SEGUIDORES SOBRE LOS SENTIMIENTOS QUE DEBÍAN ALIMENTAR Y MANIFESTAR

Por supuesto, y por encima de todo, Jesús instruye sobre el amor, que es la plenitud de la ley que él dijo que venía a dar y a cumplir. Es el mensaje central del evangelio de Mateo y también de Lucas. Las Bienaventuranzas no se pueden entender sin esos sentimientos de profundo afecto. Éstas están lejos de ser puras prescripciones legales que hay que cumplir: son actitudes íntimas, son sentimientos profundos ante el hermano.

Este amor va dirigido a Dios, a quien los discípulos deben ver como a su Padre, con plena confianza en la Providencia (cf. Mt 7,7ss), que evite que les invada el sentimiento del miedo (cf. Mt 8,26; 10,28; Lc 12,5ss). Del mismo modo, les exige que tengan plena confianza en él mismo (cf. Mt 9,22; 14,27), y que se alegren de estar junto a él (cf. Mt 9,15).

Los sentimientos que inculca Jesús se sustentan en los beneficios que nos ha traído nuestro Padre Dios a través de la entrega de su Hijo, manifestada en su vida, en su doctrina, en sus milagros y, sobre todo, en su pasión y muerte. La Resurrección de Jesús ha hecho posible actualizar y reactivar el perdón de Dios hacia nosotros, que hemos sido redimidos por la sangre de Cristo.

CONCLUSIÓN

Jesús de Nazaret, el Hijo del Hombre, experimentó la amplia gama de emociones humanas que van desde la alegría más íntima al dolor más profundo. Era una persona alegre y un ser con una clarividencia poco común. Era igualmente un «varón de dolores que conocía las aflicciones» (Is 53,3).

Vivió esta vida humana mediante el misterio de la misericordia, la compasión y el amor. Nos presentó un modelo de vida centrada en el amor a Dios-Padre y a los demás. Asumió del ser humano los sentimientos más nobles, más profundos, más cercanos. Estableció un ejemplo de vida para que nosotros la viviésemos en plenitud.

Sólo nos queda ser como él fue, tener los sentimientos que él tuvo, ofrecer nuestra vida en aras a un mundo mejor y a favor del hermano que nos rodea. El signo más elocuente no es otro sino el Amor.

MONS. JUAN JOSÉ LARRAÑETA, O.P.
Villava (España)

EL EQUIPO QUE HACEMOS **VIDA SOBRENATURAL** LES DESEAMOS DE TODO CORAZÓN UNA **FELIZ NAVIDAD** A TODOS USTEDES.

QUE EL NIÑO JESÚS NAZCA EN SUS FAMILIAS, EN SUS COMUNIDADES Y EN SU CORAZÓN.

Y QUE EN EL **AÑO 2011** PODAMOS SEGUIR CONSTRUYENDO EL REINO DE AMOR QUE EL SALVADOR PREDICÓ EN ESTA QUERIDA TIERRA.

Experiencia, conocimiento y compromiso: reflexión a partir de Oseas 2,16-19

Esta reflexión pretende ser una invitación a sumergirnos en las fuentes de la vida, es decir, en Dios; sus aguas son las aguas que pueden saciar la sed que Él mismo ha puesto en nosotros. El silencio que busca el contacto con esta fuente es una gran ayuda para acercarnos a Dios, aunque Él se hace presente en todo momento, también en el bullicio de nuestras actividades y deberes. No obstante, el silencio favorece de forma privilegiada la escucha.

Prácticamente todos los místicos coinciden en afirmar que para conocer a Dios hay que conocerse a sí mismo y viceversa. Santa Catalina de Siena insistía en ello hasta la saciedad, y decía que ambos conocimientos son inseparables, están íntimamente unidos, están engarzados. Cuando nos adentramos en nuestra historia y en nuestro ser, agarrados a la mano de Dios e iluminados por su mirada misericordiosa, llegamos a ser más conscientes de los momentos en que nuestros pies se han desviado para correr detrás de otros amores seductores como el tener, el poder, el placer y todas sus derivaciones. Un corazón despierto nos hace capaces de retornar a la fuente cada vez que, arras-

trados por un espejismo, nos alejamos de nuestro propio centro, que es Dios mismo.

Y ¿qué relación tiene esto con Oseas 2, 16-19? En ese pasaje Dios mismo habla, por boca del profeta, a su pueblo elegido, a su primogénito, diciendo así: Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón. Allí le daré sus viñas, el valle de Akor lo haré puerta de esperanza; y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto. Y sucederá aquel día –oráculo de Yahvé– que ella me llamará: «Marido mío», y no me llamará más: «Baal mío». Yo quitaré de su boca los nombres de los Baales, y no se mentarán más por su nombre.

Yahvé, a través del profeta, desarrolla una estrategia para que el pueblo de Israel vuelva a ser lo que era, porque va perdiendo su identidad entregándose a los dioses del momento: los Baales, los rivales más poderosos del Dios verdadero. El Dios de Oseas, en lugar de desinteresarse de la suerte de su pueblo o poner obstáculos para el encuentro o esperar a que el pueblo recapacite y vuelva, toma la iniciativa de seducirlo nuevamente. Esta expresión, seducir, evoca el carácter persuasivo opuesto al ejercicio de la violencia; Dios se muestra, pide ser acogido, pero no se impone. Para que esta seducción fuera posible, Dios hace pasar al pueblo nuevamente por la experiencia del desierto, como en tiempos de Moisés cuando lo liberó de la esclavitud de Egipto. El desierto está lejos del palacio y de las distracciones. Fue en el desierto donde los israelitas se abrieron al misterio de Dios. Seducir al pueblo es un largo proceso nada fácil. También en la larga

experiencia del Éxodo Israel se acordó de las cebollas de Egipto; la dureza de la travesía por el desierto hizo que se volviera atrás. Al carecer de una representación concreta de Dios, que pudiera ver, tocar, controlar, cayó en la idolatría. Pero estas experiencias de infidelidad no destruyeron los planes de Dios porque amaba profundamente a este pueblo y a toda costa quería salvarlo.

El pasaje del profeta Oseas que estamos comentando nos dice que Dios lleva al desierto a su pueblo para hablarle al corazón. El corazón en la Biblia es el centro espiritual de la persona, desde el que toman las decisiones; el corazón abarca la inteligencia y la voluntad del ser humano. El amor de Dios a su pueblo se expresa de forma concreta regalando viñas y el valle de Akor como puerta de esperanza. El nombre de Akor está ligado al suplicio de Akán (Jos 7, 24), quien, juntamente con sus hijos e hijas, fue apedreado por el pueblo en tiempos de Josué por haber dedicado las ofrendas que se hacían a Yahvé para el culto a los ídolos. La esperanza reside en que este valle se convirtió en un lugar de paso. Así como Yahvé cambió el valle de aflicción en puerta de esperanza, así también cambiará la suerte de Israel. Lo que podría acabar en desgracia va a terminar en reconciliación.

Luego, el pasaje nos dice que ella responderá como en los días de su juventud y como el día en que subía del país de Egipto. Esta expresión podría remitir a los días en que Israel nació como pueblo en el desierto, aceptando voluntariamente ser el pueblo de Yahvé. Con esa respuesta el pueblo elegido acepta casarse

nuevamente, hecho que le permitirá consolidar el futuro de los hijos de Israel. Por su actitud positiva, Israel va a volver a experimentar el paso de la esclavitud a la libertad. Desde esta perspectiva, todo parece indicar que el objetivo de Yahvé es hacer que su pueblo vuelva a ser lo que era.

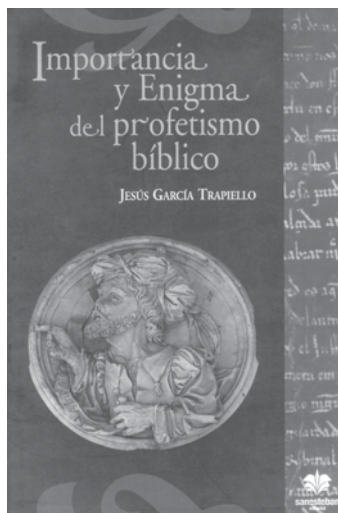
Notemos que ahora entraremos a un ambiente, no de seducción, sino de celebración o reconciliación, imagen que evoca una fiesta litúrgica en medio del desierto. El texto dice: Y sucederá aquel día –Oráculo de Yahvé–. ¿Qué sucederá? Tal vez se refiere al día del juicio anunciado por Oseas. El juicio en que Yahvé se revelará con desgracia para algunos y salvación para otros. En ese nuevo día nacerá un nuevo lenguaje, una nueva relación entre Dios y su pueblo. Esta nueva relación tiene un sentido de dependencia amorosa.

Parece que el texto quiere cerrarse dejando las cosas claras. El día de la salvación llegará cuando Yahvé haya expulsado definitivamente los nombres de Baal de la boca de ella. Si el nombre es lo que da identidad a una persona y designa su misión en la vida, entonces Baal está semi-muerto, Yahvé lo dejará en total desgracia, en el anonimato. No será recordado. Y si persiste nuevamente va a morir por interferir en una relación legítima.

Como conclusión este pasaje nos muestra dos elementos primordiales: la idea de un Dios que por sus actos históricos se convirtió en el Dios de Israel, y quiere ser conocido o reconocido como tal, y la idea liberadora de la ley, que nos muestra los caminos que hay que recorrer para permanecer en la voluntad de Dios.

Este texto nos invita a todos a pasar por el desierto, bajo el impulso del Espíritu Santo –como hizo Jesús– para escuchar a Dios y dejarnos seducir por su Palabra, que no busca otra cosa que nuestro bien, nuestra salvación. Esta escucha sólo es posible si tenemos un corazón despierto, atento a todos los signos que Dios nos hace. La verdadera escucha no nos deja indiferentes y nos convierte en seres pasivos, sino que hace surgir en nosotros una fuente de agua vida; nos proporciona el dinamismo de Jesús resucitado, nos lleva a un verdadero compromiso poniendo en práctica, a veces con esfuerzo, lo que Dios espera de nosotros. Pero este compromiso nos hace experimentar ya desde ahora el amor personal de Dios.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
São Paulo (Brasil)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

2011: Otro año de la mano de María

Comenzamos un nuevo año con la ilusión de avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y así poder vivirlo en su plenitud. Y damos de nuevo la mano a María. Negra y hermosa es la Madre de Cristo: *Morena de maravillas - morena por el sol de la alegría*, en el decir del poeta. Y ¿cómo no va a tener la piel tostada, del color de la avellana, si tiene nuestra Madre en sus brazos un Sol incendiario? María: Él te ha bronceado sin quemarte. A fuego lento, como se cocinan los buenos platos. Él te ha ido preparando, dándote un toque de gracia especial. Sigue, María, presentando y entregando a todas las naciones el fuego que en tus manos portas, pues sigue habiendo muchas almas a medio hacer; sigue habiendo muchos cuerpos tiritando de frío; sigue habiendo muchos rostros, pálidos por el egoísmo; sigue haciendo falta entre nosotros la gracia de tu Hijo, que ilumina y caldea, preserva y llena de sabor la vida.

ENERO: MADRE DE LA PAZ

Cristo es nuestra paz. Él ha venido a fin de reconciliar a todos los pueblos, derribando el muro que los separa y haciendo de ellos un único pueblo. Mucho le costó a Cristo conseguir para todos el don de la paz. En su cuerpo quedaron para siempre las señales del precio

tan alto que tuvo que pagar. Inapreciable don el de la paz: ha ser pedido, conservado, repartido y merecido.

Cristo y sus dones tienen en ti, María, a su madre. Tú eres la Madre del Príncipe de la paz. Frente a los poderosos halcones de la guerra, está Cristo en tus manos como frágil paloma, portadora de una rama de olivo. Ataviada con el pañuelo judío y palestino, comienza, Madre, en tu propia tierra el trabajo por la paz y, luego, no dejes de continuarlo en todos los pueblos de la tierra.

FEBRERO: MADRE DE LA SABIDURÍA

Jesús, el Hijo de María, es la sabiduría de Dios. Él nos habló del sabio que construye sobre roca y del necio que edifica sobre arena. Aceptar a Jesús como principio orientador de la propia existencia es ser sabios de verdad. Es de necios, sin embargo, escoger a cualquier ídolo y ponerse a su servicio. Vivir en Jesús, que es la Verdad, conjura todos los artificios del padre de las mentiras.

Juiciosa y sensata eres tú, María, Madre del que es la Sabiduría. Él te escogió como asiento donde reposar, sede desde donde presidir y cátedra desde donde enseñar. Ayúdanos, Madre, a dejarnos inspirar por el Espíritu y pon algo de la Luz de la Verdad en nuestros corazones, por el egoísmo cerrados, por la confusión desnortados, por el engaño desorientados, de necedad empachados.

MARZO: MADRE DE LOS DOLORES

Abraza de nuevo la Madre al Niño de sus ojos; entonces fajado en pañales y ahora en una sábana

amortajado. ¡Cuánto sabe de dolores la Madre Dolorosa! Señora de sus propios dolores, se hizo madre solidaria de Jesús, Varón de dolores, y aceptó venir a ser madre de todos los que sufren en su carne la mordedura del dolor, enseñándonos que con amor se soporta mejor el dolor.

Abrázanos, Señora de nuestros dolores, en la hora de nuestra muerte. Recógenos en tu seno y baña en lágrimas nuestros cuerpos. Indícanos la senda y espéranos en la puerta. Ciérranos los ojos y muéstranos a Jesús. Porque, dormidos en ti, Madre Dolorosa, queremos despertar en Dios, quien con gesto de madre, enjugará y recogerá en su odre todas las lágrimas del mundo.

ABRIL: MADRE DE LA TIERRA PROMETIDA

El pueblo de Israel soñaba, que al llegar a la tierra prometida, podría beber en abundantes manantiales de leche y miel (cf. Ex 3,8). En Jesús Resucitado se cumplen estos sueños, pues allí donde se hace presente Jesús, el agua deviene en abundante vino de solera, los panes se multiplican, las redes se rompen por la abundancia de peces, la muerte deja paso a la vida. Él es nuestra anhelada patria.

En ti, María, están los manantiales de leche y miel. De la abundancia de los mismos bebió tu Hijo y en ellos bebemos los que ahora somos hijos tuyos. Tú eres el jardín replantado de la nueva creación. Al pasear por él gustamos y vemos qué bueno es el Señor. Tú eres la Madre de la tierra prometida, a donde, cual desterrados hijos de Eva, esperamos llegar, contigo reinar y en Dios descansar.

MAYO: VIRGEN DE LAS VÍRGENES

La belleza, anclada en la bondad y la verdad, salvará al hombre. Cristo, cuyo corazón es bueno como el pan y en cuyos labios se derrama la gracia de la verdad, es el más bello de los hombres, reflejo de la gloria del Padre. Fue su misión salvar al hombre de la suciedad de la ciénaga, y cimentando para siempre la vida de éste en la bondad y en la verdad, devolverle a su belleza original.

Las flores no marchitas en tu mano, María, exhalan la lozanía de tu perenne juventud. El velo de ángeles que cubre tu rostro desvela tu belleza interior. Tu vestido inmaculado habla de una blancura jamás conocida. Eres, María, la novia del Espíritu. Siendo Virgen de las vírgenes, eres bendita entre todas las mujeres, pues de ti nació aquél que es el más bello de los hombres.

JUNIO: AURORA DE LA MAÑANA

Dios es luz perpetua y en Él no hay oscuridad. Nos envió a su Hijo como luz del mundo, quien vino a visitarnos como sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte. Iluminados por Él, hemos de caminar como hijos de la luz. Iluminados por Él, hemos de compartir esta luz. Iluminados por Él, hemos de salir a su encuentro con las lámparas encendidas.

De tu Hijo, María, creemos que es día sin ocaso. Y de ti, María, confesamos que eres el alba serena, que anuncia la llegada del nuevo día. Tú eres la aurora de la mañana, que precede a la salida del sol. Cristo nace de

ti, María, como el Sol invicto. En tus manos lo tienes y a nuestras manos lo entregas, para que prendamos de continuos amaneceres el cielo de la humanidad.

JULIO: ESTRELLA DEL MAR

Mar inmenso y, sin embargo, criatura que ha salido de las manos de Dios. Las nieblas lo cubren como si fueran pañales y las nubes lo arropan como si fueran mantillas. Parece inconmensurable, pero Dios le ha puesto puertas y límites. Cristo hizo sentir su señorío sobre el mar: anduvo sobre sus aguas y calmó sus tempestades. Al final, con la feliz marea de su Sangre bañó todas nuestras playas.

María, tú eres patrona de todos los que, de alguna manera, somos gentes del mar. Si desorientados, a ti te buscamos como potente faro luminoso. Si naufragos, a ti te invocamos como esperada tabla de salvación. Si zarandeados, en ti encontramos ancla firme de sujeción. Tú eres la hermosa estrella del mar, que nos conduces a Dios, puerto final y seguro de toda navegación.

AGOSTO: PUERTA DEL CIELO

Yo soy la puerta de par en par abierta, dijo de sí Jesús (cf. Jn 10,9), el Hijo de Dios e Hijo de María. Salió del Padre para venir a nosotros y, habiéndonos enseñado el camino de vuelta al Padre, entró en el cielo, dejando detrás de sí la puerta abierta. Tiene Jesús una herida abierta en su costado, que es la misma puerta del cielo. Por esa puerta lateral nos viene el cielo y por ella entramos en el cielo.

Yo sé, María, que también eres puerta. Te abriste al querer de Dios y nos abriste así el acceso al cielo. Cuando termine nuestra peregrinación, danos la bienvenida en la entrada misma del cielo y señálanos la puerta. Tómarnos de la mano y entra con nosotros. Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre y Niño de tus ojos. Él será nuestra herencia y recompensa. Él será nuestro cielo.

SEPTIEMBRE: REINA DE LOS ÁNGELES

Nuestra fe nos dice que nuestro Dios vive rodeado de ángeles. Creados por Él, comparten su vida. Gobernados por Él, están a sus órdenes. Inspirados por Él, de continuo le alaban con música nunca oída. Enviados por Él, son mensajeros de buenas nuevas. Viendo de continuo el rostro de Dios, guardan nuestros pasos en el camino de la paz y se alegran cuando los hijos alejados vuelven al hogar.

Nuestros ángeles han encontrado en ti, María, la realización acabada de lo que Dios espera de ellos. Te tienen por modelo los ángeles con alas y aquellos otros ángeles sin alas y que llamamos: padres, hijos, hermanos, amigos y compañeros, sacerdotes y consagrados, maestros y catequistas, médicos y sicólogos, policías y bomberos... Tú eres la Reina y Señora de todos ellos.

OCTUBRE: REINA DE LOS APÓSTOLES

Salió el sembrador a sembrar... Es María la sembradora de la mejor de las semillas: la semilla del Evangelio. Echad las redes... Es María la que sostiene en su actividad a los pescadores de hombres. Id por

todo el mundo... Es María la primera misionera, que nos mostró y entregó al Esperado de los tiempos. Ella, al darnos gratis lo que gratis recibió, se convirtió en la Reina de los apóstoles.

Sigue siendo, María, la Reina protectora e inspiradora de los sembradores del Evangelio, de los pescadores de hombres, de los misioneros de tu Hijo. Reina de los mensajeros, de los enviados, de los que anuncian el Reino de Dios. Reina de los que colaboran en la viña del Señor, de los que viven según el Evangelio, de los que rezan y se sacrifican por la evangelización de los pueblos.

NOVIEMBRE: REINA DE LOS SANTOS

Tres veces santo es nuestro Dios. Junto a Él, en asamblea festiva, están los que son sus santos. Y entre ellos, como su Reina, está Santa María. ¿Por qué será que esta contemplación, lejos de espantarnos, nos atrae? Algo nos asegura que eso de ser santos es lo más auténtico. Y es que la intuición no nos engaña: Dios nos ha soñado santos y los sueños de Dios son vocación y no opción.

Tú nos quieres, María, junto a Ti. Nos quieres santos como santos son ya familiares, amigos y conocidos, que nos precedieron. Ayúdanos a pisar la serpiente y danos el antídoto contra su veneno. Ruega por nosotros, entretenidos con –y despistados– por el pecado. Correremos tras el rastro de tu perfume, pues tu santidad, al atraernos nos estimula y al orientarnos nos humaniza.

DICIEMBRE: REINA DEL UNIVERSO

Rey del universo es Cristo para nosotros. Su señorío, aunque oculto, se mantiene activo como la levadura. Rey

y también mendigo, que llama a la puerta de todo lo nuestro, para que le dejemos entrar y renovar así desde dentro todas las cosas. Mientras esperamos activos la llegada en plenitud de su reino, nos comprometemos a ser misioneros del mismo: sus voceros y constructores.

Reina eres tú, María. Cristo te ha coronado de belleza y serena majestad. El universo entero se recrea al contemplar tu belleza. Sé Reina también del pequeño universo de nuestro corazón y arregla en él el caos que venimos acumulando. Mujer vestida de sol y celestial princesa, siembra por doquier la armonía de Dios y todos podremos correr tras el olor de tus perfumes.

Fijos los ojos en Cristo empezamos la carrera de este nuevo año, dando la mano a María. San Bernardo, enamorado de Cristo y juglar de María, nos recuerda que «*Jesús es miel en los labios, melodía en los oídos y alegría en el corazón*». Y para que podamos ver a Jesús, el mismo San Bernardo nos dice: «*Mira a la estrella. Invoca a María*». Y argumenta así esta su invitación: «*En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud. No te desencaminarás si la sigues, no te desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te ampara.*»

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

La Palabra nace del calor del silencio

Lc 2,11: *«Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor».*

Belén no es un lugar geográfico, no es un territorio. Amo a Belén precisamente por eso, por estar en otra atmósfera, en otro país, en otro continente... con paisajes originales y autóctonos.

Belén evoca el lugar del nacimiento. Belén es Navidad, es alumbramiento. Y es que, el dar a luz, es una obra del adentro, del interior.

Belén es sobre todo el corazón, el interior del hombre. Donde se celebra y se festeja lo más singular, lo más inefable del ser humano.

Belén eres tú, somos cada uno de nosotros. Un hombre sin adentro es algo inhumano, deshumanizado.

Navidad es humanista, generadora de humanidad. Navidad es la fiesta a favor del hombre. Es nuestro nacimiento íntimo.

Navidad es el nacimiento de la Palabra. Y es la Palabra de un emigrante. Viene del cielo a la tierra. Por eso es llana, es luz.

Y esa Palabra lleva el sabor de sementeras de campos, de montañas y de valles y de ríos. Lleva la fragancia de los trigales, de los jardines, de las flores.

Lleva el canto de los pájaros, las melodías interplanetarias...

Es la Palabra del cielo y es la Palabra de la tierra. De esta tierra que somos nosotros.

Jesús no es numeroso en palabras. Es presencia. Es hablador de gran estilo. Dice palabras a vivir y palabras vividas...

Y su presencia da un vuelco al idioma, al habla nuestra. Las palabras viven desde entonces una vida nueva.

Jesús es el rey de la palabra. No cabe en la categoría del Premio Nobel. Lo rebasa, lo supera, lo trasciende.

A Jesús le basta y le sobra la presencia, que es la mejor palabra.

Jesús nos enseña a hablar sin hipocresía, a decirnos a nosotros mismos en el silencio interior, en el puro silencio, en el puro amor. Y esto lo hace sin banderas, sin pancartas. En Él sólo habla la transparencia.

Navidad... Deja que te visite la Palabra, el milagro de la Palabra que se vive en el silencio. Más que decir muchas palabras, necesitamos vivirlas, «hacerlas», que es lo que las hace creíbles.

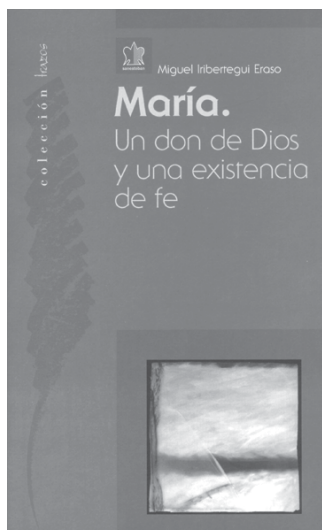
Navidad... Palabra que nace del calor del corazón, del calor de Belén, del silencio interior, del amor.

Jesús... Palabra que no necesita contar muchas cosas, sino decirse Él mismo en el silencio.

Navidad... Palabra... No hay en Jesús inflación de palabras y de discursos.

Sólo en el silencio interior se alumbra la Palabra.
Sólo esa Palabra nos sumerge en Belén, en el silencio
de adentro, fermento de plenitud.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBERTEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Lectura de la obra *Evolución mística* del P. Arintero

A mi juicio, *Evolución mística* es una obra que, entre las de su género, no tiene igual en todo el siglo XX, al menos en el mundo hispánico. Para leerla se requiere no solamente gusto por el tema, sino también sintonía con el autor; al menos desde el punto de vista afectivo.

Literariamente el estilo del P. Arintero es correcto, ágil, vital; apunta siempre hacia el desarrollo o crecimiento, porque la vida no puede quedar paralizada, sino que requiere toda la movilidad y universalidad del espíritu, cuyo «vuelo» no conoce metas irrebasables ni soporta los límites fijados por «fronteras». El vitalismo arinteriano es, ante todo, el de signo y contenido teologal, el que, por estar centrado en la participación de Dios, impulsa hacia un crecimiento que no puede tener límite. Digamos sencillamente que el estilo está al servicio del pensamiento, de un pensamiento informado, desde el principio hasta el fin, por la convicción de que el llamamiento a las cumbres de la santidad es absolutamente universal y, a la vez, incompatible con cualquier intento de señalar una meta irrebasable.

La coherencia entre estilo literario y tema tratado explica un fenómeno fácilmente observable. El estilo alcanza una belleza transcendente cuando la materia está envuelta en oscuridad. A la hora de señalar,

por ejemplo, los misteriosos caminos por los cuales el espíritu se purifica radicalmente para llegar a lo más profundo de la unión con Dios, el P. Arintero se eleva a descripciones que no pueden menos de suscitar admiración. Un caso típico es «la gran tiniebla», o sea, un estado espiritual en que el exceso de luz divina hiere el centro mismo del alma, produciendo un «luminoso» deslumbramiento, el cual, por una parte, desconcierta, porque el alma, no habituada a tanta luz, experimenta una dolorosa «sensación» de ceguera; pero, por otra parte, capacita al alma para orientarse con seguridad, porque, de hecho, la luz está presente, y la tiniebla no pasa de ser la forma dolorosa tras de la cual se oculta.

La armonía entre estilo literario y temas tratados es, ella misma, un elemento vital. El P. Arintero vive o experimenta profundamente aquello mismo sobre lo cual escribe; él, antes que escritor, es un místico que «padece» las realidades de que habla, que está moldeado por ellas y que, por eso mismo, las describe con admirable precisión. Hablando así, no hago afirmaciones gratuitas. Quien lea este libro con detenimiento, sobre todo si conoce la biografía del autor, llegará pronto a la convicción de que muchas páginas son autobiográficas.

En la biografía hay algunos datos muy significativos. El P. Arintero, en torno a los cuarenta años, logró una madurez espiritual que resultaba llamativa, incluso dentro del ambiente conventual en que él vivía. Era voz común que «el P. Arintero se iba haciendo otro»: su marcha hacia las alturas místicas era un hecho notorio. Otro dato, a la vez equivalente y comple-

mentario, viene del apostolado que el P. Arintero ejercía. Era de tales proporciones que sólo tenía una explicación: el P. Arintero estaba dominado por la «pasión de Dios». Era un apasionado de Dios.

Evolución mística está traspasada por esta pasión de Dios. Y, si no me engaño, el lector siente que se encuentra ante un libro que no solamente tiene alta calidad humana, sino que, además y sobre todo, transmite un fuerte y suave impulso a caminar por sendas descritas con tanta precisión que no pueden menos de ilusionar.

Teniendo en cuenta estos detalles, a los que habría que añadir otros muchos, se comprenderá la peculiaridad del lenguaje de este libro. Para dar a entender estas cosas –estos misterios–, el P. Arintero tiene que usar el lenguaje teológico, y todavía de manera más precisa, el que es propio de la teología mística. Cuando se vive en el mundo de la comunicación y uno está como empapado en su lenguaje, el del P. Arintero puede parecer anticuado, propio de tiempos que ya no volverán... pero este juicio sería muy equivocado.

El P. Arintero sabe –cree– que los misterios de la fe están siempre presentes, porque han de guiar la entera historia de la humanidad hasta el fin de los tiempos; sabe –cree– que esos misterios se compendian en el de la permanente cercanía de Dios a cada persona humana y al universo. Y coherente con esta fe, el P. Arintero usa el lenguaje apropiado para despertar o para desarrollar en quienes lo leen, un sentido y una actitud de adoración ante esa sublime Presencia que lo llena todo y que amorosamente guía los pasos de estas pobres criaturas que somos nosotros.

El P. Arintero sabe también que el lenguaje de la sola comunicación se inspira en otros criterios y que intenta otras finalidades, de manera preferente la finalidad de complacer, porque complaciendo es como mejor se contribuye al asentamiento de un consumismo que se ha convertido en característica de lo que llamamos «nuestro progreso». Evidentemente, este lenguaje no tiene sensibilidad para con los misterios y, menos aún, puede tener eficacia para transmitirlos. La lectura de *Evolución mística*, para ser fructuosa, requiere una opción del orden del espíritu.

Quienes han hecho y mantienen esta opción, valoran altamente los libros del P. Arintero, sobre los cuales él mismo dice que *Evolución mística* es el «menos malo». Nosotros hemos de entender que es no sólo «el menos malo», sino el verdaderamente óptimo: el símbolo de la espiritualidad de todo el siglo XX, llamado el siglo de la Iglesia y de la santidad eclesial. Por mi parte, estoy firmemente persuadido de que, bajo este punto de vista, en todo el siglo XX no hay nada comparable a *Evolución mística*.

La permanente conexión con los misterios, la actitud adorante ante esta transcendente Presencia que lo envuelve todo, desarrollaron en el P. Arintero una especial sensibilidad para captar, respetar y valorar la importancia de la experiencia mística. El P. Arintero ve en todo esto no simplemente una serie de fenómenos, sino una luz que guía el comportamiento y que tiene incluso virtualidad para iluminar la mente del teólogo deseoso de acoger y de explicar el misterio cristiano en su integridad, sin darle cortes para encajarlo dentro de las propias categorías sistemáticas.

El P. Arintero ve en la experiencia mística algo así como un ejercicio cualificado del «*sensus fidelium*», de este sentido que se asienta en la totalidad del pueblo cristiano, que capta infaliblemente los contenidos de la fe, los aplica a la vida y, aplicándolos, consigue comprenderlos cada vez mejor. Este modo de ver las cosas induce al P. Arintero a opciones doctrinales que, en su tiempo, más de una vez fueron juzgadas peligrosas. El P. Arintero hacía valer para la mejor comprensión de la fe no solamente la experiencia de los grandes santos de tiempos pasados, él daba el mismo valor a las experiencias de personas contemporáneas suyas –en general, a las de cualquier tiempo– y es muy frecuente que cite pasajes en que esas personas describen su propia experiencia en temas del máximo interés no solamente místico, sino también doctrinal. Basta ver, por ejemplo, los Apéndices de *Evolución mística*, los de *Grados de oración*, etc.

Es un punto que está amplísimamente documentado en todos o casi todos los escritos eclesiológicos y místicos del P. Arintero y que muestra bien una peculiaridad de su propia comprensión del cristianismo. Muchas veces le dijeron que aligerase el excesivo número de notas de sus libros. El no sólo no aceptó, sino que continuó añadiendo más. Viendo el estado de los originales que él envió a la imprenta y que, afortunadamente, se conservan, se advierte enseguida que cuando el P. Arintero comenzó la redacción de su obra eclesiológica *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia* (los comienzos hay que colocarlos en torno a 1902) apenas citaba escritos sobre experiencias, y cuando citaba alguno, aparecía al final de las referencias, cuando, en realidad, ya todo

estaba dicho y resuelto. Con el paso del tiempo, los escritos experimentales tienen una presencia mucho más destacada; y no es raro que los representantes de tales experiencias sean personas que vivían entonces.

Esto nos sirve para valorar una cualidad que el P. Arintero poseía en medida muy elevada y de la cual no es frecuente hablar. Me refiero a su discernimiento. El P. Arintero poseía el singular don de discernir los espíritus, es decir, de juzgar con gran seguridad sobre la calidad espiritual de las personas; su juicio ha sido confirmado por la historia. A quienes él considera santos, aunque cuando él escribió no fueran «nadie», han sido canonizados o beatificados en su casi totalidad. Una lista de nombres puede verse en la p. 351, otra más larga se encuentra al fin del capítulo segundo de *Evolución doctrinal* (en la primera edición, p. 120, nota 1).

El P. Arintero poseía este don respecto de las personas mismas con quienes trataba, entre las cuales había numerosas mujeres. De algunas de ellas se aconsejaba en temas relativos a su misma vida espiritual; esto dio origen a opiniones desfavorables, porque hubo quienes definieron al P. Arintero como un director que, en vez de dirigir, resulta ser dirigido. Comprendo que en este juicio hay una parte de realidad: el P. Arintero aceptaba ser dirigido por las personas mismas a quienes él dirigía. Pero los hechos han demostrado que las personas de quienes él se dejaba dirigir, más aún, cuya dirección solicitaba, eran «santas».

Todo esto podría hacer pensar que el P. Arintero abundaba en gozosas experiencias místicas y que su espíritu estaba inundado de claridades. Pero él, cuando se refiere a sí mismo, emplea un lenguaje muy dis-

tinto; se lamenta de permanente aridez, de que en la oración está «como un tronco», que su espíritu mora de continuo en desolado «desierto». Evidentemente, este juicio sobre su situación espiritual no era exacto desde un punto de vista objetivo; él, sin embargo, experimentaba esa situación. Mi opinión personal sobre el caso es que el P. Arintero se encontraba en la situación que, tratándose de otras personas, él mismo define como vida de *amor doloroso*.

La experiencia mística del P. Arintero fue muy distinta de la de San Juan de la Cruz y de la de tantos otros. Dejando a salvo la distinción, entre San Juan de la Cruz y el P. Arintero hay una profunda semejanza. Los dos escriben impulsados por su propia experiencia para dar a conocer las inagotables riquezas del misterio de Cristo. Es común también a los dos la dolorosa comprobación de que escasean mucho los directores espirituales, y que, en este ámbito, lo más penoso es tal vez que directores incompetentes se arriesguen a ejercitar un ministerio para el que no están preparados. Por último, los dos también escriben para ofrecer a las almas ansias de perfección un medio de avanzar seguras.

Personalmente pienso que hoy en esto no sólo no estamos mejor que en los tiempos del P. Arintero, sino que la situación se ha vuelto un tanto caótica. Esto, sin embargo, no me impide tener plena confianza de que *Evolución mística* recibirá una acogida semejante a la que tuvo cuando fue publicada por primera vez en España.

FRAY ARMANDO BANDERA, O.P.
Salamanca (España)

Salir al encuentro

«Como la cierva sedienta
busca las corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío» (Sal 42,2).

En toda relación humana siempre hay un constante dinamismo de búsqueda. Cuando te acercas a alguien o alguien se acerca a ti, se busca algo. En tus relaciones interpersonales: ¿cuáles son los intereses que te mueven? ¿Qué hay en tu corazón cuando buscas algo o a alguien? ¿Hay verdadero deseo de salir de ti mismo, y salir tan sólo por el otro, o vas buscando egoístamente llenar tu yo y satisfacer tus propias apetencias?

Un himno de la Liturgia de las Horas reza: «Para que no me busque a mí cuando te busco y no sea egoísta mi oración, pon tu cuerpo, Señor, y tu palabra en el desierto de mi corazón»¹. Porque sabemos que muchas veces recurrimos a Dios como si fuera una *máquina expendedora de milagros*. Debemos buscar a Dios libres de todo interés que no sea más que contemplar su rostro y adorarle. ¡Qué poco sabemos de eso!

1. LITURGIA DE LAS HORAS, *Laudes, lunes II semana*, edición española.

«Enséñame a buscarte –dice san Anselmo– y muéstrate a quien te busca, porque no puedo ir en busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscándote te desearé; amándote te hallaré y hallándote te amaré»². Deja que tus deseos se conviertan en flechas de amor y adoración que se dirijan constantemente al corazón de Dios. No dejes que los deseos de tu corazón se oscurezcan con las apetencias del egoísmo. Deja a Dios ser Dios en tu vida y búscale con un corazón agradecido y desinteresado, que él ya ha salido a tu encuentro. Búscale con fuego en tu corazón. Como al Bien más deseado, como al Amor más sincero, como a la persona amada.

San Agustín apelaba a Dios diciendo: «Pero, ¿dónde te hallaré a ti, verdadero bien y suavidad segura? ¿Dónde te encontraré? Porque si te encuentro fuera de mi memoria, me he olvidado de ti. Y si no me acuerdo de ti, ¿cómo te podré encontrar?»³. Desea alcanzar esa complicidad amorosa de los que se aman sin medida... pídele al Señor que te enseñe a buscarle, como se buscan los que se aman; pídele que te enseñe a amar, a dejarte amar por él, a saber amarte como él y a amar a los demás con el mismo amor con el que él te ama a ti.

Sólo se ama lo que se conoce, y sólo se conoce lo que buscas. Aprende y descubre cada día tu historia de amor con Dios. Que todo tu ser sea una continua adoración a tu Padre y Creador; que todas tus acciones,

2. ANSELMO DE AOSTA, *Proslogion*, 1.

3. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 17, 26.

pensamientos y deseos sean una alabanza a Dios. Toda tu existencia un canto de acción de gracias.

Un himno de la Liturgia de las Horas reza así: «Todo mi corazón, ascua de hombre, inútil sin tu amor, sin ti vacío, en la noche te busca; le siento que te busca, como un ciego que extiende, al caminar, las manos llenas de anchura y de alegría»⁴. San Agustín confiesa: «¿Cómo podré buscarte a ti, Señor? Porque cuando te busco a ti, Dios mío, lo que busco es la felicidad. ¡Que te busque yo, para que viva mi alma! Pero, ¿de qué manera busco la felicidad? ¿Cómo la busco?»⁵. Y, ¿cómo la buscas tú? Sería bueno que hicieras un repaso de tu vida y descubras en ella las sendas que has recorrido para buscar la felicidad, o, lo que es lo mismo, para buscar a Dios.

Aprende a saborear en la oración la Palabra que sale a tu encuentro. Mientras tienes sobre la mano la Escritura, Dios está deseoso de decirte cuánto te ama. No busques otra cosa. Deja que Dios te hable. Que nunca te busques a ti cuando le busques a él. Déjate encontrar.

Estamos siempre en búsqueda, pero ¿qué buscamos? Caminamos, pero ¿hacia dónde? Lo que tanto buscamos, en lo más profundo de nuestro ser, no es ni el saber ni el tener ni el poder, cosas que no acaban de saciar nuestra sed más honda. En definitiva, lo que busca tu corazón, quizás sin saberlo, es al Otro, a ese Alguien que tiene una palabra definitiva sobre tu vida y tu existencia. Miramos constantemente, pero ¿hacia

4. LITURGIA DE LAS HORAS, *Vísperas, miércoles III semana*, edición española.

5. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 20, 29.

dónde se dirige nuestra mirada? ¿Qué desean capturar nuestras retinas? ¿Qué buscas? (cf. Jn 1,38a). ¿A quién buscas en verdad?

No dudes en que él tiene puesta constantemente su mirada sobre ti. Por eso, ya va siendo hora de poner tu mirada en él. Mantenerte firme en la disposición receptiva de mirarle no es una tarea fácil pero es necesario, como lo es el respirar y el alimentarse. Su mirada es una mirada sin condena, es una mirada de pura gratuidad, de puro amor. Mirada que te purifica, mirada que te fortalece, mirada que te santifica, mirada que te ilumina.

Que el Señor te enseñe a educar los deseos, a re-evangelizarlos, a llenarlos de él. Que, de una vez y para siempre, consientas a su amor, derramado en tu corazón por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Para que en este día camines consciente de su mirada amorosa sobre ti, animado en su búsqueda y crezcas en la fe, el camino mejor es, dice san Ignacio, «dejar que el Creador y Señor abrace con su amor a su criatura»⁶. A Dios no lo podemos ver ni sentir cuando nos abraza, pero sí podemos descubrir y contemplar su bondad en la historia de amor que va tejiendo en nuestra vida, la historia de su amor.

Detrás del silencio de su amor se esconden las palabras más bellas, más llenas, más plenas... en el tiempo de tu ausencia su presencia lo llena todo, lo invade todo... más allá de tus distracciones tu corazón es de él, siempre lo ha sido, porque sólo le tienes a él, porque sólo él te sostiene. Suyo eres (cf. 1Co 3,22)... suyo siempre y en todo lugar... que quieras lo que Dios hace y hagas lo que Dios quiera.

6. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales* [15].

Y, ahora, deja a tu alma respirar con estas poéticas y bellísimas palabras del Cantar de los cantares.

*¡Bésame ardientemente con los besos de tu boca!
Tu nombre es un perfume que se derrama.
Llévame contigo... celebremos tu amor.
¡Cuánta razón tienen para amarte!
Dime, amado de mi alma...
¿Dónde buscarte?
Para que no ande vagando.
Consuélame, reanímame
porque estoy enferma de amor.
Muéstrame tu rostro,
déjame oír tu voz;
porque tu voz es suave
y hermoso es tu rostro.
¡Mi amado es para mí,
y yo soy para mi amado,
que apacienta su rebaño entre los lirios!
¡Vuelve, amado mío!
Durante la noche,
busco al amado de mi alma.
¡Lo busco y no lo encuentro!
Me levantaré y lo buscaré.
Buscaré al amado de mi alma.
Lo agarraré y no lo soltaré.
Porque me ha robado el corazón
y mi alma se ha ido detrás de él.
Mi amado es para mí
y yo soy para mi amado.*

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)

El corazón de Cristo y las mujeres

(Quinta meditación del octavario)

LAS HERMANAS MARTA Y MARÍA (Lc 10, 38-42)

LAS MUCHACHAS DE LA BODA (Mt 25, 1-13)

En esta quinta reflexión de nuestro *Octavario* nos volvemos a fijar en otro par de pasajes, aunque en cada uno de ellos sean más de una mujer las que aparecen. En el primero de los pasajes vemos a las dos hermanas de Betania, Marta y María (cf. Lc 10,38-42) y en el segundo aparecen un conjunto de muchachas imaginarias que han sido invitadas a una boda: unas atentas y otras despistadas (cf. Mt 25,1-13).

Recordemos ahora qué nos dice el texto sobre las hermanas de Betania, Marta y María. Betania es una población muy cercana a Jerusalén y allí tenía Jesús una familia amiga, integrada por estas dos hermanas y por Lázaro. Allí se hospedaba Jesús con los suyos cada vez que estaba en Jerusalén y allí se hospedó los días antes a su prendimiento y pasión. Para Jesús aquella casa de Betania era un oasis de paz, pues era la casa de unos amigos de verdad. De una parte Jesús agradece la hospitalidad de Marta; pero de otra parte alaba la actitud de María, que está pendiente de sus palabras. Este pasaje sigue en el texto evangélico al relato del Buen Samaritano. Y eso quiere decir que Jesús, como es lógico, no critica el hacer bien a los demás; pero reconoce que toda actividad no debe ser loca, desatinada y sin control.

El ideal cristiano está en la conjunción de ambas hermanas. El ideal cristiano no descansa en el *Ora-labora*, o *reza-trabaja*. El ideal está en el *et* y en el *y*, que une ambas actividades. Tenemos que aspirar a lo uno y a lo otro, sabiendo respetar las especiales llamadas que Dios pueda dirigir a cada uno, sin olvidar al final, que la mejor parte y lo único necesario es escuchar la Palabra de Dios con atención, y luego llevarla a la vida.

Recordemos ahora el otro pasaje escogido para esta reflexión, en el que las mujeres vuelven a ser las protagonistas. En esta ocasión se trata de una parábola. Son diez muchachas jóvenes: cinco de ellas parecen alocadas y las otras cinco parecen previsoras. Todas ellas cuentan con sus respectivas lámparas para poder salir a recibir con ellas al Esposo cuando llegue. Las primeras no se preocuparon de llevar suficiente combustible, mientras que las segundas, en cambio, sí. Por ello, cuando a medianoche llega el Esposo y las muchachas son invitadas a salir a recibirlo, las alocadas no tienen ya aceite y, en cambio, las previsoras lo tienen en abundancia. Las primeras piden a las segundas y éstas no pueden compartir, porque en este asunto cada cual tiene que agenciarse su propio combustible. Las que estaban preparadas entraron al banquete del Esposo y no así las que estaban sin preparar. Hay que velar, pues no se sabe ni el día ni la hora en que va a llegar el Esposo.

Creo que el sentido de esta parábola queda claro: las lámparas son las propias vidas que esperan; el aceite son las buenas obras; cada uno tiene que responder sobre cómo vive, pues lo que hacemos en la vida es intransferible; de momento la puerta está abierta y no se ha cerrado todavía; ahora todavía tenemos la oportu-

tunidad para hacer el bien y evitar el mal, y así ir cargando de aceite nuestra lámpara, mientras estamos a la espera del Señor; no sabemos cuándo estará de vuelta el Señor, de ahí la urgencia de permanecer vigilantes para salir con las lámparas encendidas a recibirlo.

En definitiva, esta parábola nos está invitando a todos a fomentar la esperanza cristiana, pero de una manera activa. Esperar no es estar en ociosidad y sin hacer nada; esperar es trabajar, preparando el terreno para que el Señor no tarde en volver; esperar es ir quitando los obstáculos que impiden el regreso pronto del Señor. La esperanza cristiana implica vigilancia para no dejar pasar el momento oportuno. Ahora todavía es el tiempo para trabajar, el tiempo de esforzarnos, de movernos, de vigilar, de ir haciendo acopio de lo que quizá, en un futuro, tengamos necesidad.

El asunto de nuestra salvación es el negocio más importante de nuestra vida. Si para los asuntos de la tierra solemos estar despiertos y ser vivos para sacar el mayor partido de ellos, así debemos, con mayor razón, ser igualmente duchos para conseguir que el Esposo, al llegar, nos encuentre preparados, despiertos y en vela, y poder, así, entrar en el banquete.

Los dos casos contemplados en esta quinta reflexión nos animan a saber conjugar la actividad con la oración, el trabajo con la contemplación y nos recuerdan que el negocio principal de nuestra vida es la propia salvación. Por ello hay que estar preparados y nunca dejar de vigilar.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

3. Cristo es misericordioso y alabo al Dios Uno y Trino

(KYRIES Y GLORIA)

SEÑOR, TEN PIEDAD...

Estas tres aclamaciones, «*Señor, ten piedad... Cristo, ten piedad... Señor, ten piedad...*», son un grito de alabanza a Cristo. Más cierto sería decir: ¡*Piedad, Señor!*

Inmediatamente después del rito penitencial, podríamos rememorar el pedido del publicano en el Templo: «Dios mío, ten piedad de mí, pues soy un pecador» (Lc 18,13). El *Kyrios* a quien en la Misa alabamos tres veces, es «el Señor», o sea: «el Resucitado», el que tiene señorío sobre todos nosotros.

En toda la Revelación, Dios se muestra como «misericordioso», pero este calificativo llegará a su máxima expresión en la humanidad de Cristo, muerto por nuestros pecados para darnos nueva vida y para manifestar también nuestra vocación a ser «hombres nuevos», según el nuevo Adán, Cristo-Resucitado. Dios no es cualquier Dios, sino el «Padre de las misericordias» (2 Cor 1,3) y nosotros, los salvados no por méri-

to propio sino por la misericordia de un Dios que es clemente y compasivo (cf. Rm 12,1): sólo por su misericordia hemos sido salvados (cf. Tit 3,5). A nosotros, pecadores y dominados por muchas miserias, Dios nos ha mostrado –en los gestos y palabras de su Hijo– cómo debemos vivir para alcanzar la misericordia que el Padre es y otorga, a manos llenas, a todos los necesitados de ella.

Que Cristo sea misericordioso, no es una realidad que se queda en la teoría, ni tampoco en una gama de especulaciones lacrimógenas sobre la miseria del hombre, sino un ponernos de modo efectivo a buscar y a encontrar soluciones para las miserias del cuerpo y del alma, miserias que nos afligen y afligen a nuestros hermanos. Sólo nos salvaremos por la compasión misericordiosa que empape nuestras conductas. El juicio final (cf. Mt 25,31-45) nos redimirá, no por una mera filantropía –si bien es cosa buena amar y valorar al hombre–, sino por ver en el hermano necesitado, a Cristo necesitado. Por lo tanto, si clamamos al Cristo misericordioso y alabamos su piedad para con nosotros, debemos tener con el prójimo la misma compasión que el Señor tiene con cada uno de nosotros. En la medida que tengamos esa actitud de alma, fiel y sincera, Jesús, el Señor, ganará para nosotros nuevas y renovadas misericordias, que podrán en fuga a nuestras fragilidades.

¡GLORIA A DIOS EN EL CIELO!

Ante la venida al mundo de Dios hecho hombre, los ángeles cantaron en Belén, glorificando a Dios en el

cielo y para nosotros, los que habitamos esta tierra: «paz...» (Lc 2,14). Una paz que es efecto del amor que Dios tiene a quienes Él ama y a quienes le aman.

Cada vez que en la celebración de la Eucaristía recitamos o cantamos este hermoso Himno, estamos repitiendo los motivos por los que este canto es proclamado: porque Dios ha nacido en medio de los hombres; por todo lo que Él es. Por ello «te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias...».

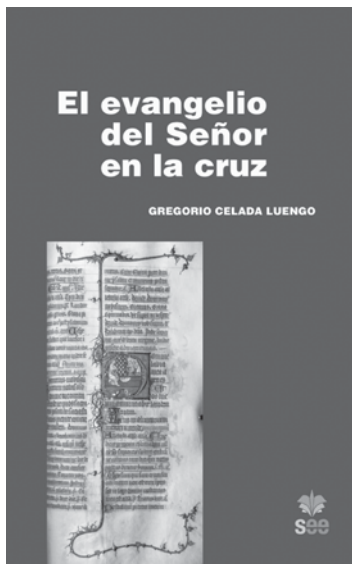
De aquí que este momento del paso del Espíritu, de modo especial en nuestra celebración dominical, debe hacernos tomar conciencia de las actitudes que el *Gloria* reclama: contemplar y admirar; mirar sin tener palabras adecuadas para describir la grandeza de lo que se ve o intuye; fomentar un clima de alegre adoración; constatar lo que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos ha mostrado, de modo especial en la humanidad de Jesucristo, el Verbo de Dios hecho hombre, pues Dios nos ha hablado con lenguaje humano, ha caminado con pasos de hombre para que pudiéramos transitar por los caminos de Dios. Descubrir que todo ello es motivo de alabanza, acción de gracias y adoración, abrirá nuestras mentes, corazones y bocas para que nuestros labios, pobres pero ansiosos por amar y cantar, puedan recorrer el texto del *Gloria*.

Podríamos encontrar muchos sinónimos para remplazar las palabras y el contenido del «Gloria»: gracia, don, riqueza, honor, coronamiento, fama, alabanza, majestad... Estas palabras nos harían comprender y profundizar mejor este momento de la Misa en que queremos honrar a un Dios agraciado que merece que lo glorifiquemos.

Es un momento feliz, porque glorificamos a la causa de nuestra bienaventuranza. Es también un momento de fe, pues el que cree verá la gloria de Dios (cf. Jn 11,40), gloria que hoy estamos cantando en medio de la Iglesia, imitando a los coros angélicos y haciendo memorial de la Noche santa.

Todo en nosotros puede ser motivo de glorificación de Dios, aun lo más trivial: «Sea que coman, sea que beban o cualquier cosa que ustedes hagan, háganlo para la gloria de Dios» (1 Cor 10,31). Con esta actitud, que siempre podamos decir: «Tú eres digno, Dios y Señor nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder. Porque Tú creaste todas las cosas, y ellas existen por tu voluntad...» (Ap 4,11).

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran transcendencia para los cristianos.



www.sanestebaneditorial.com

Dando vueltas alrededor de la Navidad: Reflexiones sobre un Himno para el Tiempo navideño

La Liturgia –en sus gestos y palabras– ha sido siempre fuente de vida espiritual, nutriendo nuestra meditación y oración personal, nuestro estudio y profundización de la Palabra, nuestro quehacer apostólico. Es, en verdad, fuente y culminación de toda la vida cristiana y de la actividad de la Iglesia (cf. SC 10).

De modo especial, los «Tiempos fuertes» irán marcando nuestra vida, como jalones que colorean los meses y los días, trazando ejes alrededor de los cuales girará el quehacer cotidiano. Sabemos que el Triduo pascual y el Domingo son esos ejes primordiales. Pero, el resto del «Temporal» y del «Santoral» tienen también algo que decir y que decirnos, respecto al ser y al quehacer de un cristiano y de sus comunidades.

HECHO HISTÓRICO: EL NACIMIENTO DE JESÚS

Lo ubicamos en un tiempo y en una geografía. Jesús nació en Belén de Judea. Vivió una vida oculta en Nazaret. Su Madre era María y su padre era llamado José. Muy poco sabemos de su niñez y, en lo que hace a su vida adulta, los evangelistas nos narran lo más destacado de su palabra y de su obra.

UN MOMENTO LITÚRGICO-CELEBRATIVO: EL TIEMPO NAVIDEÑO

Se despliega entre la primera misa navideña, el 24 de diciembre por la noche, y el Domingo del Bautismo del Señor. Son dos grandes «epifanías», dos manifestaciones gloriosas de la divinidad del Verbo en la humanidad de Jesús.

En dicho «Tiempo» encontramos las fiestas de Navidad, María-Madre de Dios, la Epifanía del Señor y el Bautismo de Jesús. En cada una de ellas, descubrimos el paso de Dios y su presencia en la humanidad de Cristo, que se hizo hombre como nosotros, en todo menos en el pecado (cf. Hb 4,15).

UN HIMNO PARA EL TIEMPO NAVIDEÑO

Les transcribiré un Himno que compuse hace poco tiempo (puede ser usado tanto en Laudes como en Vísperas). Su contenido temático será analizado más adelante):

1. *Voces agrias se llamaron a silencio
y el grito comenzó lenta agonía;
dulce fuego se extendió por el desierto,
naciendo el canto, la paz y la alegría.*
2. *Mil ángeles entonan «¡Gloria a Dios!»
barriando con su música a los miedos;
quedaron los pastores admirados,
envueltos por el canto de los cielos.*

3. *Las estrellas, hijas de otra estrella
–la que guió a los magos a Belén–,
hoy danzan –saltarinas y gozosas–,
frente al Niño, dador de todo bien.*
4. *María-Madre guarda en sus entrañas
sonidos de silencio enriquecido
por un hecho portentoso, nunca visto:
¡Dios grande, hecho un niño, hoy ha nacido!*
5. *Las aguas del bautismo en el Jordán,
las bodas de Caná y la Epifanía,
fueron destellos luminosos
donde el ciego nacería a nueva vida.*
6. *La esperanza de los justos fue cumplida
y el color inundó nuestros sentidos;
un muro de bastones blancos, mudos,
son pueblo solitario de testigos.*
7. *Aprendí a caminar, ¡qué dulce dicha!,
aprendí a deletrear la Buena Nueva;
ya la aurora cambia noche en día
tocando a su fin una larga y dura espera.*
8. *Gloria a Dios, Padre santo y providente,
por su Hijo, Jesús, que hoy ha nacido;
movidos por su Espíritu, amor fecundo,
que a los hombres del mundo es ofrecido.*

GRANDES TEMAS BÍBLICOS DEL HIMNO

La luz

En el Cántico de Zacarías, se nos dice que Dios, por su misericordiosa ternura, nos traerá del cielo a Cristo el «Sol naciente [que vendrá] para iluminar a los que están en las tinieblas» (Lc 1,78-79). El anciano Simeón, al ver al Niño Jesús en el Templo, dirá que sus ojos han visto la salvación, «luz para iluminar a las naciones paganas...» (Lc 2,32).

En numerosas ocasiones Jesús recibe esta calificación: ser luz.

El Himno que consideramos nos habla de la luz, expresada en «las estrellas» y «la que guió a los magos a Belén» (estrofa 3). También hay una referencia a la luz cuando habla del «color [que] inundó nuestros sentidos» (estrofa 6): sólo la luz puede hacer resaltar los colores.

Para los ciegos, luz y color no tienen demasiado sentido y exigen largas explicaciones para poder ser comprendidos. De aquí que la venida de la Luz de Dios a nuestra tierra, cure la ceguera y, así, pueda darse el hecho de que «el ciego nacería a nueva vida» y que los bastones que necesitaban para ser identificados y para apoyarse, sean ahora sólo «un pueblo de testigos» que conforman «un muro de bastones blancos, solitarios» (estrofa 5). Son como piezas de museo que nos dicen: «Aquí hubo algo», pero esa realidad ya no existe más.

La Luz de Dios, su aurora, «cambia noche en día» (estrofa 7) y la Creación vuelve a «dar a Luz», o sea, a

ver la luz del día, cosa que no podía hacerse antes... dado que era de noche...

La paz

Cuando cesan «las voces agrias» y mueren los ruidos –«el grito comenzó lenta agonía»– (estrofa 1), la paz puede ocupar ahora un lugar.

El «Gloria» insinuado en la estrofa 2, canta y alaba a Dios en lo alto; y continúa, en el coro angélico, con la consecuencia de la venida del Hijo de Dios al mundo, revestido de nuestra carne: «Y en la tierra, paz a los hombres amados por Él» (Lc 2,14).

La alegría

Es casi una consecuencia lógica de la paz de que hablábamos en líneas anteriores. Esta alegría se expresará en el nacimiento «del canto» (estrofa 1), del canto y la música (cf. 2) y de estrellas que «danzan, saltarinas y gozosas» (estrofa 3).

A un mundo sumido en tristeza y ceguera se le devuelve la paz y la alegría, porque fue sacado de la esclavitud a la que lo tenían sometido sus pecados y miserias.

La esperanza

Todo el Adviento previo a la Navidad nos tensionó, esperanzados, hacia la primera Venida de Jesucristo. Ahora, en los tiempos cristianos que cantan este

Himno, volvemos a avivar nuestra esperanza hacia el segundo Adviento, que nos preparará para la segunda y definitiva Venida del Señor; no ya en la humildad de la carne, sino en el esplendor glorioso de su victoria pascual, triunfo de la luz sobre la oscuridad de los sepulcros.

Hoy «la esperanza de los justos fue cumplida» (estrofa 6) y ya no debemos esperar, simplemente porque «el Esperado» llegó.

Es verdad que –como dije antes– vivimos otra esperanza, basada en la promesa de que el mismo que vino y que vimos ascender al Padre, volverá (cf. Hch 1,11).

Epifanía, el bautismo de Jesús y las bodas de Caná

La Epifanía (el 6 de enero) y la fiesta del Bautismo del Señor (celebrado el primer Domingo después del 6 de enero), las vemos como cosa normal que sean citadas en la estrofa 5 del Himno: «Las aguas del bautismo en el Jordán (...) y la Epifanía, fueron lucesmadre, luminosas, donde el ciego nacería a nueva vida». Pero puede extrañarnos ver citadas a «las bodas de Caná», acontecimiento en el que un Jesús, ya adulto, realiza su primer milagro. ¿Qué tiene que ver esto con el «Tiempo navideño» de nuestro Himno?

Para que puedan ubicar esta temática, remito a los lectores a la Antífona del Canto de Zacarías, en los Laudes de la Fiesta de la Epifanía:

«Hoy la Iglesia se ha unido a su celestial Esposo, porque en el Jordán, Cristo ha lavado los pecados de

ella [Bautismo]; los magos acuden con regalos a las bodas del Rey [Epifanía], y los invitados se alegran por el agua convertida en vino [Bodas de Caná].

Las tres –Bautismo, Epifanía y Bodas de Caná– son «epifanías», manifestaciones luminosas de la divinidad que se muestra en la humanidad de Jesús y en su Historia de salvación.

Y estas «manifestaciones» deben exhibirse tal y como la manifestación navideña en el portal de Belén mostró al mundo –con gran esplendor– la realidad de Cristo como Luz de todos los pueblos.

«PERSONAJES» QUE APARECEN EN ESTE HIMNO

Son varios, y haremos una breve cita de los mismos:

La Virgen María

Ante la visita de los ángeles –como otras veces también lo haría– «María conservaba estas cosas y las guardaba en su corazón» (Lc 2,19) (cf. estrofa 4).

Los ángeles

«Mil ángeles entonan: ‘¡Gloria a Dios!’ » (estrofa 2) (cf. Lc 2,9-15).

Los pastores

Son testigos del Nacimiento de Jesús. Obedecen a la voz de los ángeles y se dirigen al pesebre (cf. Lc 2,15-20).

Nuestro Himno canta que «quedaron los pastores admirados, envueltos por el canto de los cielos» (estrofa 2).

CADA UNO DE NOSOTROS

No tenemos que sentirnos extraños a los acontecimientos históricos que tocan tanto a Jesucristo como a nosotros.

¿No seremos, en algo..., los pastores, los magos venidos de Oriente, los ciegos que dejaron sus bastones blancos?

¿No figuramos en el Himno, donde cada uno puede decir: «*Aprendí a caminar, ¡qué dulce dicha!, / aprendí a deletrear la Buena Nueva...*» (estrofa 7)?

¿No vivimos, acaso, «*una larga y dura espera*» (estrofa 7)?

¿El Espíritu Santo, que nadie sabe ni de dónde viene ni a dónde va (cf. Jn 3,8), no nos moverá, empujará e inspirará, como «amor fecundo» que es? (cf. estrofa 8).

CONCLUSIÓN

Sin dar saltos acomodaticios e indebidos, creo que debemos creer y saber que tenemos un lugar y un protagonismo en la Historia de la salvación.

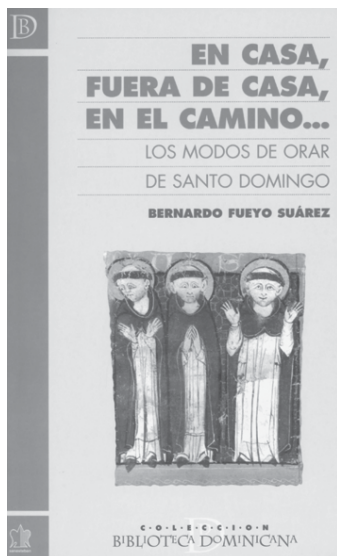
Es verdad que María, los pastores, los magos, las bodas de Caná y tantas otras personas y realidades no fueron vividas por mí, pero... ¿no tienen nada que ver con mi vida...? Si así fuera, cantaríamos un Himno

sobre «hechos del pasado», sin hacer una adecuada traducción de los mismos a nuestra actualidad.

Hagamos «memorial» del pasado, trayéndolo a nuestra Historia presente... ¡y hagamos lo mismo –en clave de esperanzada profecía– con el futuro que el Señor está construyendo en cada uno de nosotros.

Si «aprendí a deletrear la Buena Nueva» (estrofa 7), descubrí no sólo «qué dice» el Evangelio, sino «qué nos dice y qué me dice»...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)



**EN CASA, FUERA DE CASA,
EN EL CAMINO...**

BERNARDO FUEYO

Páginas: 232 Precio: 20,00 €

Se describe las formas y gestos que Domingo usaba en la oración.

Muy acorde con la búsqueda de nuevas expresiones de orar

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

TESTIGOS

El Padre Vicente Lebbe: Heroico abanderado de la evangelización en China

(2.^a PARTE: SU APOSTOLADO)

En la primera parte de nuestro estudio sobre el P. Vicente Lebbe expusimos una síntesis de su biografía y hablamos de la importancia que tuvo China en su vida. En esta segunda parte trataremos sobre las etapas de su apostolado.

1^a ETAPA: «PREDICA A TIEMPO Y A DESTIEMPO»

Si es difícil hacer una síntesis de la vida del P. Lebbe, podemos decir que en gran parte es por su extraordinario «currículo pastoral». Él vivió exclusivamente para la acción misionera. Con la actividad pastoral su vista mejoró, aunque no sus dolores de cabeza, que no menoscabaron su trabajo apostólico.

A pie, a caballo y en bicicleta

No fue nada fácil el trabajo evangelizador del P. Lebbe en las dilatadas extensiones de sus parroquias chinas, sin apenas medios de transporte. La bicicleta, *–su fiel compañera–*, al final se impuso a otros medios de transporte hasta los últimos años de su vida. A este primer y elemental problema para visitar a su feligre-

sía, se añadía que los cristianos y catecúmenos chinos apenas eran una minoría insignificante dentro de una numerosa población pagana, que encima no veía con buenos ojos a los cristianos por considerarlos afines a las potencias colonizadoras extranjeras. En contraposición de este ambiente nada favorable para el trabajo evangelizador, el P. Lebbe tuvo el gran consuelo de oír con qué fortaleza habían sufrido el martirio un grupo de humildes y desconocidos cristianos chinos.

Como era de esperar, su entrega generosa produjo el fruto de numerosas conversiones: «*los cristianos se multiplican de modo maravilloso*», de tal manera que hasta Monseñor Jarlin, que no acabó de entender la pastoral del P. Lebbe, llegó a afirmar *que era un nuevo San Francisco Javier*. Se multiplican los centros catecúmenales y se levantan nuevas iglesias, en donde sustituye la bandera francesa que ondea en sus torres por la china; cosa que le añadió nuevos problemas en su relación con otros misioneros europeos.

Después de estos prometedores comienzos el P. Lebbe se plantea el siguiente paso, que casi siempre ha acompañado a la acción evangelizadora: *la creación de centros de enseñanza que promocionen a los chinos de sus parroquias*. Este proyecto supondrá nuevas dificultades con aquellos que sólo querían una pastoral de catequesis sacramentaria y proselitista.

Tientsin

Pronto pasa su etapa de aprendizaje en las pequeñas poblaciones del campo, y el P. Lebbe es destinado a una de las grandes ciudades del norte de China,

Tientsin, que con una población de dos millones de habitantes, sólo tenía cinco mil cristianos, no muy entusiastas. Esta situación no desanima al P. Lebbe, sino más bien constituye un acicate. Con su coleta y sus vestidos chinos se presenta a las autoridades hablando en correcto mandarín.

Nada más llegar a Tientsin pone todo su entusiasmo por contactar y acercarse a los habitantes de la ciudad: relación amistosa y respetuosa con las autoridades, catequesis en las comunidades cristianas, organización de comités de laicos cristianos para la acción pastoral, y, sobre todo, mucha caridad y amor con todos. A través del P. Lebbe, *«la Iglesia católica se constituyó en la primera institución religiosa, y aparecía donde hubiese desdichados que socorrer o querellas que pacificar»*. La actividad del P. Lebbe es incansable y agotadora.

El P. Lebbe no pone límites a su acción evangelizadora: construcción de salas de conferencias, creación de instituciones laicas en consonancia con la Acción Católica, promoción de catequistas, creación de centros educativos... Tan generosa entrega repercute en la multiplicación de conversos al cristianismo.

Se esfuerza cada vez más en asimilar las costumbres chinas que le faciliten el encuentro con todos. Se implica y colabora en la resolución de todos los problemas de la ciudad. Una gran sorpresa para la comunidad cristiana y la sociedad civil pagana.

Prensa, escuelas y viaje a Europa

Cualquier medio para su trabajo misionero el P. Lebbe lo pone en marcha de inmediato. Crea una revis-

ta católica que es punto de referencia no sólo para la comunidad cristiana sino para una buena parte de los ciudadanos de Tientsin, e incluso en otras diócesis vecinas. Pero aparecen nuevos contratiempos para nuestro misionero de parte de su Obispo, pues éste no había sido consultado, y prohíbe la lectura de la revista a los cristianos. No obstante, el P. Lebbe nunca apostará por una confrontación con su Obispo; no así su amigo el P. Cotta. El P. Lebbe se retirará con humildad del campo conflictivo facilitando así la supervivencia de la revista.

Sigue perseverando en la creación de centros educativos para promocionar a las gentes más humildes de China. Todo ello, junto con la edición de la revista y otros proyectos que se trae entre manos, necesitan recursos económicos y nuevos misioneros que colaboren en el trabajo inmenso que tiene por delante. Por ello, después de diez años de intenso trabajo misionero, decide viajar a Europa.

En 1913 se reencuentra gozosamente con su familia. Pero el P. Lebbe no viene a Europa en plan de vacaciones, y apenas goza de un descanso que tenía bien merecido. Durante el medio año de su estancia en Europa, con la colaboración de su hermano benedictino, Don Beda, no cesa de viajar, dando conferencias, retiros espirituales, concediendo entrevistas, escribiendo en los periódicos, consiguiendo dinero para poder sostener sus múltiples proyectos, y también logrando contactar con las autoridades eclesásticas de Bélgica y Roma, para tratar de conseguir que el Vaticano estableciera relaciones con China, y nombrara Obispos chinos.

Regresa a China con un balance positivo por haber dado a conocer la vitalidad de las comunidades cristianas chinas por donde quiera que ha pasado, pero sobre todo por las relaciones que ha establecido con Roma.

2ª ETAPA: «TODO LO HAGO POR EL EVANGELIO,
PARA PARTICIPAR EN ÉL»

Vicario General de la Diócesis de Tientsing

Rodeado del prestigio acumulado durante tantos años de dedicación misionera a tiempo completo, y con las fuerzas renovadas después de su estancia en Europa, el Obispo Dumond no tiene otra opción que nombrar al P. Lebbe Vicario General de la Diócesis de Tientsing.

No era difícil adivinar sus planes pastorales, que no podían ser otros, que implicarse de lleno en todos los problemas chinos a la luz del mensaje de salvación del Evangelio. El pueblo chino percibe el amor desinteresado y generoso del P. Lebbe, y las autoridades chinas solicitan su colaboración. Naturalmente, y una vez más, la conversión al cristianismo de los paganos se multiplica allá donde quiera que esté presente el sacrificado misionero. Alguno de sus compañeros, emocionado, dice refiriéndose a él: «*Si hubiese tres misioneros como él, China se convertiría*».

Y de nuevo da un paso más. El 10 de octubre de 1915, sale a la calle la primera edición del diario católico *I Shih Pao* (El Bien Público). Rápidamente adquiere gran difusión llegando a ser el periódico de más prestigio en China del Norte. Por supuesto que

el P. Lebbe encuentra en él una excelente plataforma para comunicar el mensaje cristiano y al mismo tiempo para la defensa del pueblo chino. Naturalmente, el nuevo periódico también tuvo posturas en contra dentro del grupo misionero extranjero.

Conflicto con el Protectorado Francés

Cuando nuestro buen misionero estaba en la cumbre de su actividad apostólica, surge uno de los más graves conflictos y obstáculos que le ocasionará la prepotencia de las autoridades del Protectorado Francés: de una manera ilícita y con engaños quisieron apropiarse de más terreno chino con motivo de la construcción de la nueva catedral y dependencias del obispado.

En el periódico fundado por el P. Lebbe se denuncian los hechos, y él envía una carta personal al Ministro de Francia en Pekín, señalando las graves consecuencias que tendría para todos, incluso para Francia, tal atropello. Al Ministro Francés le sienta muy mal que un simple misionero le intente enmendar la plana, y acude al Obispo con amenazas y chantajes para la misión.

El Obispo Dumond, que no quería complicaciones, manda primero que el diario del P. Lebbe guarde silencio sobre la polémica del abuso de la apropiación de los terrenos, y después se lo impone al P. Lebbe. Pero la conciencia del buen misionero estaba por encima de cualquier mandato, y ante la falta de compromiso en defensa de una reclamación justa y la obediencia a su Obispo, toma la decisión de retirarse del «campo de batalla», no sin antes enviar una valiente y sincera carta al Obispo justificando su postura.

Alejamiento de Tientsing

La suerte estaba echada para el excelente misionero. Los Superiores religiosos reconocen la entrega absoluta del P. Lebbe en su trabajo evangelizador, pero no aceptan de ninguna de las maneras que se implique en los problemas de justicia a favor del pueblo chino, y que menoscabe «las buenas relaciones» con el Protectorado Francés.

Así que empieza una larga peregrinación que cada vez le aleja más de Tientsing, hasta que al fin lo envían a otra diócesis del sur de China a mil quinientos kilómetros de distancia de su amada diócesis, donde había trabajado durante quince años. En todo este doloroso proceso, hasta los Superiores que sin ninguna contemplación van dándole las ordenes de los sucesivos destinos, quedan impresionados del espíritu de humildad y de obediencia que manifiesta el P. Lebbe. Pero esa obediencia no implica de ninguna de las maneras la renuncia a sus ideas: *«El P. Lebbe dócil cuando se trata de su persona, es intransigente cuando halla comprometida la verdad»*.

Lo que no puede impedir el P. Lebbe es que la defensa de su causa y de su persona sean asumidas por sus fieles y amigos de Tientsing, encabezados por el P. Cotta, que no serán tan dóciles como nuestro misionero, acudiendo con sus reclamaciones y denuncias hasta Roma. Lo cual causará al P. Cotta serios problemas con la jerarquía extranjera que regía las misiones chinas y que también afectará al P. Lebbe.

Mientras tanto el P. Lebbe sale purificado de estas fuertes pruebas, y en cualquiera de sus destinos revi-

taliza las comunidades cristianas trabajando sin descanso. Tampoco pierde de vista los problemas de Tientsing donde el P. Cotta pone en juego su tranquilidad en favor de su amigo. Ambos tendrán que apoyarse, aunque el P. Cotta al final tendrá que abandonar China y marchar a Norte América.

3ª ETAPA: «SI EVANGELIZO, NO ES PARA MÍ MOTIVO DE GLORIA, SINO PORQUE SE ME IMPONE COMO UNA NECESIDAD»

Estamos en 1920, cuando ya ha terminado la primera guerra mundial, lo que facilita la emigración de estudiantes chinos a Francia, que encuentran facilidades para sus estudios en la Federación Franco-China, asociación de izquierdas, anticlerical, y con una clara oposición a la presencia de misioneros extranjeros en China. Al P. Lebbe le preocupa que la mayor parte de los futuros dirigentes chinos sean formados en esta mentalidad.

Por otra parte, en relación a los conflictos que ha sufrido por su trabajo misionero, habían llegado a Roma informes a favor y en contra. Cree que su presencia en Roma es necesaria para hablar con las amistades jerárquicas que tanta comprensión y aceptación le mostraron en el anterior viaje.

Estudiantes chinos

Debido a algunas informaciones negativas y tendenciosas enviadas desde China, su llegada a París en 1920 no es acogida con mucho entusiasmo por parte

de algunos miembros de su Congregación Lazarista. Incluso las autoridades francesas, por influencia del cónsul chino, lo quieren echar. Gracias a Monseñor Guebriant esto no sucede, y el P. Lebbe se pone manos a la obra con la eficacia y generosidad de siempre. Organiza a los estudiantes chinos de Francia, que en gran parte habían sido absorbidos por la izquierda anticlerical.

El gran problema que se le presenta es el económico: ¿cómo dar de comer, pagar estudios y buscar empleo para doscientos estudiantes chinos? Se mueve incansablemente entre Francia y Bélgica. Da conferencias, escribe cartas, publica artículos, busca amistades, crea asociaciones, compromete a familias y a instituciones parroquiales para acoger en sus casas a jóvenes chinos...; vive austeramente y duerme muy poco, casi siempre mientras viaja.

Ni que decir tiene que pronto recoge los frutos con hermosas y llamativas conversiones de estudiantes chinos, aunque no deja de tener contratiempos con algunos estudiantes poco agradecidos y con algunos falsos conversos. Pero ni siquiera en esas circunstancias pierde el ánimo nuestro apóstol. En 1923 funda en París la Asociación Católica de la Juventud China.

Encíclica. Ordenación de Obispos chinos

Un año antes de regresar de China, el Papa Benedicto XV había publicado la Encíclica Misionera, *Maximum illud*, en donde se recogían las ideas del P. Cotta y el P. Lebbe, sobre todo acerca de la necesidad de que el clero nativo asumiera las responsabilidades de la

Iglesia de su país. Esto supuso un soplo de ánimo para ellos, pero una buena parte de los misioneros que trabajaban en China reaccionaron sin entusiasmo, diluyendo los contenidos de la Encíclica.

La segunda tarea que tenía que realizar en Europa era ir a Roma para acelerar, si fuera posible, el nombramiento de Obispos chinos, pero una vez más tropieza con los obstáculos de los Superiores que no desean que vaya a Roma. El P. Lebbe no se rinde tan fácilmente, y bajo el amparo del prestigioso Cardenal Mercier, consigue el permiso de ir a conversar con el cardenal Van Rossum, Prefecto de la Congregación de Propaganda de la Fe, y una entrañable audiencia con el Papa, que le confirman en todos sus proyectos misioneros.

Del cardenal Van Rossum, recoge uno de los mejores elogios a su actitud humilde durante las diferentes pruebas que había sufrido: *«Su obediencia es la que ha salvado todo, ya que no hubiésemos podido apoyar con nuestra autoridad la tesis de un sacerdote cuya conducta no hubiera sido enteramente ejemplar. Repito que deseo expresarle toda mi gratitud por haber tenido fe suficiente en la obediencia, incluso en aquellos momentos difíciles en los que, humanamente considerado, parecía que acatando la obediencia todo se hallaba comprometido. Dios le ha bendecido por ello»*.

Por fin, el 28 de Octubre de 1926, el Papa Pío XI ordena a los seis candidatos chinos que el P. Lebbe había dado como posibles Obispos. Envuelto en lágrimas, el P. Lebbe asiste a la ceremonia. A mediodía preside la comida con los seis Obispos ordenados. Monseñor Chao, recién ordenado, dice: *«Sin el P. Lebbe no hubiésemos llegado a Obispos»*.

Regreso a China

Una vez culminada con éxito su tarea en Roma, el P. Lebbe se dispone a regresar a su querida China. Antes de partir junto con el abate Boland, funda la Sociedad de las Auxiliares de las Misiones y Auxiliares Laicas de las Misiones que luego se transformarían en «Auxiliares Femeninas Internacionales Católicas».

El año 1927 se incorpora a una pequeña diócesis rural a cuyo frente está un Obispo chino: Monseñor Sun. En el viaje, camino de su destino, es recibido con entusiasmo por las comunidades cristianas, en contraposición con los prejuicios y prevenciones que siguen teniendo hacia él los Obispos y misioneros extranjeros.

La bicicleta sigue siendo su fiel acompañante, aunque con cincuenta años y la dureza de vida que ha llevado, el cuerpo no es el mismo que en sus años jóvenes. Lo que no ha perdido es su capacidad organizativa y su entusiasmo evangelizador. Crea la Acción Católica, da conferencias, retiros, organiza representaciones teatrales..., y los Obispos chinos le empiezan a requerir para colaborar en sus diócesis. Por supuesto, una vez más la presencia del P. Lebbe, con su entusiasta palabra, atrae a la fe cristiana a muchos paganos chinos.

Alrededor del P. Lebbe y entre sus colaboradores, empieza a surgir la necesidad y el deseo de un compromiso más fuerte no sólo de actividad pastoral sino de una vida más entregada a Dios a través del retiro y de la contemplación. El P. Lebbe, con el apoyo del obispo Sun, crea el Monasterio de las Bienaventuran-

zas el 16 de diciembre de 1928 con quince novicios, que se conocerán con el nombre de «Hermanos Menores de San Juan Bautista». La nueva congregación vive en comunidad con una rígida regla trapense donde se cultiva una gran austeridad, trabajo de todo tipo, un profundo silencio, y una permanente oración... Pero no vive encerrada en sí misma, sino que se implica también en la acción misionera y catequética, colaborando en la promoción del campesinado pobre. La radicalidad de la vida del P. Lebbe quedó reflejada en este nuevo grupo de monjes.

Poco antes que el grupo de los monjes, y a insinuación también de su Obispo, había reunido un grupo de jóvenes chinas que, bajo el título de «Hermanas de Santa Teresa del Niño Jesús» (Teresianas), y con un proyecto similar al de los trapenses chinos, empiezan a desarrollar un eficaz trabajo en la diócesis. La radicalidad del P. Lebbe, se puede recoger en una frase que le dice a una joven francesa que había venido para ingresar en las teresianas chinas: *«No quiero buenas religiosas; quiero santas. Hay demasiadas buenas religiosas: son un estorbo para la Iglesia. Aquí, es preciso convertirse en santa. Si no está dispuesta a esto regrese a Europa»*. La joven agrega, que el P. Lebbe: *«Solo habla de renuncia, caridad, gozo y sufrimientos»*.

A pesar de todos estos logros, subsiste la animadversión contra él, sobre todo dentro de su Congregación. Así que, aconsejado por sus amigos, solicita la salida de la congregación de los Lazaristas, que fácilmente le fue concedida. El día de Navidad de 1933, pronuncia los votos solemnes delante del Obispo Sun, para ingresar en los trapenses que él mismo había fun-

dado. A los pocos días, Roma lo nombra primer Superior de los Hermanos Menores de San Juan Bautista.

Desafortunadamente surge el mayor obstáculo, que en buena parte trastocará sus planes misioneros: las sucesivas guerras que China sufrirá en esos años con las terribles consecuencias que suelen traer. En 1927, la guerra civil será el embrión de la que encabezará años después Mao, dando origen al actual estado comunista chino. Entre estas dos guerras civiles estaría la invasión de Japón en 1931, en donde el P. Lebbe tendrá un protagonismo especial por su patriotismo chino, ofreciendo el servicio de «un ejército de camilleros», como hemos indicado anteriormente. En 1940, ya con la salud muy quebrantada, cae prisionero de los comunistas chinos, que lo liberan ya en estado terminal. Fallece el 24 de junio de 1940.

En la última parte de nuestro estudio sobre el P. Vicente Lebbe hablaremos de su profunda vida espiritual.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

ESCUELA DE VIDA

Homilías sobre la creación en seis días: la creación de las aves

Los animales terrestres, las aves y los peces,
1ª parte¹

«Y dice Dios: “Que la tierra produzca un alma viva según cada especie: cuadrúpedos, reptiles y animales salvajes según su especie. Y así fue» (Gn 1,24).

El orden divino sigue su proceso y la tierra se recubre del ornato que le es propio. Antes Dios había dicho: *«Que las aguas produzcan reptiles vivos» (Gn 1,20).* Ahora: *«Que la tierra produzca un alma viva» (Gn 1,24).*

EL ALMA DE LOS ANIMALES Y EL ALMA HUMANA

¿Para qué produce la tierra un alma viva? Para que aprendas la diferencia que hay entre el alma de un animal y el alma humana. En otra ocasión sabrás cómo fue formada el alma humana, escucha ahora lo que se refiere al alma de los animales.

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélie sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949, pp. 429; 435-437; 439-447; 469-471; 447-453; 473. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original y otras las hemos cambiado de lugar.

Según las Escrituras, «*el alma de todo animal es su sangre*» (Lv 17,11; Dt 12,23). Sin embargo, cuando la sangre se espesa, se transforma naturalmente en carne, y una vez que se corrompe la carne se hace tierra: así de terrestre es el alma de los animales.

«*Que la tierra produzca pues un alma viva*».

Ves así la afinidad del alma con la sangre, de la sangre con la carne, y de la carne con la tierra y, volviendo por las mismas etapas, regresa de la tierra a la carne, de la carne a la sangre, y de la sangre al alma. Así reconocerás que el alma de los animales no es más que tierra. No creas pues que ella haya existido antes que la sustancia de su cuerpo, ni que ella subsista tras la descomposición de su carne.

Huye de las necedades de esos filósofos arrogantes que no se avergüenzan poniendo en completa igualdad sus almas y las de los perros, y que, además, pretenden haber sido en el pasado mujeres, arbustos y peces del mar. Que ellos hayan sido peces, no sabría, por mi parte, asegurarlo. Pero que escribiendo esas tonterías, se han mostrado más insensatos que los peces, estoy dispuesto a defenderlo con todas mis fuerzas.

¿POR QUÉ LAS AVES ESTÁN ASOCIADAS A LOS PECES?

Dicen las Escrituras: «*Que las aguas produzcan reptiles dotados de almas vivas, según su género, y aves que vivan sobre la tierra, en el firmamento celeste, según su género*» (Gn 1,20).

¿Por qué Dios también ha sacado de las aguas a los seres alados, para llamarles a la vida? ¿Existe algún

tipo de parentesco entre lo que vuela y lo que nada? En efecto, de igual forma que los peces, para moverse en el agua, se proyectan hacia adelante con el movimiento de sus aletas, y pueden cambiar de dirección o ir en línea recta gracias a la movilidad de su cola, del mismo modo podemos ver a las aves nadar con sus alas a través de los aires.

Por eso, teniendo una misma característica propia, que es la de nadar, coinciden en su origen acuático. Sin embargo, no hay ningún ave que no tenga pies, pues ellas encuentran su alimento sobre la tierra, y, por ello, todas los necesitan. Las rapaces han recibido, para la caza, las agudas puntas de sus garras. A las otras aves, para poder procurarse alimento y guiarse en la vida, también había necesariamente que dotarlas de pies.

Algunas, sin embargo, tienen pies atrofiados, que las hacen torpes para caminar y cazar: se trata de las golondrinas y de los pájaros llamados «vencejos». Ellos encuentran en los aires el alimento que les es necesario. Por otra parte, la golondrina vuela tan cerca de la tierra, que suple con ello la debilidad de sus pies.

LOS DIFERENTES TIPOS DE AVES

Pero hay también innumerables diferencias entre las aves: quien quiera estudiarlo con detalle, como hemos intentado hacerlo con los peces, encontrará que en las aves hay también infinidad de diferencias de tamaños, formas y colores. Y que en sus vidas, en sus maneras de ser y en sus costumbres, hay una inexplicable variedad.

Por ello, algunos han buscado nuevos términos cuya singularidad y extrañeza fuesen como marcas distintivas donde se reconozca el carácter particular de cada especie. Así, han nombrado a éstos: «*schizópteros*» (es decir, cuyas alas están cubiertas de plumas separadas), como las águilas; a aquellos: «*dermópteros*» (es decir, cuyas alas están formadas por una membrana de piel), como los murciélagos; a otros: «*ptilotos*» (es decir, cuyas alas están formadas por una membrana seca), como las avispas; a otros: «*coleópteros*» (es decir, cuyas alas están encerradas bajo una cubierta), como los escarabajos y todos los insectos que, nacidos en estuches o vainas, tienen, una vez rota esta envoltura, la libertad de volar.

Pero a nosotros nos es suficiente usar el lenguaje común para indicar el carácter particular de los géneros y distinguir, como hacen las Escrituras, las aves puras de las aves impuras.

DIFERENTES CARACTERÍSTICAS Y COSTUMBRES

Una es la especie de las aves carnívoras, cuya constitución corresponde a su modo de vida: uñas afiladas, pico curvado y aleteo rápido, que permite a la rapaz atrapar rápidamente a su presa y desgarrarla para comérsela. Otra es la constitución de los pájaros que picotean los granos. Otra, además, la de los pájaros que comen todo lo que encuentran.

Entre las aves, las diferencias son numerosísimas. Unas viven en bandadas, aunque éste no es el caso de las rapaces, que ignoran lo que es la vida en común, a

excepción de la vida en pareja. Pero hay muchas otras que prefieren la vida en grupo, como las palomas, las grullas, los estorninos y los arrendajos.

Entre las aves pueden distinguirse las que no tienen jefes y viven, en cierto modo, autónomamente, y las que aceptan someterse a un amo, como hacen las grullas. Además, he aquí otra diferencia: unas son sedentarias y lugareñas mientras que otras tienen la costumbre de irse lejos, de tal forma que emigran generalmente cuando llega el invierno.

La mayor parte de las aves se amansan y se hacen familiares al criarlas. Aunque es preciso exceptuar aquellas aves indefensas que, por un exceso de miedo y timidez, no soportan la turbación que les produce el contacto habitual de nuestra mano. Pero hay pájaros que se sienten a gusto entre las personas y que aceptan compartir sus moradas. Otros aman las montañas y otros los desiertos.

También su canto es muy diferente. Así, unos pájaros son parlanchines y otros silenciosos. Unas especies son hábiles para cantar y disponen de un variado registro; otras, sin embargo, no tienen ese don, siendo incapaces de cantar. Unas tienen la habilidad de imitar a otras, ya sea por un don de la naturaleza, ya sea por haber sido entrenadas; y otras emiten sonidos uniformes y sin variedad.

El gallo es orgulloso y el pavo está encantado con su belleza. Las palomas, tan libertinas como las gallinas, siempre están dispuestas a emparejarse. La perdiz es pérfida y envidiosa, ofreciendo su maligna ayuda a los cazadores para que capturen a sus presas.

Innumerables, habíamos dicho, son también las diferencias que se manifiestan en su manera de ser y en su vida. Entre estos seres irracionales, algunos viven en sociedad, de tal forma que su vida social hace converger hacia un fin común la actividad de cada individuo, como más adelante veremos en las abejas.

LOS INSECTOS

Contempla esos seres alados que llamamos «insectos», como las abejas y las avispas, por ejemplo. Se les llama así porque, en efecto, presentan por todo el cuerpo una especie de incisiones. Piensa que no tienen ni respiración, ni pulmones, sino que se nutren de aire por todo su cuerpo. Por ello, si les cubrimos de aceite, mueren, pues sus poros quedan tapados. Pero si les rociamos con vinagre, ellos recobran la vida, al reabrirse estos conductos.

Dios no ha creado nada con demasiadas necesidades, ni tampoco nada que no le baste con lo necesario.

LAS ABEJAS

Como abejas viven unidas, toman juntas el vuelo y tienen el mismo trabajo. Lo más extraordinario es que todas ellas emprenden su tarea bajo la dirección de un rey o comandante, y no quieren adentrarse en los prados antes de ver al rey volar en cabeza.

Sin embargo, su rey no es elegido por votación, pues a menudo el pueblo, falto de buen discernimiento, vota al menos apto para este puesto. Tampoco obtie-

ne el rey su poner por la suerte, pues los hechos fortuitos son ciegos y a menudo entregan el Imperio al peor de todos. Ni es un derecho hereditario lo que le hace acceder al trono, pues ocurre también que la mayoría de la veces los herederos a los tronos no tienen ni educación ni virtud, pues son mimados por la blandura y el halago.

Por el contrario, el rey de las abejas tiene la primacía sobre todas ellas por naturaleza, pues éste destaca por su tamaño, su aspecto y la dulzura de su carácter. Ciertamente, el rey tiene un aguijón, pero no lo usa para defenderse. Vemos así cómo las leyes de la naturaleza –leyes no escritas– quieren que aquellos que llegan a ocupar el poder supremo sean lentos en castigar. Pero las abejas que no siguen este ejemplo del rey, se arrepienten rápidamente de su imprudencia, pues mueren por un golpe de su aguijón. ¡Que los cristianos escuchen, ellos que han recibido el mandamiento de no devolver mal por mal sino de vencer el mal a fuerza de bien! (cf. Rm 12,17-21).

Contempla y procura imitar cómo la abeja construye su colmena sin perjudicar a nadie ni echar a perder un fruto ajeno, pues podemos ver que la cera la recoge de las flores. En cuanto a la miel, ese líquido extendido como el rocío sobre las flores, lo aspira con la boca y lo deposita en las celdillas del panal. Por eso es primeramente líquido, y luego, con el tiempo, se espesa y adquiere la consistencia y el sabor que le son propios.

Las alabanzas que la abeja recibe en el *Libro de los Proverbios* son bellas y adecuadas. En él es llamada

«sabia» y «laboriosa» (cf. Pro 6,8). Así como se pone a recoger lo que será nuestro alimento, como dice el texto: «*el fruto de su trabajo los reyes y sus súbditos lo usan para su salud*» (Pro 6,8), así también se pone a modelar los recipientes de la miel, pues ella extiende la cera formando una ligera membrana con la que construye unas celdillas juntas y contiguas. En efecto, cada celda sostiene a la siguiente por este pequeño tabique, que sirve a la vez de separación y de nexo. La abeja hace esto tan bien, que sus pequeñas casillas, estrechamente pegadas las unas a las otras, aseguran la solidez de toda la obra. Luego, en dos o tres pisos, las cavidades se elevan las unas sobre las otras. Pues la abeja evita hacer una sola celda continua para que el líquido, arrastrado por su propio peso, no se extienda por fuera.

Observa también cómo la sapientísima abeja utiliza los descubrimientos en geometría. Pues las cavidades preparadas en el panal, formando todas ellas hexágonos regulares, no reposan directamente las unas sobre las otras, con el peligro que ello acarrearía de que ceda el fondo de las celdas vacías, sino que los ángulos inferiores sirven de base y sostén de los hexágonos colocados encima, para que puedan sustentar con toda seguridad su carga y, así, el líquido confiado a cada celda esté bien guardado.

EL GUSANO DE SEDA Y LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

Vosotros que rechazáis creer a san Pablo cuando os habla del cambio que producirá la resurrección de

los cuerpos (cf. 1 Cor 15,35-50), ¿qué decís al ver tantos insectos aéreos transformarse?

Así se dice del gusano de las Indias cuyo cuerpo tiene cuernos. Primeramente se transforma en oruga. Después pasa a ser una larva. Pero no se queda en esa forma, sino que a continuación toma unas blandas y anchas alas. Cuando vosotras, mujeres, os sentáis para devanar su trabajo, me refiero a los hilos que os envían los chinos para confeccionar vestidos de seda, acordaos de las transformaciones de este insecto y meditaos sobre la resurrección, y no rechazéis la fe en lo que san Pablo nos promete a todos.



ENCARNACIÓN CONTINUADA

JESÚS ESPEJA

Páginas: 252

Precio: 20 €

La reflexión teológica, empeño por comprender mejor la fe cristiana que nunca se da fuera de la historia, tampoco puede abstraer del tiempo tal como lo percibe quien hace la reflexión. En mi caso, el cambio cultural ha sido tan amplio, tan complejo y tan alborotado, que la primera reacción es callar. Pero los cuestionamientos de la propia fe cristiana vienen desde distintos flancos, y uno se ve confrontado sin remedio a la nueva situación cultural que está emergiendo.



www.sanestebaneditorial.com

Bibliografía

JAUME PUJOL I BARDOLET, *Hacia el futuro de la vida consagrada. "Vino nuevo en odres nuevos" (Mt 9, 17)* Editorial San Pablo, Madrid 2008, 249 pp.

Ante la escasez de vocaciones la pregunta por el futuro de la vida religiosa es hoy más acuciante, aunque esa pregunta resulta siempre pertinente, independientemente de las circunstancias históricas por la que atravesase ese elemento esencial de la vida de la Iglesia. El autor de este libro califica la situación actual de «nuevo kairós», en el que parece oportuno y un signo de los tiempos la participación de los laicos a la hora de perfilar el futuro de la vida consagrada. La pretensión de estas reflexiones no es otra que la de facilitar el camino hacia el futuro de la vida consagrada. No obstante, el autor reconoce la dificultad de formular lo que hay que hacer para conseguir un buen futuro en la vida consagrada, aunque considera más acertado orientarse hacia lo que hay que ser. Respecto a lo que hay que hacer bastaría con elaborar un programa de actividades o de estructuras, mientras que el ser requiere un proyecto adecuado de vida que nos oriente hacia la conversión, atendiendo a los tres aspectos siguientes: 1) Caminar desde Jesús; 2) caminar con Jesús; y 3) caminar hacia Jesús.

Sus reflexiones comienzan con un análisis de la situación actual, con el objetivo de diseñar el perfil del nuevo modelo de las instituciones religiosas. Luego se

trata el tema de la misión del cristiano en el mundo. También se reflexiona sobre los retos que plantea la globalización a la educación de la fe, sobre la vida religiosa en el contexto actual, la fidelidad al fundador, la integración de los jóvenes consagrados en las comunidades religiosas, la maduración afectiva de los religiosos, el envejecimiento en la vida consagrada, etc.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

WILLIAM M. THOMPSON, *Fuego y Luz: Mística y Teología*. Editorial de Espiritualidad, Madrid 2009, 173 pp.

William M. Thompson es profesor de Teología Sistemática en la Universidad de Duquesne (Pittsburg). Su obra, *Fuego y luz* tiene como fin principal ayudarnos a superar la dicotomía que a veces podemos encontrar entre espiritualidad y teología. Nos muestra cómo ambas son como una mezcla de fuego y de luz en la cual la una y la otra se sienten atraídas y se buscan.

Nuestro autor considera que las experiencias y los escritos de los santos constituyen una fuente teológica, e incluso doctrinal, para la Iglesia. Recoge, por ejemplo, los escritos de santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz, santa Teresa de Lisieux y san Francisco Javier. Como nos dice su autor en la Introducción: «Se trata de un estudio “hermenéutico”, en el sentido de que la teología es el arte de interpretar y asumir experiencias cristianas y textos cristianos» (p. 11). Tomando como base la tradición de la Iglesia desde una mirada actual de la teología, el autor fundamenta su estudio en una copiosa bibliografía de teólogos ortodoxos y católicos, tanto medievales como contemporáneos.

Fuego y Luz es un libro cuya lectura no es fácil, pero abre nuestra mirada a un concepto de la santidad más verdadera, ayudándonos a comprenderla mejor teológicamente y de un modo más realista. En resumen, nos invita a reflexionar sobre el pensamiento y la vida de los santos y a mirar con más profundidad el interior de nuestra vida cotidiana.

SOR EUFEMIA PINEDO OCHOA, O.P.
Arequipa (Perú)

TERESA GUARDANS, *La verdad del silencio. Los caminos del asombro*
Editorial Heder, Barcelona 2009, 304 pp.

Ciertamente, este libro tiene un título muy prometedor. Un creyente, amante de la mística, podría esperar de él un buen estudio de la búsqueda de Dios por medio del camino del silencio. Pero se llevará una gran decepción, pues este libro no es de espiritualidad, es de filosofía. Es más, está escrito con un lenguaje muy técnico, para personas introducidas en el mundo del saber filosófico.

Y, sobre todo, en él se intenta despojar a la mística de su carácter religioso, pues se habla de ella, no desde la creencia en Dios, sino como una forma de acceso al «ser» y a la «verdad».

Pero desde el punto de vista filosófico es una buena e interesante obra. Su autora, Teresa Guardans, es filóloga y doctora en Humanidades. Actualmente es profesora en el Centro de Estudio de las Tradiciones Religiosas de Barcelona (CETR). Para desarrollar su estudio se apoya en quien fue su director de tesis, Eugenio Trías, y en Marià Corbí.

Resulta interesante cómo recorre muy diferentes escuelas místicas: Genevève Lanfranchi, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, el Bhagavad Gita, el Maestro Eckhart, Al-Insan al-Kamil, *La nube del no-saber*, Sri Nisardatta Maharaj y Yoka Daishi. Nos dice al respecto Teresa Guardans: “*La selección ofrecida ha consistido en un pequeña muestra sin más ánimo que el hacer patente que es posible acercarse a los maestros religiosos desde la perspectiva de la condición fronteriza y que una aproximación como ésta resulta muy esclarecedora: nos permite situarnos ante unos maestros del conocimiento de sí mismo*” (p. 283).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)

ANSELM GRÜN, *Respóndeme cuando te invoco. Salmos que acompañan mi vida.*

Editorial Verbo Divino, Estella 2009, 179 pp.

El célebre autor benedictino Anselm Grün, autor de numerosas obras en las que suele tratar sobre temas de espiritualidad y psicología, nos habla en esta ocasión sobre los salmos. No se trata de un estudio riguroso y pormenorizado. Grün se limita a compartir con sus lectores lo que algunos salmos le suscitan en su interior. En total nos habla de 41 salmos bastante conocidos. En cada capítulo, tras el texto íntegro del salmo, el autor hace un breve comentario a dicho salmo de una o dos páginas.

Ciertamente, Grün habla como un maestro espiritual, aportando ideas muy interesantes que nos ayudan a encontrar nuevos sentidos a estos textos bíbli-

cos tan usados en la liturgia y en nuestra oración personal. Recordemos que el propio Jesucristo oró con los salmos.

Grün tiene una especial habilidad para llevarnos dentro de nosotros mismos, donde mora Dios. A este respecto, dice el propio autor en la Introducción: «*Los salmos me conducen a los abismos de mi propia alma y ahí ponen al descubierto esas emociones y anhelos que continuamente encuentro en medio del afán de la vida cotidiana. Además, me llevan siempre a la solidaridad con las personas que me rodean*» (p. 11).

Esta obra está pensada para hacer una lectura espiritual, dejando un tiempo para meditar y orar después de cada capítulo. Además, el lenguaje con el que se expresa su autor es muy sencillo y claro, al alcance de todos los públicos.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La viuda despojada y la hija amada

A un antiguo monasterio situado a las afueras de una pequeña ciudad, llegó una mujer que acababa de perder a su marido y a su único hijo en la guerra. La mujer, destrozada, estaba tentada de renegarse contra Dios, pero el sentido común le decía que antes de hacer algo así era mejor hablarlo con alguien. Y la priora del monasterio tenía fama de ser una mujer buena y sabia, por ello acudió a ella. La hicieron entrar en el locutorio y al poco llegó la priora por el otro lado de la reja.

Tras más de dos horas de conversación y llantos, la priora invitó a aquella viuda a quedarse unos días en el monasterio. «Será bueno para todas –le dijo–. Usted podrá meditar tranquilamente y, de paso, nos ayudará en la cocina, que buena falta hace». La viuda se quedó y se incorporó a la vida rutinaria de la comunidad.

La priora le había dicho en aquella conversación del locutorio que debía asumir la muerte y comenzar una nueva vida. No se refería sólo a la muerte de su

hijo y de su marido: también la suya propia, porque ya no era ni madre ni esposa... Había perdido todo, hasta su identidad. Y eso debía asumirlo. Es más, «sería bueno que se lo ofrezcas al Señor», le dijo. Y eso la viuda no podía hacerlo. Aquella guerra le había arrebatado lo que más quería.

Era pleno invierno, la viuda estaba a gusto en el monasterio y la comunidad también estaba a gusto con ella, así que la priora, tras consultarlo con sus hermanas, le ofreció quedarse durante toda la Cuaresma. Y así lo hizo.

Esa Cuaresma vino a predicar un fraile muy mayor, amigo de la priora. La costumbre en el monasterio era que a media mañana el fraile predicase durante una hora y después todos se quedaban otra hora a meditar en la capilla. Así día tras día, desgranando los misterios de la Pasión del Señor, para prepararse para su Resurrección.

La viuda le daba muchas vueltas a aquello de ofrecerle al Señor la muerte de su marido y de su hijo: ¡Quería que nunca hubieran ido a la guerra! ¡Quería que se los devolviesen! Pero poco a poco fue entrando en el misterio del amor de Cristo, de cómo, siendo Dios, se hizo un hombre cualquiera para ofrecer su vida en el tormento de la cruz (cf. Fil 2,7-8): ¡no para Él!, ¡sino por amor a la humanidad!

«¿Pero qué voy a ganar yo o qué va a ganar Dios si le ofrezco mi condición de madre y esposa?... ¿Qué será de mí?», se preguntaba. A mitad de Cuaresma, en una de sus predicaciones, el fraile habló de aquel pasaje en el que Jesús le dice a la multitud: «*El que quiera*

salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará» (Mc 8,35).

Y entonces, de repente, lo entendió: «Ofreciendo a Dios mi vida, renunciando por Él a todo lo que considero que es mío y que constituye mi persona, salvo la esencia de mi vida: mi condición de hija suya». Su corazón dio un vuelco. Desde entonces no era la misma. Ya no se sentía una viuda despojada, sino una hija tiernamente arropada. «¡Soy su hija amada!», se decía interiormente mientras lloraba a lágrima viva arrodillada delante del sagrario.

Pasó la Cuaresma y aquella mujer celebró como nunca la Resurrección del Señor, porque ella también se sentía resucitada. Y llegó el momento de la despedida. La priora le animó a regresar al mundo. Le dijo que todavía le quedaba mucho por delante, que no le costaría encontrar trabajo como cocinera y rehacer su vida.

Y la mujer, al despedirse, le dijo a toda la comunidad: «Como el Resucitado, me voy... pero pronto volveré. Os quiero a todas, hermanas».

La Cuaresma es un tiempo de renunciar y ofrecer. Sólo así se llega a la Pascua con un corazón resucitado.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)

La entrega en Cristo

Hablamos de Cristo, Cabeza de la humanidad, Cabeza de la Iglesia, Señor de vivos y muertos, Señor de todo lo creado, Centro de nuestra fe. Cristo es todo en todos, el Mediador entre Dios y los hombres, el Camino que conduce al Padre: «*Nadie va al Padre sino por mí*» (Jn 14,1-6).

Nuestra relación con Cristo abarca todo el ideal que el Señor puso en nuestras manos con su venida al mundo. La relación de Obispos, sacerdotes, religiosos, laicos y fieles cristianos, con la llamada de Jesús de Nazaret, es total. La relación de Cristo con las personas que abrazaron la vida contemplativa encierra verdaderos sentimientos de fusión que es difícil definir. Esa es la belleza de la ofrenda que va dirigida al cielo y vuelve a la tierra en forma de gracia y amor. Existe, en nuestro mundo de fe, hombres y mujeres que son capaces de vender absolutamente todo por la sencilla razón de que han encontrado ese tesoro escondido del que nos habla el Evangelio. Y nadie se lo puede arrebatar.

Se trata de que «yo» entre en Cristo. Cristo me comparte todo él. Es un alivio grande el hecho de que es Él quien desea envolver mi alma para gozar de su vida, su doctrina, su Evangelio, su mandato, sus milagros, su pasión, su muerte, su resurrección. El Cristo total

quiere compartir conmigo y llama a mi puerta. Y debemos estar atentos para escucharle.

La vida de Jesús de Nazaret ha sido una vida de entrega, gracias al amor que el Hijo profesaba a su Padre. Toda la vida de Cristo, desde el momento de su nacimiento (Encarnación) hasta su muerte: «*Padre, en tus manos entrego mi espíritu*» (Lc 23,46), ha sido una vida de entrega, fidelidad y sacrificio. *Jesús entrega su vida por nosotros y Jesús es entregado por nosotros*. Ambas realidades nos hablan del Hijo, fiel a la voluntad del Padre a favor de nosotros.

La noticia más grande y definitiva, en relación a la entrega de Cristo, es que Dios ha enviado a su Hijo (cf. Mc 1,11) para que fuéramos hijos en el Hijo (filiación adoptiva) (cf. Gal 4,5). El Hijo eterno de Dios «*ha venido en carne*» (1 Jn 4,2); el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros (cf. Jn 1,14.16). El artículo 2º del Credo dice: «*Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor*».

AMOR Y ENTREGA

Cristo representa el amor del Padre hacia nosotros y el amor de él mismo hacia su Padre. Cristo es el amor entregado por el Padre y el amor entregado por él mismo; entrega hasta la muerte. Es ésta una «actitud martirial». Nosotros, en Cristo, somos y nos hemos convertido en el amor del Padre a favor de los hombres:

- a) *Cristo ama al Padre* (cf. Jn 14,30-31). En este sentido, su relación con el Padre lo es todo. Jesús amó; ama siempre, ama a todos y ama de forma especial a los suyos.

- b) *Cristo ama con «pasión»*. Cristo padece el amor. No hay amor sin padecerlo. El amor supone pasión. Amor de pasión es amor de toda la persona, intensamente activo y efectivo, más allá de lo razonable.

Y con relación a nosotros, ¿qué debe ser? Dios busca al hombre en todo momento. Dios busca al hombre en sus alegrías y gozos, pero también Dios busca al hombre en medio de la infidelidad –parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32)–. Es el amor de pasión llevado hasta las últimas consecuencias.

Durante toda su vida, Jesús tuvo la convicción de que su vida era para entregarla, porque eso era algo íntimamente unido a su vocación profunda; y eso se traslucía en la doctrina que enseñaba (Mt 10,39: «*El que halla su vida, la perderá, y el que la perdiere por amor a mí, la hallará*»). Seis veces aparecen en los Evangelios esas palabras en labios de Jesús: Mt 10,39; 16,25; Mc 8,35; Lc 9,24; 17,33 y Jn 12,25).

Jesús vive para entregar su vida. Esa vivencia y decisión, en la persona de Jesús, es como una peregrinación que se dirige al Padre, pasando por todos los hermanos del mundo.

COMPASIÓN DE CRISTO

Cristo sintió compasión: «*Siento compasión de la gente*» (Mt 15,32), compasión ante la viuda de Naín (cf. Lc 7,11-17), compasión ante la hija de Jairo (cf. Mc 5,21-43), compasión ante las muchedumbres que caminaban como ovejas sin pastor (cf. Mc 6,34), compasión

del criado del Centurión (cf. Mt 8,5-13), compasión por la ciudad de Jerusalén (cf. Lc 19,41-44), compasión en la cruz, en el gesto supremo de amor: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). «¿Cuántas veces debo perdonar a mi hermano? ¿Hasta siete veces?» (Mt 18,21).

Amar a nuestros enemigos supone el perdón total (cf. Mt 5,44). Si amar es olvidarse de sí mismo para descansar en la persona amada, perdonar es olvidarse de sí mismo para devolver la amistad al que creemos que nos ha ofendido. Amar es dar, incluso, lo que necesitamos para vivir. Cristo fue un derroche de gracia para nosotros: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20).

CRISTO-AMOR, RELACIÓN CON EL PADRE

Cristo es el amor del Padre: «Tú eres mi Hijo amado» (Mt 17,5). El Hijo es el amor del Padre. Cristo es el amor del Padre que se entrega por nosotros: El Padre entrega a su Hijo. En la tierra, todos entregaron a Jesús de Nazaret (cf. Rm 8,32-33). En la tierra, Jesús se entrega por amor a nosotros.

En su vida, todos entregaron a Jesús

Existe en la vida de Jesús un hecho incuestionable: Jesús pasó su existencia terrena haciendo el bien, curó enfermos, alivió a los tristes, socorrió a los necesitados, se compadeció de los pobres, de los marginados, de los leprosos; incluso resucitó a los muertos.

Jesús expuso una doctrina de amor y compasión. A cambio, ¿qué recibió? La respuesta es elocuente.

Nos lo dice el Evangelio: «*Y mientras comían, tomó el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros*» (Mc 14,22; Mt 26,26-29). «*Uno de vosotros me va a entregar*» (Mt 26,20; Jn 20,21). «*La noche en que iba a ser entregado...*» (2 Cor 11,23-29). Judas entregó a su Señor: «*El que iba a entregarle les dio una señal...*» (Mt 26,48) «*Judas, ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?*» (Lc 22,48).

Los sumos sacerdotes lo entregaron. Pilatos entregó a Jesús al pueblo: «*Soltó al que por motín y homicidio había sido puesto en la cárcel, según le pedían, y entregó a Jesús a la voluntad de ellos*» (Lc 23,26).

Todos le entregamos: unos, físicamente; otros a través de nuestros pecados y nuestras infidelidades. «*El Hijo del Hombre va a ser entregado*» (Mc 9,31). «*El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿Cómo no nos ha de dar con él todas las cosas?*» (Rm 8,32-33). La entrega que sufrió Jesús es una muestra fiel del amor del Hijo al Padre y del amor del Padre al Hijo.

Jesús se entrega por nosotros

– Jesús entregó toda su vida durante su existencia terrena.

– Jesús se entrega a Juan Bautista para ser bautizado: «*Soy yo quien debe ser bautizado por ti, ¿y vienes*

a mí? Pero Jesús le respondió: déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia» (Mt 3,14-15).

– Jesús entrega alimentos (pan y pescado) a los que le seguían (Mt 15,32-39).

– Jesús se entrega sin medida: *«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).* Lo dice bellamente San Pablo: *«Me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20).*

– Jesús entrega su mismo ser: *«El día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó, diciendo: “El que tenga sed que venga a mí y beba”» (Jn 7,37-38).*

– Jesús entrega todo lo que ha recibido del Padre: *«Todo lo que he recibido de mi Padre, os lo he dado a conocer» (Jn 15,15).*

– Jesús se entrega en la Última Cena como comida y bebida: *«Tomando el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros» (Mc 14,22; Mt 26,26-29).*

– Jesús se entrega a su Padre: *«Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42).*

– Jesús se entrega a sus perseguidores en Getsemaní y deja marcharse a sus discípulos: *«¿A quién buscáis?”. “A Jesús Nazareno”. Respondió Jesús: “Si me buscáis a mí, dejad ir a estos”» (Jn 18,7-8).*

– Jesús se entrega a un juicio perverso: *«Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban falsos testimonios contra Jesús para condenarle a muerte» (Mt 26,59).*

– Jesús entrega a su madre a Juan: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, ahí tienes a tu Madre*» (Jn 19,26-27).

– Jesús entrega su espíritu: «*Padre, en tus manos entrego mi espíritu*» (Lc 23,46).

¿QUÉ NOS EVOCA?

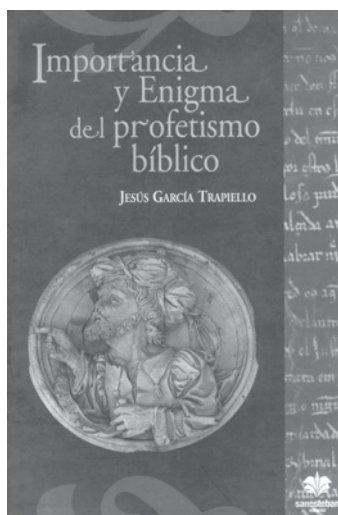
- a) Cristo nos ama padeciendo el amor. El máximo amor de Cristo coincidió con el máximo dolor de Cristo; y esto sucedió en la cruz, con la muerte y la ofrenda de su vida en favor nuestro.
- b) Para que haya entrega hace falta que haya pertenencia. Yo, ¿a quién pertenezco? ¿Tendrá que entregarme otro?
- c) La referencia con la Eucaristía es lo más próximo para nuestro entendimiento. Cristo: amor del Padre, entregado a nosotros «*Éste es el Cuerpo que se entrega por vosotros*» (Lc 22,19). ¿Sentimos el amor de Dios? En la Última Cena la entrega fue real pero mística, fue la entrega eucarística: allí rompió su Cuerpo («*partió el pan*») y repartió su Sangre. La entrega eucarística se sigue realizando continuamente entre nosotros. Es la hora de hacer revivir nuestras Eucaristías.

CONCLUSIÓN

- a) Debemos vivir y reconocer la centralidad de Cristo. Cristo es el Mediador; debemos presentar a Cristo evitando las parcializaciones.

- b) Debemos reproducir la imagen del Hijo; es otra llamada. Si soy hijo, en el Hijo debo reproducir la imagen del Hijo. Se trata de vivir la vida que Cristo me comparte.
- c) Debemos tener la relación de comunión, de ser uno, de ser en él; auténtica comunión en él, con él y con los demás.
- d) La entrega de Cristo a nosotros: «*No hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos*» (Jn 15,13), y nuestra entrega a Cristo debería ser la síntesis perfecta en el misterio de la vida contemplativa.

MONS. JUAN JOSÉ LARRAÑETA, O.P.
Villava (España)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
 editorial

www.sanestebaneditorial.com

El encuentro con Dios: camino de amor

El diálogo con la samaritana

(Jn 4,1-42)

ENTRE JUDEA Y GALILEA

El camino que hay entre Judea y Galilea podía hacerse por el valle del Jordán arriba, lo que resultaba muy incómodo, sobre todo por el calor asfixiante en el valle, o se podía hacer por la montaña, al pie del monte Garizín, aunque para un judío esto resultara aún más incómodo por la presencia de los samaritanos.

Para un judío los samaritanos eran despreciables pues no seguían las costumbres de la Ley, ni las tradiciones. Siglos atrás, Samaría había sido invadida por los asirios quienes impusieron allí, no sólo sus leyes y costumbres, sino también su religión que consistía básicamente en la adoración a cinco dioses o Baales. Consciente de estar en un terreno difícil, Jesús llega a una ciudad de Samaría llamada Sicar, fatigado por el camino se detiene junto al pozo de Jacob para beber y descansar (cf. Jn 4,6).

La humanidad no se encuentra en lo abstracto de una teoría filosófica-metafísica ni en una fórmula físico-química, sino en la persona de carne y hueso. Jesús

se encontrará y hablará con *una mujer*, con ella, la Samaritana, la persona concreta; es a ella a la que tiene algo que decir. La persona no puede ser sino de un determinado lugar (*Samaría*) y de un pueblo y una raza concreta. Y todo transcurre en un tiempo preciso (*mediodía*). Jesús va al encuentro de la persona concreta, de la persona en sí. Viene a nuestro encuentro, te busca a ti y mí, en nuestra historia y en nuestra situación concreta. El «Don» busca al *don*. Jesús quiere encontrarse con ese *don* irrevocable e irrepetible de Dios al que llamamos *persona humana*.

ERA MEDIODÍA

No puedes ser uno más del montón cuando el pueblo es pequeño, allí todos conocen a todos. Así es en el pequeño poblado de Sicar; eran tan escasos sus habitantes, que sus conductas y vidas estaban expuestas a la vista de todos. Allí vivía esta mujer, que había estado con cinco hombres distintos y con el que ahora estaba no era su marido (cf. Jn 4,18), y todo esto es demasiado notorio en una aldea tan pequeña, por eso buscaba hacer una vida escondida, para no ser presa de las críticas y del desprecio.

Su historia ya no tenía vuelta atrás; profundamente sola, había albergado en su corazón una terrible decepción sobre la vida y las personas; y poco a poco, como quien se resigna a lo irremediable, se había abandonado a sí misma, y los demás habían ido dejando de hablar de ella, como quien se resigna ante una enfermedad.

Aquel día salió de su casa –como de costumbre– con su cántaro a buscar agua, a medio día (cf. Jn 4,6),

a la hora en la que puede escapar de las miradas críticas de los que conocen su historia; una larga y penosa historia, tan oscura y tan honda como el pozo al que recurre para saciar la sed. La samaritana era una de esas personas desencantadas de la vida y de lo que ésta le había ofrecido; una de esas típicas personas que suelen ocupar su tiempo en huir de sí mismas, en evadirse, en no pensar demasiado ni cuestionarse a fondo sobre nada, estancada en lo hondo del pozo interior, incapaz de sacar de él cualquier gota de agua fértil que hiciera fructificar su vida y la de los demás... Pero en el brocal del pozo de Jacob le esperaba un encuentro que le cambiaría la vida.

A mediodía la luz del sol es intensa; un calor abrasador cae a plomo al pie del monte Garizín, donde Jacob había construido un pozo siglos atrás, a un kilómetro del pueblo de Sicar (hoy Ascar), en la región de Samaría. Era la hora de la sed. Es una hora desierta, todos buscan refugio para aplacar el intenso calor. Jesús está solo pues los discípulos se fueron a buscar algo para comer (cf. Jn 4,8).

Al mediodía el sol abrasador empuja la sed de una mujer que sale al descubierto en el camino de la vida. Ella sólo sabe de un camino: el que lleva al «pozo», el camino de la decepción de la vida, un camino amargo pues la vida que lleva no la conduce con buenos pasos. Aunque es pleno día, en su corazón es de noche, en su interior no brilla la luz de la dignidad, busca esconderse, no ser alcanzada por la luz de las miradas que ponen en evidencia su drama interior. Pero la Luz de la Verdad la espera junto al brocal.

DAME DE BEBER

La samaritana, al acercarse al pozo ve a un hombre sentado junto al brocal, es un desconocido, no es del pueblo, tal vez es un peregrino de paso hacia Jerusalén. Titubea, no sabe si acercarse, a ella los hombres no tienen nada que decirle, lleva interiormente un gran desencanto con ellos; sin embargo tiene necesidad del agua para sobrevivir, su cántaro está vacío.

Poniendo su mirada en ella, con un gesto amable pero decidido, Jesús le pide de beber (cf. Jn 4,7). ¡Qué impertinencia! Admirada por la pregunta y desconcertada ante este galileo, rompe el silencio: «¡Cómo me pides de beber a mí, que soy samaritana!» (Jn 4,19). La sombra de las rencillas culturales no deja lugar a la luz de lo simplemente humano. Pero aún más, cómo un hombre y extraño se atreve a hablarle; esto empaña aún más su mala fama.

La samaritana se admira de que ese hombre le hable, con lo que eso significa en la cultura de la época. Jesús rompe con la lógica del encuentro. Dios no sabe sino adelantarse y saltar barreras para lograr encontrarse cara a cara con lo que somos, sabe ubicarnos en el *interior* de nuestro propio yo, al desnudo de nuestra existencia. «A esta profunda interioridad retorna [el hombre] cuando entra en su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones (cf. Jr 17,10), y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino»¹.

1. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 14.

Jesús le responde mirando el corazón, porque es allí donde la noche ahoga la luz de la verdad. Ese es el lugar del «don de Dios» (Jn 4,10); el templo sagrado donde moran la conciencia humana y la presencia divina; el corazón es el santuario de la verdad, donde reside la luz que ilumina toda la persona.

Jesús le habla de un camino desconocido para ella: «el don de Dios», un don que, si lo conociera, sus caminos se enderezarían y caminaría más segura, con dignidad, sin esconderse ni dejarse «apedrear» por las críticas. Caminaría en verdad. ¿Cómo vas a sacar agua, Jesús, de este pozo tan profundo? (cf. Jn 4,11). En lo profundo del pozo interior de la samaritana no hay luz, no hay agua; ella siente que no tiene nada que dar –lo había dado todo–, lo había perdido todo cuando se perdió a sí misma.

¿CÓMO TÚ ME PIDES DE BEBER A MÍ?

Ese galileo, que ella en una primera instancia despreciaba ya por el hecho de ser judío, empezó a hablar con ella –tomando la iniciativa, como hace Dios, siempre– y sus palabras resonaban en el interior de la samaritana como los sonidos retumban y penetran en el brocal, hasta lo más hondo.

Primero, para provocarle, le pidió de beber (cf. Jn 4,7), y ella sacó las armas defensivas de lo que la separa culturalmente (cf. Jn 4,9). Dos eran los motivos por los que se sentía totalmente desconcertada: uno, que él era un judío, pues no se tratan con ellos (cf. Jn 4,9), y dos, que él es un hombre y ella una mujer; es decir:

ella, por ser mujer, está en inferioridad –según la conciencia social de esa época– y además él es un Rabino.

Su estupor fue mayor cuando le dijo: «Si conocieras el don de Dios...» (Jn 4,10). Pero, ¿qué dice este hombre? ¿Dios? ¿Dónde está Dios en esta historia? ¿Dónde está? ¿De qué agua viva le habla? Ella sólo sabe que su vida es un pozo vacío de amor y sin esperanza de ser vuelto a la vida. ¡Señor, este pozo es demasiado hondo hasta para ti! ¿Cómo sacarás agua viva de él? (cf. Jn 4,11).

DAME DE ESA AGUA VIVA

Jesús, que conoce como ningún otro el corazón humano, escucha paciente y comprensivamente la larga historia personal de aquella mujer, que se va repitiendo como eco en el pozo. Jesús le habla de una vida nueva, simbolizada en el *don de Dios* y en el *agua viva*, y se presenta él mismo como *agua viva* que sacia toda sed humana y como propuesta de vida nueva.

«Dame de esa agua» (Jn 4,15), le dice ella. La mujer tiene sed real, pero también una sed más honda que la del deseo de agua fresca. Busca el agua de la vida y de la felicidad que ella no tiene, y que desea irremediabilmente; su vida ya no tiene sentido sin un horizonte nuevo, sin un aliento de vida nueva.

De alguna manera todos nos vemos reflejados en ella. Somos miembros de una humanidad con sed. No nos basta vivir. Mientras vivimos, estamos sintiendo siempre sed de algo más, de situaciones nuevas, de nuevos horizontes de vida. Vivimos, pero la misma

vida se nos va entre los dedos por más que hacemos por seguir viviendo. Siempre queremos algo más; lo queremos todo. A veces logramos algo, pero seguimos teniendo sed y vamos sedientos, haciendo cada uno nuestro camino. La sed nos llama y nos manda imperiosamente: sed de vida, sed de gozo, de felicidad, de amor; sed de nosotros mismos, sed de sed.

LLAMA A TU MARIDO Y VUELVE

El camino propuesto por Jesús es doloroso: «Ve, llama a tu marido y vuelve» (Jn 4,16), es un camino hacia la verdad de ella misma, hacia la verdad de su historia, de sus decisiones. Jesús la invita a ponerse de pie ante sí misma, en verdad. Ese es el camino de la humildad. La humildad, decía santa Teresa, es «andar en verdad»², y Jesús proclama que el que se humilla será enaltecido (cf. Lc 14,11). Ella confiesa la verdad: «No tengo marido» (Jn 4,17), y Jesús lo reconoce y lo afirma: «Has tenido cinco» (Jn 4,18)³.

Hace muchos siglos atrás, cuando la invasión de los sirios, se les habían impuesto nuevas leyes y costumbres, incluyendo una nueva religión, un culto a los Baales

2. TERESA DE JESÚS, *Moradas*, VI, 10, 7.

3. Los cinco maridos que menciona Jesús tienen una resonancia cultural y religiosa: los cinco *Baales* (dioses) de los samaritanos. *Baal* significa “señor” o “amo”. Ahora bien, en una cultura semita la mujer es considerada como una posesión del marido, sin personalidad ni derechos propios. Si en el campo religioso Baal significa “señor” o “amo”, en lo familiar equivale a “dueño”; por lo tanto, el marido es “dueño” de su mujer, como si se tratase de una posesión más.

(Señores, Amos); y para las mujeres, a las cuales la cultura semita las trataba como posesión del marido, esto era todo un símbolo. Cuando le habló de «llamar a su marido», en ese momento, se le hizo un nudo en la garganta, ¿pero qué sabía este forastero de su vida? Sin embargo, dentro de ella sentía que todo debía dar un vuelco radical... esa era la verdad: «no tenía marido».

Este extraño profeta la invitaba a traer ante su presencia misericordiosa toda su historia, sus pecados, sus debilidades y errores, toda su vida desecha para que a la luz de la verdad se curaran sus heridas. Para eso esperaba al Mesías, el Liberador, para que pudiera ser libre de todas sus ataduras; para que resucitara con una luz nueva, con la verdad de su ser, bajo la mirada de amor de Dios –al que no quería ni nombrar porque lo sentía ausente–, y que ahora le estaba respondiendo por los labios de este hombre: «Soy yo, el que habla contigo» (Jn 4,26).

CRÉEME, MUJER, LLEGA LA HORA

Sin embargo, la mujer confiesa que tiene la esperanza puesta en que en el camino de la vida llegará el Mesías y él le enseñará todo (cf. Jn 4,25). Las esperanzas a veces las ponemos lejos del horizonte vital de nuestra vida, en cosas, situaciones y personas; y somos (o nos hacemos) incapaces de descubrir la presencia cercana y viva de Dios en el aquí y ahora de nuestra historia personal y comunitaria. «Y he aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba», confiesa san Agustín⁴.

4. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 27, 38.

Sí, llega la «hora» que abras los ojos al *don de Dios* y descubras la hermosura que te rodea, la ternura que se derrama, el amor que se te entrega, el dolor que te redime, la verdad y la verdadera identidad de tu ser hijo amado de Dios.

Pero, créeme, llega la hora, sólo si tú estás dispuesto a arriesgar, a descubrir tu corazón y a ponerlo en manos del único Señor. «Tú me llamarás: “mi Marido”, dice el Señor tu Dios» (Os 2,18). Porque ya no habrá más dios que el Dios revelado por Jesucristo; un Dios al que podemos llamar ¡Papá! (cf. Ga 4,6) –y no dueño– porque nos ama (cf. 1 Jn 3,1), nos perdona y nos levanta para que sigamos caminando con dignidad de personas libres y de hijos suyos –y no de esclavos–.

SOY YO, EL QUE HABLA CONTIGO

Jesús, compadecido de aquella mujer y de su oscuridad, le promete un agua viva que saciará su sed de integridad y dignidad humana. Y ella se deja seducir nuevamente por él y por su promesa. Este hombre es distinto de los que había conocido y la habían decepcionado, este hombre tiene algo especial que la convence, que la anima a abrir su corazón. «Señor, dame de esa agua viva para que no tenga más sed ni tenga que venir aquí a buscarla» (cf. Jn 4,15).

Jesús cumple su promesa pero no como ella lo espera. Jesús desea que en su corazón se haga la luz nuevamente, que se disipen todas las tinieblas y que en ella brille la verdad, la verdad de su ser, la verdad de su dignidad como persona humana y como hija de

Dios. En una ocasión Jesús dijo: «*Yo soy la luz del mundo y el que me sigue no caminará en la oscuridad sino que tendrá la luz de la vida*» (Jn 8,12).

La luz ha disipado las tinieblas, por fin ha desvelado lo que se ocultaba en lo profundo y oscuro del pozo interior. Y la samaritana expresa su esperanza de una liberación total: «Sé que el Mesías debe venir... él nos anunciará todo» (Jn 4,25). Y Jesús le responde: «Soy yo» (Jn 4,26), «Yo soy la Verdad» (Jn 14,6). Jesús es la luz verdadera que ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9), es la gracia y la verdad, regalo de Dios (cf. Jn 1,17).

Jesús, hábilmente y con delicadeza, ha ido conduciéndola hasta la luz de un nuevo nacimiento. Un tiempo atrás, hablando a solas con un rabino fariseo llamado Nicodemo, Jesús había dicho que *es necesario nacer de nuevo* (cf. Jn 3,3.5); y ahora la vida que la samaritana había conocido, vivido y sufrido, estaba frente a la nueva *Vida*. Con el Mesías delante, la vida que llevaba ya no tenía sentido. Jesús le dice que la «hora» ha llegado (cf. Jn 4,21), y Dios viene y toma el lugar que le corresponde, en espíritu y verdad (cf. Jn 4,23).

«Soy yo, el que habla contigo» (Jn 4,26). Cuando escuchó esas palabras, cayó de sus ojos aquella nube que cubría su visión de la vida; endulzaban sus oídos aquellas palabras llenas de ternura y misericordia, que penetraban hasta lo más hondo de su pobre corazón. De repente, se llenaba de un amor inmenso, indescriptible, desbordante... tanto que no supo hacer otra cosa que echar su cántaro por tierra y salir como un rayo a contárselo a todos los del pueblo (cf. Jn 4,28).

VENID A VER... ¿NO SERÁ EL MESÍAS?

Jesús es esa *luz* que debe ser encendida, ese *don* que debe ser acogido, esa *verdad* que debe ser dicha, ese *amor* que debe ser encontrado, y eso sólo depende de ti. Cada día se hace presente en los acontecimientos de tu historia personal; allí está sentado, en el brocal de tus circunstancias, esperando a que le entregues el corazón. Él tiene algo que decirte «hoy», él tiene una nueva luz que encender en el pozo de tu interior, una nueva verdad que iluminar para saciar tu sed. Dios no nos ama porque somos buenos, sino, simplemente, porque somos. La mujer samaritana se ha reconocido a sí misma tal como es y con ello, ya ha dado el primer paso, fundamental para la fe. Al principio de la fe ha de estar siempre la sinceridad.

La samaritana al final dejará los «maridos» y hasta el mismo cántaro junto al pozo, como signo de un corte decisivo con la aparente irremediabilidad de su pasado. La fe, en sus comienzos, suele precisar de una ruptura radical con cuanto nos mantiene en la comodidad –que no nos compromete con nada ni con nadie– y que nos está condicionando. No caben las medias tintas. La fe no tolera un «medio sí» a la luz y otro «medio sí» a las tinieblas; un «medio sí» al egoísmo personal y otro «medio sí» al amor generoso; «medio sí» a la verdad y «medio sí» a la mentira, etc.

Ahora todo ha cambiado en ella; una alegría y un horizonte nuevos la esperan. Ahora no teme convertirse en mensajera de la Vida. Dejó el cántaro y se fue corriendo al pueblo para contar lo que sentía (cf. Jn 4,28); y lo hizo de forma tan convincente que muchos

samaritanos de aquel pueblo creyeron en Jesús por lo que les dijo aquella mujer (cf. Jn 4,39). La vida que nos comunica Cristo nos transforma en mensajeros de Vida y de paz para los que nos rodean.

LA VERDAD NOS HACE LIBRES

La aceptación de sí consiste en acoger positivamente la propia persona en todas sus dimensiones: en su realidad física, psíquica, espiritual; en su historia y en su presente. La importancia de la aceptación consiste en que ella nos pone en movimiento para poder cambiar. Aceptar es rendirse a la verdad, acogerla positiva y cariñosamente. La aceptación está totalmente unida a la humildad. Y ésta es la mayor fuente de descanso y de libertad interior.

El *andar en verdad* es descubrir, en lo más profundo e íntimo de ti, una ley inscrita por Dios en el corazón. Es allí, en tu corazón, donde eres tú mismo, donde experimentas la autoridad de la verdad, donde puedes oír la voz de Dios y donde se produce el juicio de la razón sobre tus propios actos y donde reside la calidad moral de los mismos. La fidelidad a tu conciencia moral es la que te hace asumir la responsabilidad de tus actos realizados. La educación de tu conciencia garantiza tu libertad y engendra la paz del corazón, puesto que la libertad hace de ti un sujeto moral, signo eminente de tu imagen divina.

La libertad que experimenta la samaritana es consecuencia del encuentro con Cristo, con aquel que *le ha dicho todo lo que hizo* (cf. Jn 4,29); que en realidad

significa que le había ayudado a encontrarse a ella misma en lo profundo de su conciencia y se había reconciliado con su propia historia, con sus propias opciones. La libertad cristiana es una «libertad liberada»⁵, y ésta es el núcleo de la opción fundamental y de las pequeñas opciones cotidianas.

Curiosamente, Jesús nos enseña que cuanto más unidos estamos a la voluntad de Dios, más libres somos; cuanto más nos descubrimos ante él en la intimidad de la conciencia, más somos nosotros mismos; *la verdad nos hace libres* (cf. Jn 8,32). La relación con Dios, en lo profundo de nuestra intimidad, nos hace conscientes de nuestra dependencia de él. Esta relación interpersonal supera la dimensión de la ley y nos coloca en una nueva situación ante Dios, ante nosotros mismos y ante los demás.

Esta opción fundamental pone al hombre en una situación de verdad-libertad que lo lanza a la acción liberadora, al compromiso con los demás; a ser existencialmente una llamada, una invitación a la unión con Cristo –a su seguimiento radical–; porque en él –en Cristo– Dios ha mostrado de una vez para siempre qué es el hombre y qué significa la libertad humana. El cristiano es libre para amar precisamente porque se sabe amado por Dios (cf. Rm 8,31ss) y, liberado de sí mismo, puede entregarse al amor de los demás.

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)

5. L. F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia*, BAC, Madrid 1997, 282.

El arte se morir

«Tomad y comed» (Mt 26,26)

LA VERDADERA RELACIÓN

Este gesto de Jesús: «*tomad y comed*», bien puede inspirar todas nuestras comuniones, toda nuestra relación. Pronuncia esas palabras, como sabéis, en horas vecinas, muy próximas a la muerte. ¡Quien sabe si es un modo de decirnos que no hay relación si no hay una muerte! La verdadera relación, la más profunda, quizá llegue a nosotros cuando llega la muerte. La muerte de nuestra superficie o de nuestro ego.

Digamos brevísimamente que el ego es el centro de todos nuestros deseos que nos llevan al exterior. El centro de todo ese afán de poder, de lograr... El centro de todo ese afán de poseer, sea lo que sea... Ése, aunque con diversidad de semblantes, es el ego.

Por eso, desde ahí nosotros no podemos relacionarnos. No hay relación desde el poder, o desde la posesión o desde ese afán de logro y conquista. Desde la ambición no hay relación. Por eso decimos: «¡Cuando se mezcla el dinero, cuando se mezcla el poder...!»: cuando se da, ensombrece la relación.

Nuestros egos no saben relacionarse. Todos tenemos un ego, pero desde ahí no podemos entendernos.

Si uno cree esto, ya cree mucho. Advertirlo es un paso maravilloso para acercarse a otro modo de relación.

También Jesús sabe que a la relación se llega a través de la muerte.

La muerte es de las cosas más temidas por nosotros. Un temor de los más cristalizados y arraigados en la vida. El hecho es que sabemos que hemos de morir a esta existencia y que es imposible predecir o fijar la fecha, y por eso quizá buscamos seguridad. Pero la muerte tiene otro significado: la muerte es desprenderse de todo.

En el contexto de las palabras de Jesús resonando en nuestro silencio, quién sabe si la muerte sea la acción más bella y hermosa de la vida, la acción más sublime de la vida. Porque cesa una actividad y surge otra. Cesa un modo de estar y surge otro. Sabemos que la vida continúa... que la vida se prolonga... que no cesa...

Nos damos cuenta de que llega el otoño porque las hojas se ponen amarillas, se caen, los árboles se quedan desnudos totalmente,... Quizá por esto el otoño tiene este aire de tristeza. Se asocia el otoño a los difuntos. El otoño es la muerte. Esto lo sabemos. Sabemos que los árboles se despojan de sus hojas, pero también sabemos que llega la primavera y las hojas se renuevan. Unas hojas mueren y dejan sitio a otras. Esto lo observamos. La vida humana también atraviesa estos ciclos. Constantemente vamos del nacimiento a la muerte y de la muerte al nacimiento.

Y así es como Jesús se expresa en el Evangelio. Se puede decir que la muerte es morir a todo el pasado.

¿Cómo verbalizar cómo se mueve nuestro corazón en el silencio? ¿Cómo verbalizar cómo una acción surge en el silencio? ¿Cómo surge una acción en ese silencio total, en ese vacío total? En este sentido se puede sospechar que la muerte abre las puertas a nuestra libertad. El silencio total puede abrirnos a una avenida maravillosa a una conciencia nueva, a un corazón transformado, a algo nuevo y diferente a lo que no estamos acostumbrados.

EL ARTE DE MORIR

Nosotros estamos acostumbrados a lo que vemos. ¡Y es eso de lo que no queremos desprendernos!: de lo que vemos, palpamos, sentimos... Pero, realmente, morir significa desprenderse de todo, de todos los bienes, no sólo de las herencias materiales: de todos los bienes psicológicos, de todas las experiencias que hemos vivido. Es un arte saber relacionarse, pero también es un arte saber morir.

No se aprende el arte de la relación si no es en el arte de la muerte. Si no va precedido, acompañado, del arte de morir.

Cada noche se puede morir. Os propongo un ejercicio. Esta noche tomad conciencia al acostaros de desprenderos de todo, de todo lo vivido, de todo lo que ha habido, de todo el pasado, de todas las experiencias. Mientras nos poneros el pijama, que el desprendimiento de la ropa sea invitación a desprenderse de algo más, a desprenderse de todo. El que aprende a desprenderse de todo, no temerá la muerte, no temerá ese otro morir a esta existencia en esta tierra nuestra.

De vez en cuando vivid el arte de la muerte: es el arte del desprendimiento.

Quizás tememos lo desconocido porque estamos demasiado agarrados a lo conocido. Estamos demasiado empeñados en las cosas conocidas. Si aprendiéramos a morir a lo conocido, a lo que sabemos, a lo experimentado, no temeríamos la muerte y posiblemente nos entregaríamos a la muerte –no a la muerte última, sino a la muerte cotidiana–, con otro gesto y con otro talante. Es san Pablo el que dice: «*Cada día muero*» (cf. 1 Cor 15,31). No estoy diciendo nada que no esté incorporado a la Palabra del Señor y que no fluya de Él.

Por eso también se puede decir que el silencio interior es otro modo de vivir. Un modo de vivir en el que, en cada momento, nos derramamos de todo lo que hay en nosotros.

«*Tomad y comed*». Así se derrama Jesús, así se despoja Jesús. Y en cada relación hay que derramarse, en cada relación hay que verterse. De hecho, vivir significa derramarse, verterse, ofrecerse enteramente. Por eso nuestras relaciones son una oportunidad para darnos. Cada relación es una ocasión para ofrecernos.

En la vida existe este ritmo, por una parte se recibe y por otra parte se da. Todo lo recibimos y todo lo damos. Esto está presente hasta en el ritmo de nuestra respiración, en los latidos. En la sístole y diástole del corazón. Todo se recibe en la inspiración y todo se da en la expiración. Y la expiración ha de ser profunda, llena, total, porque cuanto más profunda es la expiración y más se vacían los pulmones del aire inspirado, más se desaloja del aire que ha cumplido su misión.

Pero todo hemos de saber darlo. Es sencillamente recibir y dar. Y cuando todo se da, ya no quedan residuos. Por eso es tan importante –hasta biológicamente– que la expiración sea total: para que no quede ningún residuo. Como si cada gesto de la vida fuera ya la meta, como si cada momento, cada paso, fuera toda nuestra finalidad.

A veces andamos atolondrados porque no nos damos cuenta de esto. En el atolondramiento que expresamos con ese desajuste, sin saber a dónde vamos, perdemos de vista que cada paso es una finalidad. Si vas consciente, cada paso es una meta. Un paso y luego otro. Puedes caminar con toda ligereza y agilidad pero no atolondrado. Se va atolondrado cuando se pierde de vista que cada acción de la vida es toda una finalidad.

DERRAMARNOS

Así es como se limpia nuestro corazón. Se limpia cuando se vacía de todo, cuando el derramamiento es total.

Cada día recordamos esto en la Eucaristía. Quién sabe si es porque, en el fondo, tenemos necesidad de recordarlo. Porque retenemos nuestra entrega, retenemos nuestro derramamiento. No nos derramamos enteramente en cada encuentro, en cada acto de la vida. Siempre hay como una reserva. En el «*tomad y comed*» no hay ninguna reserva.

¿Cómo queremos que nuestras relaciones sean bellas, higiénicas, libres, inocentes, si nosotros nos vamos reservando? El «*tomad y comed*» es una palabra

maravillosa que nos sugiere esta pureza de nuestra relación y, a la vez, esta profundidad de nuestra relación.

¿Cómo van a ser profundas nuestras relaciones si no hay derramamiento? Si uno se reserva, si uno oculta algo... Sólo cuando se vacía nuestro corazón, puede ser llenado hasta el borde. La otra persona, la vida, el encuentro, nos colman hasta el borde si nosotros nos sabemos vaciar enteramente. Y así estamos libres, inocentes y puros, y llenos de frescura. Porque ese movimiento, ese ir y venir, ese dar y recibir, crea frescor en el corazón nuestro, en nuestra vida.

Todo se puede recibir cuando todo se da. Sólo cuando todo se da, todo se puede recibir. Todo se puede recibir cuando nuestras manos están vacías. Cuando nuestro corazón se queda vacío, es cuando todo lo podemos recibir. Esto pide de nosotros estar siempre muy alerta, muy silenciosamente atentos, vigilantes, sin instalarnos en ese ego nuestro que siempre pretende poder más, lograr más, acaparar más, sean experiencias, sean conocimientos, sea un cierto poder en la vida...

Ese ego que siempre busca dominar algo. En cualquier situación, sutilmente nuestro ego nos puede engañar. En lugar de estar atentos a lo que hay, vivimos mirando de reojo nuestro ego, que siempre nos está exigiendo estar atentos a su poder, estar atentos a su manipulación y dominio. Y eso hace que no vivamos donde estamos. Cuando estamos atentos a nuestro ego, no estamos atentos a lo que estamos.

El «*tomad y comed*» son unas palabras que demuestran que Jesús no tiene ego, porque en Él todo muere. Jesús ha muerto antes de morir. Jesús ha muerto antes

de subir al calvario. Quizá la Eucaristía sea la celebración más total de su muerte.

Así es como todo queda en nosotros limpio. Hasta nuestra memoria queda limpia cuando hemos muerto a esos recuerdos, al pasado... Queda limpia de heridas, porque todo es algo que pasó. El silencio no es una técnica, no es una fórmula, es realmente nuestra vida.

LAS IMÁGENES

Cada uno de nosotros se crea su propia imagen en la vida. Cada uno tiene una imagen de sí mismo. La imagen que le han ido dando los otros, la imagen que a veces le han ido dando las circunstancias, la imagen que uno mismo se crea. Y cuando realmente el entorno no respeta la imagen que nos hemos forjado, uno se siente incómodo. Se siente mal. Se habla de que «me han destruido la imagen». Y sufrimos, hay chillidos y aúlla nuestra sensibilidad. Da aullidos terribles nuestra sensibilidad por eso.

Uno sueña con ser maestro, otro con ser religioso, otro con ser médico, jardinero... Todos los hombres sueñan algo, todos sueñan con su imagen. Se van haciendo a la idea de que son esto o lo otro. El hombre se hace una idea de sí mismo. Ocurre que podemos tratar con veinte personas y ofrecer veinte imágenes distintas. Según se va tratando, se cambia la imagen para ese momento o situación, para esa oportunidad.

Así nos aseguramos algo. Cuando ponemos en juego ese mecanismo de cambiar la imagen según con la persona con la que tratamos, o según las circunstan-

cias, en el fondo buscamos asegurarnos algo, un reconocimiento, una gratificación, lo que sea...

La pregunta que nos podemos hacer es esta: ¿podemos vivir sin imágenes? ¿Nos atrevemos a vivir sin imágenes? ¿Nos atrevemos a relacionarnos sin imágenes? Os daréis cuenta de que en el silencio interior no caben imágenes. En ese vacío del silencio no hay lugar para las imágenes. Es nuestra verdad más profunda. El silencio interior está más allá de esas imágenes que uno se puede forjar, a las que uno se puede agarrar.

En la vida no hay que ofrecer apariencias. Ofrecer imágenes es ofrecer apariencias. «*Tomad y comed*» no es una imagen, no es una apariencia. En la vida no hay que ofrecer apariencia ninguna, sino ofrecer lo esencial, la verdad de la vida, el corazón.

Mientras prestemos una excesiva atención a las imágenes puede ocurrir que detrás de ellas busquemos ocultarnos a nosotros mismos. Pero cuando están en juego las imágenes, nuestra relación puede ser una burla, una comedia. Porque lo que hacemos es representar algo. Y hay que relacionarse desde el vacío de nuestra casa, desde el vacío de nuestro corazón.

EN EL SILENCIO INTERIOR NO HAY REPRESENTACIÓN,
HAY VERDAD

Se dice en biología que todos los órganos se van haciendo en función de la actividad que van a ejercer en la vida. Así, la mano se desarrolla en función de la misión que ha de cumplir. En el Amazonas hay hombres que hacen con el pie lo que nosotros hacemos con

la mano. Cogen cosas con el pie porque tienen una movilidad tremenda. Los dedos del pie pueden funcionar como los de la mano. Nosotros, en cambio, los metemos ahí, en los zapatos, ¡y quietos! Pero la función que pueden ejercer los pies es mucho más maravillosa que estar ahí metidos, quitecitos.

La función crea el órgano. No es lo mismo hacer una casa que nos aloje que hacer una catedral. Es distinta la arquitectura de una catedral que la de una estación de autobuses o la de un teatro. Lo mejor de nuestra casa es que esté vacía. Es así cómo nos podemos alojar en ella.

En el teatro hay dos cosas importantes que marcan su arquitectura. Por una parte esta la sala, la sala en donde el espectador se sienta a ver. Es tremendamente pasivo el que se sienta allí. Después está el escenario. En el escenario está el actor, que es, contrariamente, hiperactivo. ¡Sube al escenario para ser visto...! El otro para ver.

El actor, lo que hace es representar. Representar significa que uno anula su propia personalidad y en su lugar aparece otro. Uno hace de César, otro de don Quijote..., según el papel que le asignen. Pero el actor oculta su verdadera personalidad y en su lugar aparece otro, y por eso decimos que eso es un teatro. Hay una ficción. Pero en la vida cuando nosotros hacemos un papel, ejercemos una representación y ocultamos lo que somos, disimulamos lo que somos. Es entonces cuando la vida es un «teatro». La relación es un «teatro». Y la relación puede convertirse en una verdade-

ra «comedia». Con esta palabra se expresa en la vida la falsedad de una relación, de un encuentro.

En el silencio interior no hay ninguna representación. En el silencio no cabe el teatro. En el silencio uno se ha de despojar hasta de su imagen y por eso es tan maravilloso esto. Cuando no hay imágenes, ya no se sufre. ¡Sufrimos porque nos han herido la imagen! Pero a la interioridad nadie la puede herir, nadie la puede dañar. Por eso se trata de vivir un poco sin imágenes, sin ocultarnos, sin taparnos.

Por eso la vida nos desafía. La relación es un constante desafío a esta pureza, a este vacío interior. Sin él nuestra relación no es pura, no es limpia. Se siente un gran alivio cuando uno se da cuenta de que las imágenes no sirven para nada. Cuando nos damos cuenta de que la verdadera vida está detrás de las imágenes. La verdadera vida está detrás de lo que representamos. Por eso aquella expresión del Maestro Eckhart cuando nos habla de aquel pobre cuya delicia, cuya dicha, era el haberse olvidado de su imagen. Pero en la vida social se habla de proteger la imagen, de crear una legislación que proteja la imagen...

¡Un silencio interior en el que uno trascienda las imágenes, las máscaras!

Un silencio desde el que podamos relacionarnos en la verdad... desde la desnudez... desde la pureza interior.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

El corazón de Cristo y las mujeres

(Sexta meditación del octavario)

LA VIUDA DE NAIM (Lc 7,11-17)

LA MUJER QUE PIROPEA A JESÚS (Lc 11,27-28)

El Corazón de Cristo es especialmente sensible con todo lo que ocurre en su entorno y nada le pasa desapercibido. Por ello no es de extrañar que no quedara indiferente ante estos dos encuentros que tuvo con dos mujeres concretas y sobre los cuales vamos a centrar esta sexta reflexión del *Octavario*. El de aquella viuda que sacaba a enterrar a su hijo único en la ciudad de Naim (cfr. Lc 7,11-17) y el de aquella mujer que piropeó a Jesús en medio de la multitud (cfr. Lc 11,27-28).

Comencemos por recordar el primero de los casos, tal como aparece en los relatos evangélicos. Acercándose Jesús a la puerta de la ciudad de Naim, es testigo de cómo sacaban a enterrar a un muerto, que era hijo único de una madre que se encontraba viuda. Aquel hijo era la única esperanza para su madre y, al fallecer, ésta se queda sin ayuda, sustento y futuro. En el sepelio una multitud iba acompañando a la mujer. Jesús se fija en la madre, se llena de compasión y la consuela: «*No llores*». Luego invita al difunto a levantarse. El muchacho se pone a hablar y Jesús se lo entrega a su madre. Todos los testigos del acontecimiento reconocieron con temor que un gran profeta

estaba en medio de ellos y que con la llegada de tal profeta, Dios había visitado a su pueblo.

Aquel hijo único de una madre viuda es el símbolo de la misma humanidad, que no encuentra salida porque se ha quedado viuda de Dios. Y aquel entierro es el símbolo del gran entierro de la humanidad. Pero ocurre algo inesperado: Cristo, esperanza del mundo, se topa con aquel cortejo fúnebre. Y donde se hace presente Cristo Vida, entonces nuestras vidas y nuestras muertes adquieren un significado especial. Cuando Él aparece, todo lo que está dormido se despierta. Cristo siente lástima de nuestra impotencia y detiene nuestros pies al borde de la tumba. Primero Jesús manda al difunto que le escuche y luego le ordena que se levante. Y así, vivo, se lo devuelve a su madre. Ahora la esperanza de aquella mujer está viva.

Al escuchar este pasaje evangélico, que contiene este encuentro de Cristo con esta mujer, seguro que hay algo que todos podemos aprender. Hay veces que nosotros llevamos a enterrar lo último que tenemos –esa última esperanza–, porque ya no nos queda nada. Y si enterramos lo único que tenemos, lo perdemos todo. Oigamos entonces en nuestro corazón el mandato de Cristo a levantarnos, a volver a la vida, a reanimarnos. Él vino, precisamente, para eso: para dejar a todos las puertas abiertas a la esperanza.

Veamos ahora el otro de los casos. Jesús se encuentra en plena actividad, hablando de las cosas del Reino de Dios. La gente le seguía entusiasmada porque la doctrina de aquel rabino era totalmente nueva. Si toda la gente estaba admirada al oír estas enseñanzas de

Jesús, entre la multitud hubo una mujer que ya no se contuvo más y le lanzó un piropo a Cristo, haciendo, a la par, un elogio de la que era su madre: «*¡Qué feliz tu madre que te engendró y que luego te alimentó!*». Jesús responde ayudando a comprender a aquella mujer que la verdadera felicidad de su madre no está en lo dicho, sino en que ella oía y luego guardaba: la Palabra de Dios.

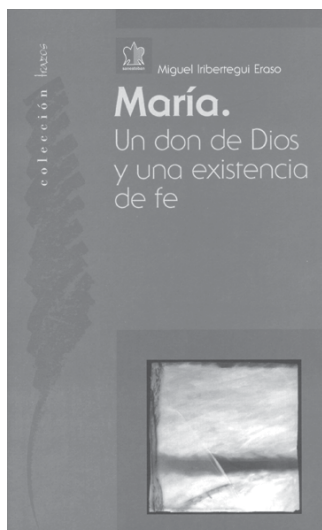
Al escuchar este requiebro, salido de los labios espontáneos de una mujer del pueblo y teniendo en cuenta que el ambiente era hostil, pues los dirigentes del pueblo para nada querían esta nueva enseñanza, aquella mujer reconoce el origen bendito de Jesús. Éste acepta el requiebro, pero precisa a la vez su sentido último. La verdadera grandeza de la madre de Jesús está en oír, acoger, aceptar y obedecer con gratitud la Palabra del Señor y luego traducirla en amor y en servicio.

A veces nos ocurre a nosotros lo que le ocurrió a aquella mujer que piropoó a Jesús: nos fijamos en las apariencias y no acabamos de reconocer que la verdadera grandeza de las personas está en su interior. Aquella mujer sólo vio en la madre de Jesús la grandeza de ser la madre de tal hijo; pero Jesús, que se fija en el interior de las personas, precisó que la verdadera grandeza de su madre estaba en el hecho de oír, aceptar, cumplir y vivir la misma Palabra de Dios.

Del primero de los dos relatos de esta sexta reflexión podemos aprender que Dios es un Dios de vivos y no de muertos; que nunca Él nos va a dejar solos; que Él siempre será nuestro futuro y que el hombre es más

hombre dando cabida en su vida a Dios. Y del segundo pasaje podemos aprender que, en definitiva, lo que cuenta es escuchar más a Dios y cumplir mejor con su voluntad. Éste es nuestro Dios, en el que creemos y que se nos ha dado por entero en el Corazón de su propio Hijo.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBETEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología



www.sanestebaneditorial.com

Elías y la viuda de Sarepta humanizan nuestro mundo cotidiano

(1 REYES 17,7-15)

Ciertamente usted ya oyó hablar del profeta Elías. Las Escrituras nos lo presentan de manera admirable, situándolo entre los profetas clásicos (cf. 1 Re 18,22). Actuó en tiempos del rey Ajab (873-853 a.C.) (cf. 1 Re 16,29), monarca que, al ser casado con Jezabel de Tiro, permitió en Israel la divulgación del culto a Baal, dios de la fertilidad. Este culto gozó de un estatus oficial en la corte (cf. 1 Re 18,19).

El palacio real mantenía 450 profetas de Baal (cf. 1 Re 18,22). ¿Esto condicionó la profecía de Elías? Obviamente sí, pues fue considerado un ardiente opositor a los cultos idolátricos, y un esmerado impulsor de la fe en Yahvé como único Dios.

Profetizó en la periferia, al margen de la corte, en una situación de gran penuria y con poca posibilidad de supervivencia. Y en uno de esos duros caminos se desarrolló una de las más bellas historias que componen su narrativa (cf. 1 Re 17,8-24).

Había hambre en Israel... Cuando Elías emigró a Sarepta (ciudad de la antigua Fenicia), la sequía afligía a los agricultores (cf. 1 Re 18). Allí observó una

viuda juntando leña (cf. 1 Re 17,10). Le pidió agua, y cuando ella iba a traérsela, él le dijo: «*tráeme, por favor, un bocado de pan en tu mano*» (1 Re 17,11). ¡Pero qué osado! ¿No les parece? Ante tal atrevimiento, ella argumentó que sólo poseía para comer un puñado de harina y un poco de aceite, para después morir con su hijo (cf. 1 Re 17,12-13).

Pero el profeta fue más lejos: «*Ve... pero primero haz una torta pequeña para mí y tráemela, y luego la harás para ti y para tu hijo*» (1 Re 17,13). ¡Esta vez sí que se pasó de confianza! ¿Qué habría hecho usted? Pues bien, ella aceptó con la esperanza puesta en esta promesa que le hace Elías como portavoz de Yahvé: «*no se acabará la harina en la tinaja, no se agotará el aceite en la orza hasta el día en que Yahvé conceda la lluvia sobre la faz de la tierra*» (1 Re 17,14-15).

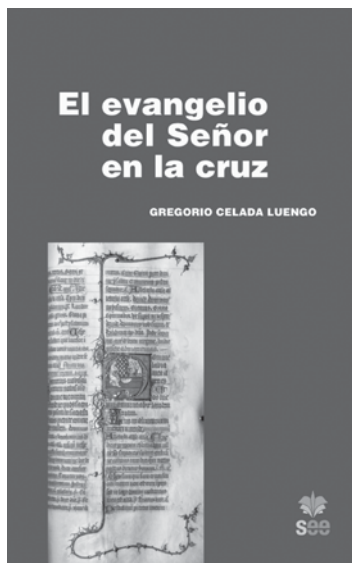
¡Observe qué maravilla! El relato nos dice que no son los dioses de la fertilidad los que proporcionan los productos de la tierra, sino el Dios de Israel, el Dios de la vida. Además, el profeta mendiga alimento porque no pertenece a la corte, no come en la mesa del rey.

Todavía más linda es la actitud de esta mujer en la condición de viuda. En aquella época quedar sin marido era quedar sin defensor social (cf. Is 1,23; 10,2; 2 Sm 14,4). El mérito de esta mujer no está solo en su disponibilidad para servir al profeta de Dios llevándole un vaso de agua para beber, sino también en haber confiado en la palabra de Elías, en que no se vaciaría la tinaja de harina ni la orza de aceite hasta el día en que el Señor hiciera caer la lluvia sobre la tierra. El propio Jesús la recuerda como ejemplo de mujer

extranjera que es capaz de creer más que los propios judíos (cf. Lc 2,26).

Que, como esta viuda, nuestras manos compartan aquello que forma parte de nosotros, y que nuestros labios hablen cosas bonitas, aquellas que algunas veces quedan ceñidas en la garganta. Que en cada gesto de amor veamos al Jesús aconteciendo... y que acontezca siempre...

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
São Paulo (Brasil)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran transcendencia para los cristianos.



www.sanestebaneditorial.com

La Pascua: fuente de vida cristiana

LA PASCUA DE JESÚS Y LA PASCUA CRISTIANA

Las fiestas de Pascua que mencionan los Evangelios marcan momentos decisivos en la actividad pública de Jesús. Esto se puede decir de manera particular y única de la última Pascua durante la cual Jesús fue arrestado y condenado a muerte.

La Pascua y la actividad pública de Jesús

La primera fiesta de Pascua que nos recuerda la tradición evangélica es la que encontramos en Lc 2,45-50. Como conclusión de los relatos de la infancia, Lucas relata que Jesús sube con sus padres a Jerusalén, según la costumbre de la época, para la fiesta de Pascua. No es casual que se mencione esta peregrinación pascual cuando Jesús tiene doce años, en los umbrales de la vida adulta. Lucas presenta el episodio como la primera manifestación de la sabiduría de Jesús y de su decisión profética de dedicarse a las «cosas» de su Padre. Lo que sucede en Jerusalén, donde Jesús revela su destino y su opción a sus padres, es una discreta alusión al acontecimiento de su última Pascua.

El Evangelio de san Juan recuerda explícitamente tres Pascuas. La primera está conectada con el signo

que Jesús realiza en el Templo (cf. Jn 2,13-22). Esta intervención de Jesús comprende dos momentos: la acción profética: la purificación del Templo y la palabra con la que anuncia la construcción del nuevo Templo que, a la luz de la resurrección, se identifica con su cuerpo.

La segunda Pascua está relacionada con el signo de la multiplicación de los panes en Galilea (cf. Jn 6,1-4). También el drama de esta Pascua se desarrolla en dos partes: el signo del pan, distribuido a la multitud en el desierto, como signo mesiánico, y un diálogo-discurso en el que Jesús explica el significado del don del pan. A la espera de un mesianismo nacionalista, Jesús contrapone su proyecto salvífico, que pasa por la fe. Solamente la fe permite acoger el don del Padre, la auténtica palabra que viene del cielo como pan que satisface las exigencias profundas de la persona y se manifiesta en la entrega que Jesús hará de sí mismo en su muerte (cf. Jn 6,51).

La tercera Pascua está asociada al episodio de la resurrección de Lázaro (cf. Jn 11). El gesto profético de María, la unción de Jesús con el perfume, es un signo que anuncia la muerte de Jesús (cf. Jn 12,1-8). Pero esta Pascua está conectada también con la entrada mesiánica de Jesús que culmina con el anuncio de la salvación universal (cf. Jn 12,20.32). Sólo en este momento, Jesús puede proclamar que ha llegado su hora (cf. Jn 12,23). El tiempo de la revelación definitiva del amor salvífico de Dios estalla en la última Pascua.

La última Pascua de Jesús

Según la esperanza judía, el Mesías liberador debía manifestarse en Jerusalén una noche de Pascua. Esto se recuerda en una paráfrasis aramea al texto de Ex 12,42. Allí se recuerdan los cuatro hechos de los que la Pascua es memorial: de la creación, del sacrificio de Isaac, del éxodo y de la última noche, en la que se manifestará el Mesías. No es casual el hecho de que Jesús concluya su vida pública en Jerusalén en la fiesta de Pascua de los años treinta.

Los tres Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) concuerdan al referir los datos de la última Pascua de Jesús. Las secuencias de este drama final se pueden reconstruir a través de los textos evangélicos. Con un gesto profético Jesús manda preparar la sala en la casa de un amigo suyo de Jerusalén para comer la Pascua con sus amigos (cf. Lc 22,1.7-13). Esto contrasta con los preparativos de las autoridades judías para capturar a Jesús, con la precaución de evitar una insurrección popular en el clima de la fiesta judía (cf. Mc 14,1-2). Todos los datos conservados en los Evangelios sinópticos nos llevan a optar por esta conclusión de que Jesús ha celebrado en Jerusalén, antes de ser arrestado, una cena festiva en un clima pascual.

Los elementos esenciales se pueden reconstruir sobre la base de la tradición común de los Evangelios. La sucesión más clara y evidente del rito judío y cristiano la encontramos en el Evangelio de Lucas (cf. 22,14-19). Las palabras de Jesús se refieren al ritual judío. Las explicaciones de la cena hacen referencia a su cumplimiento escatológico. Dispuestos de mane-

ra simétrica siguen los gestos que introducen la nueva Pascua; ésta se realiza en la muerte de Jesús, en el cuerpo entregado y en la sangre derramada, como fundamento de la nueva Alianza (cf. Lc 22,19-20).

La Pascua - paso al Padre

También el relato joánico de la cena que precede al arresto de Jesús conserva algunos rasgos claramente pascuales (cf. Jn 13,21-30). Durante esta cena Jesús realiza el gesto profético de lavar los pies a los discípulos como anticipación simbólica de su muerte, máximo servicio y don para fundar la nueva comunidad. La introducción teológica y solemne de Juan proporciona el auténtico significado al gesto de Jesús y a todo el libro de la «gloria» (cf. Jn 13,1). La «gloria» de Dios y la glorificación de Jesús coinciden en la manifestación definitiva del amor salvífico. La acción simbólica de lavar los pies a los discípulos se comenta y se confirma en el testamento espiritual de Jesús (cf. Jn 13,34). Éste es el mandamiento nuevo, sobre el cual se funda la nueva Alianza.

El tema pascual se retoma en el relato de la pasión y muerte de Jesús, que reflexiona sobre la imagen del cordero pascual. Jesús es el verdadero Cordero que con su ofrenda libera al mundo del pecado y funda el nuevo pueblo de los liberados (cf. Jn 1,29.36). Según Juan, Jesús muere en el momento en que se sacrifican los corderos en el Templo para la celebración de la Pascua judía (cf. Jn 18,28). La muerte de Jesús se interpreta como el cumplimiento de la esperanza mesiánica, representada por el cordero pascual (cf. Jn 19,35-36; Ap 5,6.12).

La Pascua cristiana

Los testimonios que nos ofrecen los primeros documentos cristianos son muy sobrios a propósito del culto y de los ritos cristianos. Los únicos textos explícitos sobre el culto cristiano de manera indirecta son las secciones eucarísticas de los Evangelios sinópticos, que hablan de la cena final de Jesús, y algunos textos bautismales de Pablo de carácter teológico-exhortativo. Por esta razón no debe sorprendernos si el Nuevo Testamento no contiene muchos textos que hablen de la celebración de la Pascua cristiana. Sin embargo, encontramos datos suficientes para hablar del rol de la Pascua en la vida de las primeras comunidades.

La Pascua no es sólo una fiesta conmemorativa, anual o semanal, sino una dimensión de la vida cristiana inaugurada en el Bautismo. Mediante él, el cristiano ha sido introducido en el destino salvífico de Cristo para formar parte del pueblo nuevo, el que ahora camina hacia la Pascua definitiva (cf. 1 Pe 1,22-2,10).

Según Pablo, el Bautismo es la inmersión en la muerte y la resurrección de Cristo, lo que comporta un paso real de la muerte a la vida, de la lógica y de la mentalidad de muerte a un estilo de vida que se realiza en la justicia y en la caridad fraterna (cf. Rm 6,4-11; Col 2,12-3,4). La experiencia bautismal preludia y prepara la de la Pascua final y escatológica.

Según los textos del Apocalipsis, esta Pascua no representa sólo la meta final de la esperanza cristiana, sino que marca también el punto de llegada de la his-

toria de la salvación que abarca al mundo entero. En el centro de la historia humana está el Cordero inmolado y vivo, Cristo muerto y resucitado, que da sentido a los acontecimientos humanos y garantiza la victoria de Dios sobre el mal histórico.

La Pascua, por tanto, no es sólo un recuerdo antiguo, sino que es el dinamismo de salvación y de liberación que está dentro de la historia humana desde el día en que Dios se introdujo de manera irreversible en nuestra historia con la encarnación, muerte y resurrección de Jesús.

EL MISTERIO PASCUAL EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Con el cumplimiento del misterio pascual, la Iglesia ha adquirido una nueva vida (cf. Rm 8,9), un nuevo conocimiento (cf. Flp 5,10), una nueva moral (cf. Rm 7,16). Pero mientras que Cristo se ha convertido ya en vencedor del mundo (cf. Jn 16,55) y ha sometido a su dominio a todas las potencias, la Iglesia vive todavía inmersa en el mundo, siendo al mismo tiempo reino de Dios y signo e instrumento del mismo.

Aunque la Iglesia es el cuerpo del Cristo glorioso y vive del Espíritu, gime aún bajo el peso de una existencia mundana y en la fatiga de un camino en la fe, no iluminado completamente todavía por la «visión» (cf. 2 Cor 5,4-8). En la Iglesia, comunidad redimida, siguen aún las tensiones entre la carne y el pecado, por una parte, y el Espíritu y la gracia, por otra; y aunque sus miembros no tienen ya que conformar su conducta

con las exigencias del mundo, de hecho, permanecen bajo su tiranía y su influencia maléfica.

El tiempo de la Iglesia, tiempo de la paciencia de Dios y del hombre, tiempo de la celebración de la Eucaristía hasta que Él venga (cf. 1 Cor 11,26), tiempo del «ya» y del «todavía no», está colocado entre la resurrección inicial que la hace nacer a la historia y la resurrección final que la hace nacer a la eternidad.

Mientras no se afirme la caridad en la posesión eterna de la misma vida de Dios, habrá un estado de vida, la virginidad, que atestiguará ante el mundo la presencia del misterio pascual en la Iglesia y la relativización de todas las situaciones humanas frente al poder del Reino de los cielos. Y habrá una virtud, la esperanza, que partiendo de la posesión actual del Espíritu, alimentará los deseos de liberación y de redención total de la humanidad (cf. Rm 8,25).

La Iglesia sufre la falta de plenitud de su resurrección en Cristo cuando soporta la persecución de sus miembros, incomprendidos en su fe y pisoteados en su dignidad de personas humanas, cuando se ve sometida a la debilidad y a la incoherencia en su testimonio de comunidad de salvación y de amor, cuando sufre la tentación de un poder ambiguo y se olvida de servir al Crucificado.

Esta Iglesia, que en su configuración histórica lleva los «contrasignos» de las dos condiciones antitéticas de un destino celestial y de una realidad humana, encuentra el equilibrio entre el desánimo y el optimismo, entre el cansancio y el arrojo, entre el sufrimiento y el gusto solamente en Cristo, el único que ha alcanzado

la identidad de la cruz y la resurrección. La Iglesia se hace lo que ella es, cuando se expropia de su existencia y se sumerge en Cristo Jesús (cf. Rm 14,7-9).

MISTERIO PASCUAL Y FUNDAMENTO DE LA SALVACIÓN

Jesús, en su muerte y resurrección, llevó a cumplimiento la obra de salvación que le había confiado el Padre: la redención humana y la perfecta glorificación de Dios; uniendo a su persona la naturaleza humana y venciendo la muerte con su muerte y resurrección, ha redimido al hombre y lo ha transformado en una nueva criatura (cf. Gal 6,15; 2 Cor 5,17); con su muerte y resurrección completó en sí los misterios de nuestra salvación y de la restauración universal; en la cruz llevó a cabo la obra de la redención, con lo que adquirió para los seres humanos la salvación y la libertad.

Así pues, el misterio pascual es el fundamento de la salvación cristiana, ofrecida a todos los hombres indistintamente, incluso a los que están fuera de los confines jurídicos de la Iglesia. En efecto, incluso éstos, de una manera que Dios conoce, tienen en el Espíritu Santo la posibilidad de entrar en contacto con Él.

La muerte y la resurrección forman un bloque completo e inseparable en la obra de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Son dos aspectos del único acontecimiento salvífico. En la Sagrada Escritura, la salvación se atribuye con frecuencia directamente a la muerte de Jesús en la cruz (cf. Rm 5,25;

Gal 2,20b; Ef 5, 26; Tt 2,14), otras veces a la resurrección (cf. Hch 26,23; 1 Pe 1,5; 3,21), y otras a ambas (cf. Rm 4,25).

En el desarrollo del pensamiento paulino sobre el significado de la muerte y resurrección de Cristo en la historia de la salvación, se pueden señalar tres etapas resumidas en varios textos fundamentales. En 1 Tes 5,10, donde la atención se centra en la segunda venida del Hijo de Dios, se considera la muerte y resurrección en sí mismas, es decir, independientemente del influjo que ejercen en la vida cristiana. En 2 Cor 5,5 y Rm 6,5, que recuerdan cómo la pasión y la resurrección están ya presentes en la vida terrena del bautizado, la muerte y resurrección se hacen historia de la salvación. Y en Rm 14,9 y 4,25, que consideran la resurrección asociada a la causalidad redentora de la muerte de Cristo, la muerte y resurrección se convierten en fases complementarias de la salvación.

FRAY JOSÉ C. GIMENO, O.C.D.
Valencia (España)

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

4. La fe nos mueve a profesarla

(EL «CREDO»)

Después de haber escuchado la Palabra de Dios proclamada y de haberla recibido desde un silencio hospitalario que la acogió, los fieles se ponen de pie –«En la postura del Resucitado», como afirmaban en la Antigüedad– y profesan su fe, la expresan pública y comunitariamente, porque la asamblea litúrgica escuchó la Voz de Dios que le hablaba, y ahora responde al Dios que le habló... La fe nos llegó por la predicación de la Palabra (cf. Rm 10,17).

En el Rito penitencial nos manifestamos como pecadores y así nos definimos.

En el Padrenuestro nuestra identidad es la de hijos y hermanos.

Ahora en el *Credo* seremos creyentes que hacen pública su fe.

¿EN QUIÉN CREEMOS?

En un Dios que todo lo creó de la nada. No en «algo», sino en «Alguien» que da razón y sentido a

todo lo que es, y que existe desde siempre y para siempre.

Pero también creemos que ese Dios, absolutamente trascendente e «incomunicable», se hizo hombre, en todo semejante a nosotros menos en el pecado (cf. Hb 4,15). Cristo hace su irrupción en el mundo de los hombres, como el Verbo de Dios hecho carne. Creo en ese Jesucristo, Hijo único del Padre y co-eterno con Él. Es «Persona», como el Padre y el Espíritu, y decidió asumir nuestra vida, con sus luces y sombras, aceptando la condición de nuestra fragilidad para comenzar a restaurarnos, desde dentro, desde el pecado que hirió nuestras inteligencias y nuestros corazones, robándonos lo mejor de nuestra humanidad y el don que el Creador había depositado en ella.

Creo en Cristo, nacido de María sin concurso de varón.

Creo en un Cristo que no es una hermosa idea ni alguien a quien no podríamos rastrear en la Historia: sabemos que «padeció bajo el poder de Poncio Pilato», y sabemos quién fue este oscuro personaje.

El Jesús que nació «de santa María Virgen», por el pecado del mundo, «fue crucificado, muerto y sepultado»: este Cristo que nació y murió, es objeto de nuestra fe.

Pero sabemos que con la Resurrección concluye la Pascua de Muerte y Vida del Señor, y que sin su vuelta a la vida, ningún sentido tendrían ni nuestra fe ni nuestra predicación (cf. 1 Cor 15,17). Por eso creo «que al tercer día resucitó de entre los muertos», pero

no para quedarse indefinidamente con nosotros, sino para afianzar durante cierto tiempo nuestra fe, y después, volver a su «lugar», en lo alto del cielo: «Está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso».

Nuestra fe, tal como la expresamos en la Liturgia eucarística, es en el Padre y su Hijo, Jesucristo que, desde el cielo vendrá «a juzgar a los vivos y a los muertos». Es consolador saber que Jesús no nos ha dejado solos, sino que volverá para completar en nosotros su obra de salvación.

¿Nuestra actitud...? ¡Estar vigilantes, pues Él vendrá como un ladrón y nosotros tendremos que salir hacia Él «con las lámparas encendidas»! (cf. Mt 25,1ss).

¿Y NUESTRA VIDA DE CREYENTES CAPACES DE PROFESAR SU FE?

Ésta será fruto de afirmar que «creo en el Espíritu Santo», Aquél que nos recordará todo lo que Jesús nos dijo y todo lo que Él hizo en nosotros, conduciéndonos al banquete de nuestras bodas con la Verdad. Para un cristiano, «conocer la Verdad» es vivir en coherencia con esa Verdad..., siendo «veraces», pues Dios-Verdad no es una Verdad de papel, ni libresca, sino Aquel que –en Cristo– se expresó como Camino, *Verdad* y Vida (cf. Jn 14,6).

Porque hemos creído en «la Santa Iglesia Católica», la hemos hecho entrar en nuestra vida como objeto de fe. Creo –y otros también creen– que la Iglesia es el lugar de santificación que Jesucristo eligió para los hombres, el hogar donde los hijos y los hermanos cre-

cen como hijos de Dios y como hermanos de Jesús. De ahí a creer que Cristo ha depositado en la Iglesia, su Cuerpo, los tesoros de su Palabra y de su vida, hay sólo un paso. La Iglesia –que somos nosotros, los bautizados, sus piedras vivas–, custodia un verdadero tesoro, y sabe reconocerlo como tal.

Un gran teólogo contemporáneo, fray Yves Congar, O.P., decía que «la única riqueza de la Iglesia, es Cristo, y que su pobreza [la de la Iglesia], somos nosotros». Por lo tanto, *desde nuestra pobreza de pecadores*, sabemos quién es y dónde está nuestra riqueza, que no es otra, sino Jesús, el Señor...

¿CREEMOS EN ALGO MÁS...?

Sí... «En la comunión de los santos». En el Misterio de la vida de Jesús que nos recorre, como la sangre recorre nuestras venas y da vida a nuestro cuerpo, uniéndonos como Pueblo de hijos y de hermanos con una única vocación: la de los bautizados.

También creo en «el perdón de los pecados», en que la misericordia de Dios pondrá en pie todo lo caído, devolviendo a hombres y mujeres la imagen y semejanza que habíamos perdido. Y creo que ese perdón nos viene –como regalo y gracia– de la Pascua de Muerte y Vida de Jesús.

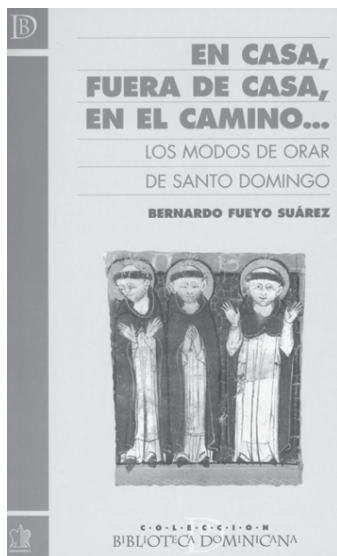
Pero no podemos dejar de añadir en la profesión de fe nuestra propia resurrección y la vida eterna que Dios ha prometido a los que le aman y a quienes Él ama: la Iglesia de hombres vivos se mostrará victoriosa sobre la muerte que destruyó nuestros cuerpos.

El *Amén* final rubricará todo lo antes profesado, con un *Sí* inequívoco.

¿Qué podemos hacer ahora, mientras seguimos caminando, porque aún no hemos llegado al término del camino?

Pedir, una y otra vez...: «*Señor, aumenta nuestra fe*» (Lc 17,5), añadiendo que Él nos dé labios para profesarla y un corazón cálido para testimoniarla, como hijos y hermanos en el nuevo Pueblo de Dios...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)



EN CASA, FUERA DE CASA, EN EL CAMINO...

BERNARDO FUEYO

Páginas: 232 Precio: 20,00 €

Se describe las formas y gestos que Domingo usaba en la oración.

Muy acorde con la búsqueda de nuevas expresiones de orar

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

TESTIGOS

El Padre Vicente Lebbe: Heroico abanderado de la evangelización en China

3.^a PARTE:

SU PROFUNDA VIDA ESPIRITUAL

En la primera parte de nuestro estudio sobre el P. Vicente Lebbe expusimos una síntesis de su biografía y hablamos de la importancia que tuvo China en su vida, en la segunda parte mostramos las etapas de su apostolado y en esta tercera y última parte hablaremos de su profunda vida espiritual.

No hubiera podido, el P. Lebbe, conservar «el ritmo agotador» de su actividad misionera, y mucho menos soportar las permanentes críticas e incomprensiones que tuvo que sufrir, si no hubiera tenido una profunda vida espiritual. También aquí es difícil hacer una síntesis de la riqueza que manifiesta su espíritu. Enunciaremos tan sólo algunas de las virtudes más destacadas, ilustrándolas con algunas de sus palabras recogidas principalmente de sus cartas.

ORACIÓN

Estas palabras están dirigidas al P. Cotta que compartió con él una buena parte de los sufrimientos:

«Hermano, prepara tu alma a la tentación. Todavía no hemos resistido hasta el derramamiento de sangre. Recemos mucho. Tratemos de orar como los santos, vivir como ellos, de mortificarnos mucho, de ser puros como los santos, de hacer todo agradable a Dios y convertirnos en un instrumento flexible entre sus manos...».

OBEDIENCIA

Se puede decir que la obediencia del P. Lebbe a los superiores en determinados momentos de su vida fue heroica. Estas palabras las escribe al P. Cotta, que no aceptaba con el mismo espíritu los mandatos de los superiores, muy condicionados por la presencia del Protectorado Francés:

«El gran tema sigue siendo la obediencia... Todos los razonamientos de usted –casi todos– satisfacen a mi razón teórica, pero no a mi corazón: hay en mí algo que los quiere y quiere sus conclusiones, pero siente inevitablemente que esto no es lo mejor para mí. La parte de mi alma más cercana a Nuestro Señor, aquella con la que le hablo y le amo, se inclina hacia al ascetismo de la Iglesia...».

R. Ellsberg, comenta acerca de la paradójica situación del P. Lebbe, lo siguiente:

«A pesar de su efectividad como misionero, fue tratado por sus propios superiores como un paria, despojado de responsabilidades y trasladado de un cometido a otro en lugares apartados. Se sometió a estas humillaciones con obediencia y dignidad,

si bien le costó mucho sufrimiento. Pensaba si esto no sería en realidad el martirio que había imaginado cuando era niño».

Esta heroica obediencia sería reconocida y alabada por el cardenal Van Rossum, como hemos indicado antes.

FORTALEZA DE ESPÍRITU

La obediencia en el P. Lebbe no fue nunca una renuncia a lo que él creía que eran los fundamentos irrenunciables de la misión china. Siempre los expuso lealmente de los superiores. Buena prueba de ello son las siguientes palabras introductorias de un extraordinario documento que le mandó a Monseñor Renaul, clarificando su postura pastoral y compromiso con el pueblo chino. Dicho documento de manos del P. Cotta llegaría a la Sagrada Congregación de la Fe. Estas son sus palabras:

«Pero, sobre todo, lo que me ha decidido a hablar, es la reflexión de lo que me había hecho callar: el miedo, eso que Bazin, según creo, llama el inmundado miedo, el innoble pánico. Me avergüenzo, como sacerdote de Cristo, de que el miedo de ver un rostro descontento, de perder la estima de mi superior, haya podido impedirme durante tanto tiempo cumplir lo que creo un deber».

HUMILDAD

Unas palabras escritas a su amigo el P. Cotta, como desahogo ante las duras pruebas a que ha sido

sometido alejándole de su campo de trabajo apostólico:

«Es preciso habituarse tranquilamente al sacrificio, no tenerse realmente por nada, y convencerse de que uno no será probablemente más que una piedra escondida en los cimientos muy lejos de las partes superiores del edificio; y que no verá la gran alegría y que sus ojos y sus oídos y todos sus sentidos no asistirán a la fiesta. He aquí el gran sacrificio, la renuncia total».

Tomadas de una carta de su colaborador y cofundador de las «Hermanas de Santa Teresa del Niño Jesús», el P. Boland, son las siguientes reflexiones:

Para ser misionero... «Lo que se necesita primeramente es la renuncia absoluta, real, a sí mismo y luego un amor inmenso, imperioso a Dios en nuestros hermanos, y, después, encontrarlo todo lo mejor posible en el mejor de los mundos.

No hay lugar en las misiones para los pesimistas, para los intratables, ni para aquellos buenos señores que necesitan de esto o de aquello, y esto incluso para estar de buen humor o encontrarse en forma. Sin lo cual, les falta el valor».

CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA

Consejo dirigido a sus monjes del Monasterio de las Bienaventuranzas: *«Prohibido Preocuparse»: el pan nuestro de cada día.*

«En una palabra, obrar, realizar su trabajo, con todo el alma, con todo el amor; realizar el trabajo

de cada hora, llevar la cruz del día, ni la del día anterior ni de la de mañana...; tener verdadero horror a las ilusiones, a los sueños vacíos y vanos, a las palabras inútiles.

Un ejemplo: Dios por mano de mi prójimo me envía un contratiempo, una pena. Entonces con gallardía y sin vacilación, expresar un amplio agradecimiento, mantener la propia alegría, no hablar de ello a nadie y redoblar en ese día todo el fervor para cumplir con el deber. Me humillan en plena cara. ¡Estupenda ganga! Por eso recibirla como un tesoro, aceptarla con todo el espíritu, tratar luego de hacer un poco de bien o proporcionar un gusto a aquel a quien Dios ha enviado para ofrecerme esta riqueza...

Sin este hacer “aquello de que se trata” todo lo demás se reduce a pompas de jabón lanzadas al aire... y el viento se las lleva».

TOTAL DESPRENDIMIENTO

Sus amigos que querían aliviar las carencias de su vida personal, lo tenían como un caso perdido. Bicicleta nueva, buen reloj, ropa recién estrenada..., duraban poco en las manos del P. Lebbe. Y no digamos nada referente al dinero, que lo mismo que le llegaba –y le llegó mucho– se le iba. A su hermano Béda, le decía: «No debes preocuparte por el dinero. Es sólo un medio y nada vale por sí mismo». Tenía un principio general:

«De vez en cuando dad una vuelta por vuestra habitación para ver si hay algo de que podáis desembarazaros. Si tenéis cariño a algo, dadlo».

EPÍLOGO: «HE VISTO AL P. LEBBE, HE VISTO A JESÚS»

La esposa del doctor Chabaneix, médico de la delegación francesa en China y convertido de nuevo al seno de la Iglesia por mediación del P. Lebbe, cuando le preguntaban por qué creía que él era un santo, contestaba: *«No sé. Tampoco podría demostrar los motivos de mi creencia en Dios, él mismo era la prueba. Era una esperanza viva. No he visto a Jesús pero he visto al P. Lebbe...»*.

Terminamos nuestra pequeña reflexión con unas palabras del canónigo Jacques Leclercq, de quien hemos tomado parte de lo relatado aquí.

«Ignoro si será canonizado; esto lo decidirá la Santa Iglesia por inspiración del Espíritu Santo; solamente puedo decir, después de haber dedicado toda mi vida al estudio de los santos, que a él le habían tallado en la madera con que estos se hacen».

Desde 1988 se ha iniciado en Roma el proceso de su canonización.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

ESCUELA DE VIDA

Homilías sobre la creación en seis días: la creación de las aves

Los animales terrestres, las aves y los peces,
2ª parte¹

LAS GRULLAS: EJEMPLO DE ORDEN

¿Cómo enumeraré con exactitud las particularidades que ofrece la vida de las aves? Así, por ejemplo, las grullas montan guardia por turno durante la noche, de tal forma que, mientras unas duermen, otras hacen la ronda y procuran a las primeras una seguridad completa para su sueño. Cuando su tiempo de guardia acaba, la centinela da un graznido y se pone a dormir, mientras que otra la releva y se ocupa de que aquella pueda descansar segura.

Este buen orden lo observarás también en su vuelo, pues unas veces es una y otras veces es otra la que hace de guía. Y la que ha dirigido el vuelo durante un tiempo determinado pasa atrás y cede a la siguiente la conducción del viaje.

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélie sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949, pp. 453-463; 465-467; 471; 467-469; 471-473; 463-465; 477. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original y otras las hemos cambiado de lugar.

LAS CORNEJAS Y LAS CIGÜEÑAS: EJEMPLO DE HOSPITALIDAD Y AMOR FILIAL

La forma de comportarse de las cigüeñas no está lejos tampoco de la inteligencia racional. Así como se las ve venir a la vez a nuestras regiones, una misma señal las hace alejarse a todas juntas. Y las cornejas de nuestro país las escoltan, yo diría que para honrarlas y protegerlas de las aves belicosas. Podemos observar esto, primeramente, en la ausencia de cornejas en la época de migración y, asimismo, en las heridas que, a su regreso, muestran claramente los combates que esta alianza les ha hecho sostener.

¿Quién, pues, les ha prescrito las leyes de hospitalidad? ¿Quién ha amenazado con perseguir a los desertores para evitar que ninguna se escabulla de este servicio? Que escuchen bien aquellos que no son hospitalarios, aquellos que cierran sus puertas a los extranjeros, y que, incluso en las noches de invierno, se niegan a compartir su techo.

Las atenciones y cuidados que tienen las cigüeñas con las más mayores bastarían para que nuestros hijos, si quieren tomar nota de ello, sean afectuosos con sus padres. ¡Pues, claro está, nadie hay que no se sonroje al verse menos virtuoso que estas aves carentes de razón!

Las cigüeñas se juntan en círculo alrededor de su padre, al que la vejez ha hecho perder las plumas, le calientan con sus propias alas, le proveen de abundante comida e, incluso, en sus vuelos le proporcionan toda la ayuda que les es posible, procurando dulcemente el apoyo de sus alas en ambos costados. Su con-

ducta ha sido tan elogiada por todos, que ahora algunos asocian la virtud del agradecimiento a las cigüeñas.

LA GOLONDRINA: EJEMPLO DE POBREZA

Que nadie de entre ustedes se aflija por su pobreza ni se desespere por su propia vida al no quedar en su casa nada con lo que pueda mantenerse. Sino que reflexione sobre la industriosa habilidad de la golondrina. Pues ésta, cuando construye su nido, lleva las briznas de paja en su pico. Pero como no puede llevar el barro en sus patas, moja las puntas de sus alas con agua, las cubre con el polvo más fino y de ese modo ella es capaz de conseguir el barro. Después, poco a poco, va juntando las briznas de paja sirviéndose del barro a modo de pegamento, y, así, en esta casa de adobe cría a sus hijos. Y si se pincha los ojos con la paja, la golondrina encuentra en la naturaleza el remedio para recobrar la vista.

Que este ejemplo pueda recordarte que es preciso que no te sientas mal a causa de tu pobreza ni que te quedes inactivo y sin energía ante las más duras pruebas tras haber perdido toda esperanza, sino que este ejemplo te mueva a refugiarte en Dios. Pues si Él da a la golondrina tales beneficios, ¡cuánto no dará más aún a aquellos que le invocan con todo su corazón!

EL ALCIÓN Y LA PROVIDENCIA

El alción es un ave marina. Tiene por costumbre hacer eclosionar en la orilla los huevos que ha colo-

cado en la misma arena. Sin embargo, los huevos eclosionan hacia mitad del invierno, en una época en la que el mar rompe contra la tierra agitado por todo tipo de vientos violentos. Pero vemos apaciguarse los vientos y calmarse los oleajes durante los siete días en los que el alción incuba sus huevos, pues ese es el tiempo necesario para que eclosionen los pequeños. Luego, como éstos necesitan comer, Dios, generosamente, da a este pequeñito animal otros siete días para su crecimiento. Esto lo saben todos los marinos y por esta razón llaman a estos días: «alciónicos» (que son los siete días que preceden y los siete días que siguen al solsticio de invierno).

Así, contemplando cómo la Providencia se extiende sobre los seres irracionales, Dios quiere animarte a que le pidas todo lo que te es saludable. ¿Qué prodigio no hará por ti, que has sido hecho a su imagen, cuando, por un pájaro tan pequeño, el mar, con toda su grandeza y terror, se contiene en pleno invierno obedeciendo la orden que se le ha dado para que quede en reposo?

LA TÓRTOLA Y LA VIUEDAD

Se dice que la tórtola, una vez separada del macho, no acepta emparejarse con otro, sino que vive sola. Así, en recuerdo de su anterior unión, rechaza todo nuevo emparejamiento. Pues bien, que las mujeres sepan hasta qué punto la nobleza de la viudedad hace poco convenientes las uniones sucesivas, incluso, como vemos, para los seres irracionales.

LA INJUSTICIA DEL ÁGUILA Y EL AMOR PATERNO DE LA CORNEJA

El águila es extremadamente injusta con los pequeños que debe criar. De los dos aguiluchos que nacen, a uno lo arroja al suelo y lo rechaza con aleteos. Sólo acepta al otro. Dado que es difícil encontrar comida, mientras acepta a una de las crías que ha engendrado, rechaza a la otra. Pero se dice que el pigargo (que es un águila marina) no deja morir al aguilucho que ha sido rechazado por sus progenitores, sino que lo recoge y lo cría en su propia nidada.

Así podemos ver cómo las águilas son como aquellos padres que, con el pretexto de su pobreza, dejan a sus hijos a la intemperie para que otros se hagan cargo de ellos. O como aquellos otros padres que son de una extrema perversidad a la hora de repartir su patrimonio entre sus vástagos. Pues es de justicia que, tras haberles dado la vida a todos por igual, después les provean de lo necesario para vivir con una misma consideración.

No imites tampoco la crueldad de las aves de garras curvadas, pues el día en el que ven a sus pequeños animarse a volar, les echan del nido, los golpean con las alas, los rechazan y no vuelven a cuidarlos.

Por el contrario, fíjate en el loable el amor que tiene la corneja por sus pequeños, pues, desde que éstos comienzan a volar, ella vuela a su lado. Además, los alimenta y los educa todo el tiempo que puede.

LOS BUITRES Y PARTO VIRGINAL DE MARÍA

Algunas aves no necesitan de un macho para poder poner huevos. Pero, si bien sabemos que los huevos sin el germen masculino son infecundos, se dice que los buitres se reproducen la mayoría de las veces sin tener pareja, y eso hasta una edad muy avanzada, pues su vida alcanza frecuentemente hasta los cien años.

Yo te animo a pensar sobre este hecho, y si alguna vez ves que alguien se ríe del misterio de nuestra fe con el pretexto de que es imposible y fuera del orden natural que una virgen dé a luz sin que su virginidad sufra el más mínimo daño, tú te acordarás de que Dios, que *«quiso salvar con la locura de la predicación a aquellos que creen»* (1 Cor 1,21), nos ha dado por adelantado en la naturaleza todo tipo de razones para aceptar las maravillas de la fe.

LAS AVES NOCTURNAS Y DIURNAS

En las tinieblas podemos observar las especies de aves nocturnas, y en la luz, las que viajan de día. Los murciélagos, las lechuzas y los búhos son, en efecto, seres que buscan en la noche su alimento, de suerte que, en las horas de insomnio, te basta con pensar en ellas y con recordar sus cualidades, para elevar hacia el Creador un himno de alabanza.

Observa cómo el ruiseñor queda despierto todo el tiempo de la incubación, sin interrumpir su melodía durante toda la noche.

Cómo el murciélago es a la vez cuadrúpedo y volador. Cómo es el único entre los pájaros que tiene dientes, que es vivíparo (es decir, que pare las crías vivas) como los cuadrúpedos y que es capaz de elevarse por los aires, levantándose, no mediante alas con plumas, sino con membranas de piel.

Observa, además, cómo los murciélagos se tienen por naturaleza mutuo afecto y se sujetan el uno al otro estando colgados. Esto es un ejemplo de una unión muy difícil de conseguir para nosotros, los humanos. ¡Pues la mayoría de las personas prefieren la vida individual y privada, a la vida en comunidad!

Observa cómo se parecen los ojos de la lechuza a los que se entregan a la vanidad del saber puramente humano. Pues la visión de esta ave es aguda durante la noche, pero en cuanto brilla el sol, ésta se oscurece. Así de extremadamente sutil es la mente de estas personas para los vanos estudios, pero ante la inteligencia de la luz verdadera, quedan en la oscuridad.

Durante el día te será mucho más fácil encontrar por todas partes motivos para admirar al Creador. Observa cómo el gallo te anima a trabajar anunciando con su agudo canto la proximidad del amanecer. Él no es menos madrugador que los viajeros y hace que los paisanos vuelvan al trabajo de la casa.

Observa cómo las ocas son vigilantes y están dotadas de un olfato muy sutil para descubrir a quien se esconde. Antiguamente, ellas salvaron a la capital del Imperio indicando la presencia de unos enemigos que, por galerías subterráneas, se preparaban, sin ser apercibidos, a tomar la ciudadela de Roma.

LAS AVES QUE VIVEN SOBRE EL AGUA

Te invito a contemplar ahora los animales a los que les gusta estar sobre el agua, y verás que tienen una constitución diferente: sus patas no están divididas, como las de la corneja, ni curvadas, como las de las aves carnívoras, sino que son anchas y membranosas. Éstas les permiten nadar fácilmente sobre el agua, pues, a modo de remos, utilizan las membranas de sus patas para impulsar el agua.

Y si contemplas cómo el cisne, sumergiendo su cuello en el fondo del agua, toma de ahí abajo su alimento, verás la sabiduría del Creador. Pues, para este fin le ha dotado de un cuello más largo que las patas: para que lo lance al fondo del agua como si fuera un sedal, y tome el alimento escondido en las profundidades.

PECULIARIDADES ASOMBROSAS

¿Cuál es, entre las aves, la especie que no muestre alguna maravillosa peculiaridad?

¿Quién anuncia a los buitres que los hombres van a morir, cuando éstos parten a la batalla? Se ven, en efecto, innumerables bandadas de buitres acompañando a los ejércitos, pues éstas, viendo los preparativos de la guerra, adivinan la partida. He ahí algo que no está muy alejado del raciocinio humano.

¿Cómo podré describirte las terribles expediciones de la langosta? Toda la oleada se levanta con una misma señal. Habiendo establecido su campamento

en la superficie del país, no toca los frutos antes de que la orden divina le haya sido dada. ¿Y cómo puede ser que el tordo les siga y remedie la plaga gracias a estar dotado de una ilimitada voracidad, habiendo puesto Dios, en su infinita bondad, el insaciable apetito de este pájaro al servicio de las personas?

¿De qué manera hacen oír su canto las cigarras? ¿Y cómo son éstas más armoniosas en medio del día, las cuales, atrayendo el aire por la dilatación de su tórax, hacen escuchar su canto?

¡Ciertamente, haga lo que haga, me parece que estoy más lejos de expresar las maravillas del mundo de las aves que si intento alcanzar corriendo la rapidez de su vuelo!

LA MARAVILLOSA SABIDURÍA DIVINA

Para la simple lectura, las palabras de las Escrituras no son más que débiles sílabas: «*Que las aguas produzcan aves que vuelen sobre la tierra, en el firmamento celeste*» (Gn 1,20). Pero una vez descubierto el pensamiento que encierran, aparece entonces la gran maravilla de la sabiduría creadora. ¿Qué diferencias no ha previsto Dios en el mundo de las aves? ¿Qué distinciones no ha establecido entre las especies? ¿Qué características particulares no ha impreso en cada una?

Pero he aquí que el día nos deja mientras os expongo las maravillas repartidas en el aire. Sin embargo, la tierra nos invita al espectáculo de los animales salvajes, los reptiles y los rebaños: ella está dispuesta a mos-

trarnos unos seres tan valiosos como lo son las plantas, los peces y los pájaros: «*Que la tierra produzca el alma viva del ganado, de los animales salvajes y de los reptiles según su especie...*» (Gn 1,24).

CONCLUSIÓN

He ahí, pues, el cielo revestido de su ornato, la tierra bellamente adornada, el mar que florece por los seres que él mismo ha engendrado y el aire lleno de aves que lo cruzan con su vuelo. Todo lo que el orden divino ha hecho pasar de la nada a la existencia –mucho de lo cual no he narrado en mi homilía para no demorarme demasiado ni parecer exagerado– tú habrás sido capaz de observarlo por ti mismo si has estado atento y eres capaz de percibir en todas las cosas la sabiduría de Dios. Y así, estimado oyente, te ruego que no ceses jamás de admirar y glorificar en toda la creación al que es su Autor.

Que éste sea el término de nuestro festín oratorio matinal, para evitar que una excesiva saciedad embote vuestro apetito para la comida de la noche. Y que Aquel que ha llenado el universo con sus criaturas y en todas las cosas nos ha dejado visibles recuerdos de sus propias maravillas, llene vuestros corazones de toda alegría espiritual, por Jesucristo nuestro Señor, a quien sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos.

¡Así sea!

INFORMACIONES

Próximo simposium sobre vida contemplativa femenina

La clausura femenina:
historia de una fidelidad (II)

SIMPOSIUM (XIX^a EDICIÓN)

San Lorenzo del Escorial, 2 al 5 de Septiembre de 2011

La vida claustral femenina ha sido y sigue siendo una bendición de Dios para su Iglesia. Tras los altos muros de los conventos y la clausura de las puertas y ventanas de los monasterios, late una vida intensa y fecunda de entrega total a Dios. Sin propaganda ni difusión, ahí están en los barrios antiguos de muchos pueblos y ciudades; calladamente dan testimonio de una opción por vivir en soledad con Dios. Así durante muchos siglos; muy cerca de nosotros y muy desconocidas para la inmensa mayoría de las personas, aunque algunos sólo conozcan algún detalle anecdótico, como llevar unos huevos para que las monjas pidan que no llueva el día de la boda de la «niña», y otros recuerden los «dulces» tan deliciosos que hacen tales monjitas. Sin embargo, la vida contemplativa es otra cosa.

Tras la gran acogida que tuvo la anterior edición dedicada a este tema (2004), y de la reiterada insis-

tencia por parte de algunos investigadores, el *Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas* convoca una segunda edición para seguir rescatando la historia de tantos y tan gloriosos conventos y monasterios femeninos españoles y latinoamericanos con la celebración de este Simposium en sus múltiples facetas: historia de los edificios y sus dependencias más importantes (iglesias, claustros, salas capitulares, bibliotecas...), libros de profesiones, obras de arte (pintura, escultura, relieves, platería, tejidos, bordados, orfebrería...), fiestas, costumbres y tradiciones monásticas, etc. También se puede tratar de los escritos de algunas religiosas.

Buscamos principalmente que las propias religiosas quieran escribir un trabajo (18 folios) donde cuenten desde dentro cómo es y cómo se vive en una clausura hoy, siendo fieles a una vocación específica, y cómo guardan memoria viva de lo que ha sido el discurrir de la historia tras los muros de esos cenobios seculares. Los monasterios y conventos también pueden animar a personas de solvencia, ligadas a las comunidades, a que participen en su nombre.

Desde hace dieciocho años hemos tratado temas relacionados con la religiosidad popular; la Eucaristía; la Inmaculada; los monjes y los monasterios españoles; la Iglesia española y las instituciones de caridad; el culto a los santos: cofradías, devoción, fiestas y arte; la desamortización: el expolio del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia en España; los Crucificados: religiosidad, cofradías y arte, etc.

Las personas interesadas para conocer detalles concretos pueden ponerse en contacto con:

P. JAVIER CAMPOS, OSA

Estudios Superiores del Escorial

Alamillos, 2 // 28200 – San Lorenzo del Escorial
(Madrid)

Tel. 91.8904545

[http://www.rcumariacristina.com/ficheros/
Symposium_2011_cuadriptico.pdf](http://www.rcumariacristina.com/ficheros/Symposium_2011_cuadriptico.pdf)



ENCARNACIÓN CONTINUADA

JESÚS ESPEJA

Páginas: 252 Precio: 20 €

La reflexión teológica, empeño por comprender mejor la fe cristiana que nunca se da fuera de la historia, tampoco puede abstraer del tiempo tal como lo percibe quien hace la reflexión. En mi caso, el cambio cultural ha sido tan amplio, tan complejo y tan alborotado, que la primera reacción es callar. Pero los cuestionamientos de la propia fe cristiana vienen desde distintos flancos, y uno se ve confrontado sin remedio a la nueva situación cultural que está emergiendo.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Bibliografía

JESÚS ESPEJA PARDO, *Jesucristo. Una propuesta de vida*. Editorial San Pablo, Madrid 2010, 372 pp.

De nuevo un libro sobre Jesucristo. ¿Merece la pena volver a hablar, volver a escribir sobre Jesucristo? Si hablamos de «volver»..., es porque nos hemos ido... o al menos porque «Jesucristo» ha perdido «frescura», «aceptación» o «admiración» en los tiempos que corren.

Jesucristo ya no está entre los líderes o personajes de la historia de mayor admiración o seguimiento. Ya no se le busca tanto como contraste o como «ideal de vida». Yo diría que más bien se le ignora, se le manipula o se le utiliza para desacreditar el fundamento y origen de determinados valores siempre perennes, con la finalidad de desprestigiar al cristianismo en general y a la Iglesia católica en particular. Cada vez son más las personas que lo desconocen. Sin conocimiento no puede haber aprecio. No se puede amar lo que se desconoce. Jesucristo está dejando de ser, en nuestro mundo cultural más próximo, alguien que transmite a Dios, alguien que nos habla de Dios y alguien que nos estimula hacia una vida en mayor libertad.

El autor muestra este convencimiento: ¡Merece la pena volver a Jesucristo! Es también la invitación que nos han hecho de modo insistente los sucesores de Pedro (prueba de ello es la encíclica de Benedicto XVI «La caridad en la verdad»), y otros movimientos de Iglesia (XII Asamblea de la HOAC). Para los primeros, en Jesucristo descubrimos cuál es la verdad de Dios, cuál es la verdad del ser humano, en qué consiste su salvación, su desarrollo integral. Para los segundos se plantea un reto

fundamental: combatir el empobrecimiento y la deshumanización que genera el sistema social.

Jesús Espeja apunta el camino a seguir para llevar a cabo esa doble tarea evangelizadora: encontrar la verdad de Dios y del ser humano y combatir todo aquello que en la existencia humana deshumaniza. En este sentido Jesucristo sigue ofreciendo un proyecto actual de realización humana porque responde a los grandes interrogantes del hombre y de la mujer de hoy. Este proyecto, en las dos vertientes señaladas, inspira y anima al autor del libro.

El libro, de lectura ágil y sencilla, anima y estimula nuestro seguimiento de Jesús. Bien merece ser considerado entre aquellos libros –actuales– que presentan, para el hombre y la mujer de hoy, lo que el mismo título indica: «*Una propuesta de vida*». Se presenta a Jesucristo como el eje central sobre el que se apoya la vida y la existencia de cualquiera de nosotros. Sus páginas, impregnadas de espiritualidad cristiana, son un estímulo para los creyentes en Jesucristo. Recomiendo encarecidamente su lectura.

FRAY JESÚS DÍAZ SARIEGO, O.P.
Madrid (España)

LUIS GUILLERMO ALONSO, *El colgado*.

Editorial Sal Terrae, Santander 2010, 119 pp.

El P. Luis Guillermo Alonso, jesuita español nacido en 1939, nos ofrece en este libro un bello y profundo poemario sobre la Pasión del Señor. Paso a paso, poema a poema, el autor nos conduce desde la noche de Getsemaní hasta la aurora de la Resurrección. Ha sabido desentrañar con toda su crudeza los sentimientos y pensamientos que pudieron aflorar en Jesús o pueden sur-

gir de un modo u otro en quien contempla interiormente toda aquella tragedia.

Comienza hablando de «El Dios anochecido», en cuyos poemas compartimos con Nuestro Señor su abajamiento total y la dura noche en Getsemaní. A continuación, en «Desnudo», el autor nos muestra a Cristo totalmente vaciado en la cruz, expuesto a la vista de todos, a la intemperie. En «¿Por qué?» profundiza en el absurdo de la cruz y nos introduce en la angustia, el dolor y sin sentido de la muerte del Inocente. En «Estación de término» nos ayuda a contemplar el abandonado cadáver del Hijo de Dios, los restos de quien abusaron sin medida, y nos invita a meditar sobre las tinieblas, el silencio y el vértigo que produce aquella escena. Y llegamos a «La puerta del jardín», a la misteriosa experiencia de la resurrección, donde el autor nos adentra en la visión del Resucitado, Alguien a quien cuesta reconocer.

Luis Guillermo Alonso nos muestra el trasfondo de la tragedia de la cruz, ofreciéndonos multitud de matices para meditar y experimentar interiormente. Los poemas son cortos y de fácil comprensión. Por ello son una útil lectura para Cuaresma, Semana Santa o para hacer un retiro espiritual en torno a la Pasión del Señor.

*«Cual naciera murió, aún más desnudo,
desnudado de sí...» (26 a, p. 60).*

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)

JOSEP OTÓN CATALÁN, *Historias y personajes. Un recorrido por la Biblia.*

Editorial Sal Terrae, Santander 2010, 157 pp.

Josep Otón es doctor en Historia y profesor en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona. Ha

recibido diversos premios de ensayo, incluido el Premio de Ensayo Bíblico 2008 por el trabajo que recoge este libro. Su obra *Historias y personajes* nos presenta una reflexión en torno a los protagonistas principales del libro del *Pentateuco*: Abraham, Isaac, Jacob, José y Moisés, en el que pone de manifiesto la sintonía existente entre estas antiguas narraciones y las experiencias psicológicas, sociales, culturales y religiosas de nuestro tiempo.

Así, por ejemplo, la obra parte de la pregunta acerca del motivo por el que Moisés tuvo que quedarse en el monte Nebo y no pudo entrar en la Tierra Prometida. Nebo es el brusco desenlace de una aventura apasionante para el que hubiéramos querido otro final. Tal vez Nebo, como dice el autor, sea una metáfora de esta posmodernidad actual. ¿Merece la pena emprender un viaje sabiendo que no llegaremos a la meta? ¿Cómo entender el libro del *Éxodo* si a su protagonista le es vetada la entrada en la Tierra Prometida? Y finalmente, ¿qué sentido tiene la vida cuando ya se ha llegado al final del camino?

Esta interesante obra nos ofrece una lectura actualizada de las Sagradas Escrituras a partir de los datos proporcionados por la exégesis, la comparación con relatos procedentes de otras culturas y el diálogo con el pensamiento actual. Es una invitación a hacer un recorrido a través de los textos bíblicos hasta el monte Nebo, la puerta de la Tierra Prometida.

Moisés y los demás personajes bíblicos pueden ser buenos compañeros de camino para quienes, inmersos en la posmodernidad, sienten que ha acabado una historia para ellos y no saben hacia dónde van.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.
Prulla (Francia)

RAFAEL LAZACANO, *Ana Catalina Emmerick (1774-1824)*. Editorial Agustiniana, Guadarrama (Madrid) 2010, 124 pp.

La película «La Pasión de Cristo», dirigida por Mel Gibson, y estrenada en España el 2 de abril de 2004, hizo que el nombre de Ana Catalina Emmerick apareciera en los medios de comunicación de todo el mundo, pues dicho film cinematográfico se inspira –aparte de los Evangelios y de los escritos de otros autores– en las revelaciones de la estigmatizada de Dülmen. Además, el 3 de octubre de ese mismo año fue beatificada por el papa Juan Pablo II.

Este libro nos ofrece una breve, sencilla y amena biografía de esta heroica mujer que vivió y murió unida a la cruz de Cristo. Esta biografía se inspira principalmente en la escrita por el Redentorista Carlos Erardo Schmöger (1819-1883), especialista en fenómenos místicos extraordinarios, y en la *Positio de la causa de canonización*.

Esta mística aceptó el camino de la cruz y entendió su sufrimiento, al que con frecuencia buscó alivio, como una ayuda para los otros, y así lo declaraba: «con mis padecimientos eran socorridas muchas personas» (p. 97). Entendió su inmenso sufrimiento como expiación por los enfermos, los moribundos y por quienes se negaban a la conversión. No cabe duda de que desde su lecho de enferma realizó un fecundo apostolado.

El libro recoge algunos textos autobiográficos atribuidos a la santa de Dülmen. También transcribe algunos pasajes del literato Clemente Brentano, aunque sin juzgar sobre su discutida veracidad.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

FRANCISCO J. CASTRO MIRAMONTES, ANTONIO GARCÍA RUBIO,
Historias que curan el alma.
Editorial San Pablo, Madrid 2010, 278 pp.

Fr. Francisco J. Castro Miramontes es franciscano. Dirige y presenta desde 1999 el programa religioso «Día Santo» de la cadena *Radio Galega*, y fr. Antonio García Rubio es licenciado en Teología dogmática por la Universidad de Comillas y ha dedicado su vida a la tarea pastoral en la diócesis de Madrid hasta su ingreso en el Monasterio benedictino de Santa María de El Paular.

Estas *Historias que curan el alma* dan realce a unas cuantas vidas comunes que para los autores adquieren todo el valor de lo entrañable y lo armonioso, lo popular y lo sencillo, lo bello y lo místico. Son historias pequeñas que ofrecen una lectura positiva y gratuita de la vida. Resaltan los toques curativos que la influencia de Jesús de Nazaret despierta y actualiza en muchas personas metidas de lleno en nuestra cultura, en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia. Todo ello narrado de manera precisa, comprensible, humilde y confiada. Son pequeños retazos de vida sentida, experimentada, reflexionada y luego generosamente compartida.

Los autores, enamorados de la existencia humana y de Aquel que lo hace todo nuevo y lo lleva por caminos de sanación y de curación, quieren hacernos recordar que la verdadera historia es la vida misma, pues al final es ella la que habla, la que ofrece su palabra, su enseñanza y su saber. Nos invitan también a interpretar con maestría el papel que la Providencia nos ha asignado para este tramo de vida en la tierra: ir creando.

Sin duda, cada uno tenemos historias que vivir y que contar.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.
Prulla (Francia)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

El Espíritu Santo se muestra simbólicamente

La Biblia usa frecuentemente imágenes para hablar-nos de Dios y, concretamente, del Espíritu Santo. Según fr. Yves-Marie Congar, O.P., Dios se ha revelado preferentemente en imágenes para mostrarnos lo que Él es para nosotros y no tanto lo que Él es en sí. Las imágenes nos abren a la relación con Dios, son una puerta por la que somos introducidos en una relación con Él¹. Reflexionemos sobre las más conocidas imágenes del Espíritu Santo:

– Así relata san Lucas la acción del Espíritu Santo en Pentecostés: «*De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos*» (Hch 2,2-3).

1. Cf. Yves-Marie CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1991², 447-450.

En la cultura griega el aire y el fuego son los dos elementos naturales más etéreos y activos. Y sabemos muy bien que juntos desarrollan una fuerza descomunal, imparable: un incendio forestal empujado y avivado por un fuerte viento no hay quien lo apague, arrasa todo. Es ese fuego del que hablaba Jesús a sus discípulos: «*He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!*» (Lc 12,49).

Cuando somos dóciles a la acción del Espíritu Santo surge en nosotros un imparable deseo de vivir y testimoniar el Evangelio. En nuestro corazón se prende un incendio que todo lo devora y lo sobrepasa: cualquier obstáculo, cualquier tentación, cualquier mal momento...

Eso es lo que pasó con los primeros discípulos. Era un grupo de pobres personas escondidas y asustadizas, pero tras la venida del Espíritu Santo, llevaron el Evangelio hasta los confines del Imperio Romano, y más allá. Nada les paró.

– Hay otro símbolo muy importante: el Espíritu Santo es como el agua que purifica y da la vida. Dice el profeta Ezequiel: «*Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo...*» (Ez 36,25-26).

Cómo se nota que Ezequiel es de tierra de secano, de un lugar donde llueve poco. Y cuando lo hace se agradece como si el mismo Espíritu divino cayese del cielo. Qué bien huele el campo tras la lluvia. ¡Huele a vida! Tiene un frescor sin igual. El suelo se cubre de

verdor y el aire se respira a pleno pulmón. Todo está limpio. No hay polvo en el camino.

Cuando nos centramos egoístamente en nosotros mismos, nuestro interior se seca, se convierte en un tórrido desierto, lleno de piedras. Sin darnos cuenta, nos convertimos en personas desagradables y oscas. Entonces, nuestro corazón necesita la acción del Espíritu Santo, como la planta medio seca por falta de agua.

El Espíritu es el «agua viva» (cf. Jn 7,38; Jr 17,13) que riega, humedece y mulle nuestro corazón. Cuando nos abrimos a su acción, cuando nos dejamos regar por sus dones, salimos de nosotros mismos y nos abrimos como una flor hacia los demás. La persona movida por el Espíritu de Dios es simpática y amable. Tiene un corazón nuevo. Es todo corazón...

– Y, por último, nos acercamos al bautismo del Señor: *«En aquellos días, Jesús llegó desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu Santo descendía sobre él como una paloma; y una voz desde el cielo dijo: “Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección”»* (Mc 1,9-11).

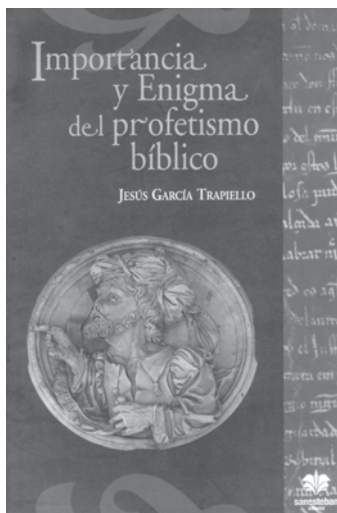
Cuando Jesús recibe el Espíritu Santo se siente el Hijo «muy querido» del Padre. Aquella fue una experiencia intensa de amor que le impulsó a predicar el Evangelio y a consumir el misterio de nuestra redención.

El Espíritu es la presencia del Amor divino en nuestro corazón, en lo más profundo de nosotros. Quien

llega a acercarse a Él, quien alcanza a acomodarse en su regazo, experimenta la ternura y el cariño que siente un bebe en los brazos de su madre.

Somos templo del Espíritu de Dios (cf. 1 Cor 6,19). En nosotros habita lo absoluto, lo infinito, lo pleno. Portamos la fuente de la felicidad eterna.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

ESTUDIOS

La felicidad según el Antiguo Testamento

EN LA GÉNESIS DE LA FELICIDAD

En los relatos del Génesis, el hombre es criatura de Dios y, en cuanto tal, depende absolutamente del Creador (como el barro en manos del alfarero, moldeado bajo su idea-imagen). Adán-Eva es la coronación de la obra de la creación de Dios (cf. Gn 5,1); las demás criaturas son para el hombre –con la misma verdad que él es para Dios–. El hombre debe gobernar la creación no arbitrariamente sino en nombre de su auténtico Señor, Dios (cf. Gn 1,28).

Gracias a una profunda antropología bíblica, la imagen de Dios, Adán-Eva, revela que el hombre es un ser en relación con el «tú» (socialidad como relación entre iguales) que no borra la respectiva singularidad del «yo», sino que la posibilita. Sólo al hombre se dirige Dios como a un «tú», sólo de él espera respuesta, sólo a él se le encomienda el cuidado del mundo. Pero, a su vez, el hombre es un ser dotado de inteligencia, voluntad y capacidad de elección, un ser libre por naturaleza; y en esa libertad, la elección de la pareja inicial (cf. Gn 3,6) lleva a la humanidad a la angustia, a la no felicidad.

En esta relación, el hombre rompe su amistad con Dios y desencadena una serie de acontecimientos que

lo llevan cada vez más a un estado de infelicidad. Desde ahora, contrariamente a ser feliz (vida en gracia-amistad con Dios), el hombre vive una existencia desdichada (pecado-enemistad con Dios). Este profundo desarraigo del estado de gracia-amistad con su Creador lo ciega ante el mundo creado (ya no encuentra en él la imagen o la voz de Dios: cf. Gn 3,21-23), lleva su corazón envenenado con la codicia (cf. Gn 4,3ss) y su búsqueda de felicidad se conduce, no desde la voluntad de Dios, sino desde las apetencias humanas. El hombre ha usurpado el lugar de Dios («seréis como dioses»: Gn 3,5).

DEL PARAÍSO A BABEL

Después se dijeron: «Ea, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la faz de la tierra» (Gn 11,4). A veces pensamos que la fama puede darnos la felicidad. Nos planteamos grandes proyectos, grandes cosas para que se nos reconozca y se nos vea bien, queremos llegar a la cumbre de nuestras ambiciones y superar hasta lo que parece insuperable. En definitiva seguimos poniéndonos en el puesto de Dios.

En esta narración simbólica que nos presenta el Antiguo Testamento, referida a la ciudad de Babilonia, el autor yahvista desea expresar la condición pecaminosa universal del hombre. La escandalosa intensión de alcanzar la fama, permite al autor mostrar hasta qué punto llega la ambición humana. El hacerse famoso significa, en su contexto, el otorgarse a sí mismo la

gloria que sólo le corresponde a Dios. Además, la construcción de la ciudad simboliza el deseo humano de encerrarse en sí mismo, nutrirse de su propio egoísmo.

Muchas veces caemos en la tentación de pensar que seríamos felices: si nos uniéramos, si todos habláramos la misma lengua, si todos quisiéramos lo mismo... Pensando más en nosotros mismos, calculando desde nuestras propias débilidades e incoherentes posibilidades y olvidándonos de lo esencial, excluyéndonos de la relación con el Creador (fuente de la auténtica felicidad). Así lo gritaron los profetas y lo proclaman los escritos sapienciales.

Babel nos plantea la cuestión de que la felicidad no la encontramos ni en la unificación de lenguas, o de razas, o de culturas, etc., ni menos aún en el deseo soberbio de alcanzar la gloria, aunque lo hagamos todos juntos, sino que la auténtica felicidad está en no suplantar a Dios y darle el lugar que le corresponde en la historia de los hombres. La gran ciudad y la torre resultan así sinónimos de rebelión del hombre contra Dios y negación de sus propios límites.

LA FELICIDAD PROPUESTA EN UNA PROMESA

Hay dos grandes relatos veterotestamentarios que nos ilustran la invitación de Dios a poner totalmente la confianza en él, y lo hacen a través de una promesa (cf. Jr 32,22). Abraham y Moisés protagonizan las dos puestas en marcha hacia la tierra de la felicidad. Sólo se dejaron guiar por la certeza que nace de la promesa de Dios y fueron capaces de «salir y diri-

girse hacia donde Dios le indicara». La «tierra que mana leche y miel» (Ex 3,8.17) simboliza la promesa de un lugar donde está asegurada la felicidad que sólo Dios puede dar, aunque para llegar a ella el camino no esté exento de dificultades y sufrimiento.

Para Abraham, la promesa de Dios consistía en una gran descendencia, la bendición divina y un nombre engrandecido; pero esta promesa no se quedaba en su persona sino que toda esa riqueza pasaría a todas las naciones; es decir, es una riqueza que debía ser compartida (cf. Gn 12,1-3). En cambio, en el caso de Moisés, Dios se sirve de él como instrumento liberador. La promesa será para el pueblo, al que Dios ha visto sumido en la opresión y ha oído sus gritos; ha bajado a liberarlo y llevarlo a una tierra buena y espaciosa (cf. Ex 3,8).

Estos dos personajes impresionantes del Antiguo Testamento –los más significativos en la tradición judía– hacen de la *obediencia de la fe el camino hacia la felicidad*: «Escucha, Israel; cuida de practicar lo que te hará feliz y por lo que te multiplicarás, como te ha dicho el Señor, el Dios de tus padres, en la tierra que mana leche y miel» (Dt 6,3); una felicidad no sólo propia, ni encerrada en el pueblo, sino también para los demás, siendo *luz para las naciones* (cf. Is 42,6). La felicidad no es algo que se pueda guardar egoístamente; la felicidad siempre lleva al encuentro del otro, convierte al que la posee en canal para la felicidad de los demás. Dios lo quiere así porque ella nace de su corazón amante, y el amor no sabe sino darse y darse por entero. La felicidad es un bien común.

FELICIDAD E INFELICIDAD EN COMBATE:
LA EXPERIENCIA DE JOB

Job es un hombre piadoso, quizás el ideal de hombre de todo israelita, hombre que tenía sobre él la mano benevolente de Dios, él mismo era una bendición para los demás, y era llamado «feliz» (cf. Job 29,11-12). Pero su religiosidad se puso a prueba para ver si su corazón de verdad correspondía a la bendición de Dios (cf. Job 1,9). La prueba de Job consistía en que demostrara si su fe, su religión, su amor a Dios, era de verdad o si era sólo una manera interesada de relacionarse con él. Porque cuando todo parece estar bien, cuando todo es prosperidad y bienestar, cuando parece no haber sufrimiento o desgracias, es cuando lo calificamos de felicidad. El autor del libro de Job quiere demostrarnos que la búsqueda de la felicidad sobre esta tierra es insuficiente si los caminos que pueden conducirnos a ella no están en dirección hacia Dios, el Bien supremo.

La cuestión central del libro de Job es el sentido de la *retribución* y de la *gratuidad* de la fe en Dios. ¿Job es feliz por la relación que tiene con Dios (gratuidad) o esa felicidad se basa en lo que Dios es capaz de darle (como retribución: yo le adoro y él me bendice)? Una religión utilitaria carece de profundidad y autenticidad; es más, ella tendría algo de satánico. En efecto, en el marco de la doctrina de la retribución, la expectativa del premio vacía el proceso y juega como un obstáculo en el camino hacia Dios. En una religión interesada no se da un verdadero encuentro con Dios (camino hacia la felicidad), hay más bien construcción

de un ídolo (conformismo con una felicidad aparente, que al final produce infelicidad).

La paciencia de Job, en medio de grandes contradicciones –que no lograron doblegar su fe–, demuestra que la confianza plena en Dios y el ponerse en sus manos –signos de una religiosidad basada en la gratitud–, es el camino hacia la felicidad que no puede dártela ni la abundancia de bienes, ni una fecunda familia, ni nada sobre esta tierra. Todo viene de Dios, que ama al hombre. La oración y un corazón sincero alcanzan su benevolencia, en cambio, el pecado y el renegar de la fe, alejan de Dios y por consiguiente de una vida feliz. Aunque esta felicidad no siempre sea clara y evidente (cf. Job 17,15; 21,23), bajo la conciencia de lo efímera que es la vida y la dicha sobre esta tierra (cf. Job 7,7; 9,25), y aunque se espere la felicidad y venga la desgracia (cf. Job 30,26), lo que importa es la confianza puesta en Dios, quien hace feliz al hombre corrigiéndolo (cf. Job 5,17; 22,21; cf. Sal 94,12).

JUNTO A LOS CANALES DE BABILONIA

Pensamos a veces que la felicidad viene cuando podemos pasar del frío de la desgracia o del sufrimiento al cobijo de la seguridad. Pero ¿qué pasa cuando las seguridades en las que nos refugiamos pierden su estabilidad y hasta nos abandonan? ¿La felicidad que anhelamos depende de las seguridades a las que nos vamos aferrando a lo largo de la vida? Quizás la experiencia del pueblo de Israel en el exilio pueda ayudarnos a encontrar algo de luz. Desterrados a Babilonia

nia bajo Nabucodonosor (año 597), lo han perdido todo: la tierra prometida, la ciudad santa, el Templo, la independencia; ya no les queda ni siquiera la esperanza del retorno o la seguridad de ser el pueblo elegido y amado por Dios. Sin embargo, la tristeza, el sufrimiento, la opresión y la humillación serán la ocasión de un nuevo proceso de madurez y de creatividad.

Dos cuestiones de fondo llevan a Israel a la angustia: en primer lugar, está convencido de que el destierro, y el sufrimiento que eso conlleva, están causados por la ruptura de la alianza hecha con Dios (cf. Jr 44,17) y, por lo tanto, está cumpliendo un castigo divino (cf. Jr 16,10); y, en segundo lugar, no se explica cómo los malos pueden ser felices, ellos que no tienen al Señor por Dios (cf. Jr 12,1-2).

El pueblo pasa por un momento de prueba, de purificación de su fe y de los sentimientos profundos que le deben sólo al Dios de la Alianza. El pueblo ha hecho oído sordo a la voz de Dios (cf. Jr 22,21) y por eso se la retirará (cf. Jr 7,34): desaparecerá toda voz de gozo y de alegría (cf. Jr 16,9; 25,10). Si, en cambio, hubieran estado atentos a su voz, la felicidad habría sido como un río (cf. Is 48,18). Porque la verdadera dicha viene de Dios (cf. Is 45,7), la alegría se encuentra en su presencia (cf. Is 9,2), el gozo está en su poder salvador (cf. Is 35,10).

Los profetas ayudarán a Israel a caer en la cuenta de que el amor de Dios no se ha apartado de ellos aunque tengan que pasar por la desolación; así podrán ser la alegría de todos los pueblos (cf. Ez 35,14-15). Y reavivarán la promesa de Dios para que recobren su con-

fianza en él, pero de una manera nueva. Dios manifestará su gloria y serán consolados los que lloran, ungidos con aceite de gozo (cf. Is 61,2-3); la consola-
ción será tal que exultarán con gritos de júbilo (cf. Is 49,13; 51,3-11); la alegría será el signo de la ciudad res-
taurada (cf. Is 66,10). Serán felices los que esperan en el Señor (cf. Is 30,18); felices los que pongan su con-
fianza en él (cf. Is 32,20); felices los que guardan su ley (cf. Is 56,2).

EL TEMOR DE DIOS PROCURA LA FELICIDAD

La doctrina tradicional presente en la sabiduría de Jesús Ben Sirá pretende mostrar cómo el principio de «temor al Señor» –principio de todo aquel que busca la sabiduría– formará a las jóvenes generaciones y trazará un camino hacia la felicidad –entendida como fidelidad a la ley (cf. *Prólogo*, vv. 34-35)¹–. Sin duda, Ben Sirá es un buscador de la felicidad, no sin dificultades para superar las dudas, las penas y los límites de su propia cultura y religión. Sin embargo se atreve a realizar un elenco de lo que considera posibilidades para alcanzar la felicidad. Dice lo siguiente:

«Mi corazón guarda nueve bienaventuranzas,
y la décima también la voy a decir:
el hombre que está contento con sus hijos,
quien ve, en vida, la caída de sus enemigos;
el hombre que vive con una mujer inteligente,
quien no ara con un buey y un asno,
quien no ha incurrido en falta con su lengua,
quien no sirve a un amo indigno de él;
quien ha encontrado la prudencia,

quien la expone a oídos que escuchan;
y el hombre que ha encontrado la sabiduría.
Pero el que teme al Señor supera todo lo demás»
(Si 25,7-10).

Fijémonos cómo en este elenco encontramos elementos por los que actualmente muchos describirían por dónde pasa la felicidad: la familia, el vivir en paz con los que te rodean, el trabajo bajo condiciones dignas, el poder entregar algo de lo tuyo a alguien, los valores interiores. Lo cual demuestra que hay cosas que en la búsqueda de la felicidad muchos coincidimos en lo mismo y que estas coincidencias superan el tiempo y el espacio. El autor indica nueve como si se tratara de algo aprendido: «*guarda mi corazón*» (Si 25, 7a), pero añade: «*la décima también la diré*» (Si 25,7b), es un recurso propio del maestro que invita a sus discípulos a continuar motivaciones-caminos para llegar a la felicidad según la propia experiencia.

La última sentencia (cf. Si 25,11) pone de manifiesto lo que más aprecia la tradición judía: «el temor del Señor». Este «temor» no es otra cosa que el respeto profundo y manifiesto hacia Dios, hacia lo que él es y de la forma que él actúa. El hondo significado de lo religioso es lo que verdaderamente pone en camino hacia la felicidad auténtica, porque Dios es mayor que todo, el sumo bien deseable. «Respetar al Señor es la

1. Tiene las mismas incertidumbres que Job y Qohélet sobre el destino del hombre y el problema de las sanciones. Tiene fe en la retribución, siente la trágica importancia de la muerte pero no sabe cómo Dios pagará a cada uno según sus obras (cf. Si 11,28).

síntesis de la sabiduría» (Si 19,20a). Por eso el temeroso de Dios se identifica con el sabio (cf. Si 14,20-15,1):

«Feliz el hombre que piensa en la sabiduría y
 [pretende la prudencia,
 que medita en sus caminos y sus secretos consi-
 [dera.
 Sale en su busca, como el que sigue el rastro [...].
 Así hace el que teme al Señor, el que abraza la
 [Ley logrará la sabiduría».

Una serie de bienaventuranzas o sentencias, dispersas en toda la obra, nos permitirán descubrir las certezas o intuiciones del Sirácida con respecto al camino ordinario que lleva a la felicidad en el ámbito humano de esta vida terrena –siempre enmarcadas por las tradiciones judías, no sin alguna cuota de pensamiento griego (helenista)–:

«Antes del fin no llames feliz a nadie,
 que sólo a su término es conocido el hombre»
 (Si 11,8).

«Un rostro alegre es signo de un corazón feliz,
 hablar con rodeos es señal de mala idea» (Si 13,26).

«Feliz el hombre que no ha faltado con su boca,
 ni sufre tormento por la tristeza del pecado.
 Feliz aquel a quien su conciencia no reprocha,
 y que no se desvanece su esperanza» (Si 14,1-2).

«Feliz el hombre que se ejercita en la sabiduría,
 y que en su inteligencia reflexiona...» (Si 14,20ss).

«Feliz el marido de una mujer buena,
 el número de sus días se multiplicará,

sea rico o pobre, su corazón es feliz,
en todo tiempo lleva un semblante alegre»
(Si 26,1-2).

«Feliz el que se guarda de las malas lenguas,
el que no pasa por su furor» (Si 28,19).

«Feliz el rico que ha sido hallado intachable,
que no va tras la avaricia» (Si 31,8).

«Feliz el alma que teme al Señor:
¿en quién se sostiene? ¿Cuál es su apoyo?»
(Si 35,15)

«El varón sabio es colmado de bendiciones,
y le llaman feliz todos los que le ven» (Si 37,24).

«Feliz quien repase esto [la tradición] a menudo;
el que lo ponga en su corazón se hará sabio»
(Si 50,28).

Según la inspiración sapiencial de la tradición judía, la felicidad real está para la persona íntegra, en su respetuosa fidelidad a Dios –como su referencia esencial–, y cuya conducta y pensamientos se marcan de acuerdo a la Torá. Si esas son las condiciones para dotar de felicidad a la persona, todo aquel que no las cumple... es infeliz (aunque se engañe y aparente serlo). Las sentencias o bienaventuranzas del Sirácida denotan un tono de sencillez y sus elementos están tomados de lo ordinario de la vida. Lo cual exalta o enaltece lo cotidiano a nivel de sabiduría.

Contrasta esta perspectiva sencillamente básica y ordinaria en sus trazos, pero profunda y de una tremenda sabiduría, con las situaciones, a veces tan extremas, que tan frecuentemente encontramos en nuestras

sociedades contemporáneas, en las que –al parecer– reina el vacío interior a pesar de vivir bien acomodadas y satisfechas en sus necesidades elementales, y, sin embargo, no son felices, y buscan ansiosamente el tener más y acumular. Esta abundancia externa contrarresta el vacío interior. Estas bienaventuranzas de Ben Sirá son tan actuales como en su época, y manifiestan que la búsqueda de la felicidad no puede encaminarse nunca por el lado del tener, del poseer, del placer o del puro esfuerzo humano –como si se trataran de un fin en sí mismos–, sino de darle el mejor sentido posible a esta vida, que es única.

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran transcendencia para los cristianos.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Edificados en Cristo

Reflexión para jóvenes y mayores en torno
a la JMJ Madrid 2011

AHÍ TENÉIS AL HOMBRE

Acertó Pilatos al presentar a Cristo así: «*Ahí tenéis al hombre*» (Jn 19,5). Pobre Pilatos que, al lavarse las manos, se echó tierra en los ojos y no pudo percibir en aquel *despojo de hombre*, al verdadero hombre, coronado de gloria y dignidad. Lo que el Padre pensó que fuéramos todos, en Cristo ha llegado a su realización más perfecta y acabada. Por ello, Cristo es la figura, el modelo, el arquetipo, el ideal del ser humano.

Afirma el Papa Benedicto XVI: «*Quien deja entrar a Cristo en la propia vida no pierde nada, nada, absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren de par en par las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera... Cristo no quita nada..., sino que lleva todo a la perfección para la gloria de Dios, la felicidad de los hombres y la salvación del mundo*».

PRIMERA PARTE: OBRAS EN LA PROPIA CASA

Empecemos por aceptar que en nuestra vida hay muchas ruinas y que debemos hacer obras en la propia casa. El proyecto de obra delineado a tal fin consiste en la sabia combinación de tres líneas maestras: *sobriedad, solidaridad y silencio*.

1. A la hora de acometer la reconstrucción de las propias ruinas personales no hay nada más eficaz que vivir la *sobriedad*. En el fondo el deterioro y la ruina llegaron a nuestro inmueble porque hemos dejado que se instalaran en nosotros el exceso y la exageración. Nos hemos vuelto consumidores compulsivos de todo, llenando sin criterio la propia mansión de cosas. Y todo este cúmulo de trastos almacenados no nos deja vivir en libertad. La libertad y la posibilidad de ser felices han quedado hipotecadas a realidades que, por muy buenas que sean, siempre serán menos que nosotros mismos.

La riqueza mayor nunca la debemos buscar fuera de nosotros, ya que está en nosotros. Las cosas no son malas, pero nos tenemos que demostrar que valemos más que las cosas y que no somos esclavos de ellas. Aquí entra en juego la vivencia de la *sobriedad*. El valor de la *sobriedad* descansa en ser una eficaz terapia para la reconstrucción de las dimensiones morales y espirituales del ser humano. Ser sobrios en relación al mismo uso de las cosas nos ayudará a verificar si es verdad que nosotros valemos más que las cosas.

2. La *solidaridad* es otro de los medios para sanear el propio inmueble personal. Al inspeccionar nues-

tra casa, los técnicos han detectado que tenemos las ventanas siempre cerradas y que, por no abrirlas con regularidad, hay en nuestra vivienda mucha humedad. Además, la falta de ventilación hace que el aire que respiramos esté viciado de puro egoísmo. Llevamos demasiado tiempo viviendo solos en la propia casa, sin invitar a nadie a compartir nuestra existencia.

Se espera de nosotros que, desde esa actitud de fondo, nos acerquemos a los demás con el fin de ayudarles en sus necesidades. Es aquí donde se ha de considerar la urgencia de vivir la solidaridad. Los demás están ahí para ser tenidos en cuenta, siempre respetados y nunca jamás utilizados. Necesitan mucho de nosotros y mucho es lo que nosotros les podemos ofrecer: nuestro tiempo, trabajo, comprensión, consejo, ayuda material e inteligencia.

3. Los peritos han descubierto que la vivienda de nuestra vida no se sostiene, porque hemos permitido que la roca de sus cimientos se haya convertido en arena. ¿Cómo ha sido posible que hayamos llegado a esta situación? Porque hemos hecho tanto ruido dentro de nosotros que nos fue imposible oír cómo una plaga de termitas iba debilitando nuestros cimientos. Hemos hecho y hemos metido mucho ruido dentro de nosotros.

Se nos está invitando a tener en cuenta a Dios en nuestra propia vida. Se nos invita al *silencio* para poder oír en la oración la voz de Dios, fundamento seguro de nuestra existencia. Orar es hacer partícipe a Dios de nuestras cosas mientras que, a la par, adoramos su poder salvador en nuestra vida. Orar es tra-

tar más con Dios, no para que haga nuestra voluntad sino para que nosotros nos decidamos a hacer la suya. Y si nos decidimos a recorrer la senda de la oración se probará que Dios ocupa el primer puesto en nuestra vida.

SEGUNDA PARTE: PONIENDO LOS MEDIOS

1. Engánchate a la caravana

Aunque lo disimules, reconoce que también tienes inquietudes religiosas y que por mucho que te empeñes no las das sofocadas. Supera tus prejuicios y engánchate a la caravana de los buscadores de Dios. Si levantarás la mirada, verás brillar en el firmamento de tu existencia la estrella de Cristo. Guiado por ella descubrirás que Dios es tu Padre y puedes vivir su vida; que su ley te libera y su misión te aguarda. Arrodillado ante Él, alcanzarás tu talla.

2. Aspira siempre a más

Vigila para que nadie se aproveche de tus buenos sentimientos y manipule tus generosas iniciativas cuando te apuntas a defender la causa de la paz, la justicia, la ecología y la vida. Si quieres, puede Cristo avanzar a tu encuentro para dar plenitud y hondura a las mejores aspiraciones de tu noble corazón. De la mano de Cristo notarás potenciados tus sueños de un mundo mejor y ayudarás a construir la nueva civilización del amor.

3. Vive en la Verdad

Según creces, te ves rodeado de verdades que, cual mariposas, quieres atrapar; por ello vas a la escuela, atiendes las clases de tus profesores, consultas libros, repasas apuntes. Cristo, que es la Verdad, te anima a seguir siendo un hábil buscador de verdades y se te ofrece como el criterio para discernir la autenticidad de las mismas y organizarlas según su importancia. Así, gozarás de una inteligencia informada y de un corazón formado.

4. Invita a otro a jugar contigo

Hay dentro de ti mucha vida y por ello disfrutas empleando buena parte de tu tiempo en jugar, hacer deporte y divertirse. El ocio y el tiempo libre están para humanizarte y nunca para alienarte. Cristo te pide que le dejes jugar contigo, en tu mismo equipo, y que no le orilles en tus diversiones. Tranquilo, que Cristo no viene a aguarle la fiesta sino a que ésta sea mayor, haciendo que tu juego sea siempre limpio y sana tu diversión.

5. Cuida de tu familia

Sabes por experiencia que tener una familia no es un lujo sino una necesidad. La familia es el hogar de la vida humana: en ella naces hombre y en ella aprendes a ser hombre. También Cristo se hizo hombre en el seno de una familia. Primero fueron sus padres los que velaron sus sueños y luego fue Él quien asistió a

su Madre y a José. No te olvides de los que ahora te quieren, ayudan y apoyan. Haz con ellos lo propio, ahora y en el futuro.

6. Ponle música a tu vida

Agarrado al arpa de tu existencia te preguntas cómo ser feliz y cómo hacer felices a los demás con la música de tu vida. Cristo se te ofrece como tu orientador vocacional. En tus sueños y expectativas de futuro no le dejes de lado; cuenta con Él a la hora de pensar qué hacer y en qué emplear la existencia; pídele consejo cuando vayas a decidir tu profesión y estado de vida. No descartes que Cristo se fije en ti, te llame y te invite a seguirle.

7. Escoge un pastor para tu vida

¿Quién pastoreará mi vida? Oye a Cristo decir: «*Yo soy el buen Pastor*» (Jn 10,11). Cristo se te ofrece como aquel pastor que puede cargar a hombros tu existencia. Si como tal le escoges, te llevará a prados de hierba verde y a los arroyos donde el agua corre fresca; te buscará si te extravías y te curará si quedas herido; te defenderá del peligro y te animará cuando estés cansado; te conducirá por camino seguro hacia el refugio que te aguarda.

8. Contrata un patrón para tu barca

No te arrepentirás si para la travesía del ancho mar de tu existencia contratas a Cristo como experto

patrón de tu embarcación. Con mano firme sujetará el timón de tu vida y conducirá tu navegación a puerto seguro. Si te sientes desorientado, búscale como potente faro luminoso; cuantas veces te notes zaran-deado, en Él encontrarás firme ancla de sujeción; si te ves náufrago, no dejes de invocarle como esperada tabla de salvación.

9. Busca un amigo en quien confiar

Dolido por la traición del mejor de tus amigos, te has vuelto desconfiado y huidizo. Sale Cristo al paso de tu decepción como amigo en quien poder confiar y con el cual siempre poder contar. En Él encontrarás un confidente leal, un hombro sobre el cual llorar, una mano que poder agarrar, un corazón en quien descansar. Si te haces amigo suyo, te dirá a la cara la verdad y tus secretos guardará; tus pies lavará y por entero se te dará.

10. Busca el sentido de tu vida

Comes pan a diario y sigues teniendo hambre. Con las migajas de sentido que vas encontrando en tu camino no te ves harto. Te presento a Cristo como pan vivo, dador de sentido para tu vida. Come de Él y superarás la anemia; aliméntate de Él y te sentirás fuerte. Nutrido por Él, te animarás a hacer el bien y soportarás el mal. Con Cristo, ser feliz, lejos de ser una quimera, se convierte en una gozosa realidad. Con Él tu vida tendrá sentido y valor.

11. Cuida de la ecología de tu alma

Sin darte cuenta se han ido acumulando en tu campo cantidad de deshechos y basuras. Tú mismo reconoces tener descuidada la ecología de tu alma, lla-gada y dolida. Prueba el poder disolvente y regenera-dor de Cristo. El baño de la feliz marea de su Sangre puede limpiar las playas de tu vida; en ella puedes blanquear la túnica de tu existencia; con ella se lavan los pecados y se curan las heridas que los mismos han ido dejando en ti.

12. Aspira a la plenitud de tu existencia

Has probado el sabor amargo de tus esclavitudes. Sabes por experiencia qué mal se pasa cuando, falto de aire, te ves ahogar o te sientes desnortado. Abre a Cristo las puertas de tu vida: nada te quitará y todo te lo dará. Si le acoges en tu casa, te enseñará paisajes de verdadera libertad. Tendrás futuro, pues te ayudará a superar toda muerte. Orientado por Él, caminarás seguro por el sendero que conduce a una vida de plenitud sin fin.

REY Y MENDIGO

Aunque no lo parezca, el hombre de la Cruz ya es Rey y Señor del Universo. Su señorío está escondido y oculto en el corazón de los hombres. Y allí, como la levadura, no deja de trabajar y se mantiene activo. Un día el hombre de la Cruz se levantará como Señor victorioso y saldrá a la luz lo que ahora está oculto. Un

día todo ojo verá que detrás del despojo de la Cruz está toda la majestad del mismo Dios. Ese día, que ya ha comenzado con el Misterio Pascual, el universo entero, nuestro mundo, los hombres y mujeres que lo habitamos, la entera naturaleza, todo quedará transido del Señorío de Cristo y, en perfecta armonía, todos quedaremos sometidos en libertad a Él y Él al Padre.

Y mientras llega ese Día glorioso y feliz, Cristo es hoy mendigo. Cristo mendiga y no deja de llamar a las puertas de nuestros corazones, de nuestras familias, de nuestras instituciones sociales, del trabajo, del ocio, de la diversión, de la ciencia, de la investigación, de la política, de la economía, de la escuela, del hospital. Cristo Mendigo llama a las puertas de todo lo humano, porque quiere entrar y renovarlo desde dentro. Si todos los ámbitos del hombre quedaran abiertos a Cristo y nada de lo que pertenece a nuestra realidad humana quedara al margen del Señorío del Señor, todos experimentaríamos que, en verdad, su Reino no es de este mundo, pues su *Reino* es de amor y de gracia, de vida y verdad, de justicia y de paz. Cristo, que ya es Rey, está deseando que todos le tengan por tal y, por ello, es ahora un Rey Mendigo, que va pidiendo y llamando a las puertas del hombre y de todo lo humano, para que le dejen entrar y poder así sanar, salvar, renovar en su raíz todas las cosas.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

Confidencias a la Virgen en el Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia

Casa solariega y familiar de encuentro con la vida y con la fe

INTRODUCCIÓN

Todas las grandes religiones tienen lugares, templos, santuarios..., en sitios privilegiados más o menos distantes de los centros en que residen habitualmente sus fieles, donde se manifiesta de una manera especial la experiencia religiosa. Las peregrinaciones a estos lugares considerados «santos», son un estímulo para los creyentes. Incluso en algunos casos para personas ajenas a la fe.

Se dice con fundamento que, de alguna manera, este caminar al encuentro de experiencias trascendentes para nuestro espíritu, es un reflejo de nuestro peregrinar por la tierra. El ser humano es un permanente viajero durante su vida en búsqueda de nuevos horizontes.

Dentro de la historia de nuestros dos mil años de cristianismo, los lugares santos –o santuarios– donde se ha dado acogida a nuestra fe, se han multiplicado por el mundo entero. Antoni Jackowsky, profesor de la Uni-

versidad de Jagellone de Kraków, en el III Congreso de santuarios y peregrinaciones celebrado en Montserrat el 2002, estimaba que en el mundo hay unos 6.000 santuarios, que son visitados al menos por 150 millones de cristianos europeos, y por otros muchos del resto del mundo. Y el 80% de estos santuarios son marianos.

El objeto de nuestra reflexión es manifestar esta vivencia cristiana tan especial desde el Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia, situado, como su nombre indica, en lo alto de la Peña de Francia, una montaña que con sus 1.723 m. de altura, se levanta súbitamente sobre la meseta castellana, en Salamanca. Pero antes de entrar en el contenido del tema objeto de este pequeño trabajo, considero indispensable una muy breve reseña histórica del Santuario.

SÍNTESIS HISTÓRICA

El Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia, debe su nombre a la presencia de una colonia de franceses que a finales del siglo XI repoblaron y defendieron las tierras del sur de Salamanca de las correrías musulmanas. Muy probablemente durante estos años fueron escondidas en la Peña de Francia unas imágenes religiosas especialmente veneradas por los cristianos, para protegerlas de la destrucción de los musulmanes.

El francés Simón Rolán, más conocido por Simón Vela, fue quien encontró el 19 de mayo de 1434 la imagen de la Virgen. El nombre de Simón Vela, con que ha quedado unido a la historia del Santuario, nos lo ha transmitido una hermosa tradición que nos cuenta que

este venerable varón, durante los siete años de búsqueda de la montaña de la «Peña de Francia» en su país natal y en España, escuchaba en su interior una voz de Nuestra Señora que le decía: «Simón vela y no duermas hasta encontrar una imagen mía escondida en la Peña de Francia».

Tras el hallazgo, Simón Vela construyó una ermita en la cumbre de la Peña de Francia para albergar la imagen y tres años más tarde, en 1437, los dominicos se hicieron cargo de ella.

El Santuario de la Peña de Francia ha sido uno de los principales de la geografía hispánica, llegando su influencia a tierras de Portugal, Filipinas y Latinoamérica. Cervantes, invoca la protección de la Virgen de la Peña en uno de sus personajes del Quijote, Lópe de Vega la cita en sus escritos y Tirso de Molina escribió un auto sacramental basado en la historia, leyendas y tradiciones conocidas del Santuario. Más recientemente, Miguel de Unamuno dejó huella en algunos de sus escritos de su presencia en la Peña de Francia.

Únicamente añadir que nuestra reflexión sobre el *mensaje o presencia religiosa mariana* en el Santuario de la Peña de Francia será, ante todo y sobre, todo *testimonial*, a través de las vivencias expresadas por sus fieles devotos creyentes. Ellos son eslabones de una hermosa herencia de siete siglos de manifestación de la fe a través de lo mejor de sus sentimientos; ellos han sido y siguen siendo el alma del Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Dividiremos sus testimonios en una serie de apartados que a nuestro juicio son los más significativos de su expresión religiosa.

MANIFESTACIÓN DE FE

Ante todo, la mayor parte de las personas que se acercan al Santuario han conservado la fe a través de una gran devoción a Nuestra Señora, que han recibido como preciosa herencia de sus mayores.

«Mi fe a la Virgen de la Peña se debe gracias a mis abuelos y a mis padres» (Carmen).

«Mi madre me habló muchas veces de este lugar. Hoy, al subir, creo que me encuentro profundamente unida a ella» (Pepita).

«Una bonita visita en honor de mi abuela cubana que tanto veneraba a la Virgen de la Peña» (Yanina).

«Mi visita será en honor a mi madre, devota de santuarios y buena mujer... Mi oración desde aquí será con amor para ella» (Ángela).

«Noto el corazón de mi madre y de mi abuela al entrar en este sitio Santo» (Inés).

Sin embargo, no todas las personas que se acercan al Santuario manifiestan este gozo agradecido de la fe recibida de sus antepasados. Algunos visitantes acuden con sus incertidumbres y oscuridades:

«La Peña de Francia que aparece entre la bruma en estos días especiales... Sólo acierto a decirte Santa María que quiero ver siquiera un poco más» (María).

Otros manifiestan sus deseos de reencontrarse con la fe que dio sentido a la vida de sus antepasados, y que

por diversas razones la han perdido: *«Espero recuperar la fe que mis mayores injertaron en mí»* (Ana).

Con frecuencia nos encontramos con casos como el de este buen padre, que ante la dura prueba del fallecimiento de su hijo, perdió la fe que ahora deseaba recuperar: *«Espero encontrar aquí la fe que perdí hace tres años cuando mi hijo se fue para siempre; pido a Dios que me la devuelva, aunque él ya no volverá»* (Pereda).

Incluso más de una vez hemos escuchado el impacto que ha causado la visita al Santuario y su entorno, en algunas personas que confiesan su agnosticismo, su apatía, su desengaño religioso...: *«Hasta un agnóstico como yo se le acelera el corazón aquí y empieza uno a plantearse las cosas de otra manera»* (Pedro).

De cualquier forma, como escribe acertadamente uno de nuestros peregrinos: *«Sea cual sea la fe de cada uno, en lugares como éste se alimenta el espíritu»* (Jesús).

Estos testimonios entresacados de otros muchos semejantes, nos llevan a dos conclusiones: 1^a) La familia ha sido el ámbito en el que mejor se ha transmitido y comunicado la fe y los valores fundamentales de la vida. 2^a) Lugares como el Santuario de la Peña de Francia, situados en la cumbre de una montaña, donde la naturaleza nos ofrece soledad, belleza, recogimiento..., son propicios para abrir nuestro espíritu a los interrogantes más profundos de nuestra vida. Esto nos lleva de la mano a una segunda reflexión.

UN LUGAR PARA LA ORACIÓN

Existen dos caminos para el encuentro con Dios: el primero es el mundo exterior, *el ambiente y el entorno*, que percibimos a través de nuestros sentidos; y el segundo es el mundo interior, que se asienta en lo íntimo de nuestro ser y que solemos descubrir especialmente en esos momentos que llamamos «oración», «meditación», «reflexión»... Como la oración que brota del mundo interior es expresión de múltiples y variados sentimientos de nuestras vidas, hemos tratado de encuadrarlos en los que aparecen con más frecuencia: *la oración de súplica y la oración de gratitud*.

AMBIENTE Y ENTORNO QUE AYUDA AL ENCUENTRO CON UNO MISMO

«Lugar austero que invita al recogimiento y meditación» (Nieves).

«Es un lugar inolvidable y de reflexión. Un lugar de acercamiento espiritual y de sinceridad» (José M^a).

«Espectaculares las vistas que este sitio ofrece. Se respira un aire religioso y de devoción que lo invade todo. Que se mantenga así y no se explote y modifique nada» (Jesús).

«Uno de los mejores lugares de recogimiento que conozco» (Ana).

«Vale la pena subir y pedir por la fe. Todavía hay cosas que valen la pena. El mundo necesita muchos lugares para pensar» (ilegible).

«*Maravilloso lugar para la oración y la paz interior*» (Encarni).

ORACIÓN DE SÚPLICA

«*Desde la alturas, Santa Virgen de la Peña de Francia, cuida nuestras roturas en el cuerpo y en las almas*» (Ignacio).

«*Virgen de la Peña, ayúdanos a ser tan blancos y limpios como la nieve que pisamos al subir. Sólo con tu ayuda lo conseguiremos...*» (Tina).

«*Cuando se sientan tristes o solos, acordaos siempre de ella*» (María)

«*¡Que la Virgen nos conceda muchos bellos amaneceres!*» (Finita).

«*Es la segunda vez que visito este lugar después de muchos años y muchas ganas de volver... Ahora le pido a la Virgen no perder la ilusión para seguir cuidando enfermos*» (Flores).

«*Un año más tengo la oportunidad de celebrar a los pies de la Virgen de la Peña y pedir por los pobres del mundo, y por los que vienen a la vida, como la pequeña Andrea*» (Pedro).

«*Pido por mi hermana que falleció hace nueve meses en accidente de coche*» (Beatriz).

«*Madre, siempre estuviste a mi lado..., ruego me acojas en tu regazo...; mi enfermedad no importa, quiero fuerza para llevarla. Madre, siempre te querré*» (Abilio).

ORACIÓN DE GRATITUD

«Agradecemos a Nuestra Señora de la Peña de Francia que nos haya concedido el mejor regalo de todos: nuestro primer hijo... Rogamos también por la salud de toda la familia y la paz de todos los pueblos del mundo» (Ángela).

«Gracias Madre porque nuestros hijos han terminado sus carreras. Ayúdales a que tengan un trabajo digno, y sean útiles a la sociedad. Mantén nuestra amistad siempre» (Juli).

«Venimos a darle gracias a la Virgen por su protección durante cincuenta años que llevamos de casados, habiendo tenido la dicha de casarnos aquí» (José María).

«Gracias Virgen de la Peña, por esa fuerza y esperanza que durante lo más duro de mi vida me has transmitido...» (Aurora).

«Gracias por acompañar a mi madre en tantos momentos de sufrimiento. Gracias por dejármela un ratito más» (Beatriz).

«Agradecemos a Nuestra Señora de la Peña de Francia por guiar con esa luz que tanto brilla a nuestros hijos» (Ángeles).

«Cuando nací, mi abuela vino andando desde Fuenteguinaldo a dar gracias a la Virgen. Hoy, 75 años después, le doy gracias por su santa protección» (ilegible).

«Quiero darte gracias, Señora, por darme la alegría de seguir viviendo después de mi grave enfermedad» (A. López).

AL FINAL DEL CAMINO... LA PAZ

Una buena parte de los peregrinos que acuden al Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia, lo hacen con una buena dosis de esfuerzo y sacrificio, caminando o en bicicleta desde unas distancias respetables. Y otros, aunque suben en autocares, en coches, motos..., su viaje en ocasiones les supone también un buen sacrificio, debido a la edad, a las enfermedades, o por el tiempo que han tenido que rescatar de otras actividades. De cualquier de las maneras, estos peregrinos, cuando llegan al hogar entrañable de Nuestra Señora, se sienten recompensados con una paz, un gozo y una luz que hacen más fácil la peregrinación por la vida.

«El camino hacia la Peña es difícil, como la peregrinación de la vida; y una vez arriba hacía mal tiempo; se apodera de mí el miedo como pasa en la vida. Pero una vez aquí dentro Nuestra Señora nos da paz y sosiego, y nos ilumina con su amor: como en la vida» (Juan).

«Desearía, mantener de por vida esta serenidad y paz que aquí se respira bajo la protección de Nuestra Madre» (Chelo).

«Espero que todos podamos encontrar la luz del camino» (ilegible).

«En estas cumbres se siente la paz y la luz que necesita el mundo» (Manuel).

«Soy de la tierra. Vine de más joven y sigo viniendo con gusto. Encontré siempre la paz y el sentido del “esfuerzo para disfrutar de la vida”. Como ustedes, siempre contra el viento y el frío. Será un placer seguir viniendo otras mil veces» (ilegible).

«Cada vez que subo a la Peña de Francia me siento más cerca de esa eternidad feliz, llena de luz, de alegría, de paz y de felicidad...» (ilegible).

«Que esta serenidad la llevemos siempre en el corazón» (Pepi y Manolo).

«Después de treinta y dos años, este lugar sigue siendo mágico, íntimo, personal, donde encuentro la felicidad y aspiro a la paz» (Miguel Ángel).

«Hoy siento una paz como nunca he sentido a pesar de lo que pasó, y que tú lo sabes... Siempre serás nuestra Virgen, nuestra Madre, nuestro apoyo. En ti confiamos...» (Beatriz).

ORACIONES A NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA

Aunque todos los testimonios que dejan escritos los peregrinos en nuestros libros son en sí mismos una expresión orante de lo mejor de su corazón, quisiéramos cerrar esta sencilla manifestación de lo que sucede en el Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia, con unas oraciones que tienen la lozanía y espontaneidad del alma sencilla del pueblo cristiano más sano.

«Desde el Maíllo venimos pisando brezos y retamas para venirme a ver morenita resalada» (M. D. Rodríguez).

«Que cada flor de retama de tu monte sea una alabanza de tu amor» (Laura).

«A la Peña vengo a ver a una Virgen Morena. Quisiera no fuera de pena el moreno de su tez» (Luis).

«Los cielos y la tierra se encontrarán en el seno de una mujer, María, en esta mañana en la que nos ponemos ante tus plantas. Te suplicamos que nos ayudes a engendrar día a día a tu divino Hijo, y aquel milagro de la primavera de la redención se siga realizando en nuestras vidas» (Jesús).

«Me agrada recordar y meditar que María es signo del rostro materno de Dios, signo de la cercanía del Padre, signo de la misericordia del Hijo y signo de la fecundidad del Espíritu. Gracias Madre por tu Sí» (Claudio).

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

Una mirada limpia

«Nadie enciende una lámpara y la pone en un sitio oculto... Mira, pues, que la luz que hay en ti no sea oscuridad» (Lc 11,33-35).

«Él creó, de un solo principio, todo el linaje humano para que habitase sobre toda la faz de la tierra fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,26-28).

Nos preguntamos con frecuencia: ¿dónde está Dios? Y el caso es que en Él nos movemos y existimos. Mejor habría que preguntar: ¿dónde no está Dios? Pero Dios está detrás de cada árbol, de cada estrella, detrás de cada ser humano. Detrás de lo visible siempre está lo Invisible (cf. Rm 1,20). Así, detrás de una flor podemos sospechar una mano que la ha sembrado, que la ha cultivado. Pero para verlo es imprescindible que nuestra mirada esté limpia.

La Biblia habla con frecuencia de la receptividad de nuestros sentidos, dice que son como las balconadas de nuestro cuerpo. «Que tu ojo esté limpio» (cf. Lc 11,34). Todos los sentidos nuestros han de estar bien abiertos.

La tierra, cuando se endurece, se vuelve infecunda. El labrador lo primero que hace antes de cultivar es labrarla una y otra vez para que se vuelva porosa. Entonces ésta puede acoger la semilla. Nuestro silencio interior es una especie de arada. La tierra gritaría de dolor cuando la reja la va abriendo. Nosotros también sentimos el dolor del silencio que nos va abriendo, cuando hace una labranza, la labranza de nuestra alma. El silencio va rompiendo nuestras durezas, nuestras fijaciones, las estructuras en las que nos encontramos estabilizados y acomodados. Si hoy escucháis su voz, que no esté endurecida vuestra alma (cf. Sal 94).

Dios no está lejos, por eso no tiene demostradores, ni ningún porqué. Nuestra mente todo lo quiere interrogar. Pero interrogar el misterio es el fracaso de nuestra mente. En la Biblia no hay demostraciones de Dios, sólo hay testigos. Tampoco hay un para qué: ¿para qué creó este mundo? Hacemos elucubraciones. No lo creó para hacer una industria o para crear puestos de trabajo... La verdad es que no lo sabemos, posiblemente lo creó por el gusto de crearlo. No podemos hacer una formulación de este mundo que se nos escape de nuestra mirada.

Tampoco nuestra vida tiene un porqué. Estar en este mundo sin un para qué nos parece absurdo, pero lo cierto es que hay que aprender a vivir sin ninguna finalidad, sin ningún porqué.

Un pasaje iluminador es cuando María recibe el anuncio de que va a ser la Madre del Altísimo y sólo pregunta: «¿Cómo será esto?» (Lc 1,35). No pregunta:

«¿Por qué a mí?» o «¿para qué?». Es expresión de inocencia y de ilimitada apertura. María está totalmente disponible y receptiva.

El Maestro Eckhart cuenta que *en la iglesia a la que asistía había un Cristo muy hermoso y un hombre se acercaba muchas veces allí a orar. Un día el Cristo desclavó un brazo y lo puso sobre su hombro. El hombre quedó sobrecogido de satisfacción. Pero enseguida preguntó: «¿Y por qué a mí?». Y entonces el Cristo subió de nuevo el brazo. ¡Se acabó!*

Desconfiamos hasta del amor que se nos ofrece. Hay que estar abiertos y vivir sin ninguna finalidad. Pero nuestra mente quiere la fijación, se resiste a lo oculto. «*Si tu ojo está puro, todo será puro para ti*» (Lc 11,34). Todo es según el color del cristal con que se mira. Pero Jesús nos dice que hay que mirar y sólo mirar. Sin nombrar, sin poner una etiqueta.

La luz de la conciencia siempre nos alcanza igual que la luz del sol: aunque haya nubes, éstas se dispersan expuestas al viento y al sol. Las interferencias nuestras también en el silencio se van diluyendo. Nuestros conflictos, que son los que nos niegan esa presencia de la luz en nuestro corazón, no hay que resolverlos, pues muchas veces se complican más. Los conflictos hay que exponerlos incansablemente al calor, a la luz, al remanso y sosiego del silencio interior.

La vida no es una gavilla de conflictos sino un misterio que hay que asumir y afrontar. La mente puede ser nuestro gran estorbo para vivir en esta senda interior.

En el silencio debemos ser una pura mirada. Recobrar ese ojo sin ningún egoísmo, recuperar ese ojo sin ningún miedo. El miedo nos ahoga, nos asfixia.

La meditación no es una concentración sobre algo, es más bien una desconcentración. Meditar es quedarse libre y volverse pura mirada. Es como volverse a cielo abierto. «Se me quemó la casa y ya puedo ver la luna y las estrellas», dice un verso antiguo. La luz de las estrellas sólo entra en una casa sin techo.

Una de las expresiones de Jesús para decirnos que Él está en nuestro corazón es que Él es la luz (cf. Jn 8,12), que nosotros somos una luz (cf. Mt 5,14). A santo Domingo le llaman en algunos lugares de Italia «el Santo de la luz» porque su semblante estaba resplandeciente, como bordeado de una aureola de luz. Cuando el ego desciende, la luz que va dentro de nosotros aparece. Meditar es estar a cielo abierto.

Os cuento una leyenda: *Un ermitaño vivía en soledad, en una cueva con varios apartamentos y un día llegó un ladrón y él le vio. El ladrón cogió unas cuantas cosas y cuando se marchaba, el ermitaño le dijo: «Oye, que allí está mi túnica». Y el ladrón cogió la túnica y se marchó. El ermitaño se quedó sin nada. Desnudo. Estaba ya atardeciendo. Salió de la cueva y se sentó en el césped. Empezó a salir la luna y el ermitaño empezó a decir: «¡Qué lástima no poderle dar la luna! ¡La pena es no poderle dar el mundo divino, el mundo del corazón!».*

Tiene una segunda parte la leyenda: *el ladrón fue cogido por la policía y declaró que él no había cogido nada, que todo se lo habían dado. La policía llamó a declarar al ermitaño y efectivamente declaró que se lo*

había dado todo. El ladrón quedó en libertad y a las pocas semanas apareció el ladrón en la ermita. Pero esta vez suplicaba que le enseñase el camino de la luna, el camino de lo divino.

Y para acabar os cuento esta otra leyenda: *Era un muchacho que se iba a casar y un día, en casa, cuando estaban los padres y los hermanos, lo dijo. Le preguntaron y dijo: «Pues con fulanita», que era una muchacha de la aldea. La madre decía: «Si esa chica no sabe ni cocinar, ni coser, ni llevar la casa». Y la hermana intervino: «¿Pero cómo te vas a casar con esa chica, si no sabe ni leer, si es una analfabeta, si no sabe ni vestirse?». Y el padre también intervino: «Piénsalo bien, esa muchacha es una derrochona, no sabe ganar dinero pero lo sabe gastar». Los hermanos también intervenían. Cuando acabaron todos, dice la leyenda que el muchacho que iba a casarse no dijo más que esto: «Esta muchacha tiene una ventaja sobre nosotros. Esta muchacha no tiene familia».*

Los peores enemigos son los enemigos de la propia casa. «*Amad a vuestros enemigos*» (Mt 5,44) puede tener una referencia a nosotros mismos: *amad vuestras resistencias, vuestras durezas, vuestro egoísmo...*, porque es así como se van a resquebrajar.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

El corazón de Cristo y las mujeres

(Séptima meditación del octavario)

LA SAMARITANA (Jn 4,1-42)

LA EXTRANJERA SIROFENICIA (Mt 15,21-28)

Esta séptima reflexión de nuestro *Octavario* gira en torno a otros dos encuentros que tuvo Cristo con otras dos mujeres. El primero tuvo lugar junto al pozo de Jacob en Samaría y la protagonista fue una mujer de aquel pueblo (cf. Jn 4,1-42) y en el segundo la protagonista vuelve a ser otra mujer no judía: una extranjera de la región de Tiro y Sidón (cf. Mt 15,21-28). El común denominador de ambos encuentros está en la condición extranjera de ambas mujeres.

Repasemos ahora a grandes rasgos los detalles más sobresalientes del encuentro entre Jesús y la mujer conocida como «la samaritana». En Sicar, ciudad del territorio de Samaría, se encontraba el pozo de Jacob. Era mediodía y Jesús, fatigado, se para en el lugar para descansar. A una mujer de aquella ciudad, que viene a sacar agua, Jesús le pide de beber. La mujer se extraña que un judío le pida algo, pues samaritanos y judíos no se tratan. Jesús le hace ver a la mujer que allí hay otro pozo y si se diera cuenta, sería ella la que le pediría de beber. La mujer tarda en caer en la cuenta y le pregunta a Cristo cómo y de dónde va a tener esa agua

que promete. Además, cómo va a ser que ese forastero sea mayor que el patriarca Jacob que dio al pueblo samaritano un pozo para que de él bebieran gentes y ganados.

Jesús recuerda a la mujer que el agua de ese pozo quita la sed momentáneamente, pero que el agua que Él ofrece sacia para siempre, pues logra abrir en el corazón del que la bebe un manantial que no deja de brotar. La mujer, convencida, pide de esa agua, reconociendo luego que Jesús es un profeta, pues le ha descubierto que su vida ha sido muy irregular. Además, Cristo le revela que la adoración del Dios verdadero no está ligada a lugares concretos, pues en el interior del corazón humano es donde hay que adorar al Padre en espíritu y verdad.

La samaritana es la mujer inestable y voluble. Cristo, queriendo ofrecerle salvación y felicidad, comienza por pedirle algo. Lo poco que ella tiene no le aporta lo que busca y la mujer acaba reconociendo que en el Corazón de Cristo está lo que busca. Jesús le descubre que la verdadera felicidad está en adorar al Dios verdadero en espíritu y en verdad. Todos hemos comprendido la profundidad del mensaje: Cristo es el agua para calmar la sed del hombre. Cristo sacia nuestras aspiraciones porque nos orienta hacia Dios como la fuente única de nuestra felicidad.

El segundo de los casos escogidos para esta reflexión se centra en una mujer cananea, habitante de la región pagana de Tiro y de Sidón. A gritos esta mujer se dirige a Jesús pidiendo piedad para su hija endemoniada. Jesús parece no hacer caso. Ella insiste y los

discípulos, para evitar la molestia de seguir escuchando a aquella mujer, interceden ante Jesús para que se lo conceda. Jesús sigue dando largas, pero ella, llena de fe, se postra ante Él y le pide: «¡Señor, socórreme!». Jesús le responde con una sentencia un tanto dura: «*el alimento de los hijos no es para dárselo a los perrillos*». La mujer asiente y le responde a Jesús que los perrillos se conforman con lo que cae de la mesa de los hijos. Aquella respuesta, fruto de la fe y de la perseverancia de aquella mujer, le dejó vencido a Cristo: «¡*Qué grande es tu fe!*». Y Cristo le concedió aquello que solicitó.

Esta mujer representa a los de afuera, a los alejados, a aquellos que quizá no comparten lo nuestro, pero que tienen buen corazón. Esta mujer está angustiada porque su hija está enajenada. Es verdad que Jesús venía a despertar la conciencia religiosa del pueblo judío, pero aquella mujer desesperada no entiende de fronteras, pues ella sólo ve y piensa lo que le está pasando a su hija. El pan de los hijos es para todos, incluso para los perrillos que se encuentran debajo de la mesa de los hijos. Jesús obra aquello que la mujer le está pidiendo, porque reconoce que la fe con que lo pide es auténtica y genuina.

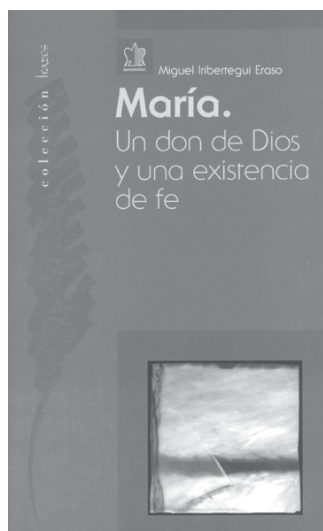
Aquella mujer pide lo que pide porque está convencida de que la abundancia del amor de Dios es infinita. ¡Qué ejemplo tan impresionante nos ha dado esta mujer! ¡Qué insistencia y perseverancia en su oración! En el fondo, aquella insistencia responde a su confianza absoluta en el poder y el amor del Corazón de Cristo. Toda una llamada de atención para que pensemos de dónde nace nuestra oración. Hay que rezar insistiendo, pues bien sabe el Señor lo que nos hace

falta y no dejará de concedernos aquello que de verdad necesitamos.

Aquella mujer nos enseña también a valorar la riqueza del pan de la salvación que tenemos. ¡Qué pena si los que estamos sentados a la mesa lo despreciamos mientras los que están debajo de ella lo están anhelando!

El encuentro de Cristo con estas dos mujeres nos ha abierto el entendimiento para reconocer que creer en el Dios verdadero es notar cómo se ve saciada en nosotros la sed de felicidad y que a este Dios le podemos pedir con insistencia lo que necesitamos, pues Dios tiene un corazón que no es insensible a las necesidades de los que así se lo piden.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBERTEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología



www.sanestebaneditorial.com

Desde el vientre de un pez, en el fondo del mar

Salmo de Jonás (2,1-11)

La historia de Jonás es conocida por su terquedad profética –es enviado a Nínive (cf. Jon 1,2) pero embarca para Tarsis (cf. Jon 1,3)–, y por las exóticas imágenes del texto, de expresión novelística. Este profeta, nacionalista como muchos de su tiempo, necesitó de un Dios jovial que lo instruyese pedagógicamente. Es que Jonás, escapando de su tarea, viajaba en un barco con extranjeros hacia donde pensaba que era el fin del mundo (cf. Jon 1,3). Después de un viento impetuoso que amenazaba a los tripulantes (cf. Jon 1,4), indagaron hasta descubrir al responsable del problema. ¡Era Jonás, el hombre que «se fugaba» de su Dios! (cf. Jon 1,10). Los marineros tomaron la triste decisión de lanzarlo al mar para calmar la tormenta (cf. Jon 1,15). Pero el Señor mandó un animal marino a tragarse al profeta. En este contexto, nace una oración, en la barriga de un pez misionero.

¿Usted imaginó a Jonás orando dentro del pez, en el fondo del mar? (cf. Jon 2,1). ¿Y pensó en las náuseas de este animal aguantando un profeta tres días y tres noches?

La oración de Jonás nace en el aprieto. Recuerda la angustia de los salmistas intentando escapar del espíritu (cf. Sal 139), y la decepción de los profetas dispuestos a pelear con Dios (cf. Jr 20,7). Si antes era testarudo (cf. Jon 1,1-6), ahora Jonás, en su salmo, es consciente de su ser: ha bajado a los abismos de los mares (cf. Jon 2,3), a lo más hondo, cercado por la corriente, las olas y las crestas (cf. Jon 2,4). Allá en el fondo se sintió abandonado y solo (cf. Jon 2,5), las aguas le envolvían el alma y hasta un alga se le enredó en la cabeza (cf. Jon 2,6); estaba, pues, en las raíces de las montañas. En este precipicio... pensó en Dios y Él lo acogió con ternura (cf. Jon 2,3; Sal 17,7).

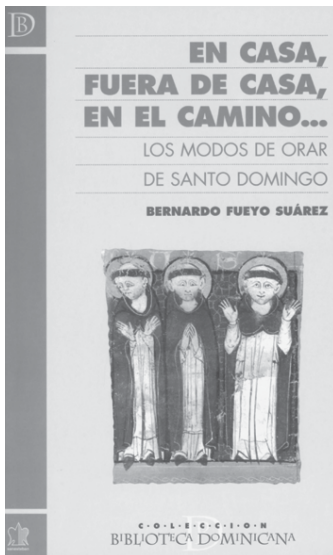
El vientre del pez (cf. Jon 2,1), puede ser interpretado como el espacio de transfiguración de Jonás, protegido por Dios y su autoridad amorosa. Allá, el profeta quedó el tiempo necesario para morir y renacer, para surgir renovado. Después de tal docilidad, Dios lo escuchó, y el pez lo vomitó en la playa (cf. Jon 2,11). Hay un nuevo tiempo y una nueva oportunidad.

Jonás, pues, profetizó en Nínive (cf. Jon 3,1-10). Sin embargo, continuaba con complejo de hijo único. Nunca pensó que Dios también tendría compasión de los ninivitas, un pueblo extranjero marcado por su historia de crueldad, pero en actitud de cambio. Jonás esperaba castigo para ellos, y lo aguardaba bajo un arbusto (cf. Jon 4,6). Dios insistía para abrir la mente cerrada del profeta. Y le retiró la sombra que lo cubría. La muerte de la planta sensibilizó el espíritu ecológico de Jonás y se enfadó. Una pregunta teológica hecha por Dios concluye el texto e inaugura la reflexión: «¿Tú

¿tienes compasión de un ricino... y no voy a tener compasión de Nínive?» (Jon 4,10-11).

Quiero comparar a Jonás con nuestra Iglesia. Necesitamos un pez grande llamado Pentecostés para en él morir y nacer juntos, sumergidos en el Evangelio, en las aguas de la liberación y la apertura. La misericordia de Dios ha de ser mayor que nuestros miedos. Urge bajar al fondo de nuestras miserias, donde también existen riquezas que han de ser rescatadas. Para transfigurarnos necesitamos «tres días y tres noches» intensas de encuentro con Dios; después... caminar con humildad amando profundamente.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
São Paulo (Brasil)



**EN CASA, FUERA DE CASA,
EN EL CAMINO...**

BERNARDO FUEYO

Páginas: 232 Precio: 20,00 €

Se describe las formas y gestos que Domingo usaba en la oración.

Muy acorde con la búsqueda de nuevas expresiones de orar

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Los orígenes de la vida religiosa: los monjes del desierto

INTRODUCCIÓN

El monacato es la forma más primitiva de vida consagrada –o religiosa– propiamente dicha. A lo largo de la historia de la Iglesia se han desarrollado dos grandes tipos de monacato: el *anacorético o eremítico*, en el que los monjes viven en soledad y el *cenobítico*, en el que viven en comunidad en un monasterio o cenobio. Veremos más adelante que los antiguos monjes anacoretas generalmente también vivían en comunidad pero no dentro de monasterios, sino cada uno por separado, en su cabaña o en su cueva, formando colonias en medio de la naturaleza.

EL NACIMIENTO DEL MONACATO

Las fuentes del monacato no son únicamente cristianas. Es más, la Biblia no invita explícitamente al monacato¹. Se trata de un fenómeno general humano, que se da en otras religiones². Anselm Grün explica el

1. Cf. A. GRÜN, *La sabiduría de los padres del desierto*, Sígueme, Salamanca 2001³, 12.

2. Cf. J. BARRADO, «Monacato no cristiano», en A. A. RODRÍGUEZ, J. M. CANALS CASAS (dir.), *Diccionario teológico de la vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, 2000³ 1150-1154, 1150-1151.

surgimiento de esta especial forma de vida diciendo que «en el hombre hay una nostalgia original de Dios, de vivir sólo para Dios, de prepararse, a través de la ascesis y de la fuga del mundo, para la visión de Dios, para unirse a Dios»³.

Según Grün, para encontrar el germen del monacato cristiano debemos remontarnos al siglo I, a los orígenes del cristianismo: «La primitiva Iglesia estaba, en general, tan proyectada al más allá, que casi podría decirse que, entonces, todos eran monjes»⁴. En el siglo II, las comunidades cristianas se organizaban en torno a *ascetas*, que destacaban por su testimonio evangélico. A éstos acudían en masa los cristianos para resistir el ambiente hostil del Imperio Romano.

Parece que los primeros seguidores del ascetismo fueron en general mujeres: viudas y vírgenes cuya importancia es cada vez mayor en las comunidades cristianas⁵. También existió un grupo de varones ascetas, llamados «continentes» dentro de la Iglesia. La nota más significativa de todos ellos es el celibato. En las vírgenes y los continentes podemos ver un paso previo al monacato⁶.

En el siglo III aparecen los primeros los monjes del desierto: los *anacoretas* o *eremitas*. Vivieron esa «nostalgia original de Dios» de la que nos hablaba Grün

3. GRÜN, *o.c.*, 12.

4. GRÜN, *o.c.*, 11.

5. Cf. J. ÁLVAREZ GÓMEZ, *Historia de la Iglesia. I. Edad Antigua*, BAC, Madrid 2001, 322-324.

6. Cf. G. M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, B.A.C., Madrid 2004², 30-36; ÁLVAREZ GÓMEZ, 320-322.

a la luz de la Biblia. La especial forma de vida de aquellos primeros monjes –y monjas– era un testimonio de la existencia de Dios y de su presencia en la historia humana⁷. Comenzaron asentándose en lugares despoblados en torno a las ciudades o los pueblos, pero luego optaron por internarse en el desierto⁸.

Tomás Spidlík considera que Orígenes († ca. 254) fue un gran precursor del movimiento monacal pues, por una parte, él mismo experimentó la vida comunitaria –si bien todavía no existía el monacato como tal– y, por otra parte, aportó una sólida base doctrinal a la vida monacal escribiendo sobre la *huida del mundo* en sentido espiritual, el *combate espiritual* contra los malos pensamientos y la *virginidad*⁹. Hubo además otros *factores no cristianos* que ejercieron una cierta influencia: la religión greco-romana, la difícil situación socio-económica y la filosofía griega. Por ejemplo, es típicamente griega la vinculación de la ascesis con la mística¹⁰.

7. Cf. D. DE PABLO MAROTO, «Espiritualidad de los Padres del Yermo. Pasado y vigencia en nuestro tiempo», en *Revista de Espiritualidad*, 62 (2003) 41-78, 69.

8. Este proceso lo vemos en la vida de san Antonio Abad –cf. ATANASIO, *Vida de Antonio*, Ciudad Nueva, Madrid 1995, nn. 8,1-12,5; COLOMBÁS, *o.c.*, 58-60, 65; T. SPIDLÍK, M. TENACE, R. CEMUS, *El monacato en el oriente cristiano*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 171-172.

9. Cf. SPIDLÍK, TENACE, CEMUS, *o.c.*, 33; ÁLVAREZ GÓMEZ, 323.

10. Cf. COLOMBÁS, *o.c.*, 10; D. DE PABLO MAROTO, *Historia de la espiritualidad cristiana*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1990, 71-72; «Espiritualidad...», 48; GRÜN, *o.c.*, 12; J. M. LABOA, «El monacato del desierto», en J. M. LABOA (ed.), *Atlas de los monasterios. El monacato oriental y occidental*, San Pablo, Madrid 2004, 36-39, 36; ÁLVAREZ GÓMEZ, 324-325.

En el siglo IV el monacato se consolida como forma de vida dentro de la Iglesia¹¹. Con un Imperio Romano en decadencia, el cristianismo se convierte en religión de Estado. Ello produjo la masificación de las comunidades eclesiales y un debilitamiento de la fe. Esta situación movió a muchas personas a dar testimonio de su fe por medio de la vida monacal. Imitaban así el testimonio dado por los antiguos mártires en tiempos de las persecuciones¹².

San Atanasio (ca. 296-373), Patriarca de Alejandría, escribió una obra muy significativa: la *Vida de Antonio*. Si bien san Antonio Abad no fue cronológicamente el primer monje anacoreta –en esta obra se nos dice que él mismo tuvo como padre espiritual a un anciano anacoreta–, san Atanasio le erigió en el *prototipo* de los que buscan esta forma de vida¹³. Durante muchos siglos esta obra será un gran referente para la vida monacal y la vida religiosa en general¹⁴.

La vida monástica (cenobítica y eremítica) fue extendiéndose aproximadamente al mismo tiempo por Egipto, el norte de África, Siria, Palestina, Asia Menor y Persia. El monacato Egipcio alcanzó pronto una gran fama en el resto de la cristiandad¹⁵. De todas partes

11. Cf. COLOMBÁS, *o.c.*, 38-39; PABLO MAROTO, «Espiritualidad...», 50-52; *Historia...*, 73-74.

12. Entre el martirio y el ascetismo hubo mucha relación, pues el ascetismo *preparaba* para el martirio o lo *sustitía* –cf. ÁLVAREZ GÓMEZ, 326–.

13. Cf. ÁLVAREZ GÓMEZ, 328.

14. Tomás Spidlik considera que este libro es «el primer 'manual' de la perfección cristiana» –SPIDLÍK, TENACE, CEMUS, *o.c.*, 35–.

15. Cf. PABLO MAROTO, «Espiritualidad...», 46; COLOMBÁS, *o.c.*, 45-50; ÁLVAREZ GÓMEZ, 326.

acudían personas al desierto para abrazar la vida monacal. La mayoría eran campesinos de poca instrucción, a menudo analfabetos, que procedían de un mundo ingenuo, rudo y sin ningún refinamiento¹⁶.

LOS MONJES ANACORETAS

Muy pocos *anacoretas* vivían en absoluta soledad, en lugares inaccesibles, viviendo de la caridad durante decenas de años. La mayoría lo hacían de manera autónoma aunque viviendo en comunidad, unos cerca de otros, formando colonias en torno a un anciano monje que ejercía de *apa* o padre espiritual.

La mayoría eran *laicos*. No querían ser ordenados diáconos o presbíteros porque, generalmente, los ministros consagrados debían dedicarse al trabajo pastoral. Los pocos que eran ordenados estaban al servicio de sus hermanos anacoretas. Salvo casos esporádicos –por ejemplo: Evagrio Póntico, Juan Casiano, Paladio y los cuatro «hermanos largos»–, rehuían el *estudio*.

Su labor más importante era estar siempre en *oración*. Recitaban asiduamente salmos u otros textos bíblicos. Otras actividades importantes eran el *trabajo manual* –como la confección de cestas, cuerdas y esteras con juncos– y las *penitencias* –vigilias y ayunos, entre otras–.

En el centro de las colonias de anacoretas solía haber una *iglesia*. En ella celebraban la eucaristía sólo

16. Cf., J. M. LABOA, «Los anacoretas coptos», en J. M. LABOA (ed.), *Atlas de los monasterios...*, 40-43, 40; COLOMBÁS, *o.c.*, 65-66-.

los sábados y los domingos –como era usual en las demás iglesias de Egipto y de otras regiones de Oriente–. Después de la liturgia los anacoretas rompían el ayuno con una comida comunitaria: el ágape, en la misma iglesia, que consistía, básicamente, en pan, varios guisos de verduras y vino. Estos momentos comunitarios los dedicaban también a tener las conversaciones espirituales: las «colaciones»¹⁷.

En algunas colonias de anacoretas había una *hospedería* para aquellos que querían pasar con ellos una temporada de retiro espiritual. En las cosas prácticas funcionaban como una *cooperativa*. Aprovechaban los sábados y domingos para entregar al ecónomo de la colonia el fruto de sus trabajos y para repartir comida y material de trabajo para la siguiente semana¹⁸.

LOS MONJES CENOBITAS

Aunque parece que la vida monástica cenobítica brotó en varios puntos aproximadamente al mismo tiempo¹⁹, san Pacomio ha quedado para la posteridad como el fundador del primer cenobio o monasterio. Fue en el año 323, en la parte alta del desierto de Egipto: en Tabennisi. Tomando la Escritura como guía y maestra de vida, su deseo era que la comunidad de monjes –*koinonía*– viviese a imagen de la primitiva comunidad de Jerusalén. La *unidad* (cf. Hch 4,32) era

17. Cf. COLOMBÁS, *o.c.*, 65-69, 78-79; LABOA, «Los anacoretas coptos», 40 y 42.

18. Cf. COLOMBÁS, *o.c.*, 83-84.

19. Cf. COLOMBÁS, *o.c.*, 91-92.

su seña más significativa: los monjes vivían en un mismo espacio, como una gran familia, con las mismas costumbres, llevando una vida ordenada según una Regla y con un abad, que era el «padre espiritual» de la comunidad²⁰.

Los monasterios fundados por el abad san Pacomio se situaban en zonas alejadas de las poblaciones. Su estructura general se asemejaba a los campamentos militares que conoció cuando era soldado. Estaban rodeados por un muro, y en su interior tenían: Iglesia, refectorio, hospedería, panadería, varias casas –en cada una de las cuales vivían entre 20 y 50 monjes– y otras dependencias. En total, san Pacomio fundó dos monasterios de monjas y ocho de monjes. Los monasterios de monjas eran dirigidos por monjes señalados por él y sus sucesores²¹.

CONCLUSIÓN

Aunque la *Vida de Antonio* de san Atanasio muestra que los primeros monjes del desierto fueron anacoretas y así se ha pensado tradicionalmente²², algunos autores consideran que ya existían comunidades cenobíticas en el mundo cristiano²³. Dice san Juan Casia-

20. Cf. SPIDLÍK, TENACE, CEMUS, *o.c.*, 238-239.

21. Cf. LABOA, «Los anacoretas cenobitas», en J. M. LABOA (ed.), *Atlas de los monasterios...*, 44-47; ÁLVAREZ GÓMEZ, 335-336; COLOMBÁS, *o.c.*, 96-97.

22. Cf. COLOMBÁS, *o.c.*, 90; J. M. LABOA, «Los anacoretas cenobitas», 44.

23. Cf. PABLO MAROTO, «Espiritualidad...», 47; I. M. GÓMEZ, «Monacato cristiano», en RODRÍGUEZ, CANALS CASAS (dir.), *Diccionario...*, 1123-1150, 1127.

no (360-435): «La vida cenobítica tiene su origen en el tiempo de la predicación apostólica. Tal es la que existía en Jerusalén entre la multitud de los fieles, y que nos describen los Hechos de los Apóstoles [cf. Hch 2,45; 4,32.34-35]»²⁴.

Independientemente de si fue anacorético o cenobítico el primer monacato, su origen lo encontramos en personas que deseaban seguir fielmente a Cristo en un ambiente más propicio que el que había en sus comunidades cristianas. Y no lo deseaban buscando egoístamente el bien propio, sino en aras a ayudar a la Iglesia en la construcción del Reino de Dios predicado por Jesucristo. Efectivamente, las primitivas comunidades monacales tenían como ideal la primera comunidad cristiana.

La historia nos muestra que las comunidades cenobíticas tuvieron más éxito que las colonias de anacoretas. Según Casiano la clave de los monjes pacomianos de Egipto radicaba en su *moderación ascética* y su *disciplina*. Éstos apreciaban más la obediencia que el celo ascético, más propio de los anacoretas²⁵. Juan María Laboa considera probable que el monacato cenobítico apareciese para hacer frente a la anarquía de los anacoretas²⁶.

La dureza psicológica de la vida anacorética la ha llevado en ocasiones hacia ciertas desviaciones y con

24. J. CASIANO, *Colaciones*, vol. II, Rialp, Madrid 1998, 218-219 (XVIII, V).

25. Cf. J. CASIANO, *Instituciones cenobíticas*, 4, 1; SPIDLÍK, TENACE, CEMUS, o.c., 239.

26. Cf. LABOA, «Los anacoretas cenobitas», 44.

el tiempo ha ido desapareciendo. Pero no cabe duda de que los anacoretas han dejado para la posteridad una valiosísima espiritualidad, pues, aunque arriesgado, su especial modo de vida es un magnífico medio para conocer y luchar contra las tentaciones y prosperar en el camino interior que nos conduce a Dios. Su figura más sobresaliente es Evagrio Póntico (ca. 345-399). Sus consejos espirituales, muy extendidos en las Iglesias de Oriente, pasaron a la Iglesia latina gracias a las *Colaciones* de Casiano (425, 426, ca. 428).

Estudiando a los primeros monjes podemos ver que la esencia de la vida religiosa no está en la comunidad, el servicio, la predicación, la oración o la ascesis, sino en dejarlo todo para seguir a Jesucristo. Un seglar también puede predicar, orar, formar parte de una comunidad, servir a los demás y llevar una vida ascética. Pero cuando lo deja todo: familia, casa, trabajo, ciudad..., buscando a Dios, entonces se convierte, en cierto modo, en un religioso, aunque no entre en ningún Instituto de vida consagrada.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)

En torno al día Pro Orantibus

Es difícil explicar la vida contemplativa para aquel que la está viviendo. Es difícil porque la vida se vive y no se explica.

Pero, puesto que estamos en la jornada de «los orantes», intentaremos dar unas breves pinceladas, aun con el riesgo de empobrecerla.

Toda vida cristiana consiste en seguir a Cristo, en imitar a Cristo. Mas nadie puede abarcar todos los aspectos de su vida y, por ello, nacen en la Iglesia las diferentes vocaciones que se complementan entre sí.

Unos están llamados a seguirle dando testimonio en medio de la sociedad, otros evangelizando a la muchedumbre, o curando enfermos, otros reproduciendo su vida oculta y su dimensión orante. Éstos últimos son los contemplativos.

Y si es cierto que todo cristiano debe orar, también lo es que los llamados a la vida contemplativa, han de asumir esta misión que la Iglesia les confía, para expresar de modo particular la alabanza, la adoración, la acción de gracias y la suplica en nombre propio y de todos los hermanos. Los tres primeros aspectos de la oración serán los que viviremos todos en la bienaventuranza, por eso se ha dicho que la vida contemplativa la adelanta: tiene una dimensión «escatológica». El último, el de la suplica, compromete a los contem-

plativos en una tarea que hace relación a los hermanos de modo especial. Ellos presentan al Señor, cada día, los problemas y las lacras de la humanidad entera. Se alegran con sus conquistas y sufren con sus angustias.

Incluso en el aspecto material, cooperan con sus humildes trabajos a la construcción de la sociedad en la que viven insertos.

Toda persona puede estar segura de que en esta retaguardia de la Iglesia, viviendo la vida de soledad y silencio, tiene hermanos que le arropan con su plegaria y jamás serán indiferentes ante sus dificultades.

Por eso, la Iglesia, dedicándoles este día, pretende que todos los cristianos tomen conciencia de esta hermosa misión de los contemplativos y sepan valorarla. Ciertamente, haciéndonos eco del sentir de todos los que han recibido esta vocación, queremos terminar diciendo: *porque vivimos para el Señor, vivimos para todos vosotros. Esto nos plenifica y nos hace felices.*

SOR MARÍA EUGENIA MAESO O.P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

5. Te bendecimos por los frutos de la tierra

(PRESENTACIÓN DE LOS DONES)

Ya han sido traídos al altar el pan y el vino, destinados a la ofrenda. Son alimento, pero en la intención de Cristo y de su Iglesia, serán «otro alimento», no destinado a las necesidades de la carne, sino a las del alma, a las de la vida de hombres y mujeres que quieren traducir en el mundo, la vida de Cristo. Por esto, el pan dejará de ser pan y el vino no será más vino: ambos se convertirán en el Cuerpo y en la Sangre de Jesús.

El Presidente de la asamblea eucarística pronuncia una «bendición ascendente» en la que Dios es reconocido (es decir, bendecimos a Dios..., lo declaramos «bendito»... decimos cosas buenas de Él...) por el pan y el vino, frutos de la tierra, que serán para nosotros –una vez consagrados– Pan de vida y Cáliz de salvación. El pan y el vino se convertirán en «Eucaristía», en la Acción de gracias de Cristo y de la Iglesia.

Este pan y vino presentados son, además, «frutos del trabajo del hombre»: de muchos granos y de muchas espigas, de muchas horas de trabajo y desvelos, de mucho laboreo y cuidados, de mucha esperanza

puesta en pequeñas semillas de donde surgirán el trigo y las uvas... También los hombres tenemos que ver con «la materia» de la Eucaristía, con estos dones de aquí-abajo que, unidos a los dones de allí-arriba, concluirán en el fruto santo que se nos regala en cada celebración de la Misa.

UN DIOS QUE ES GENEROSO NOS BRINDA ESOS DONES

El que nos alimenta lo hace porque es providente. Nuestro Dios es quien «da el pan a sus amigos mientras duermen» (Sal 126,2): sin que nos despreocupemos de nuestras obligaciones, apoyamos nuestra confianza en un Dios que no es mezquino con su riqueza y ante nuestras necesidades. Por esto se hacen verdad las palabras del primer versículo del Salmo 126: «Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles», como también: «Si el Señor no custodia la casa, en vano vigilan los centinelas». Sin el don de Dios, nada es posible. Con los dones de lo alto, todo lo podemos.

La generosidad de Dios y nuestro esfuerzo producen el pan y el vino «que ahora te presentamos».

UNIMOS LA PRESENTACIÓN DEL PAN Y DEL VINO A LOS BIENES DADOS POR LOS FIELES

Es sumamente conveniente –para que este momento de la misa cobre relieve– suspender la celebración mientras se hace «la colecta» y los fieles ofrecen su limosna. Acompañado por un canto adecuado, mientras todos estamos sentados, este momento celebrati-

vo lo vivimos como quienes van a la iglesia no sólo a recibir (el Pan y el Vino consagrados...), sino también a dar (la colecta en dinero y los bienes que los fieles deseen obsequiar, para ayuda a los necesitados).

Una vez realizado este gesto generoso, procesionalmente se llevará todo al altar, cerrando la procesión el pan y el vino que, segregados del uso común, serán destinados «a convertirse en ofrenda», que sólo lo será cuando el Cuerpo y la Sangre de Cristo estén sobre el altar, ara de sacrificio y mesa de banquete.

¡Cuántas reminiscencias bíblicas tiene «la vid»! Múltiples uvas tendrán vocación a convertirse en «cáliz de salvación o de bendición». También es verdad que muchos granos de trigo serán un solo pan.

Hemos proclamado a Dios como bendito, por el bien del pan y por la bondad del vino, de ese vino que alegrará el corazón del hombre. Todos los fieles, *junto con el sacerdote*, hemos ejercido el sacerdocio común, presentando los dones en orden a la futura ofrenda.

Todos los sacramentos –y, de modo especial, la Eucaristía– son para el hombre, para nuestro crecimiento espiritual, para nuestra santificación, para la conformación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

La Eucaristía no es una comida cualquiera: desayunamos y almorzamos en la cocina o en el comedor de nuestra casa, y no en un templo.

El altar no es cualquier mesa: es mesa y ara, lugar del Banquete y de la Ofrenda sacrificial.

No comemos a diario un «Pan de Vida», sino pan común comprado en una panadería, ni bebemos el

«Cáliz de salvación», sino vino común. Y es en una copa de vidrio donde lo ponemos.

El Pan de vida y el Cáliz de salvación en verdad lo son, una vez «eucaristizados», como los antiguos llamaban a la consagración.

Por el momento, *presentamos* un poco de pan y de vino, sacándolos del uso común. Y este «sacarlos» está mostrando otra vocación del pan común y del vino cotidiano de nuestras mesas: los «retiramos del circuito», para darles otro destino.

El pan común tiene capacidad de alimentar el cuerpo y hacerlo crecer.

El Pan vivo bajado del cielo, el nuevo maná, tiene vocación de alimentar el alma, para que ésta pueda fortalecer al cristiano, hacerlo uno con Cristo, moviéndolo, por la fuerza del Espíritu, a la comunión con Dios y con los hermanos. ¿Por qué...? Porque el que recibe el Cuerpo y la Sangre de Cristo «se convierte en Aquél a quien recibe», como dice san Agustín.

A semejanza de este momento de la celebración eucarística, también nosotros seremos, de algún modo, *segregados del uso común*, para ser *consagrados* a la vocación especial de un pueblo de hijos y de hermanos, que quieren convertirse en eucaristías vivas capaces de alimentar al prójimo y darles la misma vida que tuvo Jesús, Pan de los Ángeles, Pan vivo bajado del cielo...

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Divinización de la vida cotidiana en el mensaje a Sor Josefa Menéndez (1890-1923)

Josefa Menéndez, nacida en Madrid en 1890, ejerció desde muy joven la profesión de costurera. Con 30 años, ingresó en la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús para ser allí «religiosa coadjutora», es decir, ella no se dedicó a la enseñanza, que es el carisma de esa congregación, sino que prosiguió trabajando de costurera en su vida religiosa, pero al servicio de su comunidad.

Sor Josefa Menéndez es conocida por haber sido elegida por Dios como «víctima» de su Amor y de su Justicia. Ella fue objeto de numerosas experiencias místicas de Jesucristo (y también de la Santísima Virgen, y algunas de dos santos), en las que se le animaba a aceptar sufrimientos físicos y espirituales en expiación por los pecados de personas concretas y, en menor medida, también sufragios por determinadas almas del Purgatorio. Además Sor Josefa fue destinataria de favores místicos extraordinarios. Todo ello se narra en el libro *Un llamamiento al Amor*¹, que es una biografía de esta religiosa en la que se incluyen notas

1. Josefa MENÉNDEZ, *Un llamamiento al Amor. Mensaje del Sagrado Corazón a Sor Josefa Menéndez*, Edibesa, Madrid 2008.

de Sor Josefa: reflexiones personales y los mensajes que le transmiten sus experiencias místicas.

Lógicamente, la inmensa mayoría de estos mensajes son invitaciones de Cristo a la reparación por los pecados, y alientos para que ella y las personas que lean posteriormente estas palabras, crean en el Amor de Dios y confíen en su Misericordia.

Hay también en el conjunto de los mensajes transcritos por Sor Josefa una invitación constante por parte de Cristo a fijarse en el valor sobrenatural de las pequeñas actividades y una enseñanza sobre un peculiar sistema de valorar estas tareas cotidianas.

En este trabajo vamos a exponer las enseñanzas que sobre estas dos materias aparecen en el mensaje.

VALOR DE LO ORDINARIO

Entre 1920 y 1923, Sor Josefa recibió mensajes sobrenaturales en los que se intercalaban avisos sobre el valor divino de las actividades cotidianas (comer, andar, trabajar, padecer enfermedades...) de las almas en gracia. Este valor no lo tienen las obras en sí mismas (por ejemplo, la categoría de trabajo realizado), sino que se debe a que el alma está divinizada por la gracia y que sus acciones buenas o indiferentes están movidas por la caridad. Esto lo afirma insistentemente Cristo en las experiencias místicas de Sor Josefa:

«Muchas almas creen que el amor sólo consiste en decir: os amo, Jesús mío; pero no; el amor es suave, trabaja porque ama y todo lo hace amando.»

Así quiero que ames tú, en todo y siempre; en el trabajo y en el descanso, en la oración y en la acción, en el consuelo, en la tristeza y en la humillación; siempre amando y demostrando el amor en las obras. Esto es amar; si las almas lo entendieran ¡cuánto adelantarían en la perfección y qué consuelo darían a mi Corazón!» (21 de noviembre de 1920).

«Une sin cesar tus actos a los míos y sigue ofreciendo a mi Padre la Víctima Divina» (1 de julio de 1921).

«Yo no miro la acción, miro la intención. El acto más pequeño hecho por amor, ¡adquiere tanto mérito y puede darme tanto consuelo!» (8 de septiembre de 1922).

«Unid bien vuestras acciones a mi Corazón. Permaneced conmigo, que Yo estoy siempre con vosotros» (27 de septiembre de 1922).

«Que todas las almas escogidas entiendan qué misión tan hermosa pueden realizar con sus obras ordinarias, con su trabajo cotidiano» (20 de octubre de 1922).

«Quiero que entiendan [las almas] el deseo que me consume de su perfección, y cómo esta perfección consiste en hacer en íntima unión conmigo las acciones comunes y ordinarias. Si mis almas lo comprenden bien, pueden divinizar sus obras y su vida y ¡cuánto vale un día de vida divina! [...]. No deseo tan sólo que las almas se unan a Mí de una manera general, quiero que esta unión sea

constante, íntima, como es la unión de los que se aman y viven juntos; que aun cuando siempre no están hablando, se miran y se guardan mutuas delicadezas y atenciones de amor [...].

Para llegar a un alto grado de amor no hay que hacer cosas extraordinarias; pureza de intención en la acción más pequeña como en la más grande; unión íntima con mi Corazón, ¡y el amor hará lo demás!» (2 de diciembre de 1922).

«Otras [almas], que ahora no saben apreciar el valor de las cosas pequeñas, hechas con verdadero amor, hallarán en mis enseñanzas un caudal de consuelos y de gracias» (14 de diciembre de 1922).

«Nada de lo que se hace por amor es pequeño... porque la misma fuerza del amor lo hace grande» (15 de junio de 1923).

Aparte del valor sobrenatural de la vida ordinaria para la santificación de las personas que realizan cada acción, se insiste en el mérito de las acciones ordinarias de las almas en gracia para la salvación o santificación de otras almas y la expiación por sus pecados (es decir, se destaca el «mérito de congruo» –mérito imperfecto– de las acciones cotidianas de quienes están en gracia):

«Mañana ofrecerás a mi Padre todas tus acciones, unidas a la Sangre que derramé en mi Pasión. Procurarás no perder un momento la presencia divina, alegrándote, en cuanto sea posible, de lo que hayas de sufrir. Piensa todo el día en las almas... en los pecadores» (24 de febrero 1921).

En una ocasión, Sor Josefa pregunta a Cristo como podría ganarle muchas almas; ésta es la respuesta que brota en su corazón:

«Uniendo tus acciones a las mías; ya trabajos, ya descanses, hazlo todo en unión con mi Corazón, hasta el latir del tuyo. ¡Cuánto podrás ganar así!» (23 de marzo de 1921).

«¡Cuántas almas encontrarán la vida en mis palabras! ¡Cuántas cobrarán ánimo al ver el fruto de sus trabajos! Un acto de generosidad, de paciencia, de pobreza, puede ser un tesoro que gane para mi Corazón gran número de almas!» (7 de agosto de 1922).

«Con esta misma sangre y unidas a estos mismos tormentos, muchas almas escogidas, podrán valorar sus sacrificios, sus acciones hasta las más triviales, y ganarme así gran número de almas» (28 de noviembre de 1922).

«Mi Corazón no es solamente un abismo de amor, es también un abismo de misericordia; y conociendo todas las miserias del corazón humano, de las que no están exentas las almas escogidas, he querido que sus acciones, por pequeñas que sean en sí, puedan por Mí alcanzar un valor infinito, en provecho de los pecadores y de las almas que necesitan ayuda. [...]. Todas pueden ayudarse mutuamente y aumentar el número de los escogidos, evitando que muchas almas se pierdan eternamente; y todo esto, por efecto de mi amor y de mi misericordia. Pero mi amor va aún más lejos. Se sirve, no solamente de la vida ordinaria, y de sus meno-

res acciones, sino también de sus miserias... y de sus debilidades... y muchas veces de sus caídas... para bien de otras muchas almas» (5 de diciembre 1922).

«Cada alma puede servir de instrumento a esta sublime Obra. Para ello no se requieren cosas grandes, bastan cosas muy pequeñas: un paso que se da, una paja que se recoge del suelo, una mirada que se retiene, un servicio prestado, una sonrisa dulce y agradable... Todo esto ofrecido al Amor es una realidad de gran provecho para las almas y atrae hacia ella un caudal inmenso de gracias» (27 de mayo de 1923).

FORMA CONCRETA DE SOBRENATURALIZAR LA VIDA ORDINARIA

El cristiano, por su bautismo, está incorporado a Cristo y debe identificar su vida con la de Cristo. San Pablo ya inculcaba «sufrir con Cristo» y «morir con Cristo» (cf. Rm 8,17-18).

Esta idea aparece también en el mensaje a Sor Josefa; pero lo que parece una novedad respecto a otros libros ascéticos anteriores es que aquí no se limita al sufrimiento, sino que se aconseja unir cada una de las acciones ordinarias del cristiano a las acciones similares que Cristo realizó durante su vida mortal. Es decir, que se una oración, sufrimiento, trabajo, descanso, alegría (y el comer, beber o andar) a los correspondientes de Cristo durante su vida mortal:

«Durante la oración, colócate a mi lado en Getsemaní y participa de mi angustia, ofreciéndote al

Padre como víctima, dispuesta a sufrir todas las penas de que eres capaz. Cuando tomes el alimento, haz cuenta que a Mí me das un refrigerio; y así, en todo aquello en que puedas encontrar alguna satisfacción. No te separes un momento de mi lado» (14 de junio de 1921).

«El alma que sabe hacer de su vida una continua unión con la mía, me glorifica mucho y trabaja útilmente en bien de las almas. Está, por ejemplo, ejecutando una acción que en sí misma no vale mucho, pero la empapa en mi Sangre o la une a aquella acción hecha por Mí durante mi vida mortal, el fruto que logra para las almas es tan grande o mayor quizá que si hubiera predicado al universo entero; y esto, sea que estudie o que hable, que escriba, ore, barra, cosa o descanse; con tal que la acción reúna dos condiciones: primero, que esté ordenada por la obediencia o por el deber, no por el capricho; segundo, que se haga en íntima unión conmigo, cubriéndola con mi Sangre y con pureza de intención. ¡Cuánto deseo que las almas entiendan esto: Que no es la acción lo que tiene en sí valor, sino la intención y el grado de unión con que se hace! Barriendo y trabajando en el taller de Nazaret, di tanta gloria a mi Eterno Padre como cuando prediqué durante mi vida pública [...]. [Muchas almas] escondidas y en humildes trabajos, son obreras muy útiles a mi viña porque es el amor el que las mueve y saben envolver en oro sobrenatural las acciones más pequeñas, empapándolas en mi Sangre. Mi amor llega a tal punto, que de la nada pueden mis almas sacar grandes

tesoros. Si desde la mañana se unen a Mí y ofrecen el día con ardiente deseo de que mi Corazón se sirva de sus acciones para provecho de sus almas y van, hora por hora y momento por momento cumpliendo por amor con su deber, ¡qué tesoros adquieren en un día!» (30 de noviembre de 1922).

Hasta 1938 no apareció publicado este libro (en una primera versión). Quizá por la relativa distancia entre la muerte de Sor Josefa (en 1923) y la publicación del libro, haya quedado en olvido el mensaje espiritual sobre la Misericordia divina que recibió y, por supuesto, las enseñanzas sobre el valor sobrenatural de lo cotidiano.

FRANCISCO GALLEGO LUPIÁÑEZ
Madrid (España)



ENCARNACIÓN CONTINUADA

JESÚS ESPEJA

Páginas: 252 Precio: 20 €

La reflexión teológica, empeño por comprender mejor la fe cristiana que nunca se da fuera de la historia, tampoco puede abstraer del tiempo tal como lo percibe quien hace la reflexión. En mi caso, el cambio cultural ha sido tan amplio, tan complejo y tan alborotado, que la primera reacción es callar. Pero los cuestionamientos de la propia fe cristiana vienen desde distintos flancos, y uno se ve confrontado sin remedio a la nueva situación cultural que está emergiendo.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

ESCUELA DE VIDA

Homilías sobre la creación en seis días: la creación del alma viviente

Los animales terrestres, 1ª parte¹

LA PERPETUA EFICACIA DE LA PALABRA CREADORA

«Que la tierra produzca el alma viva del ganado, de los animales salvajes y los reptiles» (Gn 1,24).

Medita cómo la palabra de Dios recorre la creación: ella inauguró entonces su obra y continuará avanzando hasta la consumación del mundo.

Así como una bola que está en una pendiente no deja de rodar, por efecto de su forma y de la disposición del suelo, hasta que no llega a una superficie plana, así, la naturaleza de los seres, movida por un solo mandato, avanza a través de una creación sujeta al nacimiento y la muerte hasta que llega a su término, salvaguardando la continuidad de las especies gracias a la semejanza entre los individuos. Pues ella hace suceder un caballo a un caballo, un león a un león y un águila a un águila.

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélie sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949, pp. 483-491; 513. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original y otras las hemos cambiado de lugar.

Y así, conservando a cada una de las especies por medio de sucesiones ininterrumpidas, las acompaña hasta la consumación de todas las cosas. El paso del tiempo no destruirá o borrará las características particulares de los seres vivos. De esta forma, como si hubiera sido recién creada, la naturaleza, siempre joven, sigue el transcurrir del tiempo.

NUEVAS MANIFESTACIONES DE LA VIDA

«¡Que la tierra produzca un alma viva!».

Esta orden ha quedado inherente a la tierra, y ésta no deja de prestar su servicio al Creador. Pues hay unos seres que deben su existencia a aquellos que les han precedido, pero hay otros que parecen ser engendrados por la misma tierra. Y no se trata sólo de las cigarras, que en ella nacen en tiempos de lluvia. Tampoco de las miles de especies de seres alados que pueblan los aires, la mayoría de las cuales no tienen nombre, dada su pequeñez. Sino que, además, da la impresión de que ella hace salir de sus entrañas ratas y ranas.

En los alrededores de Tebas, en Egipto, cuando llueve mucho en tiempo de calor, el país se llena rápidamente de ratas de campo. En cuanto a las ranas, sólo las vemos nacer en el cieno. No parecen tener ni huevos ni ningún otro modo de reproducción. Por ello podríamos decir que tienen su origen en la tierra.

EL ALMA HUMANA

«Que la tierra produzca un alma».

Los animales son terrestres y están inclinados hacia la tierra. Pero el ser humano los tiene bajo su dominio tanto por la disposición erguida de su cuerpo, como por la dignidad de su alma.

¿Cuál es la actitud de los cuadrúpedos? Su cabeza está inclinada hacia la tierra. Ella mira su vientre, para el que busca sea como sea el placer. Tu cabeza, en cambio, está levantada hacia el cielo, tus ojos miran a lo alto. Por lo tanto, si te contaminas con las pasiones de la carne y pasas a ser esclavo de tu vientre y de las bajas pasiones, entonces *«te has aproximado a los animales irracionales, y has llegado a ser parecido a ellos»* (Sal 48,13).

Te conviene, sin embargo, esto otro: *«buscar las cosas de lo alto donde está Cristo»* (Col 3,1), elevarte con tu intelecto sobre las contingencias de la tierra. De la erguida disposición de tu cuerpo saca tu regla de vida: *«¡Que tu ciudad esté en los cielos!»* (Fil 3,20). Tu verdadera patria es la Jerusalén celestial, tus conciudadanos, tus compatriotas, son *«los primogénitos, aquellos cuyo nombre está escrito en los cielos»* (Heb 12,23).

EL ALMA DE LOS ANIMALES Y SUS
CARACTERÍSTICAS PECULIARES

«Que la tierra produzca un alma viva».

No es que el alma de los animales haya estado escondida dentro de la tierra para aparecer entonces,

sino que ha recibido la existencia a la hora exacta del mandato divino. Pero no es más que una especie de alma hecha para los seres irracionales, pues lo único que les caracteriza es carecer de razón.

Sin embargo, cada animal se distingue por diferentes peculiaridades: el buey es calmado; el asno es lento; el caballo, ardiente para buscar a la yegua; el lobo, salvaje; el zorro, astuto; el ciervo, tímido; la hormiga, activa; y el perro, agradecido y fiel amigo. Pues en el momento en que cada uno de ellos fue creado, tomó consigo su particularidad natural.

El león nació con su coraje, su forma de vida solitaria y su carácter insociable respecto a sus congéneres. En efecto, como un tirano en medio de animales, es por naturaleza tan orgulloso que no soporta tener a nadie igual a él entre ellos. Rechaza la comida del día anterior. Jamás vuelve a los restos de su presa. Y la naturaleza le ha dotado de un órgano vocal tan potente que muchos animales más veloces que él se dejan atrapar al escuchar su rugido.

La pantera es impetuosa y rápida saltando. Ha recibido un cuerpo flexible y ágil, pronto para seguir las órdenes de su alma. El oso, sin embargo, es perezoso por naturaleza. Tiene un modo de vida aparte. Es fingidor y muy disimulado. Y, así, el cuerpo con el que está revestido, es pesado, grueso y bien preparado para pasar frío en las cavernas.

EL ORIGEN DEL SER HUMANO

Pero me voy a parar, pues acaban de pedirme que hable del origen del ser humano, y casi me ha pareci-

do escuchar en el corazón de mis oyentes este reproche: «Hemos conocido la naturaleza de los seres que nos pertenecen, pero ignoramos lo que nosotros somos...». Pero de ello hablaremos cuando hayamos desterrado el temor que nos retiene.

Verdaderamente, parece que, de todas las cosas, lo más difícil es conocerse a sí mismo. Pues no sólo el ojo, que ve el exterior, no goza mirándose a sí mismo, sino nuestra misma mente, rápida en ver el pecado del otro, es lenta para reconocer sus propias imperfecciones (cf. Mt 7,3).

He ahí por qué mi homilía, después de haber recorrido ágilmente los otros seres de la creación, se muestra perezosa y dubitativa respecto a lo que nos toca personalmente.

Sin embargo, para aquel que estudie con inteligencia, verá que el cielo y la tierra son menos aptos para dar a conocer a Dios que nuestra propia constitución. Es lo que dice el profeta cuando afirma: «*Es admirable el conocimiento de Ti que yo he obtenido en mí*» (Sal 138,6 –en la versión griega–), es decir, conociéndome he contemplado la infinita sabiduría que hay en Ti.

Bibliografía

ENZO BIANCHI, *El amor vence a la muerte. Comentario exegético-espiritual a las Cartas de san Juan*. Editorial San Pablo, Madrid 2010, 198 pp.

Enzo Bianchi ha escrito numerosas obras de espiritualidad cristiana y acerca de las grandes tradiciones de la Iglesia. Esta obra gira en torno a un gran anuncio: «¡*El amor vence a la muerte!*!». La muerte que termina con todo, que domina a la propia vida, encuentra en el amor el único enemigo capaz de oponerle resistencia: ésta es la Buena Noticia de las Escrituras, y esto es precisamente lo que el autor trata de presentarnos en su comentario exegético-espiritual a las cartas de san Juan.

Estas cartas son fuente de inspiración para todo cristiano que quiera vivir el mandamiento del amor, especialmente para quienes vivimos en comunidad. El autor, desde su propia experiencia, nos anima a dejarnos transformar por el amor de Dios que nos ha reunido y que hace que todo sea posible. Nos «inspira» a vivir cada día el mandamiento nuevo del amor; a amar como Jesús nos ha amado pues, en el fondo, éste es el único mandamiento que se nos pide vivir.

En esta obra, *El amor vence a la muerte*, desde nuestro punto de vista, se nos presentan las cartas de san Juan de una manera bastante clara y accesible a todo lector. Me pareció interesante, por ejemplo, que cada

vez que va a hacer un comentario, no solamente nos da la cita, sino que transcribe los versículos a comentar. Esto permite que nos podamos servir de él, no solamente para el estudio sino también para hacer nuestra *lectio divina*.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.
Prulla (Francia)

FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto. El sentido de la ayuda espiritual*. Editorial Palabra, Madrid 2010, 293 pp.

Francisco Fernández-Carvajal es considerado como uno de los autores contemporáneos de obras de espiritualidad más conocidos. De su libro *Hablar con Dios* se han editado más de dos millones de ejemplares. Ahora nos ofrece una interesante reflexión sobre esta práctica secular de la dirección o acompañamiento espiritual, presente en la Iglesia desde los primeros siglos, y recomendada vivamente por el concilio Vaticano II a los sacerdotes (cf. PO 18).

El autor parte de la convicción de que todos hemos sido llamados a alcanzar la cima más elevada de la vida cristiana, es decir, la cumbre más alta del amor a Dios y al prójimo. Pero difícilmente podemos escalar esa cumbre solos, sin nadie que nos vaya guiando. San Juan de la Cruz decía a este respecto: «el que solo quiere estar, sin arrimo y guía, será como el árbol que está solo y sin dueño, que, por más fruta que tenga, los viadores se la cogerán y no llegará a sazón». En cambio, «el árbol cultivado y guardado con los buenos cuidados de su dueño, da la fruta en el tiempo que de él se espera».

El libro se divide en cinco capítulos y se concluye por un anexo. El primer capítulo trata sobre las cualidades de un buen guía espiritual, entre ellas se reflexiona sobre: la calidad de instrumento del Espíritu Santo que tiene todo guía espiritual; el cultivo de la vida interior y la búsqueda de la santidad personal; el amor a las personas a las que guía y el desprendimiento; y el respeto profundo de la vida de los otros.

El capítulo segundo reflexiona sobre los oficios que desempeña el guía espiritual, es decir, el oficio de «padre», «maestro», «médico», «amigo» y «buen pastor».

En el capítulo tercero presenta algunas coordenadas de la dirección espiritual: formar en libertad; ser prudentes para no revelar ni con las menores insinuaciones el contenido de las conversaciones tenidas en el contexto de la dirección espiritual; las ideas fundamentales que siempre se han de tener en cuenta como las siguientes: que la primacía de la santidad corresponde a Dios; la filiación divina, que configura el ser y el obrar del cristiano; saber conjugar los grandes ideales con la lucha en lo pequeño de cada día; la unidad de vida, consecuencia de saberse hijos de Dios; la santificación del trabajo...

El capítulo cuarto trata sobre el lugar, el contenido, la duración y las actitudes que se han de adoptar en las conversaciones de dirección espiritual. El capítulo quinto está dedicado a la correspondencia a la gracia: el lugar del corazón en la vida interior, la guarda del corazón, el conocimiento de sí mismo, la correspondencia a la gracia en lo pequeño, el peligro del anquilosamiento y la importancia de la sinceridad.

Finalmente, el anexo reflexiona sobre una serie de posibles temas de la dirección espiritual: la oración, la vida de fe, la pureza, la vocación, la mortificación, el conocimiento de sí mismo y el examen de conciencia, la caridad y el apostolado, la familia, las alegrías y las tristezas, el amor a la Iglesia y la comunión de los santos, la tibieza y el aburguesamiento, la humildad y el olvido de sí, la pobreza y el desprendimiento, el trabajo, la salud, la enfermedad y el descanso.

Como manifiesta el mismo autor, muchas de las ideas aquí expresadas son deudoras de las enseñanzas que escuchó de labios de san Josemaría y que ha meditado muchas veces.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

El amor del Esposo

Sor Rosa entró muy joven en el monasterio, apenas tenía 16 años. Su vida en casa era un infierno. Su padre era un alcohólico que disfrutaba golpeando a su mujer y a sus hijos. Por eso, cuando conoció la fraterna y pacífica vida monástica, le pareció el Paraíso, y sin dudarlo supo que esa era su vocación. Desde que entró en el monasterio encajó muy bien, pues era sumisa, buena e inteligente.

Tras pasar por varios cargos, fue nombrada maestra de novicias cuando no tenía más que 30 años, pues, en palabras de la madre priora: «era un modelo para toda la comunidad». Tomó el cargo con mucho ánimo y se dedicó con cariño a ese servicio. Pero en su corazón algo no marchaba bien. Cada vez le costaba más no fijarse en los hombres y no perdía de vista al joven que la comunidad había contratado para que se ocupase de las tareas más duras del jardín y de la huerta. Y, poco a poco, sin darse apenas cuenta, su devoción interior y su amor a la vida monástica se vinieron abajo.

Cuando tenía 35 años, el monasterio era para ella una auténtica cárcel. Formar a las novicias pasó a ser una pesadilla, pues su corazón estaba en otra parte. Se imaginaba siendo la novia del jardinero, casándose con él, teniendo muchos hijos, y después muchos nietos. Su hogar no sería como el de sus padres, un infierno, sino todo lo contrario: el cielo.

Todo aquello la hacía estar cada vez más distraída, triste y colérica. Y cuando iba a la cama, después del rezo de completas, rompía a llorar de impotencia. No se atrevía a contar a nadie lo que le pasaba, ni siquiera al P. Antonio, su confesor, pues sabía que le daría un gran disgusto, y menos aún a la madre priora. ¡La maestra de novicias no podía contar esas cosas, sería un escándalo!

Así que una noche, mientras lloraba en la cama, algo la empujó a dirigirse a la capilla. Cogió una vela, de puntillas cruzó el claustro, entró en la capilla y se quedó de pie frente al gran crucifijo que hay junto al altar. La capilla estaba sumida en la oscuridad. Apenas se entreveía nada a la luz de la vela. Le pareció que Jesucristo la miraba con ojos comprensivos desde la cruz. Así que, sin pensárselo dos veces, dejó la vela sobre el altar, e hizo algo que había visto hacer muchas veces a su madre en la parroquia: tocó tiernamente los pies del Crucificado. Entonces sor Rosa sintió cómo un gran amor entraba en ella y le invadía la paz. Sabía que no era más que una imagen tallada en madera, pero sentía que su corazón se unía realmente al de Jesús. Allí se quedó extasiada casi una hora. Después cogió la vela, y con el corazón encendido de amor, regresó a su celda.

Desde entonces, allí estaba todas las noches bajo la cruz, a la luz de una vela, acariciando dulcemente los

pies del Crucificado. Sor Rosa había descubierto qué es el amor. Qué es pasar las noches junto a su Amado. Supo en carne propia que la mujer que ama muere para sí, pues se entrega totalmente a aquel que la quiere. Su vida pasó a estar en manos de Alguien que poco a poco la fue transformando interiormente y haciéndola mejor monja. Su corazón y el de su Amado eran uno. Latían a la vez. Sor Rosa estaba rendida a los pies del Señor...

Pero una noche pasó lo inevitable. Mientras estaba junto a su Amado, la luz de otra vela apareció por la puerta de la capilla: era la madre priora. Lentamente subió hacia el altar, dejó su vela junto a la de sor Rosa y en voz baja le preguntó: «¿Qué pasa?». Ambas se sentaron en un banco y, entre lágrimas y sollozos, sor Rosa le contó todo. Tras acabar, la priora le cogió las manos con cariño y le dijo: «Hermana, somos de carne y hueso, somos humanas, y Jesús lo sabe. Por eso te llamó para que volvieras junto a Él, y así poder mostrarte todo el amor que el Esposo puede dar a su amada. Siéntete contenta, hermana, eres una buena monja, y te queremos».

Así dice el Señor:

«Yo la seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré a su corazón...»

Aquel día tú me llamarás: “Mi Esposo”...

Yo te desposaré para siempre, te desposaré en la justicia y el derecho, en el amor y la misericordia; te desposaré en la fidelidad, y tú conocerás al Señor» (Os 2,16.18.21-22).

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)

ESTUDIOS

Un proyecto de vida. Comentario bíblico a partir de Miqueas 6,8

*«Anuncio para ti, ser humano, lo que es bueno
y lo que Yahvé está buscando de ti,
solamente esto: practicar el derecho
y amar la solidaridad
y ser humilde para andar con tu Dios» (Miq 6,8).*

Miqueas 6,8 es una referencia bíblica muy citada. ¿Quién no se ha encontrado con este pasaje en algún espacio comunitario, en un ambiente de celebración litúrgica, en un retiro...? ¿Qué se esconde detrás de estas palabras? ¿En qué ambiente fueron dichas? ¿Para quién fueron dichas? ¿Qué querían provocar? ¿Por qué forman parte de la tradición profética? En fin, ¿por qué nos son tan atractivas? La curiosidad me llevó a escudriñar este versículo en el momento que tuve la oportunidad de estudiar al profeta Miqueas. Es un gusto poder compartir con ustedes algunos resultados de esta búsqueda.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

El primer paso, indispensable para el estudio de Miq 6,8, está relacionado con el asunto de la delimitación:

fecha, lugar y autoría. Sólo después tendremos las herramientas necesarias para poder interpretarlo. Veamos brevemente algunas consideraciones generales.

Miq 6,8 no es un versículo suelto, está incluido dentro de un cuerpo que podemos llamar *unidad literaria*, o sea, una unidad con principio, medio y fin. Para entenderlo es necesario situarlo en el pasaje 6,1-8. Esta delimitación permite un sentido completo, que gira en torno de un lenguaje jurídico, vinculado al «proceso de Dios» contra un sector social (cf. vv. 1-2). En este proceso jurídico entran asuntos de la historia de Israel, de su memoria teológica (cf. vv. 3-5), de su culto (cf. vv. 6-7) y, finalmente, de instrucciones o, dicho en un lenguaje más cotidiano, de catequesis (cf. v. 6).

El profeta Miqueas está situado a finales del siglo VIII a.C. Y quizás su profecía fue proclamada entre los años 725-701. Es decir, más de una generación después de Amós, que actuó hacia el 760¹. Teniendo en cuenta que la profecía hablada y el texto escrito no pertenecían a la misma época, en mi opinión, la unidad 6,1-8 está localizada en tiempos del exilio o del pos-exilio. Esta fecha se justifica porque el lenguaje del texto se relaciona con la Obra Historiográfica Deuteronomística, corriente que dio la última redacción a los textos bíblicos dispersos en la mitad del siglo VI a.C., cuando la historia de Israel ya estaba resuelta².

1. Milton SCHWANTES, *Sufrimento e esperança no exílio – História do povo de Deus no século VI a. C.*, Oikos, São Leopoldo 2007², p. 66.

2. Martin NOTH, *O deuteronomista*, Nova Jerusalém, Fortaleza 1993, p. 156.

Para referirnos al lugar hemos de tener en cuenta que la unidad 6,1-8 está relacionada con un sector sapiencial. Las críticas que se hacen permiten decir que el texto no viene de la ciudad, ni del área sacerdotal, y menos aún de la monarquía o del Estado; y sí de sectores campesinos, en la región de Judá, que tenían una espontánea autonomía para criticar el santuario y el ambiente urbano. Es importante decir que el mismo Miqueas pertenece a una tradición campesina, y es también originario de Judea. Por ello es posible que 6,1-8 fuera redactado por grupos posteriores a Miqueas, de su misma línea profética.

En suma, hasta el momento tenemos tres afirmaciones: 1) Miqueas 6,1-8 es un texto redactado en el exilio o pos-exilio; 2) proviene de Judea; 3) su autoría está vinculada a círculos campesinos de la línea profética miqueana. A partir de aquí, procederemos a elaborar una alternativa de lectura.

DESARROLLO INTERPRETATIVO

Miq 6,8 es una propuesta nacida de la sabiduría. Este elemento se encuentra desde el inicio del texto, en 6,1: «*¡Escucha lo que Yahvé está diciendo!*». El verbo «escuchar» está relacionado con la sabiduría y se repite tres veces en los primeros dos versículos del texto. Esto indica que ante la Palabra de Dios no se admite la indiferencia, sino se espera una actitud de disponibilidad. Los sujetos de la escucha son mencionados en los versículos 1-2: «montes», «colinas», «fundamentos de la tierra», «pueblo...», que en el lenguaje de Miqueas son los jefes y dirigentes de Israel,

concentrados en la ciudad (cf. Miq 3,1.9; 6,9). Estos destinatarios son procesados por conflictos sociopolíticos, por oprimir a los pobres desde sus estructuras de poder.

Este sector estatal (cf. vv. 1-2) es cuestionado fuertemente en los versículos 3-5: «*Pueblo mío, ¿qué hice para ti? ¿En qué te cansé...? Te hice subir de la tierra de Egipto...*». La profecía de Miqueas se dirige a un sector social que no sólo perdió su memoria teológica, también perdió su identidad y su compromiso. Es necesario recordarle su pasado y las cosas que Dios ha hecho por él: vio su miseria, escuchó su grito, conoció sus angustias, bajó para liberarlos, y se dispuso a conducirlos a un lugar donde la vida es posible (cf. Ex 3,7-11).

¿Qué sucede con este pueblo sin memoria, este pueblo que «sube alto» pisando en la cabeza de su misma gente?³. Lo que Israel hace, en el contexto miqueano, es degradante: no tiene compasión ni de sus propios hermanos. Esta práctica avasalladora estaba legitimada por el sistema religioso. Así han de entenderse los próximos versículos: «*¿Con qué me presentaré a Yahvé?... ¿con holocaustos?... ¿con becerros?... ¿con millares de carneros?... ¿con torrentes de aceite?... ¿Daré mi primogénito por mi pecado?...*» (vv. 6-7).

3. Me doy permiso para salir del protocolo exegético e iluminar la interpretación con las palabras de Monseñor Romero en una de sus homilías, cuando se dirigía al ejército del Salvador: «*Ante la voz del gobierno que dice ¡matar! tiene que prevalecer la voz de Dios que dice: ¡no matar!, porque ustedes están torturando a sus propios hermanos*».

Estos cuestionamientos forman una crítica al sector religioso dominante que, mediante el sacrificio, busca mejorar su relación con Dios. Observemos que el tipo de ofrenda viene de personas pudientes, por eso se escoge deliberadamente lo más elevado para Dios: «becerros», «carneros», «torrentes de aceite», «primogénito»...

¿Quiénes son éstos que, inquietos, hacen ofrendas a Dios? Quizás se trata del mismo sector que está siendo juzgado en los versículos 1-2 por concentrar todo lo del pueblo en torno al palacio, lugar de abundancia. Ellos ofrecen lo que tienen de sobra. El santuario, de esta manera, ha perdido su razón de ser: ya no es un lugar de oración, de acogida al pobre, de instrucción y justicia; es un espacio para el sacrificio, medio de robo eficaz y, al mismo tiempo, objeto de denuncia profética. No con holocaustos, becerros, carneros o torrentes de aceite, Dios espera ser agradado, tampoco mediante sacrificios de personas, porque el ser humano tiene otro fin. Miqueas, mediante su entorno campesino, recuerda nuevamente cuáles son las cosas en las que Dios se place.

Comienza diciendo: «*Anuncio para ti, ser humano, lo que es bueno*» (v. 8). Tengamos en cuenta que el verbo con el que comienza este versículo hace referencia a Miq 3,1.6, o sea: *lo que es bueno* ya fue dicho, pero, además, fue olvidado por la comunidad receptora. Entra en juego la paciencia teológica del que anuncia. La frase destaca el carácter antropológico mediante la expresión *ser humano*, queriendo decir que el texto posee una dimensión universal.

El aspecto ético también está presente en la primera frase del versículo 8. Se trata de una ética inspirada en la atmósfera creadora de Dios. A este ser humano, pequeño y limitado, niño y dependiente, se le ha dicho lo que es bueno y bonito con respecto a la liberación de la vida en el momento en que ella está siendo amenazada. Miqueas, dentro de la tradición profética-sapiencial, anuncia que lo bueno y Dios están íntimamente relacionados, porque lo bueno⁴ está a favor de la vida, y la vida, en su sentido esencial, sólo es posible en comunión con Dios.

Este versículo va agudizando su significado en la medida en que avanza la lectura. El pensamiento de la primera frase: «*Anuncio para ti, ser humano, lo que es bueno*», tiene continuidad en la segunda: «*y lo que Yahvé está buscando de ti*». Recordemos que en la lengua hebrea no existe el verbo ser o estar. Por eso, con esta frase estamos ante una oración nominal, que no tiene límite de tiempo.

Lo que Yahvé está buscando del ser humano, revela un acto ininterrumpido. Puede entenderse dentro de cierto carácter de terquedad teológica que persigue un objetivo: que el ser humano acoja, en la autonomía de su decisión, un proyecto de vida. Según la teología del Antiguo Testamento que aquí se expresa, son requeridas tres condiciones para quien pretende encontrarse con Dios. Ellas están compuestas por categorías benéficas diferentes:

4. H. J. STOEBE, «*tob* “Bueno”», en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, vol.1, Cristiandad, Madrid 1978, p. 913.

La primera: *practicar el derecho*. En su cotidianidad, el ser humano tiene la oportunidad de relacionarse y estar en armonía con Dios. El *mispat* («derecho»), se entiende como el acto de favorecer lo que corresponde a cada persona en su individualidad. Está relacionado con las cosas fundamentales y necesarias para que la vida sea posible: agua, comida, bebida, ropa, techo, salud, etc. (Miq 3,1; 8.9.; 7). Lo que una persona tiene de sobra pertenece a la otra que carece de lo mínimo para vivir dignamente.

La segunda condición es *amar la solidaridad*. Este verbo introduciendo la frase hace recordar inmediatamente Dt 6,5: «*amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza*», y también recuerda Lv 19,18: «*amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Porque el amor⁵, en su sentido bíblico, posee esta dimensión tri-polar, yo/Dios/otro. Se trata de un amor que implica una relación íntima y, al mismo tiempo, interpersonal. No se entiende como una simple expresión ética, sino como una disposición de servir al sencillo, donde Dios se encuentra, según su Palabra (cf. Ex 13,21).

El amor en el versículo 6,8 es un elemento que complementa el *derecho*. Él no nace como una obligación porque va más allá de lo establecido. Es una disposición espontánea que lleva al ser humano a ser solidario. Esta virtud se torna vida en la teología del camino, en lo no planeado, en lo inesperado, donde se

5. E. JENNI, «'hb "Amar"», en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, vol. 1, p. 125.

presenta una oportunidad para ser *humano*, disponiendo lo que se tiene para garantizar la vida.

Amar la solidaridad presupone, en su sentido antropológico, un aspecto comunitario. La *hesed*⁶ («solidaridad») se manifiesta, concretamente, en actos particulares de misericordia. Va más allá del comportamiento recíproco. Designa la prueba de un sentimiento de cordial amistad. Habla de la virtud de quien se olvida de sí mismo y se dona de corazón sincero. Esto es lo que se busca del ser humano, por eso, quien posee la *hesed* también posee la disponibilidad para salir, no sólo al encuentro de Dios, sino también, al encuentro de los demás. En Miqueas, el amor solidario es pensado como una respuesta humana a la *hesed* primera de Dios. Éste exige al ser humano aquello que Él ya ha hecho con el propio ser humano. Y esta exigencia no se entiende como una recompensa, sino como una postura de gratitud ante lo recibido. Quien ha experimentado solidaridad está llamado a ser solidario con las otras personas.

La tercera condición es *ser humilde para andar con tu Dios*. Esta humildad es lo contrario del ambiente de ofrendas pomposas (cf. vv. 6-7), donde queda manifestada una propaganda social de lo que se hace. El culto que agrada a Dios son los caminos de justicia, andados de la mano con la prudencia. Caminar humildemente con Dios es vivir según su ética: justa, solidaria y verdadera. Esta última condición deja claro que la vanagloria no forma parte de este proyecto de

6. H. J. STOEBE, «*hesed* “Solidaridad”», en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, vol. 1, p. 847.

vida. La *sana* «humildad»⁷ se entiende a partir de la modestia. El ser humano con esta virtud camina con cautela, reconociendo que Dios es Dios, y que Él avanza bajo su sombra, sin descartar la relación amistosa. El ser humano humilde tiene el control de su ser, y no pretende invadir lo que a Dios pertenece. En este sentido, humildad y sabiduría están asociados.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La propuesta de vida de Miq 6,8 se sitúa dentro de la tradición profética veterotestamentaria y destaca por: su visión de futuro, su perspectiva universal, su propuesta de cambio religioso, la recuperación del sentido primario de las relaciones interpersonales, la promoción de una visión teológica alternativa... y todo lo que a esto se le pueda añadir. Las palabras miqueanas, aunque antiguas, siguen siendo nuevas.

Vale para nosotros preguntarnos: *¿con qué me presentaré ante el Señor?* Observando nuestra vida encontramos la respuesta.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
São Paulo (Brasil)

7. A. RINGGREN, «*sana* ‘“Modest”’, en *Theological dictionary of the Old Testament*, William B. Eerdmans Publishing Company, Michigan 1999, p. 421.

Algunas claves del discernimiento comunitario

El discernimiento comunitario es un elemento fundamental en las comunidades cristianas. Dice A. Barruffo: «*Un grupo de personas, unido por un vínculo particular, como puede ser una comunidad religiosa, un grupo de oración o de compromiso apostólico, sobre todo si se tienen que tomar opciones, está llamado a realizar, en cuanto grupo, un discernimiento de la voluntad de Dios tocante a su modo de vivir la fe y de comprometerse en la Iglesia y en la sociedad*»¹.

El discernimiento comunitario se convierte en pieza fundamental en la vida de una comunidad, cuando están en juego valores importantes de la vida cristiana y la misión eclesial².

Son muchas las decisiones que una comunidad cristiana ha de tomar teniendo en cuenta la voluntad de Dios. Y en esta búsqueda comunitaria, cada miembro del grupo ha de sentirse corresponsable y colaborador en la valoración de las mociones del Espíritu. El discernimiento personal y el discernimiento comunitario no pueden darse por separado. El discernimiento

1. A. BARRUFFO, «Discernimiento», en S. FIORES, T. GOFFI, A. GUERRA, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, San Pablo, Madrid 1991⁵, 484-495, 491.

2. *Ibid.*, 493.

personal necesita del comunitario dado que la escucha de Dios está mediatizada por la comunidad eclesial. Pero también el discernimiento comunitario se apoya en el personal. Un grupo de personas sólo puede discernir comunitariamente en la medida en que sus miembros tengan una experiencia profunda de búsqueda de Dios y se dejen guiar por el Espíritu Santo en sus decisiones³.

Pero no todo acto comunitario es, necesariamente, un ejercicio de discernimiento. Maurizio Costa nos explica qué no es, en su opinión, un discernimiento comunitario: «*no es una revisión de vida hecha en común; no es una simple discusión o experiencia de diálogo en común; no es una simple comunicación o intercambio de experiencias; no es una dinámica de grupo; no es una simple reunión de oración; no es un encuentro, en el que se “sobreponen” oración y discusión, encuentro de Dios y decisión sobre lo que hay que hacer*»⁴.

CARACTERÍSTICAS DE LA COMUNIDAD CAPAZ DE DISCERNIR

Tampoco toda comunidad está preparada para discernir comunitariamente. En cierto modo, han de tenerse en cuenta estos aspectos⁵:

3. Cf. *ibid.*, 489, 491.
4. M. COSTA, «El discernimiento espiritual comunitario», *Manresa* 51 (1979) 213-230, 227
5. Cf. BARRUFFO, *o.c.*, 492-493; M. MARTÍNEZ, «Discernimiento», A. APARICIO RODRÍGUEZ, J. M. CANALS CASAS (dirs.), *Diccionario Teológico de la vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2000³, 518-542, 536; M. RUIZ JURADO, *El discernimiento espiritual. Teología, histórica, práctica*, BAC, Madrid 2002, 192-193.

- La comunidad ha de poseer conocimiento adecuado de su *identidad* humana, religiosa y cristiana.
- Se ha de partir del propósito de buscar la *voluntad de Dios* y de encontrarla.
- Es preciso vivir teniendo en cuenta el *Reino de Dios* que estamos llamados a construir.
- El grupo ha de tener una gran sensibilidad ante los *signos de los tiempos*.
- Es necesario purificar las *pasiones que bloquean* una auténtica relación interpersonal.
- Hay que tener una buena *salud psíquica* a nivel grupal. Han de predominar los rasgos de madurez e integración afectiva.
- Los miembros del grupo han de aceptar que el resto, ¿o Dios a través de ellos?, les *cuestione*.
- Es preciso renunciar a la *autosuficiencia*, a considerar que uno conoce en solitario la voluntad de Dios sin la mediación de otras personas, la Iglesia o la sociedad.
- Hay que dar cabida a *los demás* en uno mismo, en los propios puntos de vista y convicciones.
- El grupo, en vez de encerrarse, ha de sentirse *miembro* de comunidades más amplias y de la totalidad de la Iglesia.
- El clima de *libertad* es un componente muy importante. El discernimiento es una actividad espiritual que se desarrolla bajo la moción

del Espíritu, y éste se mueve libremente y pide al ser humano una respuesta libre.

ETAPAS DEL DISCERNIMIENTO COMUNITARIO

Estas ocho etapas pueden ser, de alguna forma, una buena referencia a tener en cuenta para realizar un discernimiento comunitario⁶:

- 1º) Potenciar en la comunidad un *clima* de fe, de oración, de disponibilidad, de corresponsabilidad y de comunicación fraterna. Dejarse iluminar por las Escrituras, el magisterio, etc.
- 2º) Analizar detenidamente si existen *motivaciones* y *voluntad* suficientes para llevar a cabo el discernimiento con todas sus consecuencias. Así mismo hay que asegurarse de que habrá el *tiempo* necesario para desarrollar todo el proceso de discernimiento.
- 3º) Precisar e informar con exactitud sobre el *tema* en torno al cual se va a discernir.
- 4º) Comenzar con un tiempo de *oración personal* para ponerse en presencia de Dios, presentarle el tema a discernir y abrirse a las mociones del Espíritu.
- 5º) A continuación la comunidad *discute* y *analiza* los argumentos que cada uno aduce a partir de su experiencia espiritual. Hay que

6. Cf. BARRUFFO, *o.c.*, 493-494; MARTÍNEZ, *o.c.*, 534-535; COSTA, *o.c.*, 227.

sopesar los argumentos y los sentimientos que hay debajo de cada postura.

- 6º) Cuando el discernimiento ha madurado suficientemente se pasa a la *fase deliberativa*. Lo mejor sería alcanzar una decisión unánimemente. Si no es así, al menos todos los miembros de la comunidad deberían aceptar lo decidido mayoritariamente.
- 7º) Para acabar el proceso hay que *confirmar* a tres niveles la decisión tomada: *comunitariamente*: el superior «toma la decisión»; *espiritualmente*: la comunidad experimenta un aumento de fe, esperanza y caridad; y *apostólicamente*: la decisión tomada libera nuevas fuerzas apostólicas, da un sentido más vivo de la Iglesia y un mayor entusiasmo misionero.
- 8º) Estos signos de la acción del Espíritu conducen a tener un sentimiento de *agradecimiento y alabanza* hacia Dios.

Pero no olvidemos que estos pasos no son más que una referencia. Ante todo, hay que saber ser flexibles para adaptar el discernimiento comunitario a los individuos y al grupo⁷.

LA DEMOCRACIA EN LA ORDEN DE PREDICADORES

Hasta ahora hemos hablado del discernimiento comunitario desde un punto de vista teórico. Vamos, a continuación, a aterrizar en la realidad concreta de

7. Cf. BARRUFFO, *o.c.*, 493.

una Orden que se apoya mucho en este ejercicio espiritual para gobernarse.

Si bien lo más importante del carisma dominicano es la predicación⁸, también es fundamental el sistema de gobierno democrático⁹, que guarda una íntima relación con el discernimiento comunitario.

Curiosamente, en la Orden dominicana apenas se habla de «discernimiento espiritual comunitario» porque el término «discernimiento espiritual» no forma parte de su vocabulario. En su lugar se habla de democracia.

Al fundarse la Orden dominicana, las bulas papales le daban a santo Domingo un gran poder¹⁰. Pero una norma del Derecho romano marcó el talante democrático de santo Domingo desde los comienzos de la Orden: «*Lo que concierne a todos los miembros debe ser tratado y aprobado por todos*» (CIC, 119, 3^o)¹¹: Dice el fr. Humbert-Marie Vicaire al respecto: «*Domingo no necesitaba que se lo sugiriesen. Era una línea constante de conducta con sus frailes. Procuraba hacerlo todo en colaboración, más aún, dejaba que la comu-*

8. Cf. LCO, «Constitución Fundamental», § I. Con «LCO» se hace referencia a ORDEN DE PREDICADORES, *Libro de las constituciones y ordenaciones de la Orden de los frailes predicadores* (Junta Ibérica de Provinciales ed.), Málaga-Madrid 1999. También nos referiremos a ellas como *Constituciones*. Y con «C. F.» a la Constitución Fundamental.

9. Cf. A. GONZÁLEZ FUENTE, *El carisma de la vida dominicana*, San Esteban, Salamanca 1994, 112.

10. Cf. *Processus canonizationis S. Dominici apud Bononiam* (Walz. A., ed.), MOPH XVI, Roma 1935, n. 2, tomado de H.-M. VICAI-RE, *Historia de Santo Domingo*, Edibesa, Madrid 2003, 704.

11. Cf. VICAI-RE, *o.c.*, 502, 704.

nidad tomara las decisiones fundamentales, abandonando provisionalmente en ella todos sus poderes»¹².

El gobierno dominicano es esencialmente democrático no para que se haga lo que quiera la mayoría, sino para discernir entre todos la voluntad de Dios¹³. Así lo explica fr. Timothy Radcliffe ¿Maestro de la Orden en los años 1993-2002?: «*Cuando votamos no se trata de ganar. Votar en un Capítulo es completamente diferente a votar en un parlamento o senado. El voto, como el debate, forma parte del proceso por el cual intentamos discernir lo que pide el “bien común”. La finalidad de la votación no está en decidir si triunfará mi voluntad o la de los demás hermanos, sino en descubrir qué exige la construcción de la comunidad y la misión de la Orden*»¹⁴.

Para que haya el *clima propicio* para el discernimiento comunitario es necesario atrevernos a dialogar y confrontar nuestras ideas en la vida comunitaria cotidiana¹⁵. Es preciso salvaguardar la dignidad y la igualdad de todos los hermanos¹⁶. El discernimiento comunitario funciona cuando reina la confianza, la libertad

12. *Ibid.*, 502.

13. Cf. T. RADCLIFFE, «Hacia una espiritualidad del gobierno. Libertad y responsabilidad dominicanas», en *El manantial de la esperanza*, San Esteban, Salamanca 1998, 133-177, 150.

14. *Ibid.*, 152; cf. 136. Las elecciones, por ser tan importantes, ocupan un espacio considerable en las *Constituciones* –cf. LCO nn. 439-536.

15. T. RADCLIFFE, «Carta a nuestros frailes y hermanas en formación inicial», en *El oso y la monja*, San Esteban, Salamanca 1999, 31-62, 51.

16. T. RADCLIFFE, «Una vida contemplativa», *Una vida contemplativa*, San Esteban, Salamanca 2003², 7-43, 25.

y la responsabilidad, y cuando los frailes tienen la valentía de ser vulnerables y saben reconocer la autoridad de cada uno de sus hermanos¹⁷. Dice fr. Timothy: «*Por tanto el secreto de un buen gobierno es crear las condiciones dentro de las cuales podamos hablarnos unos a otros y juntos tomar una decisión para el bien común. Esto exige más que la simple votación de cosas prácticas. Implica la mutua comprensión y lo que más importa a cada hermano*»¹⁸. Y el Prior de la comunidad ha de velar para que esto pueda darse en el Capítulo¹⁹.

Veamos cómo explica fr. Timothy la función que desempeña el Prior: «*La democracia no significa que el Prior debe llevarlo todo al Capítulo. Elegimos a los hermanos para que asuman responsabilidades particulares con el fin de quedar nosotros libres para la misión. Habiendo un Prior para gobernar, debemos dejarle que lo haga con toda libertad [...]. ... el Prior debe consultar a la comunidad en todas las materias de importancia, pero no debe molestarla cuando se trate de cosas insignificantes; en las materias intermedias debe consultar por prudencia con algunos de sus consejeros*»²⁰.

Hay que tener en cuenta que el gobierno dominicano es poco intervencionista. El Superior ha de procurar ayudar a los frailes a asumir sus responsabilidades, más que decirles qué tienen que hacer²¹.

17. Cf. T. RADCLIFFE, *Os llamo amigos. Entrevista con Guillaume Goubert*, San Esteban, Salamanca 2004⁴, 62; «Hacia una...», 144.

18. RADCLIFFE, *Os llamo amigos*, 42-43; cf. «Hacia una...», 149.

19. Cf. RADCLIFFE, «Hacia una...», 160.

20. *Ibid.*, 162.

21. Cf. RADCLIFFE, *Os llamo amigos*, 47.

El Capítulo conventual

Las Constituciones definen el funcionamiento y funciones del Capítulo conventual²². El presidente, es decir, el Prior o el Subprior, ha de convocar el Capítulo «varias veces al año»²³. Al Capítulo pertenecen todos los frailes con voz activa²⁴.

Éste es el procedimiento que siguen los Capítulos conventuales²⁵:

- 1º) El presidente anuncia el Capítulo en el panel de anuncios de la comunidad con varios días de antelación, indicando el orden del día con los temas que se van a tratar²⁶.
- 2º) Los frailes meditan y oran sobre dichos temas.
- 3º) El Capítulo comienza con una oración.
- 4º) Se lee y aprueba el acta del Capítulo anterior.

22. Cf. LCO, nn. 307-313. El gobierno de un convento dominicano es bicameral: el prior conventual, que es elegido por los frailes, y confirmado por el Prior Provincial –cf. *ibid.*, n. 301–, ha de supeditarse al Capítulo –cf. LCO, n. 307– y al Consejo –cf. *ibid.*, n. 314–. El *Consejo conventual* funciona de un modo similar. Las *Constituciones* regulan sus competencias, cómo se eligen los frailes que lo componen y cómo ha de procederse en los mismos –cf. *ibid.*, nn. 314-319–. A nivel provincial y de toda la Orden existen también Capítulos y Consejos –cf. *ibid.*, nn. 338-438–.

23. *Ibid.*, n. 312, § I.

24. Cf. *ibid.*, nn. 308. Los casos de frailes con voz pasiva son especiales, se trata, por ejemplo, de frailes que están residiendo en un convento al que no han sido asignados –cf. *ibid.*, nn. 440, 441–.

25. Cf. *ibid.*, n. 312.

26. Cf. *ibid.*, n. 312, § II-III.

- 5º) Cada tema es debatido por todos. Si es necesario se vota. En ocasiones no se llega a una decisión.
- 6º) Generalmente los Capítulos acaban con «ruegos y preguntas», donde los frailes pueden exponer aquello que crean conveniente²⁷.
- 7º) La comunidad ha de llevar a cabo lo que ha decidido en el Capítulo. Aunque no estén todos los frailes de acuerdo con lo decidido, la decisión afecta a todos y todos la aceptan como propia²⁸.

Carencias e inconvenientes de la democracia dominicana

Pero la democracia en la Orden de Predicadores no es perfecta. Los que vivimos en una comunidad dominicana bien lo sabemos. Estas son las insuficiencias que fr. Timothy Radcliffe ha encontrado:

- En demasiadas ocasiones nos dejamos llevar por los prejuicios respecto a nuestros hermanos y ello dificulta enormemente el discernimiento comunitario²⁹.

27. Esto no aparece en las *Constituciones*, pero en los conventos en los que he vivido se ha hecho generalmente. El presidente del Capítulo puede negarse a admitir nuevos temas de discusión –cf. *ibid.*, n. 312, § III–.

28. Cf. T. RADCLIFFE, «Una vida contemplativa», en *Una vida contemplativa*, San Esteban, Salamanca 2003², 7-43, 27.

29. Cf. *ibid.*, 26; «Carta...», 44.

- La comunidad puede optar por su propia comodidad y dejar de lado la búsqueda de la voluntad de Dios³⁰.
- La comunidad puede no poner en práctica lo que ha decidido en Capítulo³¹.
- La democracia dominicana se ve lastrada por una necesaria falta de eficacia. Dice fr. Timothy: *«Esta amada democracia pide tiempo. El tiempo que nos debemos los unos a los otros. Puede resultar pesado. Habrá pocos que encuentren las reuniones tan aburridas como yo. No son eficaces. No creo que seamos nunca una de las Órdenes más eficaces en la Iglesia, y sería erróneo que intentásemos serlo. Gracias a Dios que hay Órdenes Religiosas más eficaces que la nuestra. Gracias a Dios que no intentamos emularlas. Una cierta eficacia es necesaria si no queremos perder nuestra libertad paralizándonos. Pero si hacemos de la eficacia nuestra finalidad, entonces podemos minar esa libertad que es nuestro don en la Iglesia. Nuestra tradición de dar a cada hermano voz y voto no es siempre la más eficaz para llegar a las mejores decisiones, pero es un testimonio de los valores que ofrecemos a la Iglesia y que la Iglesia necesita ahora más que nunca»*³².

30. Cf. RADCLIFFE, «Hacia una...», 137.

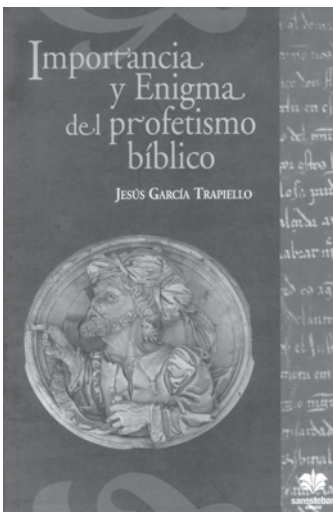
31. Cf. *ibid.*, 165.

32. *Ibid.*, 151-152.

CONCLUSIÓN

El discernimiento comunitario ayuda a las comunidades cristianas a guiarse según la voluntad de Dios. Pero, como pasa con el discernimiento personal, son necesarias grandes dosis de madurez psíquica y espiritual para poder realizarlo, así como cumplir una serie de requisitos y aceptar sus inconvenientes.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

La vocación del Maestro Eckhart.

Una breve síntesis de su vida

Eckhart nació hacia 1260 en una localidad llamada Hochheim, en Turingia; su familia pertenecía a la nobleza. Ingresó en la Orden de Predicadores en el convento de Erfurt, en la provincia de Teutonia, siendo todavía muy joven, hacia 1275. Probablemente cursó sus estudios en Artes en Estrasburgo, y de allí pasó a estudiar teología en el *Estudio General* dominicano de Colonia, fundado en 1248 por san Alberto Magno, donde también había estudiado santo Tomás de Aquino. En Colonia entró en contacto con el pensamiento de inspiración neoplatónico difundido por los mejores discípulos de san Alberto, y con la doctrina tomista, de orientación aristotélica, que también contaba en ese centro con importantes seguidores.

Su *vocación dominicana* de desarrolló con altura en tres ámbitos: la enseñanza de la teología, las numerosas tareas de gobierno que se le encomendaron y la predicación, acompañada de la dirección espiritual.

En 1293 está en el convento de Saint-Jacques de París como *lector sentenciariorum*.

De 1294 a 1298 fue prior del convento de Erfurt y Vicario de Turingia. En adelante no cesará de ejercer cargos de gobierno en la Orden, signo de la confianza que sus superiores y sus frailes depositaban en él.

Durante este priorato dio conferencias de formación espiritual a los novicios, y con este motivo compuso su primera obra en alemán conocida con el título *El discurso del discernimiento*.

En 1300 vuelve de nuevo a París a ejercer la docencia de la teología. En 1302 recibe el título de Maestro en Teología y pasa a ocupar la cátedra reservada a los dominicos extranjeros. Por esta época sostiene una disputa académica con el Maestro franciscano Gonzalo Hispano.

En 1303 es nombrado primer provincial de la nueva provincia de Sajonia, desgajada de la de Teutonia. Ejerce esa tarea hasta 1311. Promueve la creación de tres nuevos conventos. Participa en tres capítulos generales de la Orden: Toulouse (1304), Estrasburgo (1307), Piacenza (1310); y también en los capítulos provinciales de su provincia. Además de sus múltiples tareas administrativas, ejerce una importante labor de predicación en lengua alemana que, en su conjunto, parece haber tenido un eco considerable.

En 1307, el Maestro de la Orden, fr. Emerico de Piacenza, lo nombró vicario general para la provincia de Bohemia, que había surgido de la provincia de Polonia en 1301, y era entonces difícil de gobernar; los dos predecesores de Eckhar no lo habían logrado. Se trata de nuevo de una misión de confianza.

En 1311 fue enviado por segunda vez a enseñar a París. Esto constituyó un honor excepcional del que sólo santo Tomás de Aquino se había beneficiado anteriormente, y la prueba del inmenso crédito intelectual y espiritual del que gozaba en aquel momento.

En 1313 el Maestro de la Orden, fr. Berengario de Landora, lo envía a Estrasburgo como vicario general, encargado especialmente de la dirección espiritual de las monjas dominicas de la región. Durante el gobierno del siguiente Maestro de la Orden, fr. Herveo Nede-llec, continúa realizando esta misma tarea.

En 1323 o quizás a comienzos de 1324, fue enviado al Estudio General de Colonia, posiblemente para encargarse de la dirección del Estudio por ser el único Maestro en Teología. Allí sigue desplegando una gran actividad como predicador en los monasterios de dominicas, benedictinas y cistercienses. A los pocos años de su estancia en Colonia el arzobispo de la ciudad, Mons. Enrique de Virneburgo, preocupado por erradicar los errores de los begardos, le hace la guerra. Las rivalidades entre seculares y regulares y entre franciscanos y dominicos influyen en la marcha del proceso. En su contra intervienen también dos frailes dominicos que tenían dificultades con los superiores de la Orden. Los dominicos alemanes se movilizaron para defender a su maestro más prestigioso.

El 13 de febrero de 1327 Eckhart lee al pueblo su defensa en la iglesia de los dominicos, en latín y alemán, y se retracta de cualquier error que en materia de fe hubiera en sus sermones o escritos. El 24 de enero del mismo año había apelado al papa, apelación que le fue denegada el 22 de febrero por el tribunal de Colonia. No obstante el proceso se trasladó a la corte pontificia de Avignon, donde Eckhart pudo defenderse, pero murió en esta misma ciudad hacia finales de 1327 o comienzos de 1328, antes de concluir el proceso.

La bula *In agro dominico*, de Juan XII, registrada en Avignon el 27 de marzo de 1329, condena 28 proposiciones, de las que 17 son consideradas heréticas y las 11 restantes son calificadas de temerarias, aunque podrían ser interpretadas en sentido ortodoxo. Esta condena tenía como objetivo detener la difusión de las ideas de este célebre Maestro dominico *en el corazón de las gentes sencillas* de la región por donde él había predicado. Hay que subrayar que la comisión de Avignon que examinó los escritos de Eckhart no tuvo en cuenta sus obras latinas.

Su discípulo fr. Juan Taulero divulgó en gran parte sus enseñanzas. En el siglo XIX, el dominico fr. Enrique Denifle le dedicó muchos estudios, contribuyendo a eliminar los mitos creados en torno a su personalidad. El influjo de este gran Maestro espiritual sigue creciendo y es hoy mayor que en tiempos pasados. Los estudios recientes sobre su teología espiritual reivindican su ortodoxia.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

Las dimensiones de la persona y la búsqueda de Dios

«Mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni mis caminos son vuestros caminos» (Is 55,8).

El silencio se debe expansionar a todas las áreas de la persona.

LA RAZÓN

Dejándonos guiar por esta palabra de Isaías, la primera dimensión a considerar es este mundo racional nuestro. Es quizá de las resistencias más sobresalientes, porque decimos que el ser humano es «racional».

Hay un caso de un hombre que participó directamente en la Segunda Guerra Mundial, que fue un colaborador inmediato con Hitler en todas las matanzas y violencias y que cuando iba a ser juzgado se le sometió al análisis de unos psiquiatras para que decidieran su condición racional. El diagnóstico fue: «Es un hombre cuerdo». Pero a pesar de eso, participó en masacres horrendas, infernales.

El hombre razonable puede estar lleno de respeto hacia el orden y la estructura, hacia el andamiaje

de lo que él llama «su deber». Pero el hombre lleno de cordura es también inquietante, sobre todo cuando nos fiamos absolutamente de la cordura. Porque un hombre cuerdo puede cometer atrocidades: puede apuntar con el fusil, apretar el gatillo de la ametralladora... y puede apretarlo fríamente. Un hombre cuerdo puede ver razonable la guerra, la destrucción, la injusticia... Y eso en nombre de nuestra condición razonable.

La cordura no es el amor. A veces la cordura puede excluir al amor. La peor locura puede serlo la cordura, cuando ésta es destructora.

«Mis pensamientos no son vuestros pensamientos».

El hombre es racional pero, a veces, lo más importante lo hace cuando no piensa. Es entonces cuando puede hacer lo más bello, lo más heroico, lo más amoroso. Los pensamientos no «transportan» las cosas. Uno puede estar lleno de pensamientos de justicia y, sin embargo, ser injusto. Uno puede estar lleno de pensamientos de amor y, sin embargo, odiar.

En efecto, los pensamientos no «transportan» las cosas. No hay que confundir el envoltorio con la cosa que se envuelve. No hay que confundir la idea con lo que ella significa. Podemos estar llenos de pensamientos de amor y, sin embargo, a la hora de la verdad, ser violentos, duros, intransigentes.

Y... ¿qué tiene el hombre que tiene razón? El hombre que tiene razón, a veces, no tiene más que aislamiento y soledad. Quien se empeña siempre en tener razón, normalmente se imposibilita de incorporar a su

vida la vida de los demás. Se limita a sí mismo. Se ve privado de lo que los demás le ofrecen.

«Quédate con lo tuyo», se dice, y eso empobrece, aísla y aleja de los otros. Y es que la razón, en este sentido, puede ser excluyente. Excluye a los que no coinciden con nuestras ideas. En lugar de acercarnos puede separarnos.

En cambio el silencio interior no excluye nada. El silencio es dilatación, el silencio es todo acogida.

Hay en la vida de santo Tomás un acontecimiento muy sobresaliente: tuvo una especie de visión y quiso quemar todo lo escrito diciendo que no era más que paja. Pero nosotros, ingenuamente, nos quedamos con la paja. Felizmente no se quemó lo escrito por Santo Tomás, pero nuestra desgracia es que en la vida nos quedamos con la paja. Santo Tomás, en la cumbre de su desarrollo racional, vivió en su interior un silencio maravilloso y en ese silencio él se abrió a otra visión.

LA VOLUNTAD

Otra dimensión es la voluntad. Puede ser también exagerada: vemos una cosa y la queremos para nosotros. Esto se desencadena enseguida.

En el silencio interior hay que silenciar también la voluntad: no desear.

Si hay algún deseo lícito, ese es el de Dios. Hay un salmo que dice: *«Te desea mi alma como la cierva a las aguas frescas»* (Sal 41,2). Pero también se puede expresar esto: *«A Dios no hay ni que desearle, porque Él es el que nos desea a nosotros»*.

Pero el deseo de Dios es el deseo justo, porque no nos saca de nosotros mismos, no nos vierte hacia el exterior. Todos los deseos, menos éste, nos desplazan de nosotros mismos.

LA IMAGINACIÓN

También debemos silenciar nuestra imaginación.

Ésta suele ser muy ágil. Nos presenta todo tipo colorido y perspectiva. Es la facultad de la creatividad. Pero sería más creativa si de vez en cuando le diéramos calma. Trabaja muchas horas: ¡dad descanso a la imaginación!

Lo que está delante de nosotros no hay que imaginarlo. A Dios no hay que imaginarle. También por eso el Antiguo Testamento, con su pedagogía divina, pide a los hombres que no hagan imágenes de Yahvé. Y así es como a Dios se le permite que se haga presente con toda su hermosura, con toda su verdad.

LAS EMOCIONES Y LOS SENTIMIENTOS

Silenciar nuestras emociones y sentimientos.

Se puede advertir en un breve tiempo un cúmulo de sentimientos dispares: te levantas bien, pero una contrariedad te origina tristeza... El ser humano es un mar de emociones y a veces nos sentimos inmensamente agitados por ese oleaje.

Es bueno ver el alboroto de nuestras emociones y sentimientos, como si dijéramos, desde fuera, sin

implicarse en ello. Es bueno verlo desde el silencio interior. Así se alcanza el sosiego.

LA INTUICIÓN

El ser humano es más que razón, más que sensibilidad, más que emociones, más que voluntad. ¿Y después de esto qué? Está la intuición. Ésta sólo funciona cuando todo lo demás está en silencio. Es una luz que se enciende cuando todo está en silencio. Es como una nueva mirada que nos hace ver de otra forma las cosas. Es una mirada interior maravillosa.

El silencio interior nos sitúa en las fronteras más conocidas de nuestra historia. Nos sitúa en el lindero. Y entonces se puede encender otra luz. Cuando todo se queda en silencio una luz nueva se puede hacer presente.

Existe un símbolo de la intuición que data de los siglos X al XII antes de Cristo. Son tres monos: uno tiene las manos puestas sobre los ojos, el otro sobre los oídos y el otro sobre la boca, significando que, cuando todo este mundo sensorial se haya silenciado, entonces una nueva luz se encenderá en nosotros.

Los pueblos más antiguos buscaban prepararse para que esa luz existiera en su vida. Son los ritos de transición, de renovación. El mago se iba a la montaña y no volvía hasta que tenía la conciencia de que una luz interior le había iluminado.

La montaña ha sido espacio de grandes teofanías, de grandes encuentros con Dios. Cuando se va a la montaña, se va austeramente, se deja el encuentro comu-

nitario, se deja la estructura de la comunidad, pero, sobre todo, se dejan las percepciones, las costumbres, los instrumentos que impiden abrirnos a otra luz.

A veces lo cotidiano nos entorpece. Si se abandona el entorno, uno se encuentra con otras sombras en sí mismo. Cuando uno se entrega al silencio interior se encuentra con ciertas sombras. Son las sombras que no veía porque se lo impedía lo cotidiano. Son las sombras de nuestra existencia. Hay que hacer las paces con las sombras que intuimos.

Es imprescindible retornar a sí mismo. La costumbre nos ciega. Nos orienta lo que intuimos, lo que clama dentro de nosotros. Pero son muchas cosas las que se interponen en nosotros para ver lo más hondo de nuestro corazón.

Es en la interioridad donde podemos dar el salto y abrirnos a una transformación. En el silencio uno se vuelve solidario de lo eterno, pertenecemos a lo de dentro. Pero es imprescindible hacer las paces con eso que nos reclama.

Es siempre lo de dentro lo que nos conduce. En la vida nos guía lo oculto, lo escondido, lo que no se ve.

EL CORAZÓN

Y más allá de la intuición está el Reino de Dios, la presencia de Dios en nuestro corazón.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
La Escuela del Silencio

Por tu misericordia

*«El misterio del hombre sólo se esclarece
en el misterio del Verbo encarnado,
quien manifiesta plenamente
el hombre al propio hombre
y le descubre la grandeza de su vocación»
(Gaudium et spes, 22).*

El esplendor de la verdad brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, pues la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad¹. La obediencia a la verdad no siempre es fácil. Miles de interrupciones encontramos en aquel tramo que va entre la voluntad de Dios y nuestro yo más profundo, al que podemos llamar «conciencia».

La búsqueda de la verdad es un movimiento natural del ser humano, ya que está inscrito en sus entrañas mismas. Las tinieblas del error y del pecado no pueden eliminar totalmente la luz de Dios inscrita en nuestro ser, pues siempre hay allí una especie de llama perenne que no se extingue porque pertenece a la presencia y a la acción de Dios: la luz del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones.

1. Cf. JUAN PABLO II, *Carta encíclica Veritatis splendor*, preámbulo.

Te propongo que reflexionemos juntos un caso concreto, el del rey Antíoco. Lee atentamente 1 Macabeos 6,1-13, y no pierdas detalle.

«No le habían salido las cosas como él quería» (1 Mac 6,8). ¿En cuántas ocasiones no te ha sucedido lo mismo? Pero, una cosa es que no te salgan las cosas como las habías planeado, y otra muy distinta es que lo que hayas hecho te haya inducido a un error o que, cayendo en él, te sientas frustrado y desanimado.

Hoy, con mucha idea, hemos acallado la conciencia con los «caramelos» del *¡no pasa nada!, todo el mundo lo hace, ¡una mancha más al tigre, qué le hace!*, etc. San Bernardo, en cambio, dirá: «*credúlitus crudélitas*»²; es decir, *la credulidad se convierte en crueldad*. Intentar hacer pasar algo que es erróneo o pecaminoso por verdadero y bueno es una crueldad contra la propia conciencia. Por eso el rey exclamará: «El sueño ha huido de mis ojos; me siento abrumado de pena, y me digo: ¡A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje estoy metido, yo, que era feliz (bueno) y querido! Pero ahora me viene a la memoria el daño que hice a Jerusalén» (1 Mac 6,10-12).

El rey Antíoco no puede aplacar la pena que siente porque lleva dentro el «gusanillo» de la conciencia que le llama a una reflexión más honda sobre sí mismo y sobre sus actos. No se puede jugar con la conciencia. La conciencia es un testigo. «La mala conciencia conduce al hombre a la desesperación –dice san Agustín–

2. BERNARDO DE CLARAVAL, *Tratado del precepto y la dispensación*, XIII, 34.

mientras que la buena le abre al horizonte de la esperanza»³.

El corazón bueno es como un abismo, y lo mismo el malo; pero ninguno de los dos puede ocultar nada a Dios, que conoce la debilidad humana, y él mismo quiso hacerse débil por nosotros para mostrarnos el horizonte de la esperanza y de su misericordia. Por eso san Agustín confesará que su conciencia se siente más segura con la esperanza en la misericordia de Dios que en su propia inocencia; porque su misericordia y la dulzura de su gracia es lo que hace poderoso al hombre débil⁴.

Lo que más duele a la conciencia es el autoengaño, ésta es la herida que hay que desvelar ante la misericordia de Dios. El hombre puede esquivarlo todo –dice san Isidoro– menos su corazón, porque nadie puede alejarse de sí mismo⁵. La intención con la que se realizan los actos siempre tiene que tener un referente, o es tu propia voluntad y placer o es la voluntad de Dios, lo que a Dios agrada. Pedro Abelardo decía que a Dios no le importa lo que hacemos, sino con qué intención lo hacemos⁶.

Hay que establecer una distinción entre vicio y pecado, y entre pecado y mala acción. El vicio es la inclinación natural del alma al pecado. Pero el pecado nace del consentimiento otorgado a esa inclinación. Si falta el consentimiento de la voluntad no hay peca-

3. AGUSTÍN DE HIPONA, *Comentario a los salmos*, 31, 2, 5.
4. Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 3, 4.
5. SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Los tres libros de las «Sentencias»*, II, 26.
6. PEDRO ABELARDO, *Ethica*, 3.

do. Pero, no basta la buena intención, sino que también cuenta que lo que se elige debe ser un bien en sí mismo. Cuando falta todo referente, la conciencia se anula y se estrecha a la poquedad del yo egoísta.

San Bernardo escribe en una de sus cartas: «La buena conciencia es una riqueza inmensa. ¿Hay acaso algo más inapreciable y dulce? ¿Existe en la tierra otra cosa más dulce y sosegada? La buena conciencia no teme los daños materiales. Las palabras injuriosas ni los suplicios corporales, y la misma muerte, en lugar de deprimirla, la exalta. ¿Puedes hallar semejante felicidad en los bienes de la tierra? ¿Ofrece el mundo con sus halagos algo semejante a sus adictos? ¿Promete lo mismo con sus mentiras a los necios? Los bienes de una conciencia buena brotan sin cesar, no se marchitan con las fatigas y florecen con la muerte en vez de agostarse: son el gozo del que vive, el consuelo del que muere, manjar del que ya ha muerto y una riqueza eterna»⁷.

«¡A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje estoy metido, yo, que era feliz (bueno) y querido!» (1 Mac 6,11), exclamaba el rey Antíoco ante sus amigos, buscando aliviar sus penas. Es que la fama y el honor no sustituyen una buena conciencia –y menos ganados tras ambiciones–. San Juan de Ávila pensaba que la opinión pública y la buena fama, tan estimadas en la sociedad, no son garantías de una buena conciencia. Sólo Dios ve el interior del corazón y comprende sus acciones. «La luz divina mira con qué cora-

7. BERNARDO DE CLARAVAL, *Carta 411. Ad Thomas Beverlacensem praepositum*, 3.

zón haces la limosna, con qué corazón vas a la Iglesia, con qué corazón vas al hospital; y muchas veces el corazón está malo y la obra parece buena»⁸.

Por eso es que con la lectura de este pasaje bíblico te invito a un profundo examen de conciencia, no para que te reproches nada, sino simplemente para que seas tú mismo delante de Dios, reconociendo en él su gran misericordia y su fidelidad. Ten en cuenta lo que dice Juan Pablo II: «Ningún pecado del hombre puede cancelar la misericordia de Dios, ni impedirle poner en acto toda su fuerza victoriosa, con tal de que la invoquemos. Más aún, el mismo pecado hace resplandecer con mayor fuerza el amor del Padre que, para rescatar al esclavo, ha sacrificado a su Hijo: su misericordia para nosotros es redención»⁹.

El examen nos ayuda a mantenernos firmes en la fe y en la confianza ante Dios, nuestro Padre, y a perseverar en la humildad. Ten siempre presente que *vales lo que eres ante Dios*. Por eso purifica tu conciencia delante de él, que es el único capaz de transformarlo todo con la gracia y la fuerza de su Espíritu, llevándote a una mayor identificación con su Hijo. Inicia tu oración pidiendo a Dios una buena conciencia (cf. 1 Pe 3,21) para reconocer y aceptar tu vida, y si te ayuda, ora con el siguiente himno de Cuaresma que se reza en la hora intermedia:

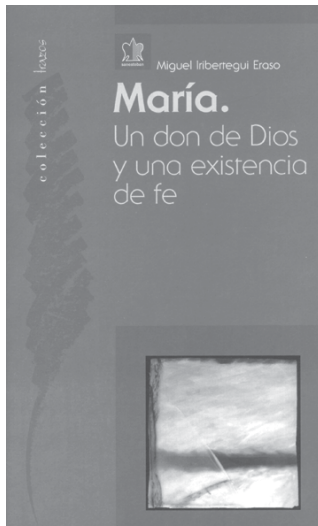
*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;*

8. JUAN DE ÁVILA, *Lecciones sobre 1 Jn*, IV, 605.

9. JUAN PABLO II, *Carta encíclica Veritatis splendor*, 118.

*ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y, aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera. Amén.*

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBERTEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

El corazón de Cristo y las mujeres (Octava meditación del octavario)

MARÍA, LA DE MAGDALA (Jn 20,1-18)
MARÍA, LA MADRE DE JESÚS (Jn 2,1-11)

Terminamos este especial Octavario fijando nuestra atención en aquel encuentro que ocurrió en las primeras horas de la mañana de Resurrección, cuando María Magdalena se encontró con el Resucitado (cf. Jn 20,1-18). Asimismo nos vamos a fijar en la especial relación de Jesús con su Madre, pues este recorrido no quedaría completo, si no destacáramos la relación que el Corazón de Cristo tuvo con esta mujer especial y excepcional: con María, su Madre (cf. Jn 2,1-11).

Evoquemos ahora el primero de los encuentros. En la mañana de aquel domingo, que siguió al entierro de Jesús, siendo todavía de noche y, después de haber respetado el descanso sabático, María, la mujer oriunda de Magdala, se va al sepulcro. Descubre que la piedra está movida y que falta el cuerpo del Señor. De inmediato se vuelve a la ciudad y avisa a Pedro y al otro discípulo, que tanto quería Jesús, sobre lo que ha ocurrido. Para comprobar el hecho, estos dos discípulos se encaminan hacia el sepulcro y, llegados al lugar, ven vendas y sudario. Ven y creen que Cristo ha resucitado.

Mientras tanto, María Magdalena había vuelto al sepulcro y, a la puerta del mismo, se había puesto a llorar. Dos ángeles sentados en el lugar donde estuvo el cuerpo de Jesús, le preguntan por su llanto: «¿Por qué lloras?». La espontaneidad de su amor responde: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Luego, sin saber que era Jesús, se encuentra con un hombre al que confunde con el jardinero. Acontece entonces un intenso diálogo. Jesús pregunta: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Ella responde: «Si lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto para que yo lo recoja». Y el misterioso jardinero se vuelve y le llama por su nombre: «María». Aquello fue en sus oídos como un despertador. Ella le llama: «Maestro». Y se abraza a Él. Jesús le pide que vaya a los apóstoles a decirles que se va al Padre y al Dios, que es suyo y también de ellos.

Así se convirtió Magdalena en testigo de la Resurrección y en apóstol de los mismos apóstoles. Jesús se dirige a ella con un nombre que expresa toda su dignidad: «Mujer». Esta mujer, que había sido rescatada previamente de una vida indigna de ese nombre, había estado junto a la cruz cuando el Señor moría. Ella está buscando el cadáver de aquel Jesús que le había devuelto la dignidad perdida, y Jesús no es un cadáver y por ello no puede encontrar entre los muertos al que está vivo. Ella parece ciega, pues viendo cara a cara al Jesús que busca, no termina de reconocerlo. Sólo sale de la oscuridad cuando Jesús le llama por su propio nombre. Y así aprende Magdalena que a Jesús hay que buscarlo entre los vivos y no entre los muertos.

También aprende Magdalena que de Jesús nadie se puede adueñar, como si fuera propiedad exclusiva de uno, porque Jesús es de todos y para todos.

Hay otro detalle a destacar de este encuentro: María Magdalena no se guardó la noticia de que Cristo vivía, pues la comunicó a los suyos y la compartió con todos. María Magdalena es la mujer que comparte lo que a ella le da sentido y valor; es la mujer que no se guarda el amor de su vida. Cristo es tan grande que nadie lo puede abarcar ni acaparar. Cristo es un Corazón que se deja amar por todos y que ama a todos con especial predilección.

¡Qué encuentro tan sugerente éste de Cristo con la Magdalena! Digo que este encuentro y diálogo entre Cristo Resucitado y la Magdalena es sugerente y lo es para todos nosotros. Cada uno de nosotros estamos llamados a tener un encuentro personal y de gracia con Cristo Resucitado. Así de personalísimo como lo tuvo María Magdalena. Y para que tal encuentro se produzca lo primero que tenemos que poner de nuestra parte es el deseo de buscar a Cristo. Y a Cristo le tenemos que buscar entre los vivos y no entre los muertos. Tenemos que buscarle como lo hizo María Magdalena: con pasión, porque necesitamos de Él. Y Cristo mismo se hará el encontradizo.

Quizá no le reconozcamos a primera vista, pero Él está viniendo a cada uno de nosotros. La clave para reconocerle será cuando Él nos llame por nuestro nombre y nos dé un vuelco el corazón. No queramos quedarnos nosotros solos con Él: ese «mi Jesús» lo es de todos, pues todos tienen derecho a poder oír de labios de Jesús su propio nombre.

Veamos ahora la especial relación que tuvo Jesús con María, su Madre. Dicha relación la vamos a ir desgranando en cinco afirmaciones.

Primera: Nunca podremos entender a María al margen de Jesús. María se entiende y se explica desde Jesús. Toda la luz que vemos en María no nace de Ella: es luz que refleja y que le viene de Jesús. Ella es la luna que brilla con luz deslumbrante, pero con una luz que le viene de Jesús, el sol de justicia. Creo que esta imagen es lo suficientemente clara para entender que María, en toda su grandeza, depende del fruto bendito de su vientre: de Jesús. Creo que ésta es la primera gran enseñanza a tener en cuenta a la hora de destacar la relación del Corazón de Cristo con su Madre.

Segunda: Si esto es así, si además María es feliz, se goza y alegra con que esto sea así, entonces cada vez que nos acercamos a María, ella indefectiblemente nos remitirá a Jesús: «*Haced lo que Él os diga*» (Jn 2,5). A María no vamos con otro afán que no sea el de dar con el camino seguro y el acceso más cierto para encontrarnos con Jesús. Así es y así lo quiere Ella. Si nos dijéramos muy devotos de María o muy marianos y no oyéramos las palabras de su Hijo y no cumpliéramos con sus mandamientos, estaríamos hiriendo a María, no en la niña de sus ojos, sino en el Niño de sus ojos.

Tercera: La relación de dependencia que tuvo María respecto de su Hijo y que hemos puesto de manifiesto, no supuso para María humillación o infravaloración. Al contrario, aceptando María gozosa su misión de colaboración y subordinación a favor de la misión del Hijo, María alcanzó así el máximo de sus posibilida-

des como ser humano. Al colaborar para que el protagonista fuera Dios, la dignidad de María como ser humano y como mujer se vio potenciada al máximo de sus posibilidades. Fue ensalzada como ser humano porque supo hacerse esclava del Señor y de su misión. Esclava, sí, de Dios, del Reino, del Evangelio. Y, por ello, Dios hizo en Ella cosas grandes: Inmaculada, Madre, Virgen, Asunta, Reina, Mediadora. ¡Cuánto gana el ser humano cuando se reconoce como criatura y colabora con Dios! Porque Dios es el primer interesado en que el ser humano se promocione y alcance el máximo de sus posibilidades. El hombre nunca logrará esto al margen de Dios.

Cuarta: Podemos creer que la relación de María con Cristo estuvo únicamente motivada en base a razones naturales o de sangre. Ella es su Madre y, siendo Él el fruto bendito de su vientre, parece lógico que mantuviera una estrecha relación con Jesús, desde el momento en que fue concebido hasta el momento en que, ascendiendo al cielo, le vio desaparecer entre las nubes. Pero la relación de María con Jesús supera este mero nivel natural. María creía en su Hijo y aquí radica la verdadera grandeza de María. Ella es más dichosa por haber creído en su Hijo que por haber sido Madre suya. La relación espiritual y de orden sobrenatural que mantuvo María con su Hijo es de mayor importancia que la natural y física. Y la verdadera grandeza de María está en esto y no en lo otro. Cuando nosotros damos importancia a las apariencias, Dios está mirando el Corazón. En el hecho de ser Madre, María es única y no la podemos imitar. Ella ha sido la única mujer en quien Jesús, el Hijo de Dios, se encarnó. Pero

en lo segundo, que es su verdadera grandeza, sí que la podemos imitar: creer en Dios y cumplir su palabra.

Quinta: La unión y relación de María con su Hijo la mantuvo siempre; es decir, también en esas ocasiones cuando mantenerla es más comprometido y doloroso. Junto a su Hijo estuvo en su vida y misión y junto a Él se mantuvo cuando, crucificado, Jesús aparecía como un fracasado. Allí estuvo sin huir ni desesperarse. Y esta fue la tónica de su vida. ¡Cuánto podemos aprender de Ella los que solemos estar con Dios a las maduras y muy lejos de Él cuando las cosas se vuelven duras! También en esto María nos enseña fortaleza y constancia.

Hemos querido centrar esta octava y última reflexión en el encuentro y diálogo que tuvo Cristo, ya resucitado, con María Magdalena. Ella, desde que se encontró con Cristo, había recuperado su dignidad de mujer y, desde que se encontró con Cristo Resucitado, le dio alas al amor y se hizo apóstol de los apóstoles. Luego, en cinco pasos bien articulados, hemos destacado la relación genuina entre Cristo y esta otra mujer de excepción que es su Madre, la Santísima Virgen María.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

Carta abierta a los sacerdotes, mis hermanos

Querido hermano sacerdote:

Eres de mi mismo barro, tejido con amor por el divino Alfarero que soñaba cosas grandes para ti según te iba modelando. Pero tú, porque él te ha segregado, eres una disculpa mediante la cual actúa su fuerza salvadora y su misericordia.

Porque ha querido contar contigo y necesita tus manos para bendecir, tus labios para pronunciar palabras de vida, tu voz para perdonar, tus ojos para mirar con cariño, tu corazón virginal para amar y acoger.

Ha «usurpado» tu vida para que le reflejes a Él, porque ya nunca, desde el momento de tu ordenación, cuando te sedujo y besó tu barro con su Fuego, nunca digo, podrás vivir para ti, para tus cosas, tu descanso, tus caprichos... Ya no eres tú, aunque Él no ha anulado tu personalidad. Ahora tendrás que ser de todos tus hermanos como Cristo, y no les podrás escatimar tu tiempo, tu ternura, tu luz, tu vida. Tendrás que ser pan roto y repartido; racimo estrujado en el lagar para calmar la sed de todos los caminantes.

Difícil pero bella tarea. Para realizarla contarás con su fuerza –la fuerza de Cristo–. Él que te eligió, se hizo responsable y responderá por ti. Se comprometió a ayudarte y ¡es fiel!, ¡eternamente fiel!

Te necesitamos mucho. Tenemos sed, una sed abrasadora aunque no queramos reconocerlo. No nos sacian los charcos de agua estancada que nos ofrece el mundo. Anhelamos el agua viva que brota de la Fuente Viva. Sé un recipiente que acoja esa agua para derramar lo que rebose. Porque tú has de estar siempre lleno, siempre henchido de esa vida que has de dar. Si estás vacío, si pierdes la capacidad de acoger ese agua, podrás decir palabras hermosas, pero esas palabras no calarán en los corazones. Tus hermanos tienen un cierto sentido que les hace intuir si en ti rebosa la vida.

No temas nunca. Puede ser que, a veces, a tu barro le salgan grietas (no eres un ángel), pero si Cristo lo es *todo* para ti, Él hará brotar flores en tu arcilla resquebrajada.

Nosotros, tus hermanos, te miramos con orgullo y te apoyamos y te apoyaremos siempre con nuestro cariño, comprensión y plegaria.

Estamos muy agradecidos a tu labor desinteresada y a tu entrega. Queremos darte gracias en nombre propio y en el de las personas a las que ha llegado el agua (la vida) por tu medio ¡Son tantas!...

Sigue adelante. Cristo te necesita y nosotros te necesitamos. Con admiración y amor.

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O. P.
Salamanca (España)

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

6. El «sacerdocio ministerial» y el «sacerdocio de los fieles»

(«ORAD, HERMANOS...»)

Los fieles, junto con el Presidente de la asamblea celebrativa, acaban de presentar los dones que van a ser destinados al Sacrificio eucarístico. Ahora se nos invita a orar para que el sacrificio del sacerdote y el nuestro, sean una víctima grata a Dios. Los presbíteros, por el sacramento del Orden, ejercen su oficio, *«sobre todo, en el culto o asamblea eucarística, donde, obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio del Nuevo Testamento, a saber: el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre, una vez por todas, como hostia inmolada»* (*Lumen Gentium*, 28).

Estas palabras ubican al sacerdocio ministerial en la realidad eucarística: obrar en nombre de Cristo, participando de un modo particular de su sacerdocio, en orden a renovar el único sacrificio de la Nueva Alianza, ofreciendo el Memorial como gesto escatológico: *«hasta que Él vuelva»* (1 Cor 11,26).

SOMOS UN PUEBLO SACERDOTAL

En efecto, esto es lo que somos, a partir de nuestro Bautismo y ratificado por la Confirmación. En ese momento comenzamos a vivir nuestro sacerdocio, que la Iglesia –para distinguirlo del sacerdocio ministerial– llama *sacerdocio común* o *de los fieles*. Todos los que –en el Bautismo– hemos sido inmersos en la Pascua de Muerte y Vida de Cristo, hemos sido consagrados como *sacerdocio santo*, para que nuestras obras tuvieran una dimensión de *ofrenda*, es decir, con la capacidad de ser sacrificio redentor, unido al de Jesucristo.

El testimonio cristiano es un acto sacerdotal. Lo mismo que la oración... También lo es el dar razón de la esperanza que nos mueve a salir al encuentro del Señor. Y lo es, de igual modo, anticipar proféticamente la plenitud del Reino. Vivir con la capacidad de rendir culto al único Dios es un acto sacerdotal. De modo claro y pleno, participar «*del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana*», por el cual los cristianos «*ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella*» (*Lumen Gentium*, 11), es un acto sacerdotal: es mediar ante los hombres, para que los bienes de Dios accedan al mundo, y para que el clamor de los hombres llegue hasta el Padre.

En la Eucaristía celebrada, su contenido plasmado en formas singulares permitirá a los bautizados manifestar su carácter sacerdotal. De un modo particular, la «Oración de los fieles» (también llamada «Oración universal»), será un gesto de oración común en el que la Iglesia entera, presidida por un ministro cualificado para ello, elevará a Dios sus plegarias, por mediación

de Jesucristo, en la comunión lograda por obra del Espíritu Santo. La Iglesia orante ofrecerá su súplica, no sólo «por manos del sacerdote», sino *junto con él*. Todos bendecirán al Padre al presentarle los dones del pan y del vino destinados a la ofrenda. Aceptará la invitación a orar que, en varias oportunidades, le dirigirá el sacerdote. Se unirá, como pueblo aglutinado por la llamada de Cristo, al sacerdote-presidente que, pronunciando la gran Plegaria eucarística, convertirá los dones de pan y vino en Víctima ofrecida al Padre, para la salvación de los hombres.

Los cristianos sabrán que *«el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial [...], aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan [...] el uno al otro, pues ambos participan –a su manera– del único sacerdocio de Cristo. El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige al pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el Pueblo de Dios. Los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio real, concurren a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante»* (*Lumen Gentium*, 10).

Por lo tanto, cuando recibimos la invitación a orar, en este momento de la celebración de la Misa, la aceptamos y definimos la labor del ministro que preside la Eucaristía: *«El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia»*.

La mediación de la Iglesia es necesaria para que el Sacrificio se realice: *«El Señor reciba de tus manos...»*.

CRISTO-SACERDOTE SE HACE PRESENTE EN LA CELEBRACIÓN

Ambos sacerdocios *están ordenados* a significar a Cristo-Sacerdote, para que Él continúe mediando por nosotros ante el Padre, hasta el fin de los tiempos, cuando Dios haya pronunciado su *Amén* definitivo sobre todos los hombres, al haber ya finalizado la misión de Jesús: atraer todo hacia sí y, por Él, al Padre.

Cuando la obra de santificación de los hombres, lograda por la palabra y las obras de Cristo, manifestando la Verdad, el Bien y la Belleza del Padre, haya tocado a su fin, todo habrá sido consumado...

Mientras esperamos ese momento, se nos seguirá invitando en la santa Misa a orar *«para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso»*.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

TESTIGOS

Vida de la Madre Juana de la Encarnación, OSA (1672-1715)

1ª Parte

Esta reseña biográfica que pretende ilustrar, a grandes rasgos, la vida de la Madre Juana de la Encarnación, está sacada básicamente de la obra del jesuita Luis Ignacio Zevallos¹, quien, además de haber sido su confesor, fue también el editor de sus visiones sobre la Pasión de Cristo², objeto de la reedición que acabamos de publicar³. Lamentablemente el archivo conventual

1. LUIS IGNACIO ZEVALLOS, *Vida y virtudes, favores del cielo, prodigios y maravillas de la venerable Madre Juana de la Encarnación, religiosa Agustina Descalza, natural de Murcia, en su convento observantísimo de Corpus Christi en la misma ciudad*, Madrid 1726. Un ejemplar de la misma se conserva en la biblioteca de los agustinos recoletos de Granada, la cual había pertenecido anteriormente a los trinitarios calzados de la misma ciudad, y otro en la comunidad de agustinas descalzas de Murcia.

La misma obra se puede encontrar y leer en la biblioteca virtual del patrimonio bibliográfico del Ministerio de Cultura: <http://bvvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=401382>.

2. *Passion de Christo comunicada por admirable beneficio a la Madre Juana de la Encarnación, religiosa Agustina Descalza en el Convento Observantissimo de la Ciudad de Murcia*. En el siglo XVIII se hicieron tres ediciones de la obra: las dos primeras en Madrid (1720 y 1726) y la tercera en Valencia (1757).

3. JUANA DE LA ENCARNACIÓN, *Pasión de Cristo*, Editorial Agustiniiana, Guadarrama 2011.

desapareció durante la Guerra Civil de 1936-39 por lo que no tenemos otra fuente de consulta.

En esta primera parte hablaremos de su infancia, su llamada a la vida religiosa y su cambio interior.

SU INFANCIA

Sus padres, Don Juan Tomás Montijo y Doña Isabel M.^a de Herrera, contrajeron matrimonio en Perú ya muy adelantado el siglo XVII. Ambos, de noble familia y de costumbres muy religiosas, decidieron volver a España para llevar adelante su vida de familia con más sosiego. Su única hija nació en Murcia el 17 de febrero de 1672 y le pusieron el nombre de Juana de la Concepción.

La niña fue, desde un principio, la alegría de la casa; de natural dócil, amable, agraciada e inteligente; se hacía querer de cuantos la conocían. Desde muy pequeña se notó en ella su inclinación a la piedad; en el oratorio familiar tenían un Niño Jesús de Pasión por el que la niña sentía una predilección especial y al que le rezaba con una devoción muy viva⁴. Su biógrafo ve en ello un adelanto de las muchas gracias extraordinarias que a lo largo de su vida Dios le fue regalando. Fuere por lo que fuere, el hecho es que su

4. Las religiosas agustinas de Murcia conservan en la clausura conventual una talla de un Niño Jesús de Pasión que tradicionalmente viene siendo considerada la imagen que tuvo la Madre Juana en vida. Es muy probable que inicialmente estuviera en casa de sus padres y que al entrar en el monasterio lo trajera entre los objetos de su ajuar.

inclinación a todo lo que tenía relación con la Pasión del Señor era manifiesta en ella desde la infancia.

También destacó muy pronto en la pequeña el deseo de hacer el bien a los demás, en especial a los pobres. Sus padres, en ocasiones, la llevaban al hospital para que pudiera repartir los regalitos que ella misma conseguía de sus ahorros. Un día que escuchó a su madre negar la limosna a un pobre, Juana la regañó con razones que parecían muy por encima de su edad, diciéndole que a la vista estaba el propósito que tantas veces le decían: que eran para ella las muchas riquezas traídas de las Américas; entonces, si sabían que todo lo suyo lo quería para los pobres, ¿por qué se lo negaban?

Siendo aún muy niña sabemos de un hecho un tanto singular en su vida espiritual. Aconteció en la ciudad murciana de Jumilla, a la que se trasladaron sus padres huyendo de la peste que en esos momentos azotaba Murcia. Allí desapareció la niña buscando un desierto donde dedicarse al Señor. Tras ser localizada, los padres comentaron la travesura con un franciscano de aquella localidad⁵, quien les dijo que atendieran bien a su educación pues sería religiosa y santa, algo que en la familia se recordó siempre como una profecía.

Tenía gran habilidad para las letras, también para las labores; muy pronto aprendió a leer el latín con perfección y todo lo relacionado con el catecismo. Eso

5. El franciscano pertenecía al convento de Santa Ana del Monte, situado a escasos kilómetros de la ciudad en un paraje solitario en medio del campo.

hizo que, contra la costumbre de la época, le adelantaran la comunión a los 9 años. La realizó en la capilla de María Santísima de Murcia, momento que vivió con gran intensidad. Ya desde entonces su confesor le permitió comulgar tres veces por semana al darse cuenta del calado espiritual de la niña y observar en ella cómo despertaba una llamada especial a la penitencia, impropia de su edad.

Poco después de la primera comunión enfermó gravemente y por primera vez recibió el sacramento de la unción de enfermos. Fue el preludio de lo que será prácticamente el resto de su vida, pues la enfermedad estará presente muy a menudo y este sacramento lo recibirá con mucha frecuencia.

A esta edad de once años, convaleciente de la enfermedad y cuando su madre la sacaba a pasear para entretenerla y favorecer su recuperación, se produjo un cambio inesperado en la pequeña. Un joven, también de noble familia, le dijo directamente que él iba a pretenderla por esposa porque la amaba. La suscitación de éste sentimiento siendo tan niña le despertó a otras realidades hasta ahora desconocidas para ella; al mismo tiempo empezó a ser alabada por las mujeres y jovencitas con las que trataba.

Los paseos y diversiones que antes sólo por indicación de su madre frecuentaba, ahora incluso los procuraba. Se arreglaba, buscaba parecer bien, y con su gracejo para hablar sabía acaparar la atención y admiración allí donde estaba. Aprendió a bailar y lo hacía con gracia. Junto a esto y, en proporción a estos nuevos gustos, fue creciendo su tedio para las cosas

espirituales y fue aflojando en las muchas prácticas de piedad y penitencia que venía realizando. Trataba de justificarse a sí misma este cambio diciéndose que nada de lo que hacía ofendía a Dios, que lo realizaba con el aplauso de sus padres y sin dejar de frecuentar los sacramentos.

SU LLAMADA A LA VIDA RELIGIOSA

Tras unos cuantos meses con este nuevo tenor de vida, la víspera de la solemnidad de la Encarnación del Verbo (el 25 de marzo), estando en cama y apenas empezando el sueño, escuchó que la llamaban⁶; se despertó pensando que era su madre; sin embargo, lo que descubrió en el silencio de su habitación fue una visión de Jesús con la cruz a cuestas que le decía: «*Quiero que seas religiosa y me sigas en mi Cruz*»⁷. Esta gracia obró en ella una inmediata transformación, pues las palabras resultaron eficaces y luminosas, entendiendo el mal camino que seguía. A continuación entró en la habitación de sus padres y les pidió permiso para ingresar en el convento de Corpus Christi de religiosas agustinas descalzas de Murcia⁸, en el que

6. Esta revelación nos recuerda la historia bíblica de la vocación del joven Samuel que estando al servicio del sacerdote Elí fue llamado por Dios en sueños (cf. 1 Sm 3,1-10).

7. ZEVALLOS, *o.c.*, p. 7.

8. Este monasterio fue fundado por la Madre Mariana de San Simeón (1571-1631) el año 1616. Las excepcionales cualidades y fama de santidad de la fundadora explican que este monasterio fuera un foco de atracción espiritual a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Prueba de ello es el hecho de que tres obispos fueran enterrados allí.

se acogían niñas menores de 15 años y las formaban hasta que pudieran iniciar su noviciado a esa edad.

Su Madre, en los días siguientes, trató por todos los medios de convencerla para que esperara a cumplir los 15 años. Con deseo de tocar la fibra más sensible de su hija intentó moverla a compasión aludiendo a que su padre había muerto y ella era la única hija que de él tenía. Por entonces se había vuelto a casar y en esos momentos estaba embarazada, por lo que deseaba tenerla a su lado; le aseguraba que si nacía una niña, con gusto la dejaría marchar al momento⁹; que era demasiado joven y débil para poder llevar a cabo las exigencias de la vida conventual...

Pero si fuertes fueron las razones de la madre, mayores llegaron a ser las de la hija, que aseguraba que Dios, si la llamaba, cuidaría de ella como padre y como madre, que nadie mejor que Él sabía el momento adecuado y si ahora era llamada, de inmediato debía responder.

Finalmente Juana aceptó una propuesta de la madre, consistente en que fueran varios sacerdotes los que examinaran las intenciones de la hija. Tras un detenido examen, llegaron a la conclusión de que la vocación de Juana era realmente una llamada de Dios, por lo que su madre terminó dando su consentimiento.

Desde el primer día en el convento su actuación fue modélica y discreta, amiga del silencio, obediente en todo; fue muy querida y admirada de sus hermanas

9. En efecto, nació una niña, la cual llegó a ser la Marquesa de Villar (cf. ZEVALLOS, *o.c.*, p. 10).

que apreciaban en mucho su vocación. Aprendió a bordar y logró gran destreza en estas labores¹⁰.

Se dio también buena maña para desahogar, sin faltar a la obediencia ni a la discreción, las ansias de penitencia que siempre había tenido, las cuales, tras su período de tibieza y la admirable llamada de Jesús con la cruz a cuestas, se redoblaron sobremanera.

El 5 de marzo de 1687 inició su noviciado con el nombre de Sor Juana de la Encarnación. Siguió el mismo tenor de vida, aún más incentivado por ser el tiempo de su inmediata preparación a la profesión. Sin embargo, pocos meses antes de la misma, enfermó de gravedad, por lo que hubo de retrasar su profesión cinco meses.

Pese al miedo de no ser admitida a causa de su estado de salud y los ruegos de su madre para que desistiera de profesar, ella mantuvo su deseo de seguir la llamada de Jesús y sus hermanas de comunidad aceptaron por unanimidad que fuera admitida a consagrarse por entero a Jesucristo como agustina descalza. El 5 de agosto de 1688, con mucho fervor y alegría, realizó los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Sin embargo, poco tiempo después de su profesión, empezó a experimentar una especie de melancolía y tedio hacia varias de las obligaciones de su vida reli-

10. Hasta la Guerra Civil de 1936 se conservaron en la sacristía conventual los ricos ornamentos que bordó la Madre Juana. En especial recuerdan las religiosas un excepcional terno. Este monasterio contó con telares desde su fundación, instalados por la fundadora, la venerable Madre Mariana de San Simeón y destinados a la producción de ornamentos religiosos.

giosa. Dejándose llevar por su estado de ánimo, comenzó a aflojar en el silencio y en la soledad, llegando incluso a permitirse ciertos ocios lícitos a los que antes nunca había cedido.

Sus frecuentes actualizaciones de la presencia de Dios se fueron distanciando, reapareciéndole el gusto por ser alabada. E incluso se permitió emplear su gra-cejo en el hablar para comentar algunos defectos de sus hermanas, con las que en ocasiones llegó incluso a mostrarse impaciente. Su nuevo estilo le dio cierto alivio en la melancolía, por lo que justificaba cada vez más su manera de proceder.

Apareció de nuevo el joven que la pretendió y aunque no hubo palabras entre ellos, sí revivió en ella aquella inicial vanidad y cierto deseo de ser querida. Sus hermanas no dejaron de notar el cambio e incluso de preocuparse por el mismo, pero ante ellas y ante su conciencia sabía encontrar justificaciones y razones que dieran por válida su nueva manera de actuar.

SU CAMBIO INTERIOR

Desde hacía pocos años se había instaurado la costumbre de llevar al convento la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno para que las religiosas la vistieran y arreglaran¹¹. Cuando llevaba unos cuantos

11. Se trata del titular de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, fundada el año 1600 por los religiosos agustinos del convento de Santa María de la Arixaca de Murcia. La iglesia privativa de esta cofradía se conserva a escasos metros del monasterio de agustinas y adosada a la antigua iglesia del desapare-

meses en esa nueva actitud, Juana se encontró a solas frente a esta sagrada imagen de Cristo con la cruz a cuestas, y de nuevo y con más vehemencia –como cuando recibió su vocación– el Señor le dio tan clara luz de lo que Él esperaba de ella y de lo que ella le negaba, que fue motivo de una transformación mucho más profunda que la inicial. Tres días pasó hecha un llanto y desde ese momento el cambio de vida fue radical y sin vuelta atrás.

Poco después, el día de la Santísima Trinidad, aniversario de su ingreso, un nuevo suceso vino a confirmar el camino emprendido: el joven que la pretendió murió repentinamente; este hecho, en su espíritu, hizo nueva mella para ver la caducidad de todos los bienes y proyectos temporales.

A partir de este momento su vida fue una entrega continuada en creciente fidelidad. La oración fue el eje que animó toda su actuación. A medida que avanzaban los años aumentaba el tiempo dedicado a ella. Desde bien pronto adoptó el hábito de iniciar el día en el coro, hora y media antes que la comunidad, para hacer su oración postrada en tierra con los brazos en cruz, meditando la Pasión de Cristo. Las jaculatorias en sus labios eran casi ininterrumpidas; el rosario a la Virgen, el trisagio a la Santísima Trinidad y las oraciones elevadas

cido convento de agustinos. Desde los tiempos de la Madre Juana, todos los años es trasladada al monasterio la imagen del nazareno el viernes de Cuaresma anterior al de Dolores y devuelto a su iglesia el Miércoles Santo, para su desfile procesional la mañana del Viernes Santo. Es sin duda la imagen de Pasión más querida y venerada de la Semana Santa murciana.

a los santos de su mayor devoción eran diarias, así como las frecuentes visitas a Jesús en el sagrario y adoraciones al que inhabitaba en su corazón.

A pesar de que la comunión diaria no era costumbre en aquella época, ella alcanzó esta gracia, para lo que se preparaba con sumo cuidado. Junto a la oración continua, en ella fue también casi permanente la penitencia que, como decía su biógrafo y confesor, era más admirable que imitable.

En efecto, si bien la practicaba desde bien niña incentivada por la contemplación de la Pasión de su Amado, después de su cambio interior, y por la conciencia de su condición pecadora, para ella muy manifiesta en estas recaídas en la tibieza, fue muy intransigente y dura consigo misma: se daba disciplinas a diario, y en tiempos especiales como la Semana Santa, con una duración de dos horas para mejor unirse a la *Vida de su vida*, Jesucristo flagelado.

Cilicios, cadenillas y cruces con púas, fueron compañeros diarios de sus carnes; penitencias en el hablar, mirar, comer y elegir siempre lo más costoso en los oficios que la obediencia le confiaba, fueron su pan de cada día. Cuando se leen las descripciones detalladas de estas penitencias uno se queda sorprendido por lo extraordinario de las mismas, sin embargo resulta aún más asombroso ver la discreción con que supo hacerlas, siempre bajo la obediencia, pero pidiéndolas de tal forma que ni su misma superiora ni su confesor llegaban a saber de su radicalidad.

Sus hermanas de comunidad, aunque admiraban su gran virtud, no sospechaban que llevara una vida

tan sufrida y abnegada, dado que ella se cuidaba mucho de no distinguirse ni llamar la atención. Su sincera humildad la hacía considerarse la última de la comunidad, indigna de la compañía de sus hermanas e incluso la pecadora más grande del mundo, porque reconocía ser muy bendecida de Dios y sentía que no correspondía a tanta gracia.

Por ello, cualquier cosa que la hiciera destacar le resultaba un auténtico martirio, y así lo fue el mandato de su confesor de escribir una relación de su vida¹²: muchas lágrimas le costaron aceptar este encargo y sólo por obediencia lo realizó.

En la segunda parte de esta biografía de la Madre Juana de la Encarnación veremos sus enfermedades, los oficios que desempeñó en su comunidad, hablaremos brevemente de sus visiones de la Pasión del Señor y narraremos sus últimos días antes de dejar este mundo.

HNA. GEMMA DE LA TRINIDAD, OSA
Sant Mateu (Castellón)

12. Cf. ZEVALLOS, o.c., pp. 116-117.

ESCUELA DE VIDA

Homilías sobre la creación en seis días: la creación del alma viviente

Los animales terrestres, 2ª parte¹

EL CUIDADO QUE LOS ANIMALES TIENEN POR SU VIDA

Si reflexionamos sobre el cuidado natural y espontáneo que los animales irracionales tienen por su propia vida, o bien nos veremos animados a cuidar de nosotros mismos y a velar por la salud de nuestra alma, o bien seremos corregidos por nuestro Creador al ver que estamos lejos de imitar incluso a los animales irracionales.

A menudo, cuando la osa está cubierta de profundas llagas, se cura a sí misma rellenando sus heridas con una planta que es seca por naturaleza: el gordo-lobo. Vemos también al zorro curarse con la resina de pino. La tortuga, por su parte, tras saciarse con carne de víbora, aprovecha el antídoto del orégano para evitar el mal que le causaría el veneno de éste animal. Y la serpiente cura sus ojos enfermos comiendo hinojo.

1. Traducimos el texto de la versión francesa que encontramos en: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélie sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949, pp. 491-513; 523. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original y otras las hemos cambiado de lugar.

LAS PREDICCIONES METEOROLÓGICAS DE LOS ANIMALES

¿Y qué persona razonable negará las previsiones meteorológicas que hacen los animales? La oveja, cuando se aproxima el invierno, come ávidamente como si se aprovisionara de víveres pensando en las necesidades futuras. Los bueyes, largo tiempo encerrados durante la estación invernal, conocen, por una sensibilidad natural, el cambio que se avecina y el regreso de la primavera. Por ello, todos los bueyes a la vez se ponen a mirar desde el fondo del establo hacia el portón. Y, más aún, algunos atentos observadores han visto cómo el erizo de tierra construye dos tragaluces en su agujero, de tal forma que tapa el que da al norte cuando va a soplar el viento boreal, y el otro cuando va a soplar el viento del sur.

¿Qué se nos muestra con ello a nosotros, los seres humanos? No sólo que el Creador extiende su cuidado a todas las cosas, sino que, así mismo, los seres desprovistos de razón tienen también un cierto sentido para vaticinar el futuro, invitándonos, por consecuencia, a no consumirnos en las preocupaciones de la vida presente, sino a ocuparnos de la vida futura.

¡Eh! amigo mío, meditando el ejemplo de la hormiga, ¿no tendrás en cuenta las recompensas futuras? ¿Te gustará entonces trabajar ahora para tu salvación?

Ésta acumula en verano su alimento invernal. Aunque los rigores del invierno no se hacen sentir todavía, ella no se abandona a la ociosidad: con un celo infatigable se esfuerza en cumplir su tarea hasta que haya guardado en sus almacenes la comida necesaria. Y una

vez que los ha llenado, no actúa con indolencia, sino que, como sabia previsor, se las ingenia para conservar sus víveres el mayor tiempo posible.

Con sus pinzas, corta los granos por la mitad, para evitar que germinen y dejen así de ser comestibles. También los hace secar cuando ve que están húmedos, sacándolos fuera sólo cuando presiente que el viento se mantendrá sereno. ¡No tengas miedo, no verás la lluvia caer de las nubes mientras que las hormigas tengan fuera el trigo!

¿Qué discurso expresará, qué oído podrá escuchar, cuánto tiempo será necesario para decir y contar las maravillas del Artesano divino? Repitamos con el profeta: «*Cuán grandes son tus obras, Señor, todo lo has hecho con sabiduría*» (Sal 103,24).

EL CONOCIMIENTO NATURAL DEL DEBER

No, para nosotros no es suficiente excusa decir que no hemos aprendido en los libros lo que nos conviene, cuando espontáneamente la ley de la naturaleza nos hace escoger lo que nos es más ventajoso.

¿Sabes qué bien puedes hacer a tu prójimo?: Lo que te gustaría que otro te hiciese. ¿Sabes qué es el mal?: Lo que no quieres que otro te haga.

Ninguna práctica de herborización ni ningún conocimiento de botánica han procurado a los seres irracionales el conocimiento de lo que les es útil. Sino que cada animal sabe ocuparse de su propia salud de forma natural y posee una misteriosa propensión hacia lo que es conforme a la naturaleza.

Respecto a nosotros, también existen estas virtudes naturales. Con ellas nuestra alma siente una afinidad que no viene de una enseñanza humana, sino de la misma naturaleza. Así, no proviene de la ciencia nuestro odio a la enfermedad, sino que huimos instintivamente de todo lo que nos incomoda. El alma, sin que nadie se lo haya enseñado, tiene mucho miedo al mal. Y es que el mal es una minusvalía del alma, mientras que la virtud es para ella como la salud.

Con toda razón, en efecto, algunos han definido la salud como el equilibrio de fuerzas que tenemos por naturaleza. Y aplicando esta definición al buen estado del alma, no nos separaremos de la verdad. De donde deducimos que el alma, sin que se la enseñe, tiende hacia lo que le es propio y natural. Todo el mundo alaba la templanza, aprueba la justicia, admira la fortaleza y busca la prudencia: virtudes todas ellas que tienen mucha más afinidad con el alma que la salud con el cuerpo.

EL AMOR PATERNAL, EL AMOR FILIAL Y EL INSTINTO

¡Hijos, amad a vuestros padres! «*Padres, no exasperéis a vuestros hijos*» (Ef 6,4). ¿No lo dice ya la naturaleza? En efecto, san Pablo no aconseja nada nuevo, sino que refuerza los lazos de la naturaleza.

La leona ama a sus pequeños y el lobo lucha por los suyos: ¿qué dirá pues la persona que desobedece este mandamiento y que no actúa de acuerdo a la naturaleza, ya sea porque, como hijo, deshonra la vejez de su padre; ya sea porque, como padre, un segundo matri-

monio le hace olvidar a sus primeros hijos? En los animales es inconcebible el amor mutuo de los pequeños y de sus padres, pues Dios, que los ha creado, ha compensado su irracionalidad con la riqueza de las sensaciones.

¿De dónde viene, entonces, que de entre mil ovejas, el cordero que está fuera del establo reconozca el color y la voz de su madre, que se lance hacia ella y se ponga a buscar sus fuentes de leche? Por pobres que sean las ubres de su madre, él se contenta. ¡Pensemos que este cordero ha pasado al lado de muchas otras ovejas cargadas de leche...! Y la madre, entre mil corderos, ¿no reconoce al suyo? Ellos no tienen más que una voz. Su color es el mismo. Su olor nos resulta igual. Pero estos seres poseen un sentido más sutil que nuestra inteligencia, el cual permite reconocer lo que le es propio.

El cachorro no tiene aún dientes, y sin embargo le vemos expulsar de su boca lo que le es nocivo. El ternero no tiene aún cuernos y ya sabe dónde le saldrán sus armas.

Estos hechos demuestran que las propiedades naturales hacen innecesaria la educación. No hay nada en los seres que no esté ordenado y determinado. Efectivamente, llevan las huellas de la sabiduría creadora y todos ellos muestran que han sido creados con la capacidad de poder ocuparse de su propia salvaguarda.

El perro no cuenta con la razón, pero, sin embargo, tiene un sentido que la reemplaza, pues de aquello sobre lo que los sabios del mundo han descubierto con esfuerzo, razonando silogísticamente durante toda

una vida de estudios, el perro ha sido instruido por naturaleza. Ciertamente, cuando éste sigue las huellas de un animal, cuando ve que éstas parten en diferentes direcciones, examina los caminos que éstas llevan, de tal forma que poco falta para que sea necesario utilizar un razonamiento lógico para poder manejar esa información. En efecto, el perro se dice: «El animal ha girado por aquí o por allí o por este otro lado. Pero no se ha ido por aquí ni por allí. Queda esta dirección por la que ha podido salir corriendo». Así, eliminando los errores, descubre la verdad. ¿No hacen lo mismo aquellos que, reflexionando concienzudamente delante de figuras geométricas, trazan líneas en su pizarra, y, de tres proporciones, descartan dos para encontrar la verdad en la que les queda?

En cuanto al recuerdo que este animal guarda del beneficio recibido, ¿es a caso el perro como esas personas ingratas con sus bienhechores que, además, no sienten por ello ninguna vergüenza? Pues sabemos de muchos perros que se han dejado morir al lado de sus dueños asesinados en lugares inhóspitos. Más aún, algunos, cuando el acontecimiento estaba aún reciente, han guiado la búsqueda para capturar a los asesinos, provocando así el castigo de los malhechores.

¿Qué dirán entonces las personas que no sólo se dispensan de amar al Señor que les ha creado y alimentado, sino que además se hacen amigos de aquellos cuyo lenguaje está lleno de iniquidad contra Dios (cf. Sal 74,6), sentándose en su misma mesa y comiendo su comida, y consintiendo que se blasfeme contra el Señor que se la ha dado?

LA FECUNDIDAD DE LOS ANIMALES

Pero volvamos al estudio de la creación.

Los animales más fáciles de coger son los más fecundos. Por eso las liebres y las cabras salvajes son prolíficas. Y las ovejas salvajes tienen dos camadas para que la especie no desaparezca bajo los dientes de los animales carnívoros.

Éstos, por el contrario, que se dedican a destruir a las otras especies, son menos fecundos: una leona da a luz, como mucho, a un león, pues se dice que éste nace tras haber desgarrado con sus agudas uñas el seno de su madre. Las víboras también devoran para salir el seno de quien las ha llevado, la cual es así duramente recompensada por su alumbramiento.

De este modo vemos cómo no hay nada en el mundo de los seres que no haya sido tenido en cuenta previamente, ni nada que sea excluido de una merecida atención.

LOS MIEMBROS DE LOS ANIMALES

Si meditas sobre los miembros de los animales, verás que el Creador no ha añadido nada superfluo y ni que falte nada que sea necesario.

A los animales carnívoros Él les ha provisto de agudos dientes: necesitan que sean así debido a su tipo de alimentación. Para aquellos a los que les ha dado una mediana dentición, Dios ha preparado numerosos y variados receptáculos para que pase por ellos lo que

han ingerido. En el primer receptáculo la comida no está aún suficientemente desmenuzada. Por ello les permite poder rumiarla para triturarla, de tal forma que ésta sea asimilable. Después la comida pasa por diferentes estómagos y por la panza, los cuales no son inútiles en los animales que los poseen, pues cada una de estas partes desempeña una función necesaria.

Largo es el cuello del camello debido al tamaño de sus patas y a su necesidad de alcanzar la hierba de la que se alimenta. Cortos y hundidos son los hombros del oso, y su cuello es como el del león, el tigre y todos los animales carnívoros, pues éstos no comen hierba ni están obligados a inclinarse hasta la tierra, sino que viven de cazar otros animales.

¿Por qué tiene el elefante una trompa? Porque este animal, que es grande, el más grande de los animales terrestres, y que ha sido creado para meter miedo a aquellos que lo encuentran, debía tener un cuerpo denso y compacto. Si su cuello fuera proporcionado a sus patas, sería difícil poder portarlo debido al excesivo peso, pues le inclinaría hacia el suelo. Por ello su cabeza se une a la espina dorsal por algunas vértebras cervicales. Pero ella tiene una trompa que suple al cuello, permitiendo al elefante llevarse la comida a la boca y aspirar el agua.

Tiene también para sostener su peso grandes patas desprovistas de articulaciones y hechas de un solo bloque, a modo de columnas. Efectivamente, si reposase sobre miembros sin consistencia ni fortaleza, sus articulaciones se desencajarían frecuentemente. Si este animal se arrodillase o se levantase, sus patas no serían

capaces de sostenerle. Pero he ahí que la pata del elefante termina bruscamente en el talón y no tiene articulaciones ni en la unión con el pie ni en la rodilla. Ello se debe a que las articulaciones móviles no soportarían la enorme masa de carne que mueven los elefantes. De ahí viene la necesidad de esta trompa que descende hasta la tierra.

¿No los ves en las guerras preceder la línea de batalla como torres animadas? ¿O, como montañas de carne, romper las cerradas filas del enemigo? Si los miembros inferiores no fuesen proporcionados al resto del cuerpo, este animal no podría resistirlo. Y así, efectivamente, se dice que el elefante vive trescientos años o más: por ello era necesario que tuviera patas compactas e inarticuladas.

En cuanto a su alimento, ya hemos dicho que su trompa sube la comida desde el suelo. Esta trompa parece una serpiente y es de naturaleza flexible.

De este modo se verifica esta máxima: no podemos encontrar nada superfluo ni nada que haya sido descuidado en las obras del Creador. Y así, este animal, por grande que sea, Dios nos lo ha sometido, de tal forma que recibe nuestras enseñanzas y correcciones. De esta manera el Señor nos muestra claramente que todo lo ha ordenado para nuestro dominio, pues hemos sido hechos a su imagen.

No sólo en los grandes animales es posible observar esta sabiduría cuya traza se nos escapa: los más pequeños no ofrecen menos maravillas. Pues yo no tengo más admiración por las altas cumbres de las montañas donde, al lado de las nubes y debido a los conti-

nuos vientos, se conserva una temperatura invernal, que por las profundas hondonadas que no sólo escapan a los vendavales de las cimas, sino que siempre guardan una cálida temperatura.

Y lo mismo digo de la constitución de los animales: el elefante no me sorprende más por su gran tamaño que la pequeña rata: por el temor que ésta inspira al elefante, o que el pequeño aguijón que lleva el escorpión: por la manera como el Artesano divino lo ha agujereado como una flauta, de tal forma que el animal puede servirse de él para inocular su veneno a aquellos que hiere.

LOS ANIMALES VENENOSOS Y LOS ANIMALES SALVAJES

Que nadie, por tanto, piense por ello que el Creador ha introducido en el mundo por añadidura unos animales venenosos que pueden arruinar nuestra vida y nos son hostiles. Pues entonces habría que hacer el mismo reproche al maestro que reconduzca al orden a jóvenes revoltosos y que use el castigo para reprimir su indisciplina.

Los animales salvajes son una ocasión para probar nuestra fe. ¿Has puesto tu confianza en el Señor? «*Caminarás sobre el áspid y el basilisco: pisarás los pies del león y el dragón*» (Sal, 90,13). Tienes el poder que te da la fe de caminar sobre serpientes y escorpiones. ¿No recuerdas cómo la víbora hizo presa de la mano de san Pablo mientras éste recogía ramas en el campo, y no le hizo ningún daño porque encontró al santo lleno de fe? (cf. Hch 28,3).

Si, por el contrario, eres infiel, teme menos al animal venenoso que a tu propia incredulidad, pues ésta hace de ti una presa fácil para todo tipo de desgracias.

CONCLUSIÓN

Pero la noche, que desde hace tiempo ha hecho desaparecer el sol en el poniente, me impone el silencio. Dejaré pues reposar aquí mi última homilía sobre la creación en seis días, y contentémonos con estas palabras. En este momento nos hemos acercado suficientemente al tema de la creación como para estimular nuestro celo.

Retiraos, pues, felices, asamblea amiga de Cristo. Y en lugar de poner suntuosos y variados aliños en vuestra cena, adornad y santificad vuestras mesas con el recuerdo de mis palabras.

Que el pagano enrojezca de vergüenza, que el judío reflexione y que el fiel encuentre su alegría en la verdadera doctrina.

Y que el Señor sea glorificado, Él a quien sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos.

¡Así sea!

Bibliografía

FREDDY DERWAHL, *Anselm Grün, su vida*.
Editorial Sal Terrae, Santander 2010, 231 pp.

Freddy Derwahl es periodista, nació en Bélgica en 1946 y es autor de numerosos libros. En los quince apartados de este libro, el autor intenta describir las líneas maestras de la vida del célebre monje benedictino y escritor espiritual, Anselm Grün. Nos cuenta su infancia, su inquebrantable búsqueda de Dios que lo ha acompañado toda la vida y su vocación monacal. Para quienes conocen sus numerosas obras, este libro ayuda a completar y llenar de vida la imagen que tenemos de él.

Las páginas de este libro muestran también la manera en que vivieron la comunidad monástica de Münsterschwarzach y el mismo Anselm Grün el Concilio Vaticano II y sus repercusiones, cómo atravesaron en común las crisis, así como el nuevo camino espiritual que encontraron. En definitiva, descubriremos el lado privado de la vida y personalidad de este extraordinario monje que desde el silencio de su monasterio ha ayudado a miles de personas por medio de sus numerosas obras.

La lectura de este libro nos ayudará a percibir a un monje lleno de Dios, atento y fiel seguidor de la espiritualidad de sus antepasados: los monjes primitivos. Leal admirador de sus hermanos mayores de comunidad, y a la vez atento a los signos de los tiempos.

Finalmente, en la última parte del libro encontraremos una especie de álbum, cuyas fotos le fueron tomadas en circunstancias especiales de su vida: desde su niñez hasta su vida de monje.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.
Prulla (Francia)

GISELA ZUNIGA, *Está todo ahí.*

Editorial Descleé de Brouwer, Bilbao 2010, 250 pp.

Es un libro de experiencias. Los razonamientos no tienen lugar en él. De experiencias de lo hondo del ser. Experiencias de la autora y de muchas otras personas, cuyo testimonio aporta. No se puede decir que es un libro de técnicas de interiorización, de contemplación. Es un libro relato. Un relato lleno de relatos de experiencias o de cuentos con un preciso mensaje: la necesidad de superar la dispersión mental y la acción casi continua a que nos lleva la sociedad de hoy, y también el temple de nuestro ser.

Presenta un ser humano distinto del habitual. Un ser humano que mira hacia dentro. Y desde su yo descubre, en la niebla y a veces iluminado por una luz esplendente, lo Absoluto que le envuelve e impregna. Ese Absoluto ha de ocupar el lugar del propio yo. Desasirse de ese yo es el camino para reencontrarse en familiaridad con el Absoluto. En la línea del Maestro Eckhart «no tener nada es tenerlo todo». Desasimiento total, silencio y quietud como actitudes propias del camino de la contemplación y de la actitud mística.

Todo para llegar y quedarse en el ser, el ser desnudo. Ese es el espacio de Dios en nosotros. Llegar a esa expe-

riencia es el paso a la experiencia de Dios, sólo de Dios. Esa experiencia trasciende la vivencia del propio yo, se pierde en ella. Se produce una irrupción de lo divino, que conlleva una contemplación nueva del propio ser y de lo que existe y acontece. Todo se ve desde esa experiencia de Dios. Para llegar a esas situaciones es necesario un camino de esfuerzo, largo, que exige paciencia.

La autora, que se presenta como profesora de «contemplación», pues dirige un curso para llegar a ella, no alude a actividad alguna de Dios: la mística es producto de un camino orientado y a la vez paciente y esforzado del ser humano. La infusión de los dones del Espíritu Santo como causa de los estados místicos no aparecen en ese recorrido de la autora hacia la mística.

Ahora bien, ese monte de la iluminación es como el Tabor, de él hay que descender, cargado, eso sí, con las experiencias vividas. «Un camino espiritual que no conduzca al día a día es un extravío», dice Willigis Jäger, de quien la autora se siente discípula. La contemplación de lo divino se puede y debe realizar en el mundo. La contemplación descubrirá lo que existe de armónico, ayudará a vivir en armonía y también a vivir el instante.

El problema surge cuando nos enfrentamos al dolor, al sufrimiento. El sufrimiento sólo existe cuando abandonamos el ser, lo hondo de lo que somos, y nos quedamos en la superficie, cuando se olvidan las raíces divinas. El sufrimiento enseña a madurar, a construir densidad interior.

Finalmente Dios. El Dios que es lo absoluto, el vacío ilimitado, en Él se vive, sin conocerlo perfectamente. Él se asienta en nuestro interior. ¿Dios personal? ¿Dios

impersonal? No hay pronunciamiento sobre ello. La mística tiene ejemplos de quien le ven como personal y de aquellos para quienes forma un todo con lo existente. Hace la autora una leve alusión al Dios de Jesús, como misericordioso y providente.

Es un libro de experiencias, no una exposición académica. Es un libro compuesto de muchos testimonios hilvanados por la autora. Queda en lo ambiguo la participación de Dios en los momentos místicos. Se confía en los métodos orientales que conducen a la contemplación.

FRAY JUAN JOSÉ DE LEÓN LASTRA, O.P.
Salamanca (España)

XABIER ETCHEBERRIA, *La espiritualidad del románico*. Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2010, 51 pp.

No cabe duda de que el arte románico y la espiritualidad que va asociada a él, son muy importantes para entender la religiosidad medieval y, por tanto, nuestras raíces culturales y religiosas. Y más aún cuando queremos comprender los orígenes de las Órdenes monacales: de los benedictinos (cluniacenses), cistercienses y cartujos, pues se desarrollaron en pleno auge del románico (siglos XI-XII) y también, en cierto modo, de las Órdenes mendicantes: de los carmelitas, trinitarios, franciscanos, dominicos, mercedarios y agustinos, pues aunque su espiritualidad es fundamentalmente gótica, nacieron estando aún muy presente el románico (siglo XIII).

Xabier Etxeberria, catedrático de Ética de la Universidad de Deusto, nos ofrece un magnífico estudio sobre el arte románico y su espiritualidad, que se encua-

dra en una colección divulgativa: «Xirimiri de Pastoral», dirigida por el Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Vizcaya.

El dicho de «lo bueno, si breve, dos veces bueno» se puede aplicar a este librito ¿o cuadernillo?, pues, siendo muy resumido y esquemático, es también muy completo, sencillo y claro. Y sobre todo es profundo, pues, más que describir las características estéticas, fundamentalmente nos explica su significado espiritual y teológico, lo cual se echa mucho de menos, generalmente, en los tratados de arte.

En esta obra nos habla de la ubicación temporal y social del románico, de su rico simbolismo, de su antropología, del camino espiritual al que nos conduce y de la imagen de Cristo que nos muestra: Salvador, Juez y Señor.

A esta obra le vemos una pega: echamos de menos las fotos a las que el autor hace referencia durante su exposición. Sin ellas, la persona que no conoce el arte románico se puede perder. No están las fotos dado el carácter económico y sencillo de la publicación. Por ello, los neófitos necesitan complementar esta obra con un tratado de arte románico donde se expliquen bien los elementos de los que habla Xabier Etxeberria.

Pero para el que ya conozca el arte románico y le guste, le recomiendo encarecidamente que se compre este baratísimo cuadernillo y que lo estudie. Le va a ayudar muchísimo a comprender el trasfondo de este magnífico arte y, sobre todo, a encontrar a Dios por medio de él.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Prulla (Francia)

ALBERT NOLAN, *Esperanza en una época de desesperanza y otros textos esenciales*.

Editorial Sal Terrae, Santander 2010, 207 pp.

Fr. Albert Nolan nació en Sudáfrica en 1934 y entró a la Orden de Predicadores en 1954, en la que resultó elegido Maestro de la Orden en el año 1983, cargo que reusó, pues prefirió seguir desarrollando su apostolado teológico y pastoral en su país. Este libro nos presenta una recopilación de artículos y conferencias de este conocido autor, la mayoría de los cuales fueron escritos durante el tiempo del *apartheid* en Sudáfrica. El *apartheid* fue un sistema de segregación y discriminación racial impuesto por el gobierno de minoría blanca que duró de 1948 a 1994. Este régimen fue uno de los más duros del mundo. Pues bien, en este periodo Albert Nolan escribe sus artículos llenos de esperanza y anticipación gozosa, a pesar de que, como él dice, fueron tiempos cargados de lágrimas y tristezas.

Con sus escritos, Nolan no se contenta con animarnos a la resistencia, sino que también nos desafía a abrazar la espiritualidad de Jesús, mostrando cómo el poder salvífico de Dios puede capacitarnos para alcanzar la liberación personal y contribuir a la creación de estructuras de gracia. En un lenguaje comprensible para todos, revela el sentido y el poder del Evangelio para la actual situación histórica. Este libro pone de manifiesto que Jesús no permitirá que perdamos la esperanza ni siquiera en medio de la crisis cultural y económica. Confiamos en que esta obra hará conocer a sus lectores otras realidades, y les animará a entrar en comunión, desde la oración, con el sufrimiento de tantos hermanos y a ser capaces de dar esperanza en una época de desesperanza.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.
Prulla (Francia)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

El rezo del Rosario con todo nuestro ser

Cuando uno está en compañía de su Madre, disfruta de ese momento con toda su persona, con todo su ser. Ponemos en ella nuestros sentidos, nuestra mente y nuestro corazón.

Eso pasa precisamente cuando rezamos el Rosario: toda nuestra persona ora junto a María.

CORAZÓN

Lo más importante en la oración, obviamente, es el amor. Es él quien nos lleva más cerca de Dios. Con el amor podemos alcanzar la «unión con Dios», una relación tan íntima que nos hace decir, como san Pablo: «*No vivo yo, es Cristo quien vive en mí*» (Gal 2,20).

El corazón es muy importante en María. Todos los recuerdos de su Hijo los guarda en él cuidadosamente (cf. Lc 2,51). ¡Cuánto ama a su Hijo...! Cuando Jesús

dejó su casa para predicar el Reino, se llevó con Él el amor de su Madre.

Al rezar el Rosario, hemos de sintonizar afectivamente con María, pues ella nos ama de todo corazón. Y nuestro corazón ha de latir acompasadamente con el suyo. Hemos de coger su paso. Así, el corazón de María nos encamina al corazón de Cristo.

El «Dios te salve, María...» ha de salir de lo más profundo de nuestro ser.

MENTE

El Rosario nos ofrece un tiempo meditativo. Para reflexionar. Para pensar.

Podemos reflexionar sobre lo que decimos en cada Ave María o Padrenuestro. Pero sobre todo es un tiempo para meditar los misterios de la vida de Jesús. Y María nos ayuda a ello. No es lo mismo verlos con nuestros ojos, que contemplarlos con los ojos de una Madre. ¡Cuánto se aprende cuando ella nos ayuda a comprender!

Y reflexionando sobre cada misterio, podemos interiorizar lo que en ese momento concreto nos dice Jesús.

A veces, ciertamente, sentimos que Jesús no nos dice nada concreto. Entonces, simplemente, gozamos en silencio de su presencia en nuestro corazón, sin forzar nada. El fin del Rosario no es aprender, sino estar con Jesús y su Madre.

SENTIDOS

El Rosario es una de las pocas oraciones que «se tocan»: rezamos pasando cuidadosamente las cuentas.

El contacto con el rosario es tremendamente afectivo. Los misioneros, cuando se hallaban en peligro, se agarraban al rosario como el niño se agarra a la mano de su Madre. Y así se sentían protegidos y acompañados.

Recordemos cómo la «hemorroisa» queda curada con solo tocar a Jesús (cf. Mc 5,21-34). Con el tacto también se ora. Pasando las cuentas del rosario, nuestro cuerpo participa activamente en la oración.

Y no olvidemos que besamos el Crucifijo al acabar de rezar el Rosario. El beso es, quizás, el gesto de amor más tierno.

Cuando rezamos el Rosario comunitariamente o en familia, también lo oímos. ¡Qué importante es saber rezar el Rosario a buen ritmo! La cantinela con la que las personas mayores lo rezan en las iglesias, les ayuda a hacerlo con un solo corazón y una sola alma.

Y el Rosario se ve. A algunos les gusta rezarlo arrodillados o sentados, mientras lo contemplan entre sus manos.

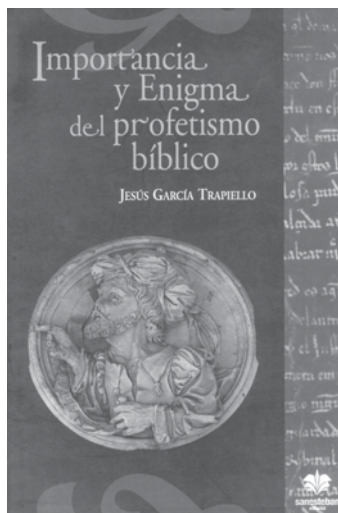
CONCLUSIÓN

El Rosario es una oración válida para cualquier tipo de persona. Si es muy reflexiva: le ofrece mucho en lo que pensar. Si es más bien afectiva: María y su Hijo son todo corazón. Y si, como la «hemorroísa», le

gusta emplear sus sentidos: el Rosario se toca, se oye y se ve.

Pero lo importante no es cómo se reza, sino rezarlo, y caminar así junto a nuestra Madre por el camino de la salvación.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **san esteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

ESTUDIOS

Rezar el Ave María con el cuerpo, desde el silencio

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida...» (1 Jn 1,1).

San Juan nos muestra los diversos caminos de comunicación: la mirada, la escucha, el tacto, la palabra.

Nosotros con el palpar tenemos una cierta reserva, y eso que es un gran vehículo de comunicación. Parece ser que es el último vehículo de comunicación. Pero tenemos una cierta reserva respecto al cuerpo. Hemos dicho que es nuestro enemigo, pero, sin embargo, es nuestro mejor amigo.

La celebración cristiana más solemne es la celebración del Cuerpo de Jesús. Jesús nunca fue desconfiado del cuerpo. Recordemos, por ejemplo, el pasaje del fariseo y la pecadora que le lava los pies (cf. Lc 7,36-50).

El cuerpo es tan sencillo... siempre dice la verdad. Al cuerpo le bastaría con tener menos: menos trabajo, menos comida, menos alcohol, menos placeres... pero le atiborramos. El cuerpo es ingenuo y no sabe mentir. Es nuestra mente la que engaña...

Comentemos la oración del Ave María.

En este mundo todo nos puede inspirar: un pájaro, una flor... pero también nos puede inspirar un niño, un anciano... y despertar así una nueva conciencia, a una nueva luz. El Ave María también nos inspira. María forma parte de la Iglesia de manera singular.

El Ave María no es sólo una oración bella. Puede ser también nuestra vivencia, la expresión de lo que bulle en el alma, de lo que está latiendo en el corazón del ser humano.

Os ofrezco un gesto para cada una de las palabras del Ave María.

La palabra tiene diversidad de posibilidades: puede ser leída sin mover los labios y puede ser proclamada: es entonces un mensaje diferente. También puede ser cantada y representada con gestos: nos damos un abrazo, un beso y ¡ya está! Lo que no se diga con un beso no se puede decir con palabras por más que nos ingeniemos para expresar nuestro cariño. Lo que no se dice en el gesto, el beso no se dice con todo el diccionario. Y es de notar que cuando se besa no se puede hablar. El beso es palabra inefable.

«Gesto» viene de gestar, tiene el poder de hacer que algo fermente por dentro. El gesto nos integra. Cuando el cuerpo interviene existe mayor posibilidad de que todo se unifique y se integre.

El Ave María es la oración de Nuestra Señora, pero es también la vida de cada ser humano... donde hay presencia de gozos, de dolores... y de posible resurrección. Lo que vive María está también disponible para vivirlo nosotros.

El Ave María tiene una parte evangélica, la primera: «Y entrando el ángel, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús”» (Lc 1,30-31). Y también tiene una parte de la Iglesia, la segunda.

Pero María no sólo ha sido un personaje en el ámbito eclesial, sino también en el artístico. Ha sido la sorpresa del artista, del pintor... Se la ha sospechado una belleza singular. También los poetas han dejado en ella su arte...

¡ALÉGRATE MARÍA!

Comienza la oración con «¡Alégrate María!»: ¡Alégrate por ti misma! No se le dice a María que sea feliz por el buen trabajo que tiene, sino porque la Vida está en ella. «¡Alégrate María!» tiene una evocación personal.

«Alegría» significa estar aligerado. El alegre está aligerado. Cuanto más pierde uno, cuanto más va dejando cosas, más alegre está. El silencio interior es fuente de alegría porque en el silencio uno se va aligerando.

La alegría no es a causa de nada: de un objeto, de un acontecimiento, de un episodio... No hay que buscar la alegría fuera de nosotros: ¡Alégrate por ti misma! Cada uno de nosotros puede alegrarse por sí mismo. Pobres de nosotros si buscáramos la alegría en algo

fuera de nosotros. El Ave María es una oración que nos lleva a nosotros mismos, a buscar el gozo en nuestro propio corazón, no a causa de nada. La alegría no se justifica por nada exterior.

El gesto de esta primera expresión del Ave María es abriendo los brazos como cuando saludamos reconociendo a alguien que se acerca a nosotros. Dejando que esa resonancia del «¡Alégrate María!» venga a nosotros. María está abierta...

Estamos invitados a alegrarnos por nosotros mismos. Si tuviéramos que alegrarnos por algo extraño sería una alegría deficiente, una alegría que siempre estaría en riesgo de perderse. Todos los objetos se deforman, se fracturan. La alegría por algo que está fuera de nosotros sería una alegría frágil y débil...

María no está en la Iglesia como una decoración, sino que su belleza es inspiradora de la belleza interior de cada ser humano.

LLENA DE GRACIA

Este es el gesto: con los brazos abiertos hacemos un giro de plenitud. Levantando los brazos y dejando que descienda a nosotros esa vida de Dios. Es una expresión de llenura.

En el evangelio, Dios tiene como una pauta, una manía: vaciar todo lo que está lleno: «Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes... a los hambrientos los llenó de bienes» (Lc 1,51-52). Dios con los poderosos es misericordioso derribándolos de

sus tronos. Y con los humildes, con los vacíos, es misericordioso colmándolos. Sólo cuando vacía al poderoso es cuando le puede llenar. Dios es así misericordioso con unos y con otros. A los ricos tiene que vaciarlos, si no, ¡cómo iba a llenarlos!

La pedagogía del silencio es un constante desajuste. Es muy importante el despojo, el desajuste. Y Dios nos va despojando, queramos o no queramos. La vida, lo propio de la vida es desajustarnos. A lo largo de la vida el desajuste va a venir. Éste es el ritmo de la vida: vaciarnos para poder llenarnos.

María está vacía: Dios ha mirado el vacío de su sierva. María en el Magníficat canta su vacío. Vacío al que estamos invitados nosotros. El despojo ha de ser de cada uno: de su orgullo, ambiciones, expectativas... Entonces habrá una gran plenitud en nosotros.

Dios ha mirado el silencio, ese silencio que es nada, que es vacío. Pero que es el sendero de una plenitud, de una plenitud.

El vacío de María evoca nuestro propio vacío.

EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO

Una aventura espiritual se vive en una cierta soledad, pero en ella está el hallazgo de la compañía más amada, más grande y más profunda. En la soledad del silencio interior y de la oración se hace presente la compañía de lo Divino. Entonces puede a uno enamorarle la soledad del silencio, no hay compañía más feliz y más dichosa.

El gesto es tocar nuestro cuerpo poniendo las manos cruzadas sobre el pecho.

El cuerpo es la morada de esa compañía, de esa presencia que nos colma, que nos inunda, nos llena. Hemos de felicitarnos porque el Señor está con cada uno de nosotros.

María es una presencia que despierta y da confianza. En realidad, nuestra gran confianza es ésta: que Él está con nosotros.

El ser humano puede decir: «¡El Señor está conmigo!». La vida del Ser divino está con nosotros. Nadie está excluido de la luz, de la lluvia. Nosotros no estamos excluidos de esta Presencia. Estar en este mundo con la seguridad de que hay un acompañamiento interior aligera el peso de esta vida.

BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES

«Bendecir» es «decir bien», «hacer bien». Dios, todo lo que dice lo hace. Por eso llena de bienes a María... y nos llena de bienes a nosotros. Dios nos ha hecho bien a todos: hombre y mujer. Dios, como dice el Génesis «todo lo ha hecho bien» (Gn 1,31).

Pero reprochamos a Dios cuando no estamos de acuerdo con lo que somos...

El gesto es con los brazos estirados delante del cuerpo imponiendo las manos, con las palmas de las manos extendidas, que en la Biblia es signo de transmisión de energía, de bendición (cf. Dt 34,9; Hch 19,6).

María nos recuerda que Dios todo lo ha hecho bien.

BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE

«Ventre» evoca el mundo interior. La palabra «vientre» evoca la vida, la despensa de la vida. «Ventre» sugiere la otra dimensión. Obrar desde el vientre es obrar desde dentro, es la evocación del mundo interior.

Los animales carecen de mundo interior, por eso están siempre tan tensos, vigilantes, nerviosos... son puro músculo, están a la defensiva. En cambio, el hombre al entrar en su mundo interior puede encontrar un cierto descanso, un cierto alivio. Esas tensiones, esas crispaciones de la superficie quedan trascendidas cuando uno se aproxima a su vientre, a su interioridad.

María es una mujer con vientre, con interioridad, con mundo interior. Y nosotros también tenemos ese mundo interior. San Agustín, en un afán de simplificación, dice que se podría decir que sólo hay dos clases de hombres: los que cuidan preferentemente el mundo interior y los que cuidan preferentemente el exterior.

Nuestro silencio interior da dimensión a la vida. En la vida uno puede tener una profesión y no ejercerla. Pero no ejercer el mundo interior es una gran desgracia, un gran déficit. Esta dimensión secreta, misteriosa, es la que da dimensión a la vida.

El Ave María es ocasión para actualizar esta dimensión decisiva de la vida, original y sobresaliente.

El gesto es poner las manos en el vientre y después, con las palmas de la mano, a modo de ofrenda, ofrecemos lo que hay dentro.

El fruto de su vientre ha sido Jesús. El fruto de nuestro silencio interior es Jesús: lo divino. El fruto del vacío, de la nada... es lo divino.

Lo que hace María es entregar a Jesús. Nosotros también hacemos entrega de lo que vivimos, de lo que experimentamos en nuestro corazón. El fruto de nuestro silencio, de nuestro existir.

María da a Jesús, pero también nos inspira a nosotros dar el fruto de nuestro vientre, de nuestro silencio interior.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Comenzamos con la parte eclesial del Ave María.

La palabra clave es «Madre». «Madre» es aquella persona que recibe. Para recibir hay que estar abiertos, vacíos, acogedores y llenos de receptividad. Si no, no hay maternidad. Si la caña no está vacía no se vuelve flauta cuando soplamos. El útero que está vacío puede recibir la semilla.

El segundo paso es la transformación. La transformación se da dentro. Nuestro ego no se transforma, sólo lo interior se transforma.

El tercer paso es la ofrenda y la entrega de lo que en ella se ha gestado. Dar lo que dentro germina, lo que dentro florece.

La receptividad es lo primordial. Cualquier ser humano lo puede vivir, no exclusivamente la mujer: lo masculino y lo femenino están presentes en todo ser humano.

Esta condición maternal de María no tiene un sentido preferentemente biológico sino trascendente. Cualquier ser humano puede sentirse inspirado por ello.

El gesto es poniendo en alto las manos como haciendo una copa.

No es una flecha que coge, que se apodera, sino una copa... Es vivir siendo ofrenda... siendo un don para los demás.

RUEGA POR NOSOTROS

El gesto es con las manos juntas como cuando se reza de pequeños.

Unir las manos es expresión de comunión, de solidaridad, de hacernos presentes unos a otros.

PECADORES

Es una buena confesión el reconocimiento de nuestra condición frágil, limitada, endeble... No sentir apuro por ser débiles, sino acogerse en la fragilidad. Es bueno acogerse como se es. Nuestra fragilidad puede ser el camino de una gran fertilidad. Reconocer que somos pecadores es algo maravilloso.

Os cuento una leyenda: *Trata de un monje que era el jardinero del monasterio. Tenía un arte especial para cuidar el jardín y tenía los jardines bellísimos. Llegó el aviso de que les visitaba el Supervisor de la Federación y este hombre se echó a temblar porque el Supervisor era*

muy entendido en jardinería. Estuvo días preparando el jardín y lo dejó limpio y bonito. La víspera del día que iba a llegar le pidió al Abad que diera con él un paseo para que viera lo limpio que estaba. Efectivamente, dieron una vuelta por el jardín y estaba limpio como una patena. Pero al pasar por un árbol el Abad lo sacudió y cayeron cientos de hojas... y dijo el Abad: «Me gusta más así porque está en comunión con el cosmos, que es tan frágil y tan débil».

Nosotros queremos ser quienes nunca tenemos un momento de fragilidad. Pero lo nuestro es ser débiles y pecadores.

El gesto es tocando el suelo, reconociendo nuestra condición terrestre, cósmica, nuestro barro.

AHORA

El ahora es muy sugerente: vivir cada instante, vivir el ahora, cada momento...

Os cuento otra leyenda: *Un monje llegó como huésped a otra abadía y dice la leyenda que aquella noche hubo un incendio tremendo. Los monjes se levantaron asustados a apagar el fuego. De repente se acordaron de que el huésped no estaba allí porque le habían hospedado en otra ala. Le llamaron y contestó: «¿Qué pasa?». Le dijeron: «¡Que hay fuego!». Y dijo él: «¿Dónde está?». «¡Está al otro lado!». Y dijo él: «Cuando se acerque me avisáis».*

El verdadero silencio interior está habitado del ahora, inundado del ahora. No es soñar.. nuestro

silencio es entero «ahora», como si no hubiera más que este instante.

Cuando no se hace de cada ahora una melodía, un cántico... es tiempo perdido.

Pero estamos distraídos del ahora. Hay que estar donde estamos.

Esto es lo genuino: no vivir ausentes y distraídos del ahora. El ahora está sin escribir, es una página virgen, es un tiempo inmaculado.

El gesto es estar en el suelo con las manos abiertas como si fueran páginas en blanco. Atentos al ahora, a este instante... fusionados con este instante.

Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE

En el lenguaje de Jesús, la muerte es un alumbramiento, un nacimiento.

El gesto corporal es como si estuviéramos en el vientre, en el seno de Dios, en el seno de la vida.

En nuestra conciencia contemplamos la muerte bajo la luz de un alumbramiento. La comadrona de esa muerte va a ser el Señor. Tenemos una comadrona muy justa. Dios no está desatento. Nada ocurre sin que Él lo tenga previsto. Es un alumbramiento en el que estamos bien asistidos.

San Pablo dice que muere cada día, que cada día se transforma... (cf. 1 Cor 15,31). Y Quevedo dice que ha muerto cuatro muertes: la niñez, la adolescencia, la juventud y la muerte a la vida misma... Han sido muertes, pasos a nuevas experiencias.

Podemos vivir así la muerte con confianza, con un ánimo certero de transformación. María nos inspira la confianza en la vida, también en ese momento.

El gesto es tomar la postura de un feto, porque realmente es un alumbramiento para nosotros.

AMÉN

El gesto es como se representa a Jesús resucitado: en pie con los brazos abiertos y caídos.

Como seres indefensos... pero libres. Jesús siempre fue libre, pero en la hora de su resurrección, su libertad se nos hace presente con una dimensión insospechada, inimaginable.

En la oración, hay una cierta resurrección. Una verdadera oración nos transforma. No pensemos sólo en la resurrección final sino en la resurrección de cada día, de cada momento.

Pues cada día nos vamos transformando, vamos madurando, creciendo.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

El conocimiento místico guía de la realidad más profunda de las cosas

Breve síntesis del pensamiento de Evelyn Underhill en su libro *La Mística*¹

Durante bastante tiempo las palabras, «místico» o «mística», han tenido una serie de connotaciones un tanto negativas. Se solía llamar «mística» a una persona religiosa, muy encerrada en sí misma, sin mucho trato con la gente, ajena y *extraña a la realidad de la vida...* Afortunadamente, en la actualidad, parece que ese concepto peyorativo sobre la mística se va superando; más aún, creemos sinceramente que las mujeres y hombres místicos de hoy día están llamados a ocupar un lugar preeminente en los múltiples retos de nuestra sociedad.

En el sentido que acabamos de señalar, desde hace unos años para acá, se ha hecho proverbial la afirmación de K. Rahner: «*El hombre religioso de mañana será un místico, una persona que ha experimentado algo, o no podrá seguir siendo cristiano [...]. El cristiano de mañana será místico o no será cristiano*». Probablemente lo que más demande nuestra sociedad, a las religiones en general y especialmente al cristianismo, sea:

1. Evelyn UNDERHILL, *La mística. Estudio de la naturaleza y desarrollo de la conciencia espiritual*, Trotta, Madrid 2006.

«*un suplemento de alma*», que ayude al ser humano a encontrar un sentido a su existencia, una fuerza superior en su difícil lucha por la vida, una luz en medio de la oscuridad de tanto callejón tenebroso y sin salida.

Por otra parte, después del prolongado «invierno del espíritu» que llevamos padeciendo, desalojando de nuestras vidas cualquier rastro del *Misterio Trascendente*, alguien ha escrito: «*Aunque Dios ha muerto, el hombre sigue sin pasarlo demasiado bien*».

Sin entrar en profundidad, podemos señalar algunos síntomas de este malestar de nuestra sociedad opulenta, autosuficiente y descreída: *aumento del consumo de drogas y depresiones, incapacidad para acabar con los conflictos armados y el hambre, distanciamiento y brecha cada vez más profunda entre ricos y pobres, acusado deterioro del medio ambiente...* El ser humano con los mayores medios científicos y técnicos que nunca haya tenido, no es capaz de acabar por sí mismo con estas heridas y lacras sangrantes de nuestro mundo, aumentando cada día que pasa los peligros de su autodestrucción...

Ciertamente las religiones, incluidas las cristianas, no son la panacea para acabar con todos estos terribles males. Ellas mismas, *sustentadas en seres humanos limitados*, no están libres de culpa. Incluso en determinados momentos han ocupado un desastroso protagonismo en los conflictos que *el mal ha generado...* Aún así y todo, y con esas sombras históricas, una buena parte de la conciencia ética y de la preocupación por el prójimo que ha existido en la humanidad ha tenido como fuente lo que es la entraña, lo mejor

y más auténtico del mensaje religioso, o, lo que es lo mismo, una referencia al *Misterio Trascendente*, que se testimonia o se realiza preferentemente en esas mujeres y hombres que llamamos «místicos».

Sobre todo esto que acabamos de señalar, hemos querido hacer unas reflexiones sobre el amplio y profundo estudio de Evelyn Underhill (1875-1941), recogidas de su excelente trabajo sobre *La Mística*.

El místico ante todo busca conocer en verdad y profundidad la Realidad.

CONOCEDOR DE LA REALIDAD

La realidad mística es tan compleja y variada que no se puede encerrar en una estricta definición, y por eso a lo largo de la obra de E. Underhill, aparecen varios aspectos descriptivos relacionados con el ser místico. Una de estas facetas que podríamos decir previas o aclarativas de lo que es el místico, es la de ser un continuo buscador de la auténtica y más profunda realidad de las cosas. Pero, ¿cuál es la Realidad más profunda de las cosas? O por decirlo de una manera redundante: ¿dónde se encuentra la *verdad más verdadera* de nuestro mundo, de nuestras vidas?

Ramón M. Nogués, en unas reflexiones publicadas en la revista de *El Ciervo* a finales del año 2007 hace la siguiente afirmación: «*Los físicos, que son los que más intentan llegar hasta la última esencia del mundo real, acaban por dar unas ideas sorprendentes sobre la energía –que no sabemos exactamente lo que es– o la materia –que nos resulta muy difícil de definir–, o la mate-*

ria oscura –que quién sabe en qué acabará concretándose–. Hay algunos físicos que dicen que para hablar de la realidad sólo tienen géneros literarios. No sabemos formular exactamente el estatuto de lo real. La gente piensa que cuando decimos “átomo” sabemos qué es. Pero no hay nadie que sepa lo que es un átomo. Se proponen unos dibujos con unas bolitas que dan vueltas, pero los átomos no son eso. Pero de algún modo hay que representarlo. Einstein lo dijo así: “Hay misterio, y el que no lo vea es que es un necio”».

Siguiendo, como no podía ser por menos, las más auténticas tradiciones místicas, nuestra autora considera que la auténtica mística nos encamina a un conocimiento más profundo de la Realidad Misteriosa superando los caminos del conocimiento ordinario del ser humano. Los sentidos, la inteligencia, son medios por donde la Realidad nos llega a nuestras vidas, pero con limitaciones, con errores...

«La mística niega que el posible conocimiento deba limitarse a) a las impresiones sensoriales, b) a ningún proceso de intelección, c) al desarrollo de la conciencia normal [...]. Los místicos no encuentran la base de su método en la lógica, sino en la vida; en la existencia de un algo “real” que pueda descubrirse, una chispa del verdadero ser, en el interior del sujeto que busca, que puede, en esa inefable experiencia a la que llaman “acto de unión”, fundirse en el Objeto buscado y aprender de ese modo su realidad. En lenguaje teológico, su teoría del conocimiento consiste en que el espíritu humano, esencialmente divino en sí mismo, es capaz de inmediata comunión con Dios, la única realidad» (p. 37).

PURIFICAR EL CONOCIMIENTO DE LOS SENTIDOS

El conocimiento místico en un primer momento lucha por superar el mundo de los sentidos, puerta por donde nos entra envuelta la Realidad de las cosas. Esta envoltura es frágil y está expuesta a múltiples peligros y engaños.

«La Realidad, dice Eucken, es un mundo espiritual independiente, no condicionado por el mundo aparente de los sentidos. Conocerlo y vivir en él es el verdadero destino del ser humano. Su punto de contacto con él es la personalidad, la fuente interior de su ser: su corazón, no su cabeza. El ser humano es real, y está vivo en el sentido más profundo en virtud de este principio de vida personal, libre, que hay en él. Pero está atado y cegado por vínculos establecidos entre su inteligencia superficial y el mundo de los sentidos. La lucha por la realidad debe ser una lucha por trascender el mundo sensorial y escapar de su cautiverio [...]. Todo su dilema consiste en saber qué debe tener una fundamental importancia para él: la vida real, vital, que todo lo abarca, a la que llamamos espíritu, o la vida inferior de los sentidos. ¿Debe ser su hogar la “Existencia”, lo evidente y superficial, o la “Sustancia”, la verdad subyacente? ¿Debe conformarse con ser esclavo de los sentidos, con los hábitos y costumbres de estos o elevarse a un plano de conciencia, de esfuerzo heroico, en el que –al participar de la vida del espíritu– conoce la realidad porque él es real?» (p. 47).

TRASCENDER LOS LÍMITES DE LA RAZÓN

El místico no se queda tan sólo en la mera superación del conocimiento de los sentidos que tan fácil-

mente nos pueden desorientar del verdadero conocimiento de las cosas. Da un paso más: por decirlo de alguna manera, trasciende el conocimiento racional que tanto ennoblece al ser humano y le distancia del resto de los seres creados.

«Se ve en la Mística una forma altamente especializada de búsqueda de la realidad, de una vida intensificada y completa, que según hemos hallado, es una constante característica de la conciencia humana. Es perseguida en gran medida por esa “chispa espiritual”, esa facultad trascendente, que, durante la vida de nuestra vida, se mantiene por debajo del umbral en las personas normales. Al emerger en el místico de su ocultamiento, gradualmente pasa a ser el factor dominante de su vida, y somete a su servicio, e incrementa, mediante su contacto salvífico con la realidad, las fuerzas vitales del amor y la voluntad que atribuimos al corazón, en vez de aquellas otras de la mera razón y percepción que atribuimos a la cabeza» (p. 112).

LA FINAL PURIFICACIÓN DE LA VOLUNTAD

Podríamos decir que estas purificaciones de las limitaciones o errores del conocimiento de la Realidad que nos ha llegado a través de los sentidos y de la razón, tienen connotaciones similares a las llamadas por los místicos: *«noches del sentido y del espíritu»*, que de suyo nos deben llevar a un conocimiento clarividente de nuestro yo más profundo, donde, por decirlo de alguna manera, se aposentan las raíces de nuestras limitaciones y engaños.

«*La muerte de la yoidad en el estrecho sentido individual es, así pues, el primordial objetivo de la mortificación. Todos los torcidos elementos del carácter que fomentan la existencia de esta criatura irreal pero compleja deben podarse. El yo-que-ha-de-ser vive en un plano en el que los propios prejuicios y preferencias carecen hasta tal punto de interés como para resultar imperceptibles. Debe desprenderse de estos juguetes de guardería y el desprendimiento de lo acostumbrado es un proceso poco agradable... “No hay búsqueda sin dolor; no hay amante que no sea también un mártir. Es así pues inevitable que quien ame algo tan elevado como la Sabiduría sufra a veces impedimentos y pesares”*» (p. 255).

Santa Catalina de Génova dirá con rotundidad: «*Mi yo es Dios: yo no conozco mi yoidad excepto en Dios*», y su homónima santa Catalina de Siena escuchará en su interior la voz de Dios que le inspira las siguientes palabras: «*Has de saber, hija mía, lo que tú eres, y lo que soy Yo... Tú eres la que no es, y yo soy El que soy. Si tu alma penetra esta verdad, jamás te engañará el enemigo..., y adquirirás fácilmente la gracia, la verdad y la paz*».

Al final de este proceso purificador «*...el yo ha tenido que aprender a dejar de ser su “propio centro y circunferencia”: a hacer esa final entrega que es el precio de la paz última*» (p. 445).

Pero esta renuncia de su yo nada tiene que ver con cualquier idea de *complejo negativo* de nuestra personalidad humana. Todo lo contrario: «*El desprendimiento místico no es más que una restauración de la libertad en la que el alma fue creada: es un estado de jubilosa humildad en el que éste grita: “Nada soy, nada tengo,*

de nada carezco". Haber llegado a este punto significa haber escapado de la tiranía de la yoidad: ser iniciado en el aire puro de aquel que no conoce sino una regla de acción: la que estableciera de una vez por todas san Agustín cuando dijo... "Ama y haz lo que quieras"» (p. 249).

«El místico –afirma E. Underhill–, en una de las muchas paradojas de la vida espiritual, obtiene satisfacción porque no la busca, completa su personalidad porque la abandona» (p. 111). Este proceso purificador de nuestro yo más profundo está en la entraña del Evangelio: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues quien pierda la vida por mí y el Evangelio, ése la salvará» (Mc 8,34).

PIONEROS DEL ENCUENTRO CON EL MISTERIO DE LO ABSOLUTO

Las fronteras y las cumbres de lo estrictamente humano nunca llegarán a llenar nuestras aspiraciones y deseos que llevan la huella de lo eterno. Habrá momentos puntuales de nuestra existencia en los que nos gustaría permanecer como los discípulos con Jesús en el monte Tabor (cf. Mt 17,1-9), pero siempre nos quedará una puerta abierta al deseo insatisfecho.

«Se ha dicho que "hagamos lo que hagamos, nunca cesará nuestra hambre de lo Absoluto". Esta hambre –el anhelo y la intuición innatos de una Unidad última, de un bien inmutable– proseguirá por mucho entusiasmo que pongamos en alimentarnos de esos sistemas de moda que nos ofrecen un universo dinámico o empírico...» (p. 53).

Las personas que han emprendido con absoluta entrega el conocimiento de la realidad más profunda de las cosas buscan un horizonte más allá de nuestras fronteras y límites humanos para dar sentido a la Realidad: ser místico *«es la consecución, aquí y ahora de la herencia inmortal del ser humano. O, si se prefiere [...], es el arte de establecer su relación consciente con lo Absoluto»* (p. 99); *«es participar, aquí y ahora, en esa vida real y eterna en el más pleno y profundo sentido que le es posible al ser humano. Es tomar parte, como agente libre y consciente –no un siervo sino un hijo– en los gozosos dolores del parto del Universo en su impetuoso avance a través del dolor y la gloria, hacia su hogar en Dios»* (p. 500).

Los místicos son los pioneros y abanderados de la humanidad que van dejando antorchas de luz que iluminan el camino por donde discurre el misterio de todo lo creado, y, de una manera muy especial, de nuestra existencia.

«El místico conoce ese destino [la herencia inmortal del ser humano]... Es el “hijo oculto” del orden eterno, un iniciado en el plan secreto. De ahí, que mientras “toda la creación gime y pena” [Rm 8,22], avanzando lentamente, aguijoneada por el ciego deseo, hacia esa consumación en la que únicamente puede hallar descanso, el místico corre ávidamente por la senda de la realidad. Es el adelantado de la Vida, en su viaje de edades hacia lo Uno, y nos muestra, en su consecución, el significado y valor de esa vida... Su ley –la ley del amor– es la sustancia de lo bello, la causa energizante de lo heroico. Sus luces son el altar de toda fe...» (p. 500).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Nada más lejos de la mística el considerar a estas mujeres y a estos hombres que se han adentrado en el conocimiento del misterio más profundo de la Realidad, como seres lejanos de la vida y del resto de los seres humanos. Por el contrario ellos nos marcan el camino por donde el resto de los humanos hemos de ir si queremos descubrir el verdadero sentido y protagonismo de nuestra existencia dentro del misterio de todo lo creado.

«La aventura de los grandes místicos nos concierne íntimamente. Es una llave maestra para la incógnita del hombre. Con su ayuda puede éste explicar muchas cosas de su estructura mental, de sus construcciones religiosas, de su experiencia de la vida. En todos estos sectores se percibe a sí mismo trepando, lenta y torpemente, hacia alguna consecución todavía no vista. Los místicos, expertos montañeros, van delante de él, y le muestran, si quieren aprender, el camino hacia la libertad, la realidad y la paz. No puede ascender, en esta su existencia terrenal, hasta el pico terrible y solitario, velado dentro de la Nube de No-Saber, donde los místicos encuentran esa “muerte en la cumbre” que, afirman ellos, es la puerta de la Vida Perfecta. Pero, si decide aprovecharse de sus exploraciones, puede hallar su nivel, su lugar dentro del Orden Eterno. Puede alcanzar la libertad, vivir “la vida espiritual independiente”» (p. 501).

Para vivir ese conocimiento profundo de la realidad, no hay que hacer nada extraño, ni se nos pide algo que supere los acontecimientos de nuestro quehacer diario.

«Así, también para nosotros, la Vida Trascendental que anhelamos se revela, así como nuestro vivir dentro de ella, no en algún plano lejano y árido del ser, en las ingeniosas explicaciones de la filosofía, sino en los actos normales de nuestra experiencia diurna, que de repente cobran significación para nosotros. No en los remansos de la existencia; no entre sutiles argumentos y ocultas doctrinas, sino en todos aquellos lugares donde prosigue la vida directa y sencilla de la tierra. Se encuentra en el alma humana mientras esa alma esté viva y en crecimiento; no se encuentra en ningún lugar estéril.

Los Místicos son por su parte nuestra garantía del fin al que se dirige el Amor Inmanente, el oculto timonel que habita en nosotros: los “morosos precursores” de la senda hacia lo Real. Vuelven a nosotros de un encuentro con el más augusto secreto de la vida, como María volvió corriendo de la tumba, llenos de asombrosas nuevas que apenas pueden contar. Nosotros, anhelantes de alguna garantía, y viendo sus rostros radiantes, les urgimos a que nos den a conocer sus revelaciones, si es que pueden hacerlo. Es la vieja demanda del corto de vista y el incrédulo: “Dic nobis María quid vidisti in via?”². Pero no pueden decirlo. Tan sólo pueden referir fragmentos de la visión simbólica: “Angelicos testes, sudarium, et vestes”³ (p. 503).

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

2. «Dinos, María, ¿qué viste en el camino?».
3. «Testigos angélicos, el sudario y las vestiduras».

Mirada contemplativa y cine contemporáneo

1. Contemplación y cine: la mirada

La intención principal de este estudio –que la dirección de *Vida Sobrenatural* ha considerado oportuno publicar dividido en cuatro partes– es reflexionar y profundizar sobre en qué medida el cine puede aportar algo necesario a la contemplación y en qué medida la experiencia contemplativa está implicada, es necesaria y aporta algo a la mirada cinematográfica.

Comenzaremos con una breve consideración que prepare el camino, que ayude al contemplativo a situarse en la perspectiva cinematográfica para ensanchar su mirada con cuanto el cine puede aportarle, para después, en las siguientes partes de este estudio, adentrarnos directamente en algunas de las corrientes que pueden ser más interesantes de cara a esta relación entre contemplación y cine: el nuevo cine norteamericano, «3. Dogma 95» y el cine europeo.

No se trata, ni mucho menos, de una selección exhaustiva ni representativa, más bien es una selección personal y muy reducida, pero que puede abrir otras puertas y, en todo caso, aportar sugerencias que ayuden tanto a la reflexión como al acto mismo del mirar contemplativo.

EL TERRITORIO DE LA MIRADA

Nada tendríamos que decir, ninguna reflexión nos plantearíamos acerca de la relación entre experiencia contemplativa y cine, si, de entrada, no hubiera ya algo en común que es más que una intuición, una experiencia casi. Y es ésta: el contemplativo y el cineasta (agente o espectador), comparten, de entrada, el territorio de la mirada. Ciertamente, en una dimensión muy diferente, pues en el ámbito cinematográfico el punto de partida y el medio se articulan a partir de la visión exterior, sensible, material, mientras que en el terreno contemplativo la visión es interior, desde otra perspectiva y hasta, diríamos, desde otros ojos. Pero, en todo caso, estamos hablando de visión y, como veremos, ni la interior contemplativa está desligada de la sensible y externa, ni ésta, la cinematográfica, puede ser comprendida como visión misma sin su origen y finalidad internos.

Un contemplativo mira una película para ver más, para aprender a mirar mejor, para encontrar a Dios en nuevas luces. Ya desde el Nuevo Testamento, y muy especialmente en el Evangelio de Juan, se nos presenta la culminación del conocimiento de Dios en términos de visión. Nuestro conocimiento de Dios culminará con la visión de Dios. La felicidad misma, la beatitud a la que tiende la vida de fe, se identifica con la visión de Dios. Esta visión nos deifica, nos hará semejantes a él. En él veremos todo, incluida la verdad más profunda de nuestro ser, así como el sentido último del mundo –las cosas– y del tiempo –la historia.

Así, el cine, como arte, es una forma de ir adentrándose en esa plenitud y, por lo tanto, una vía más

de conocimiento que conduce a una visión cada vez más rica de esa totalidad que sólo en la ultimidad del tiempo final será plena. Si nada está desvinculado de la totalidad, en todo, en cada recoveco de la visión, vamos encontrando niveles, fragmentos, destellos de la luz total para la que estamos hechos.

LA INSPIRACIÓN

Pero hagamos la pregunta inversa: ¿qué interés podría un creador cinematográfico descubrir en la perspectiva que aporta la mirada contemplativa?: la inspiración. Cuando se avanza en la comprensión del hecho artístico, algo aplicable a toda obra de arte y muy especialmente al cine, se descubre que hay un *plus*, un elemento extraordinario, que distingue a aquellas creaciones correctas, de calidad formal elevada, de aquellas que, además de la calidad formal, están tocadas por el misterio, un fulgor especial, una dimensión que no es la suma de todas sus cualidades artísticas, sino algo que está más allá de ellas.

Llamamos a ese misterio inspiración. Es algo profundamente relacionado con el acto creativo, pues en la creatividad cumple el hombre su semejanza con el Dios creador e inspirador. Y esa experiencia misteriosa puede constatarse independientemente de que se tenga fe: con tal de que se la quiera reconocer, ocurre, aunque se la verbalice o teorice del modo que se quiera.

Cualquier artista con suficiente honestidad intelectual reconoce que en la experiencia creativa hay

algo donado, dado, que viene de fuera, que es incontralable, indisponible e insobornable: se da, viene, acontece y sólo en actitud receptiva contemplativa puede ser abrazado y puede, así, entrar e iluminar la obra de arte. No es nuevo, el mismo mundo creativo griego antiguo, por poner un ejemplo, da cuenta de eso que sólo por don de los dioses podía explicarse.

Entregarse en acto humilde, recibir con actitud de docilidad, asentir a su venida colaborativa para con nuestras facultades, se convierte, posiblemente, en el mayor acto de libertad creativa. Y esto hace al hombre de cine mirar más allá, filmar en varias luces, captar lo que la sola cámara, razón o planificación no pueden captar; dejar ser y acontecer lo inexplicable, llegar más hondo en la pupila del espectador; pues ese misterio, por ser más grande, es más común a la naturaleza humana.

EL ACTO DE ENCUENTRO

Pero, en última instancia, sabemos que la plenitud del acto contemplativo reside en el acto de encuentro. Es decir: cuando la mirada se ha adentrado en la luz de Dios, lo busca, lo gusta, acaba descubriendo que nada en su mirada sería posible si no fuera mirada en la luz misma que parte de Dios. Su luz nos hace ver la luz (cf. Sal 35,10). Si lo miramos es por su luz, en la que todas las cosas se hacen visibles y abren su sentido. Y esa luz suya viene a consistir en la luz misma que mana del hecho de que es él, viviente, fundamento último de todo, quien nos mira.

En la medida en que maduramos en la experiencia contemplativa, descubrimos que la alegría y la subli-

midad de nuestra contemplación consiste en descubrir que él nos mira. Entonces se trata de dejarse mirar. Gustar del ser y de ser nosotros mismos porque él nos busca y nos ama al mirarnos.

Esta experiencia no es tampoco ajena al cine. En última instancia, «contemplar» una película puede acabar –no en todo tipo de cine, obviamente– en descubrir que el director, el artista, la historia o las imágenes mismas han dirigido una mirada a nuestra vida y la han despertado a determinadas experiencias. La obra cinematográfica que has visto te muestra a ti mismo como «contemplador» de otras realidades y de tu propia realidad misma. Podríamos decir que la película te contempla a ti mismo a través de ti mismo y la nueva mirada –contemplativa en cuanto que portadora de verdad y experiencia, de reflexión y éxtasis (salida de ti)– que se ha creado.

Mirar y ser mirados, contemplar y ser contemplados, ver en otra luz que, siendo diferente a nosotros, viene a llevarnos más hondo en nosotros, es algo que, analógicamente, en un paralelismo asimétrico, comparten cine y contemplación.

En las tres siguientes partes de este estudio nos introduciremos en el nuevo cine americano, «Dogma 95» y el cine europeo.

FRAY ANTONIO PRAENA, O.P.
Granada-Valencia (España)

La paciencia de Dios nos salva

«Tened paciencia;
fortaleced vuestros corazones
porque la Venida del Señor está cerca»
(St 5,8).

Algunas personas viven la vida tan deprisa que muchas de las cosas importantes se les escapan. El ritmo, a veces frenético, de lo ordinario no nos deja disfrutar de lo realmente importante: el cariño que hay detrás de un saludo o de un «¿cómo estás?»; el amor de las cosas bien hechas y pensadas para que tú las disfrutes; la compañía llena de amistad de aquella persona que se te acerca para, simplemente, estar contigo; tantos y tantos detalles de la vida que se pasan desapercibidos si no adquieres la *sabiduría de la paciencia*.

La paciencia es algo más que una *espera resignada* a que pase lo que estás viviendo o la *pasividad* ante lo que esperas. Fíjate en la paciencia de Dios, es nuestra salvación, nos dice san Pedro (cf. 2 Pe 3,15). La paciencia de Dios no es inmóvil sino dinámica, hunde sus raíces en sus entrañas misericordiosas, así lo testimoniaba Pablo cuando escribe a Timoteo: «si encontré misericordia fue para que en mí se manifestase Jesucristo con toda su paciencia» (1 Tm 1,16).

Vivimos en el «tiempo de la paciencia de Dios», dice Pablo (Rm 3,26); tiempo en el que su gracia dinamiza la salvación obtenida por Cristo para todos. Dios no nos espera con los brazos cruzados, su misericordia le hace salir siempre a nuestro encuentro, a tu encuentro. Por eso Pedro insiste en que esa paciencia «tienes que juzgarla como salvación» (2 Pe 3,15). Jesús mismo se muestra «impaciente» ante la venida del reino de su Padre: «vine a traer fuego a la tierra y cómo quisiera que esté ya ardiendo» (Lc 12,49). Es ese fuego del Espíritu (cf. Lc 3,16), que hace arder el corazón cuando nos encontramos con Dios, con su Palabra (cf. Lc 24,38). Fuego que expresa su deseo incontenible de salvar al hombre y a todo lo humano.

Pablo advierte a Timoteo que no se deje envolver por el afán del dinero (de lo material, de lo que, al fin y al cabo, pasa), y que lo considera como la raíz de todos los males (cf. 1 Tm 6,10). La sabiduría de la paciencia nos ayuda a poner el justo valor a las cosas, a situarlas según un orden, un valor; la sabiduría de la paciencia nos enseña a vivir libres ante las cosas, las situaciones y hasta del mismo sufrimiento. Dirá Pablo: «Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas; corre al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la caridad, de la paciencia en el sufrimiento, de la dulzura» (1 Tm 6,11).

Pablo sabe de dolores y sufrimientos, ha aprendido de la sabiduría de la paciencia. «Consolaos con toda fortaleza por el poder de su gloria, para toda constancia en el sufrimiento y paciencia; dando con alegría» (Col 1,11). La sabiduría de la paciencia te

ayuda a relativizar las cosas, a poner tu mirada en lo esencial, en el poder de Dios, en su persona; y te abre a una mayor confianza y a la donación de ti mismo, a una entrega llena de alegría. El fruto de la paciencia es la alegría.

Por eso Pablo animará a los que sufren, porque la paciencia es la virtud que caracteriza al apóstol, es decir, a todos los que se han encontrado con Cristo y lo dan a conocer (cf. 2 Co 12,12), y dice: «nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza» (Rm 5,3). En esta misma línea, dice el autor de la carta a los Hebreos: «Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido» (Hb 10,36).

La paciencia viene de Dios y nos ayuda a soportarlo todo, no con resignación sino con esperanza, con la mirada puesta en aquel que viene a transformarlo todo y que ya lo está transformando. La paciencia que viene de Dios, no sólo la podemos experimentar sobre nosotros, sino que también, como don de salvación, lo debemos llevar a la vida práctica de nuestra relación con los demás. Allí es donde comienza y se realiza la transformación del mundo según Dios.

Por eso Pablo nos exhorta, diciendo: «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también

vosotros» (Col 3,12-13; cf. Ef 4,2). Nuestra impaciencia para con los demás es una forma de juicio, es una forma de mantener alejado al otro; es, en definitiva, abandonarlo a su suerte... ¿acaso Dios actúa así contigo?

Pablo bendice a los cristianos de Roma diciendo: «El Dios de la paciencia y del consuelo os conceda tener los unos para con los otros los mismos sentimientos, según Cristo Jesús» (Rm 15,5). Deja que esta bendición caiga también sobre ti, sobre tu familia, sobre todas las personas que se encontrarán hoy contigo. No te sientas solo ante este desafío de la paciencia, ten siempre presente que la paciencia es uno de los frutos de la presencia del Espíritu Santo en ti, lo dice Pablo a los gálatas: «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, es paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad» (Ga 5,22). Es una virtud y, por lo tanto, un don de Dios y algo en lo que debemos ir trabajando paso a paso.

La sabiduría de la paciencia, ejercitada en todas nuestras acciones, es testimonio de la paciencia de Dios para con nosotros (cf. 1 Tm 3,10). Los que trabajan en la viña del Señor deben estar enraizados en la paciencia de Dios, porque de lo contrario cunde el desaliento y se malgastan las fuerzas. Pablo encuentra fortaleza en sus sufrimientos porque enraíza su debilidad y sus fortalezas en la paciencia de Dios, en las entrañas de su misericordia. «Por eso me complazco –dice Pablo– en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Co 12,10).

Dios tiene en cuenta la paciencia con la que intentamos sobrellevar los sufrimientos (cf. Ap 2,2.3.19) y, a la vez, nos invita a ser pacientes (cf. Ap 13,10) para poder resistir en la fe (cf. Ap 14,12), puesto que no quedará fallida la paciencia del piadoso (cf. Si 16,13). La sabiduría de la paciencia nace de la fe (cf. St 1,3). También la Escritura nos advierte que la paciencia en el sufrimiento es necesaria para alcanzar lo que se nos promete (cf. Hb 10,36; 1 Tm 6,11).

La paciencia, activa ante la espera de los bienes que nos aguardan, también debe ir acompañada de buenas obras (cf. St 1,4). En la carta de Santiago se nos muestra de una manera muy plástica esa dimensión dinámica de la paciencia, y se nos dice: «Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la Venida del Señor. Mirad: el labrador espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias tempranas y tardías. Tened también vosotros paciencia; fortaleced vuestros corazones porque la Venida del Señor está cerca. No os quejéis, hermanos, unos de otros para no ser juzgados; mirad que el Juez está ya a las puertas. Tomad, hermanos, como modelo de sufrimiento y de paciencia a los profetas, que hablaron en nombre del Señor. Mirad cómo proclamamos felices a los que sufrieron con paciencia. Habéis oído la paciencia de Job en el sufrimiento y sabéis el final que el Señor le dio; porque el Señor es compasivo y misericordioso (cf. St 5,7-11).

Que tu paciencia, y la mía, sean fruto de una relación profunda con Dios, fuente de toda paciencia, y reflejo del amor con el que él nos trata. Sea fruto de tu

encuentro cotidiano con el Dios de la paciencia. Que al leer y meditar la Palabra de Dios encuentres en ella paciencia y consuelo (cf. Rm 15,4), y que el «Dios de la paciencia y del consuelo te conceda tener los mismos sentimientos que Cristo Jesús» (Rm 15,5).

Ora con estas palabras de santa Teresa¹ y deja que tu corazón se empape de adoración y alabanza:

*Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia todo lo alcanza,
quien a Dios tiene
nada le falta:
sólo Dios basta.*

*Eleva el pensamiento,
al cielo sube,
por nada te acongojes.
Nada te turbe;*

*a Jesucristo sigue
con pecho grande,
y venga lo que venga
nada te espante.*

*¿Ves la gloria del mundo...?
es gloria vana,
nada tiene de estable,
todo se pasa.*

1. TERESA DE JESÚS, *Poesías*, IV, letrilla que llevaba por registro en su breviario.

*Aspira a lo celeste
que siempre dura;
fiel y rico en promesas,
Dios no se muda.*

*Ámale cual merece
bondad inmensa.
pero... no hay amor fino
sin la paciencia.*

*Confianza y fe viva
mantenga el alma,
que quien cree y espera
todo lo alcanza.*

*Del infierno acosado
aunque se viere,
burlará sus furores
quien a Dios tiene.*

*Vénganle desamparos,
cruces, desgracias,
siendo Dios tu tesoro,
nada te falta.*

*Id, pues, bienes del mundo,
id, dichas vanas,
aunque todo lo pierda
sólo Dios basta.*

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)

Rajab: construyendo de forma femenina la justicia de Dios

(Josué 2)

La narrativa sobre Rajab es parte de un bloque literario que se extiende desde el libro de Josué hasta el segundo libro de los Reyes. El conjunto está compuesto de escritos antiguos, que remiten a la época de 1230-1220 a.C., pero que fueron finalmente redactados en el siglo VI a.C. a cargo de una Escuela llamada «Obra Historiográfica Deuteronomista». Ellos, a la luz del Deuteronomio, sistematizaron la historia de su pueblo.

La memoria teológica (cf. Jos 2) registra cómo fue pensada o imaginada la entrada del pueblo a la tierra prometida. Por eso, las cosas no pasaron literalmente como fueron contadas. Existe discrepancia entre algunos hechos y las investigaciones arqueológicas. Pero lo que verdaderamente importa es la teología transmitida en estos textos: el pueblo de la Biblia, explotado, no tenía acceso a la tierra. Dios le concede su derecho contando con gente laica y socialmente marginada. Dentro de este ambiente interpretamos la figura de una mujer: Rajab.

Josué envió dos espías a la tierra de Jericó (cf. v. 1). Una vez en la ciudad, se refugian en la casa de Rajab

(cf. v. 2). El rey fue informado. Mandó a buscar a los hombres, pero ella, estratégicamente, los ocultó en la terraza, despistando a los que les buscaban (cf. vv. 3-5.7). En su casa, como espacio principal del relato, ella cuenta a los «espías» todo lo que había escuchado sobre el Dios de Israel: «...*porque Yahvé, su Dios, es Dios de allá arriba en los cielos y de aquí abajo en la tierra...*» (v. 11). Los hizo jurar que así como ella tuvo compasión de ellos, ellos tendrán compasión de ella y de su familia en el día que tomen la ciudad (cf. v. 12-13). Respondieron: «*muramos nosotros en vez de ustedes, con tal de que no divulgues nuestro asunto*» (v. 14). Los versículos 15-24 continúan narrando la complicidad y las condiciones del pacto entre Rajab y los mensajeros de Josué.

No pocas veces la tradición ha hablado de la figura de Rajab como de una «prostituta». Pero el texto no la presenta con ésta connotación. Estudios recientes demuestran que la palabra hebrea *zonah* la define como «mujer autónoma». Ella, sin marido, ganaba su propio sustento mediante su trabajo (cf. v. 6). Tiene autoridad para tomar la decisión de esconder a los hombres en su casa y, todavía más, tiene liderazgo frente a su familia, por la cual aboga. La historia de Rajab quedará en la memoria de las comunidades cristianas como ejemplo de mujer extranjera que acoge la fe en el Dios de Israel. De ella se habla en: Mt 1,5; Hb 11,31; St 2,25.

Podemos ver que los criterios de Dios superan nuestro intelecto humano. Dios construye con gente sencilla la Historia de Salvación. No se trata de un proyecto implantado con fuerza o violencia. El pueblo

de la Biblia conquista su derecho mediante actitudes justas que desmontan la iniquidad. La inteligencia de Rajab descentralizó las fuertes estructuras para que todos tengan tierra.

La mujer ha crecido en creatividad para «conspirar» con la justicia.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
São Paulo (Brasil)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran transcendencia para los cristianos.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

7. Sintonizamos con lo alto

(¡LEVANTEMOS EL CORAZÓN!)

Ya finalizó la oración sobre los dones y la gran Plegaria eucarística da comienzo. El sacerdote que preside la asamblea nos ha saludado, deseándonos no otra cosa sino que el Señor esté con nosotros. Ahora nos pide mirar hacia lo alto, buscar las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios (cf. Col 3,1).

Quiere que sintonicemos con delicadeza. ¿Qué pasa cuando el dial de la radio no está en su justo punto? Hay descargas... No se oye la transmisión con claridad pues es interferida con ruidos molestos. Desde la «Central» se nos ofrecen cosas buenas, pero... no hemos sintonizado bien.

Este *Sursum corda*, que es «Levantemos el corazón» y, más aún, ¡*Corazones en alto!* o ¡*Arriba los corazones!*, nos indica hacia dónde deben orientarse... si quieren escuchar la voz delicada de Dios, o al Dios que nos habla con delicadeza, con palabras del Amante a los amados. Se nos pide no ser escasos en la donación, dándole a Dios «las sobras», unas pequeñas migajas, sino lo mejor. El corazón se hará tierra o cielo, según dónde arroje sus anclas y se detenga: en la tierra o en el cielo.

Que «el Verbo se haya hecho carne», es sólo el 50% del Misterio de la Encarnación. No debemos preguntarnos tanto *por qué* se hizo carne, sino *para qué*. Y la respuesta completará «el otro 50%»: se rebajó a la tierra condescendiendo con nuestra carne, para elevarnos al cielo y hacernos capaces de diálogo con Aquél que es la absoluta Trascendencia. La gracia –la vida de Dios en nosotros– establece esa comunión entre nuestro corazón y el «corazón de Dios», que se manifestó en el corazón de su Hijo, Jesús el Señor.

Para «elevarnos» hacia las alturas, tenemos que ir arrojando el lastre que cargamos a cuestas, que no consiste tanto en renunciar a las realidades sensibles, porque la carne es sensible y somos carne y sensibilidad, sino en elevarlas, para ir anticipando, día a día, un hecho de fe que profesamos en el *Credo*: «Creo en la resurrección de la carne...». Amando con magnanimidad las cosas grandes con el corazón dilatado, iremos adelantando esa victoria final sobre la Muerte y las muertes.

Ahora, adentrados en la celebración de la Misa, nos vamos capacitando para el Sacrificio de la Víctima pascual, Sacrificio con el que comulgaremos para convertirnos en el Cristo que recibiremos y, así, poder llegar al cara-a-cara con el Padre.

¿QUÉ RESPONDEMOS AL «¡LEVANTEMOS EL CORAZÓN!»?

«¡Lo tenemos levantado hacia el Señor!»

Este diálogo inicial con que da comienzo la Plegaria eucarística es antiquísimo en la Liturgia cristiana.

San Cipriano de Cartago († 258) nos dice, comentando el «*Levantemos el corazón*», que es la actitud de espíritu con la que los cristianos que se precien de ser tales, deben comenzar su oración, de modo que, rechazando todo pensamiento que tenga sabor a mundo, puedan ofrecer al Señor toda su atención y todo su corazón elevado hacia Él.

Antiguas liturgias ponen en labios del Diácono, antes del *Credo*, estas palabras: «*¡De pie..., en la postura del Resucitado!*». Así deben estar nuestras intenciones y nuestros corazones. Toda nuestra vida de cristianos no debe ser otra cosa sino posibilitar estar siempre de pie, porque sólo así se puede caminar. Y, si hubiéramos caído, *restaurar*.

Poner de pie... nuestras almas y nuestros cuerpos, para poder cumplir con nuestra vocación de caminantes-peregrinos.

Tendremos caminos rectos y «fáciles» y también sendas oblicuas y escarpadas que retardarán la llegada. Siguiendo una sana pedagogía, tendremos que discernir los caminos que conducen al Reino. Pero no nos sorprendamos ni perdamos el ánimo si descubrimos que la senda que nos lleva al cielo es angosta y dura. La cruz forma parte de ese camino... ¡y no hay cruces «blandas»! Pero se convierte en «carga liviana» (cf. Mt 11,30) para quienes, como discípulos del Señor, se niegan a sí mismos (para afirmar a Jesús...), toman la cruz y lo siguen (cf. Mt 16,24ss).

Este Dios hacia quien elevamos nuestro corazón, no está en los libros, si bien los buenos libros pueden esclarecer nuestra inteligencia acerca del Misterio de Dios.

Tampoco se le encuentra realizando una especie de «gimnasia mental», si bien una mente vigorosa será un instrumento útil para conservar en nuestro corazón la Palabra de Dios y movernos a gustarla y a obedecerla.

¿DÓNDE SE ENCUENTRA DIOS...?

¡En lo alto! Por lo tanto, hay que mirar «hacia arriba». ¿Y cómo se mira hacia arriba? Orando... Orando con un corazón contrito y humillado. Con la admiración de los adoradores. Orando agradecidos ante las maravillas que el Señor nos regala... ¡a manos llenas! Orando con la mirada puesta en las miserias del mundo, miserias que claman un gesto sanador del Dios-misericordioso. Orando como lo hacía Jesús: sometiendo su petición a la voluntad del Padre, de ese Padre que escruta nuestros corazones y conoce lo que es bueno para nosotros.

¿Dónde está Dios? En su «casa», casa del que es Uno y Trino. Esto es verdad, pero puede parecernos algo lejano e incomprensible.

Para arrimarnos a Él como pobres, digamos que donde hay amor, ahí está Dios. Adentrándonos en una «verdad amable» y en un «bien verdadero» descubriremos a un Dios que es Verdad y Bien.

¿Dónde está Dios? En Aquél que es *Camino*, en Jesús su Hijo, que habita como primero entre muchos hermanos y hermanas que lo invitaron a ingresar en sus vidas.

Está en los pobres de espíritu, en los mansos y en los humildes de corazón.

Está en los que –día a día– construyen la paz. Está en el que comparte el pan con su hermano y su vaso de agua con el sediento. Está en quien no se escandaliza por el pecado y por los defectos de sus hermanos, sino que –como buen samaritano– se detiene ante ellos para curarlos y protegerlos. Está en la vida del Espíritu que nos conduce a unirnos íntimamente con la Verdad de Dios. Está en el que no se convierte en juez de su prójimo y en quien prefiere ser víctima a verdugo.

Está en la Palabra de Cristo, en la vida que confieren los signos sacramentales, en el rostro de los hermanos, de modo especial de los más débiles y de los rechazados por el mundo.

¡Levantemos el corazón y preparémonos a dar gracias a Dios porque su «altura» condescendió hasta nuestro nivel de creaturas pobres...!

Preparémonos para «dar gracias» a Dios (para «hacer la Eucaristía») y así poder partir juntos (compartir...) el Pan vivo bajado del cielo, alimento de quienes caminamos en la Tierra con el corazón puesto en los bienes de arriba.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)

Salmo 22. El Señor es mi pastor

Es algo que puede pasar desapercibido, pero este bellissimo salmo, que es todo un poema, habla repetidamente de serenidad y reposo. En las cuatro o cinco estrofas de que consta, según sean las traducciones, aparece explícita o implícitamente la idea de serenidad, calma, sosiego...: «Me hace reposar», me conduce hacia «fuentes tranquilas», tu vara y tu cayado «me sosiegan». Y de forma más velada y tácita, pero real, nos habla de la mesa que Él (el Pastor) prepara, lo cual sólo se hace en un clima de reposo, de ágape tranquilo, lo mismo que la unción de aceite en la cabeza. Al fin concluye con la frase: «habitaré en la casa del Señor por años sin término». Habitaré en la paz eterna, dicho de otro modo.

Son frases que van calando en el alma y la envuelven en esa atmósfera de serenidad y paz profunda que sólo Dios comunica.

El oficio de pastor era muy entrañable y conocido en el mundo hebreo, no ocurría como en la actualidad, que muchas personas nunca han contemplado la tarea de los pastores ni la solicitud con la que cuidan del rebaño. En el ambiente palestino la imagen del pastor con su vara y su cayado era muy expresiva y traía a la memoria el comportamiento de Yahvé con el pueblo de su elección.

Es curioso que se hable de vara y cayado. ¿No son en realidad la misma cosa? ¿No sirven para lo mismo? ¿Por qué el pastor lleva la vara y el cayado?: La vara parece un instrumento de castigo, pero en realidad los buenos pastores no la descargaban sobre sus ovejas, sino que la utilizaban para acercarlas al rebaño empujándolas con delicadeza hacia el buen camino cuando se paraban o despistaban. En cambio el cayado era el apoyo del pastor, el que marcaba con sus golpes el ritmo de la marcha. Por eso cuando la luz del día había huido, cuando se pasaba por cañadas oscuras, como dice el salmista (¡y tantas veces pasamos por cañadas oscuras!), el ruido acompasado del cayado era el «sosiego» de las ovejas.

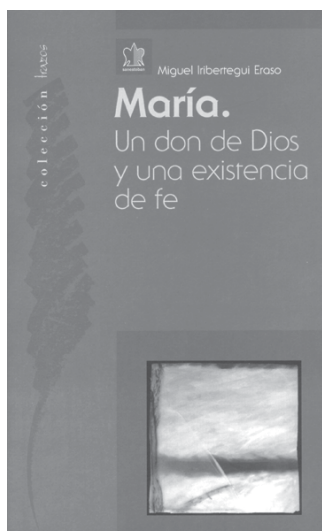
«Tu vara y tu cayado me sosiegan». Me hacen comprender que, aunque no te vea, aunque la oscuridad sea muy densa y surjan las dificultades, vas conmigo y eso me llena de paz y seguridad para seguir caminando.

¡Qué belleza la de este salmo entendido en ambiente cristiano! Cristo Jesús el Señor, es el buen Pastor como Él mismo se calificó según vemos en el capítulo 10 del evangelista San Juan del versículo 1 al 16. Este Pastor-Jesús, va delante de sus ovejas y ellas le siguen porque conocen su voz. Él también las conoce una a una y las llama por su nombre, con todo lo que conlleva el término «nombre» en los escritos bíblicos, dado que el nombre define la misión, la totalidad de la persona, su individualidad. Además, este Pastor no huye como los asalariados cuando aparece el lobo, sino que da su vida por las ovejas (cf. Jn 10,11) y las espera y las busca cuando se extravían y las conduce de nuevo al redil cargándolas sobre sus hombros.

Todo lo que este salmo sugiere es difícil, por no decir imposible, expresarlo en unas cuantas líneas, porque es Palabra de Dios viva y vivificante. Pero está a nuestro alcance identificarnos con las ovejas de ese Buen Pastor que reciben tantas pruebas de amor y solicitud por parte de Él.

Caminando a su lado podremos experimentar toda la ternura, la paz, el sosiego y la seguridad con las que invade a los que le siguen. Y nuestra «copa rebosará» y llenará el corazón de ese amor que el Pastor comunica para distribuirlo entre todos los sedientos del agua que Él reparte en «sus fuentes tranquilas» y salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14).

SOR MARÍA EUGENIA MAESO, O.P.
Salamanca (España)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBETEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología



www.sanestebaneditorial.com

TESTIGOS

Vida de la Madre Juana de la Encarnación, OSA (1672-1715)

2ª Parte

En la primera parte de la vida de la Madre Juana de la Encarnación hemos visto su infancia, su llamada a la vida religiosa y su cambio interior.

En esta segunda parte trataremos sobre sus enfermedades, los oficios que desempeñó en su comunidad, sus visiones sobre la Pasión del Señor y sus últimos días antes de dejar este mundo.

SUS ENFERMEDADES

Junto a la penitencia querida y buscada, padeció fuertes enfermedades –como ya indicábamos en la primera parte de esta biografía– que aceptó y abrazó por amor a Quien las permitía y de cuya mano ella las recibía.

Su biógrafo no nos facilita datos concretos que nos permitan identificar qué tipo de dolencias sufrió, aunque comenta que estuvo en numerosas ocasiones gravemente enferma, hasta el extremo de considerarla desahuciada, llegándose a perder la cuenta de las ocasiones en que recibió la unción de enfermos y el viático.

A los 20 años «*contrajo una enfermedad compuesta de tantos y tan peligrosos accidentes que cada uno, a dicho del médico, bastaba a quitarle la vida*»¹. Tras darle la unción, pidió que le trajesen una imagen de san Agustín, al que suplicó la salud, si con ella podía servir mejor a su Señor y, al momento, pudo evacuar y orinar algo que se había obstruido por completo. Su curación, a partir de entonces, fue rápida.

Dos años después volvió a contraer otra enfermedad que la tuvo con mucha calentura durante meses. De nuevo una intervención de otro de los santos agustinos de su devoción, san Nicolás de Tolentino, consiguió la curación repentina; a él le pidió la salud si con ella podía seguir más de cerca a Cristo con su Cruz. Sanó de esta enfermedad aunque su cabello quedó completamente canoso.

Hasta los 25 años no la dejaron otras enfermedades del cuerpo y otra peor en el espíritu, pues cayó en tremendos escrúpulos «*haciendo montes en su imaginación de los granos de arena –en palabras del P. Zevallos– y realidades de las sombras, imaginando vivamente si ofendía a su Dios cuando más le agradaba y haciéndose su Majestad el dormido en la borrasca...*»². Dos años duró esta tormenta de la que se libró por su obediencia al confesor y la confianza creciente en Dios como Padre.

1. Luis Ignacio ZEVALLOS, *Vida y virtudes, favores del cielo, prodigios y maravillas de la venerable Madre Juana de la Encarnación, religiosa Agustina Descalza, natural de Murcia, en su convento observantísimo de Corpus Christi en la misma ciudad*, Madrid 1726, p. 21.

2. L. I. ZEVALLOS, *o.c.*, p. 24.

De nuevo la enfermedad se hizo compañera cotidiana a sus 26 y 27 años, esta vez a causa de un tumor en el pecho. Aquí tuvo que pasar por una gran humillación: las hermanas enfermeras, al tener que tratar el mal, vieron sus espaldas llenas de los cardenales causados por sus penitencias, descubriendo lo que no sospechaban.

Pero estar enferma para ella no era motivo que justificase el dejar sus penitencias y continuaba practicándolas habitualmente.

A sus 28 años el Señor permitió que pasara por un estado de continua tentación que le sugería dejar ese tenor de vida penitente. Sin embargo, esta vez salió vencedora al realizar un acto especial de consagración a María, a quien escribió una carta de esclavitud que firmó con su propia sangre. Tras este acto recobró su paz habitual.

De nuevo, a los 30 años una grave enfermedad la puso al borde de la muerte; en esta ocasión, tras recibir la unción y el viático fue el confesor quien le instó, por obediencia, a pedir la salud a Dios, «*si había de ser, para padecer hasta morir por su amor*»³. Al día siguiente de esta súplica su salud quedó completamente restablecida y –como el mismo confesor declaraba– en los siguientes trece años que duró su vida «*se le aumentaron sumamente en todo género sus aflicciones, trabajos y cruces, verdaderamente grandes*»⁴.

3. L. I. ZEVALLOS, o.c., p. 28.

4. *Ibid.*

El demonio tentador que en años anteriores se le manifestó visiblemente tratando de impedir sus penitencias, a partir de este momento, y durante cinco largos años, volvió con sus manifestaciones, esta vez provocando a la lujuria. Se le aparecía en forma de hombres y mujeres lascivos haciendo actos deshonestos, cosa que se le representaba incluso al mirar las imágenes de Jesús y de María, al ir a comulgar y en cualquier acto de piedad. Esta prueba le supuso un auténtico Purgatorio. El día de las once mil vírgenes, el Señor hizo cesar por completo esta tempestad con una gracia de consolación espiritual muy grande.

SUS OFICIOS COMUNITARIOS

Una vez recobrada la salud, a los 30 años, se le encargó el oficio de enfermera, ejerciéndolo con proverbial diligencia. Los esfuerzos que pudo hacer por su natural delicado fueron muchos, y el pensar que cada atención hecha a las enfermas se la hacía a la Santísima Virgen le hizo extremar su delicadeza con ellas, siendo muy apreciada por las mismas. También sus dotes espirituales brillaron en este oficio en el que Dios le daba a conocer las enfermas que estaban próximas a morir, lo que ella aprovechaba para ayudarles a prepararse lo mejor posible; en ocasiones, a pesar de la gravedad, ella conocía si no era de muerte la dolencia. Consideraba que tenía también el conocimiento del estado de sus almas una vez muertas, por ello nunca dejó de orar y de invitar a las demás a hacer lo mismo.

Finalizados los primeros tres años como enfermera, se le confió el oficio de sacristana. Durante este

período en que estuvo más en contacto con todo lo relacionado con el culto, se le reavivó aún más su sentido de lo sagrado.

Estando en las tareas propias de este oficio, fue sorprendida por una de sus hermanas de comunidad en éxtasis, elevada más de un metro de tierra, con las manos ocupadas con objetos de la sacristía, lo que daba idea de lo inesperado del rapto⁵. Al saberse descubierta, le rogó a la religiosa, llorando, que le prometiese que nunca diría nada de todo lo visto: ni en vida ni si moría ella antes que dicha religiosa. Fue tan viva la suplica, que esta hermana, dándose cuenta de la inquietud que le producía la inseguridad de su silencio, le prometió no decir nunca nada de lo visto. Sólo a instancias del confesor, tras la muerte de la madre Juana, se lo confió a él mismo.

El siguiente oficio que se le encargó fue el de tornera –es decir, encargada de atender a la gente en el torno de la portería–. Aquí brilló su don de conocimiento de espíritus, y fueron numerosos los que dieron testimonio de haberse convertido y cambiado de vida como consecuencia de los diálogos que tuvieron con ella en el torno del convento.

Valga como botón de muestra el caso de un caballero que se acercó al torno. Al hablar sor Juana con él, con su gracejo natural y alegremente discreto, le dijo, sin más, que procurase ponerse en gracia de Dios, a lo que inmediatamente le respondió él: «*Hoy, no menos, me he confesado*». Sor Juana le replicó: «*Ay, Señor, si la*

5. En este estado fue vista varias veces en poco tiempo.

confesión es mala peor queda el alma, por el horrendo sacrilegio cometido». Estas palabras le impactaron muy profundamente, pues desde hacía mucho tiempo tenía un pecado oculto que no se atrevía a manifestar al confesor. Al momento se encaminó a realizar la buena confesión que la tornera le indicaba. Liberado de la pesada carga, volvió al convento para agradecerle a sor Juana tal consejo, pero, con su humildad y discreción propias, se hizo la desentendida, asegurando que si él lo comprendió así, no se debió a sus palabras, sino a la voz de su conciencia que las interpretó de ese modo.

Al trienio siguiente, en 1711, a sus 39 años, fue elegida priora. Presidió la elección Monseñor Luis Belluga y Moncada, obispo de Cartagena, poco después nombrado cardenal. Éste la tenía en gran estima y no aceptó las muchas razones que ella presentó para poder eludir el oficio.

La cercanía de Dios y sus muchas gracias místicas habían despertado en ella una conciencia muy viva de su indignidad, de su pecado y pobreza. Pese al deseo manifiesto de toda la comunidad que la eligió y de la confirmación de su Obispo, ella, convencida de su incapacidad y de la inconveniencia de su persona para este oficio, pidió y consiguió de Roma la dispensa del mismo.

Estaba convencida de que en una comunidad tan observante como la suya había hermanas mucho más capacitadas, por lo que su cese, lejos de perjudicar a la comunidad, serviría para su mejor desarrollo. Su confesor le prohibió, en principio, hacer valer el permiso obtenido. Por sus insistentes súplicas, al fin le permitió manifestar y hacer efectiva la dispensa obtenida.

Un año desempeñó este oficio. De su priorato las hermanas destacaban su humildad y capacidad de ganar las voluntades por su cercanía a cada hermana, sobre todo en situaciones de necesidad, bien por enfermedad, bien por pasar momentos de inquietud interior. Sabía acompañar, animar y consolar.

Cuando se le permitió dejar su cargo de priora, fue nombrada maestra de novicias, oficio que desempeñó durante los últimos cuatro años de su vida. En este tiempo, su existencia se desarrolló aún con mayor retiro, dado que vivía con las novicias en la parte del noviciado, separada de la comunidad.

Las novicias, tras su muerte, daban testimonio de lo mucho que de ella recibieron, más aún que por sus palabras, por el ejemplo de su vida. Fue para ellas una verdadera madre, a la que siempre encontraban del mismo temple, siempre dispuesta a atenderles a la menor insinuación.

SUS VISIONES SOBRE LA PASIÓN DE CRISTO

Estos últimos fueron también los años más cargados de gracias espirituales y de manifestaciones extraordinarias del Cielo. Pero, entre todos, destaca la gran revelación y participación que tuvo de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo durante la Semana Santa de 1714, un año antes de su muerte.

El hábil y perspicaz padre Zevallos le mandó escribir todo lo experimentado, a modo de cuenta de conciencia, con el fin de ser en todo «examinada y corregida». Sabía que aludir a otra motivación iba a suponer mucha inquietud para la humildad de la madre Juana.

En estos escritos relata paso a paso todos los hechos de la Pasión, a los que pudo asistir espiritualmente, por especial gracia, siguiendo a nuestro Señor desde el Cenáculo hasta el Calvario. El relato de estas visiones impacta a todo lector, no tanto porque cuente situaciones desconocidas de la Pasión y por la novedosa viveza y realismo con que muestra ciertas escenas, sino más bien por cómo ella interioriza todos aquellos acontecimientos, la reflexión que ellos motivan y las consecuencias prácticas para su vida; así mismo, nos comunica las emociones que siente, su locura de amor por Aquel que la amó hasta el extremo. Muchas de estas páginas son auténticos torrentes de exclamaciones amorosas, en las que se llega a cotas pocas veces alcanzadas por los místicos más conocidos.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE SU VIDA

Agraciada por Dios y combatida por el tentador Maligno, se vio de nuevo visitada por la enfermedad los últimos días de su vida.

Sus hermanas confiaban en que, como tantas otras veces, su recuperación no tardaría en darse. ¡Cuántas veces la habían visto peor! Sin embargo ella llamó a su confesor, al que le hizo entrega de todos sus apuntes espirituales y de sus instrumentos de penitencia, para evitar que fueran vistos por sus hermanas.

Por esos días recibió la visita del Obispo diocesano, Monseñor Francisco de Angulo, quien la tenía en gran estima. Para sorpresa del mismo, la madre Juana no sólo le habló de la muerte que ella esperaba inmediata sino que, además, le avisó de que él también

debía prepararse, porque en breve igualmente fallecería, como así ocurrió.

Las religiosas relatan que, durante los últimos días de su vida, cuando se acercaban a su cama sentían estar muy cerca del Cielo. Se daban con frecuencia ausencias de la enferma por los éxtasis en que entraba. Pero hubo uno fue destacado: a partir de ese momento, como decían sus hermanas: «*volvió más del Cielo que de la tierra*»⁶.

Poco después, el 11 de noviembre de 1715, con gran suavidad, casi sin que las hermanas que la rodeaban se percataran, discreta como había tratado de vivir, a la edad de 43 años, marchó su espíritu al encuentro del que tantas veces había invocado como «*Dios incomprendible, amabilísimo y eterno, omnipotente, inmenso, verdadero, santo, sabio, justo, poderoso, suave, fuerte, misericordioso, todo deleitable y perfectísimo; mi bien, consuelo, aliento, mi esperanza y fortaleza, mi alimento, vida, gloria, el imán suavísimo de mi corazón y la vida dulcísima de mi alma; Amado mío, dueño de mi alma, aliento de mi corazón, alivio de mis dolores, fortaleza de mis penas, dilatación de mi esperanza, consuelo de mis congojas, cumplimiento de mis deseos, posesión amabilísima de mis ansias...*»⁷.

6. L. I. ZEVALLOS, o.c., p. 151.

7. JUANA DE LA ENCARNACIÓN, *Passion de Christo comunicada por admirable beneficio a la Madre Juana de la Encarnación, religiosa Agustina Descalza en el Convento Observantissimo de la Ciudad de Murcia*, Madrid 1726, pp. 54, 63.

CONCLUSIÓN

Recientemente, Benedicto XVI afirmaba al hablar de santa Hildegarda de Bingen, O.S.B. y de sus visiones sobre la historia de la salvación: *«Vemos cómo también la teología puede recibir una contribución peculiar de las mujeres, porque son capaces de hablar de Dios y de los misterios de la fe con su inteligencia y sensibilidad propias. Aliento por este motivo a todas aquellas que desempeñan este servicio a realizarlo con profundo espíritu eclesial, alimentando la propia reflexión con la oración y teniendo en cuenta la gran riqueza, aún en parte inexplorada, de la tradición mística medieval, sobre todo la representada por modelos luminosos»*⁸, como –podemos decir en nuestro caso– el de la madre Juana de la Encarnación.

SOR GEMMA DE LA TRINIDAD, OSA
Sant Mateu (Castellón)

8. BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 8 de septiembre del 2010.

Presentación de la *Vita Christi* de fray Luis de Granada

Fray Luis de Granada (1504-1588) es un conocido autor espiritual. Nace en Granada donde ingresa en la Orden de Predicadores. Tras formarse con la élite de los estudiantes dominicos en el Colegio de San Gregorio de Valladolid, pasa 15 años en Andalucía predicando y después es asignado a Portugal donde escribirá copiosas obras en las que divulgará la espiritualidad católica refrendada en el concilio de Trento (1545-1563). Durante muchos años, sobre todo hasta el siglo XVIII, los escritos de fray Luis serán una gran referencia espiritual en la Iglesia Católica.

Vita Christi es una biografía espiritual de Jesucristo, escrita con el fin de ayudar a meditar sus principales pasajes. Se trata de un texto especialmente pensado para la *lectio divina*. En la introducción «Al cristiano lector», el propio fray Luis nos explica cómo aprovechar espiritualmente esta obra. Y al final de esta obra, en «De la manera que se ha de tener en la meditación de todas las cosas susodichas» nos propone una sencilla metodología.

Hemos dividido esta obra en seis partes:

- 1^a. Preámbulo: sobre la ganancia espiritual que reporta la meditación de la vida de Cristo.

- 2^a. La infancia de Nuestro Señor: misterios gozosos.
- 3^a. La vida pública de Nuestro Señor: misterios luminosos.
- 4^a. La Pasión de Nuestro Señor: misterios dolorosos.
- 5^a. La Resurrección de Nuestro Señor: misterios gloriosos y juicio final.
- 6^a. Conclusión: sobre los beneficios divinos y sobre cómo aprovechar espiritualmente la meditación de la vida de Cristo.

Como vemos, los cuatro partes centrales –de la 2^a a la 5^a– hablan propiamente de la vida de Cristo y pretenden ceñirse en la medida de lo posible a los cuatro grupos de misterios del santo Rosario, aunque no aparecen los veinte misterios y se incluyen otros pasajes evangélicos.

Por otra parte, dada nuestra limitación de espacio, nos hemos visto obligados a quitar algunas partes del texto original de *Vita Christi* o a cambiarlas de lugar.

Así mismo, hemos hecho un gran esfuerzo por hacer más comprensible el lenguaje de fray Luis, propio del siglo XVI. Por ello hemos cambiado algunas palabras o expresiones que ya no se usan por otras más actuales.

Todo ello con el fin de ayudarles a meditar la vida de Cristo, Nuestro Señor.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

Vita Christi: 1. Preámbulo¹

AL CRISTIANO LECTOR

El tratado precedente², cristiano lector, sirve para el uso de la *oración vocal*, la cual con palabras humildes y devotas habla y negocia con Dios. Esta manera de orar, entre otros muchos provechos que tiene, uno y muy principal es, ser un grande estímulo e incentivo de devoción, cuando más derramado y frío está nuestro corazón. Porque como él sea tan malo de recoger en este tiempo –por el distraimiento de los pensamientos–, no tenemos entonces otro más fácil remedio que apegarlo a las palabras de Dios –que son como unas brasas y saetas encendidas– para que con ellas se encienda y despierte la devoción.

Mas el tratado presente servirá al uso de la *oración mental*, que se hace con lo íntimo del corazón, en la cual interviene la meditación de las cosas celestiales, que es la principal causa de la devoción, como dice el santo Doctor Tomás de Aquino³. De manera que así como los niños unas veces andan en pies ajenos, y otras –cuando ya son mayores– en los suyos propios,

1. Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid 1906, 353-362. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

2. Fray Luis de Granada hace referencia al *Tratado de algunas devotas oraciones*.

3. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 82, a. 3.

así el siervo de Dios debe tratar en la oración con Él, unas veces con palabras ajenas –pronunciándolas con toda devoción– y otras con las suyas propias, que es con las que su devoción o su necesidad le enseñare. En esta cuenta entra el ejercicio de la meditación de las cosas divinas, que es el propio pasto y mantenimiento de nuestra ánima.

Y entre otras muchas cosas que hay que considerar, una de las más principales es la Vida y Pasión de Cristo, que es universalmente provechosa para todo género de personas así principiantes como perfectas. Porque este es el Árbol de la Vida que está en medio del paraíso de la Iglesia, donde hay ramas altas y bajas, las altas para los grandes –que por aquí suben a la contemplación de la bondad, caridad, sabiduría, justicia y misericordia de Dios– y las bajas para los pequeños, que por aquí contemplan la grandeza de los dolores de Cristo y la fealdad de sus pecados, para moverse a dolor y compasión.

Éste es uno de los más propios ejercicios del verdadero cristiano, andar siempre en pos de Cristo, y seguir al Cordero por donde quiera que va. Y esto es lo que Isaías nos enseñó cuando dijo que los justos y los fieles serían la cinta de los riñones de Cristo, y que andarían siempre al derredor de Él (cf. Is 11,5). Lo cual espiritualmente se hace, cuando el verdadero siervo de Cristo nunca se aparta de Él, ni le pierde jamás de vista, acompañándole en todos sus caminos, meditando todos los pasos y misterios de su vida santísima.

Porque verdaderamente, para quien tiene sentido espiritual, no es otra cosa Cristo sino, como dice la

Esposa, un suavísimo *bálsamo derramado* (cf. Ct 1,3), el cual, en cualquier paso que le miréis, está siempre echando de sí olor de santidad, de humildad, de caridad, de devoción, de compasión, de mansedumbre y de todas las virtudes. De donde nace que así como el que tiene por oficio tratar o traer siempre en las manos cosas olorosas, anda siempre oliendo a aquello que trata, así el cristiano que de esta manera trata con Cristo, viene por tiempo a oler al mismo Cristo, que es parecerse a Él en la humildad, la caridad, la paciencia, la obediencia y en las otras virtudes de Cristo.

Pues para este efecto se escribió este presente tratado, que es de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, poniendo brevemente al principio de cada uno la historia de aquel paso, y después apuntando con la misma brevedad algunas piadosas consideraciones sobre él, para abrir el camino de la meditación al ánima devota. De las cuales, unas sirven para despertar la devoción, otras para la compasión, otras para la imitación de Cristo, y otras para su amor, y para el agradecimiento de sus beneficios, y para otros propósitos semejantes.

Imité en este tratado a otro que san Buenaventura hizo, llamado *Árbol de la Vida del Crucificado*, que para este mismo efecto por este santo Doctor fue compuesto, y púselo así en este breve compendio, para que pudiese traerse en el seno lo que debe siempre andar en el corazón, y así pudiese el hombre decir con la Esposa en los Cantares, «*Manojico de mirra es mi amado para mi, entre mis pechos morará*» (cf. Ct 1,12).

Después de la subida del Señor al cielo puse la venida a juicio, y la gloria del paraíso, y las penas del infier-

no, y el camino para lo uno y para lo otro, que es la muerte, tratando de la memoria de ella, que son las cuatro postrimerías en que el hombre debe siempre pensar para no pecar. Y después declararé brevemente de la manera que el hombre se había de haber en estos santos ejercicios. Mas antes que descendamos a tratar en particular de estos misterios, quise poner un breve preámbulo del misterio de la Encarnación de Cristo, que ayuda mucho para la meditación y comprensión de su vida santísima.

COMIENZA UN BREVE SUMARIO DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO

Preámbulo para antes de la Vida de Cristo, en el cual se trata del misterio inefable de su Encarnación

Cerca del inefable misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, la primera y principal cosa que hay que presuponer y considerar, es la grandeza de la bondad y sabiduría de Dios, que resplandece en la conveniencia de este medio que escogió para nuestra salud.

Del bienaventurado san Agustín se escribe que al principio de su conversión no se hartaba de contemplar con una maravillosa dulcedumbre la alteza de este consejo que la divina sabiduría había escogido para encaminar la salud del linaje humano⁴. Pues quien quisiere sentir algo de lo que este santo sentía, debe trabajar por entender el abismo de la sabiduría que en este divino misterio está encerrada. Para lo cual con-

4. Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IX, 1: PL 32, 763.

vendrá tomar este misterio desde sus primeros principios.

Pues para esto considera primeramente que hay Dios, lo cual es una verdad tan evidente, aun en lumbre natural, que no hay nación en el mundo, por bárbara que sea, que no conozca ser así, aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios. Y si preguntas, qué cosa sea Dios, eso no se puede explicar con palabras, sino confesando que Dios es una bondad, sabiduría y hermosura infinita, principio y fin de todas las cosas, criador, gobernador, Señor y Padre de todo el universo, y una cosa tan grande, que ninguna otra se puede pensar mayor ni mejor, ni a quien el hombre esté más obligado.

Lo segundo, piensa consecuentemente que ninguna cosa hay del cielo más justa ni más debida que amar, temer, servir y obedecer a este Señor, y vivir conforme a su santísima voluntad. Ésta es la cosa más obligatoria, más necesaria, más honesta, más honrosa, más provechosa y más hermosa de todas cuantas hay y puede haber en el mundo, y la que por más millares de títulos es debida, como está claro no sólo en lumbre de fe, sino también de razón, como lo confiesan todas las naciones del mundo.

Lo tercero, considera profundamente cuán inhábil quedó el hombre por la caída de nuestros primeros padres para cumplir con esta obligación, cuán ciego, cuán enfermo, cuán sensual, cuán terreno, cuán fácil para los vicios y cuán pesado para las virtudes, cuán apetitoso para las cosas sensuales, cuán desgustoso para las espirituales, cuán cuidadoso de las cosas de

esta vida, cuán descuidado para las de la otra, cuán aficionado a su cuerpo, cuán olvidado de su ánima, cuán solícito por lo presente –que es momentáneo– y cuán descuidado de todo futuro –que es eterno–, cuánta cuenta tiene con los hombres y cuán poca o ninguna con Dios. Y la causa de todos estos males fue haber ofendido e indignado contra sí a Dios, y haberse por su propia culpa entregado al enemigo.

Lo cuarto, considera cuán conveniente cosa era que socorriese Dios al hombre en esta tan grande necesidad. Porque si es voz de toda la filosofía que el Autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias –pues vemos que ni en la tierra, ni en la mar, ni en el aire hay animal, ni gusano, ni gusarapito, por pequeño que sea, a quien falte la divina Providencia–, ¿cómo había de faltar a la más excelente de todas sus criaturas, y en la mayor de todas sus necesidades? Y además de esto, si el hombre por malicia ajena había sido derribado, razón era que la virtud ajena ayudase a quien la maldad ajena tanto desayudó, para que así fuese el hombre tan capaz de bien como de mal, pues le podía ayudar lo uno, como le pudo desayudar lo otro.

Lo quinto, mira también que para que este remedio y socorro fuese mejor encaminado, convenía que viniese por el ministerio de uno. Porque así como fue uno el que destruyó a todos, así también convenía que uno fuese el que salvase a todos, y así como uno fue el destructor del género humano, así otro fuese su reparador, para que por el camino que había venido la dolencia, por ese mismo viniese la medicina. Y además de esto porque esta orden guarda Dios en todo este

universo, que en cada linaje de cosas haya una nobilísima que sea como cabeza de todas las otras, la cual influya y comunique su virtud a todas ellas y sea causa de toda la perfección que hay en ellas, como vemos en el sol, que es causa de toda la luz que hay en las estrellas, y en el primer cielo que se mueve, que es causa de todos los otros movimientos del mundo.

Pues conforme a esto convenía que en el linaje de las cosas santas hubiese un Sumamente Santo que las santificase a todas y fuese causa de la santidad de todas. Teníamos, pues, necesidad de un tal Santo, que nos santificase, de un Salvador que nos salvase, de un Padre que nos reengendrarse, de un Rey que nos defendiese, de un Sacerdote que por nosotros rogase, y de un sacrificio que por nosotros se ofreciese, de un Reconciliador que nos hiciese amigos con Dios, y de un Fiel, Abogado y Medianero que por nosotros interviniese.

Pues si de todos estos títulos y de todos estos oficios y beneficios tenía necesidad el hombre –que con tantas inhabilidades y necesidades había quedado– ¿quién pudiera suplir mejor todas estas faltas, y soldar todas estas quiebras, y curar todas estas llagas, y hacer todos estos oficios, y ser medianero entre Dios y los hombres, que Aquel que juntamente era Dios y hombre, tan amigo de los hombres –porque era verdaderamente hombre– y tan amigo de Dios –porque era verdadero Dios– tan hábil para deber –pues era del linaje del hombre culpado– y tan poderoso para pagar, pues era Dios todopoderoso? Claro está, pues, que así como no hay en el cielo ni en la tierra otra persona mejor que el Hijo de Dios, así nadie podía mejor dar

cabo a esta obra –llevando el negocio por vía y orden de justicia– que el mismo Hijo de Dios Y así convenía por cierto que ello fuese, porque si en las *obras de naturaleza* dicen los filósofos que Dios siempre hace lo mejor y lo más perfecto, mucho más convenía esto en las *obras de gracia*, que cuanto son más perfectas, tanto se deben hacer con mayor providencia.

Mas, ¿quién podrá con palabras explicar la muchedumbre de bienes y provechos que de esta manera de remedios se siguieron? Porque –dejados aparte otros muchos provechos, y supuesta la deuda general del linaje humano, y la inhabilidad con que había quedado, así para amar a Dios como para todas las otras virtudes– ¿qué medio podía haber más conveniente para satisfacer a Dios, y conocer a Dios, y esperar en Dios, y amar a Dios, y tener que ofrecer a Dios? ¿Qué medio podía haber mejor? ¿Quién podía mejor satisfacer por deuda infinita, qué Señor de virtud y dignidad infinita? ¿Cómo podíamos tener mayor conocimiento de la grandeza de la bondad, justicia, misericordia y providencia de Dios, que viendo lo que hizo por el hombre, y de la manera que castigó el pecado del hombre? ¿Qué mayor incentivo para esperar en Dios, que tener méritos de Cristo por nuestra parte, y para amar a Dios, que ponérsenos delante tal bondad, tal caridad y tal beneficio de Dios? Si la cuerda de tres ramales es dificultosa de quebrar, ¿cómo se quebrará el amor que de tres tales motivos como éstos se compone? Pues para tener que ofrecer a Dios, ¿qué sacrificio se nos podía dar para descargo de nuestras culpas y remedio de nuestras necesidades, más eficaz y más aceptable que la muerte del mismo Hijo de Dios?

Pues para inclinar al hombre a la virtud de la humildad, de la paciencia, obediencia, pobreza y aspereza de vida, ¿qué medio y qué motivo pudiera haber más poderoso que ver al mismo Dios tan humilde, tan paciente, tan obediente, tan pobre y tan mal tratado por nosotros? Pues para criar en nuestros corazones odio contra el pecado, ¿qué motivo se podía dar mayor que ver el odio que Dios mostró contra él, pues tantos y tan grandes extremos hizo por destruirlo? Piense, pues, el hombre cada cosa de éstas en particular y profundamente, y hallará por cierto que para ninguno de estos fines pudiera haber medio más conveniente, antes le parecerá tan conveniente y tan a propósito de cada uno, como si para sólo aquel fuera instituido. Y por aquí conocerá la sabiduría de Dios, que tan bien supo encaminar lo que convenía para nuestro remedio.

Mas por ventura dirás: «Ya que convenga tanto eso al remedio del hombre, no parece que conviene a la gloria de Dios abajarse tanto, que se hiciese hombre y viniese a morir por el hombre». Esta objeción nace de mirar los hombres al hombre de la manera que ahora está, que es con todas las vilezas y desórdenes que le vinieron por el pecado, y pensando que todo eso tomó sobre sí el Hijo de Dios. Desengañense, pues, porque nada de eso tomó sobre sí este Señor. Porque Él apartó la naturaleza de la culpa –es decir, lo que Dios hizo, de lo que el hombre hizo– y tomando solamente lo que Dios hizo, dejó lo que el hombre hizo, aunque por nuestra causa tomó los tormentos y la muerte que sin deberla padeció. Preservando, pues, la naturaleza de todos estos defectos, adornóla y ennoblecióla –sobre todo lo que se puede encarecer– con tanta abundancia

de riquezas espirituales, de virtudes, de sabiduría, de poder y de gracias tantas y tan admirables, que no fue deshonra suya, sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo.

No sería deshonra de un rey vestir un sayo de tela de saco, si estuviese todo sembrado de franjas de oro y de piedras preciosas, porque la bajeza que tenía por parte de la materia se encubría con la hechura. Y lo mismo hizo aquí el Hijo de Dios, porque aunque el paño era bajo, Él lo supo adornar con tantas riquezas y labores obradas por mano del Espíritu Santo, que no fuese deshonra suya vestirse de Él. Porque claro está que ya que Dios quería hacerse hombre, en su mano estaba hacerse tal hombre cual conviene que fuese el que había de ser Dios y hombre, y así lo hizo.

Y además de esto, el fin para el que venía requería esta manera de hábito tan humilde. Porque así como no es cosa indigna de la persona real vestirse de tela de saco o de sayal, cuando va a caza –porque para este propósito más arma el sayal que la tela de oro– así también –pues el Hijo de Dios venía al mundo a reformarlo, que es, a hacer guerra a la vanidad, a las riquezas y deleites– éste era el hábito que más convenía para este propósito.

Con esta grandeza concuerdan todas las demás, así las que precedieron como las que acompañaron y se siguieron después de este misterio. Porque antes de esta venida precedieron entre judíos y gentiles infinitas profecías y figuras que la denunciaron y prometieron para todas las edades y siglos desde el principio del mundo, y cuando hubo de venir, vino también de

la manera que convenía a tan alta Majestad. Porque fue concebido como convenía a Dios, porque de Espíritu Santo nació como Dios, porque de Madre Virgen conversó en este mundo como Dios, obrando infinitos milagros y haciendo infinitos beneficios, y murió como Dios, pues todos los elementos del mundo hicieron sentimiento en su muerte, y pues que después de muerto resucitó de los muertos, y subió a los cielos, y de ahí envió al Espíritu Santo. De manera que aunque Él fue hombre como nosotros en la naturaleza, no lo fue en la dignidad y en la gloria.

Hombre fue de verdad como nosotros, mas concebido –como dijimos– de Espíritu Santo, nacido de Madre Virgen, alabado de ángeles, anunciado de profetas y deseado de todas las gentes. Hombre fue como nosotros, mas hombre que santificaba los hombres, que sanaba los enfermos, que alumbraba los ciegos, que limpiaba los leprosos, que hacía andar a los cojos y resucitaba los muertos. Hombre fue como nosotros, mas hombre a quien obedecía la mar, a quien servían los elementos, a quien testificaban los cielos, por quien temblaban los demonios, y a quien glorificaban las voces de Dios. Hombre fue, y así murió como hombre, mas muerto venció la muerte, y sepultado saqueó al infierno, y saqueado el infierno, subió al cielo, y subido al cielo, envió al Espíritu Santo y santificó al mundo.

Y quien quisiere ver esta santificación, ponga los ojos en aquella felicísima edad de la primitiva Iglesia, y verá los desiertos poblados de monjes, y los poblados llenos de mártires, de confesores y de doctores y vírgenes. Verá derribados los templos de los ídolos,

verá vencidos los tiranos, verá convertido el mundo, y entenderá que nadie era poderoso para hacer tan grandes maravillas, sino Dios.

Lo que después de todo esto se siguió, fue esta renovación del mundo, acompañada con los triunfos admirables que en esta jornada alcanzó. Porque primeramente triunfó del reino del diablo –que en casi todo el mundo era adorado– cuyos altares y templos derribó. Triunfó sobre el mundo, a cuyos reyes y emperadores, no peleando sino padeciendo, venció y sometió. Triunfó sobre sus enemigos, cuya república y templo hasta hoy día destruyó y puso en perpetuo cautiverio. Y lo que más es, triunfó sobre el pecado, el cual, tan apoderado estaba de todos los hombres del mundo, que una gran muchedumbre de santos se levantaron de nuevo y vencieron a este tirano, vencedor de todos los reyes y emperadores del mundo. Y finalmente, triunfó sobre el infierno, pues lo saqueó, y también sobre el cielo, pues nos lo abrió, y triunfará después de la muerte, cuando le hará restituir todos los muertos y volver a la vida sus despojos. Por lo cual se ve claro cómo no es deshonra, sino grandísima gloria, hacerse Dios tal hombre cual aquí presentamos y confesamos que se hizo.

Ni hace contra esto haber padecido tan cruel y tan deshonrada muerte, pues en la muerte no hay deshonra, sino en la causa, porque así como padecer por maleficios es la más amenguada cosa del mundo, así por el contrario, padecer por beneficios, esto es, por la patria, por la justicia, por la fe, por la castidad y por la gloria y obediencia de Dios, es la cosa más gloriosa y más honrosa del mundo, y cuanto mayor fuere por

esta causa la ignominia, tanto mayor será la gloria. Además de que esta tan gloriosa muerte parió todas las muertes de los mártires, y todas las mortificaciones y virtudes de los confesores y de todos los santos que ha habido en el mundo, los cuales con el ejemplo, esfuerzo y beneficio que de esta gloriosa muerte recibieron, padecieron constantemente todo lo que convenía padecer por la virtud.

Alaba pues, oh hombre, al Señor por este tan grande beneficio, considerando que pudiera Él desamparar al hombre después que pecó –sin perder por eso nada de su derecho– o pudiéralo remediar por otro medio que no le fuera tan caro, y no quiso sino por éste que a Él era tan costoso, por ser más conveniente para nuestro remedio. Y pues este Señor de tal manera se hizo nuestro mediador, que con sus merecimientos obligó a Dios, y con sus ejemplos a los hombres, el que quisiere valerse de sus merecimientos, es razón que trabaje por imitar sus ejemplos.

FRAY LUIS DE GRANADA

Bibliografía

JOAQUÍN ROMERO SALORD, *El invitado imprevisto*.
Editorial Noticias Cristianas, Barcelona 2011, 78 pp.

Ésta es una edición especial del mismo libro que fue publicado por primera vez en mayo de 2010 por la Editorial Escua. El autor del libro, que padece esclerosis múltiple desde los 22 años (ahora tiene 42), justo cuando estaba acabando su carrera de Arquitectura, nos cuenta los acontecimientos más relevantes de su vida y, sobre todo, cómo vive su experiencia de la enfermedad.

El título hace referencia a la misma enfermedad, que a veces se presenta en la vida de una persona de forma totalmente imprevista, sin avisar. Sin negar todo el realismo del sufrimiento del que es testigo, y sin olvidar que hay en él un misterio indescifrable, habla de su propio dolor como de algo que le ha ayudado mucho a fortalecer su vida cristiana, y le ha acercado a Jesús. Afirma que, «aunque siempre cabe un punto inicial de rebelión, uno se acostumbra a reconocer el paso de Jesús y ve que en el drama sacro de su vida su papel es el de Cirineo» (p. 42).

La felicidad que envuelve al autor de estas páginas, incluso en el dolor, puede explicarse porque las dolencias físicas y las limitaciones funcionales no le restan «capacidad de amar a los demás con el corazón de Cristo». Lo que le ha conducido a darle un sentido a su dolor es la fe cristiana que le han inculcado sus

padres desde pequeño. Esa es la fuerza más poderosa que le ayuda a levantarse y comenzar cada jornada. También agradece su vocación de miembro del Opus Dei. Su actitud positiva ante la enfermedad se ha convertido en fuente de creatividad incluso desde el punto de vista laboral, inspirándole la creación, juntamente con uno de sus hermanos, de una empresa especializada en la atención a las personas discapacitadas. Lejos de aislarle, su enfermedad le ha puesto en contacto con muchas personas con las que –siempre que le ha parecido oportuno– ha tratado de compartir su verdadero tesoro: la fe cristiana.

Este testimonio impresionante nos hace reflexionar sobre una realidad que nos encontramos todos los días, con mayor o menor intensidad, en nosotros o en las personas que nos rodean, una realidad que reclama una respuesta de sentido o, al menos, una actitud de profundo respeto, comprensión, solidaridad y también nuestra ayuda cuando es posible. Como dice el autor en algún momento de su narración, la enfermedad de una persona puede ser una gran ocasión para humanizar la vida de quienes están a su alrededor.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

JOSÉ CARLOS BERMEJO, *Mi ser querido tiene alzhéimer. Cómo poner el corazón en las manos.*
Editorial Sal Terre, Santander 2010, 165 pp.

José Carlos Bermejo es religioso camilo, doctor en Teología pastoral sanitaria, profesor universitario y director de un centro asistencial en Madrid.

¡El alzhéimer!, muchas veces vemos nuestro ser entero invadido de tristeza al saber que uno de los nuestros, un amigo, un vecino, etc. tiene esta penosa enfermedad. No sabemos cómo reaccionar, a veces sentimos impotencia por no poder hacer algo bueno por ellos o, por el contrario, perdemos la paciencia. Es una situación complicada que genera problemas al interior de nuestras familias, de nuestras comunidades religiosas, en nuestro mundo...

Desde nuestro punto de vista, este libro es un manual bastante práctico, humano y espiritual, que nos puede ayudar para que acompañemos a personas con esta enfermedad. «*Con una formación adecuada, se puede evitar mucho sufrimiento en el alzhéimer*». Es un libro al alcance de todos, en el sentido de que toda la terminología utilizada es comprensible para el lector más sencillo. Creemos que es un libro que merece ser regalado a quien conozcamos que sufre por este motivo.

En sus 14 apartados expone, entre otras cosas, por ejemplo, diferentes herramientas a nuestro alcance para convivir con enfermos de alzhéimer –comunicación verbal y no verbal– y sobre cómo podemos iniciarnos en ellas. Habla de la verdad, de decírla al enfermo y a sus familias... sobre el cómo y el cuándo. Contiene casos concretos, testimonios, diálogos entre cuidadores y enfermos. Es un medio para ayudar a adiestrarnos en estrategias adecuadas de comunicación.

Ojalá sirva para muchas personas y, entre otras cosas, éstas se sientan comprendidas y estimuladas por los contenidos del libro.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.
Lima (Perú)

ELVIRA RODENAS, *Thomas Merton. El hombre y su vida interior.*

Editorial Narcea, Madrid 2010, 195 pp.

Este libro nos ofrece una sistematización de la doctrina espiritual del célebre monje trapense Thomas Merton, nacido en Francia de padre neozelandés y de madre norteamericana, que ingresó en la abadía de Getsemaní en los Estados Unidos. A juicio de la propia autora, esta presentación constituye un auténtico, aunque breve, tratado de Teología Espiritual, totalmente pegado a la Escritura y a la vida. Es cierto que aquí se tocan la mayoría de los temas propios de este tratado.

El estudio se inicia con una breve biografía de Thomas Merton con el fin de ayudar a conocer algunas de las facetas de su personalidad y de su doctrina espiritual, pues, como ocurre en la mayoría de los autores espirituales, la vida y la doctrina se explican mutuamente. El resto del libro se estructura en torno a tres capítulos que tratan sobre su idea de «hombre»: la vida interior, la oración y la contemplación. El epílogo cuenta su viaje por Asia en 1968 y su muerte en Bangkok, ocurrida el 10 de diciembre de ese mismo año debido a un absurdo accidente doméstico.

El libro está bien escrito, aunque hay algunas afirmaciones que son un tanto discutibles, como por ejemplo, lo que se dice en la introducción: «no puede haber fe si no hay duda» (p. 11). Es verdad que a la fe se puede llegar después de un proceso en el que surgen vacilaciones, o que uno siempre puede volverse atrás en ese proceso, pero en su estado de madurez la

duda no es esencial a la fe. Más bien todo lo contrario; como suele decirse, la duda mata la fe. Si la fe es adhesión a una persona, no puedo adherirme y al mismo tiempo dudar. La duda retrasa o incluso hace imposible la evangelización, pues, ¿cómo anunciar aquello de lo que no estoy cierto?; ¿cómo comprometer la vida en aquello de lo que dudo? Otra cuestión es que, aunque uno crea firmemente, siga interrogando al misterio, o no comprenda. La fe sabe de oscuridades, pero la fe que pide Jesús en el evangelio es una fe sin sombra de duda.

Otro ejemplo lo encontramos en la p. 55 donde parece que se opone la «perfección» al «seguimiento de Cristo», tal oposición nos parece injustificable, si bien es verdad que no toda idea de perfección corresponde a la exigencia evangélica. Aunque se puede entender lo que se nos quiere decir aquí, la falta de precisión puede llevar a algunos lectores a la confusión. Más adelante se hablará de la perfección en términos más precisos (cf. p. 75).

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

EDITORIAL

La puerta de la humildad

*«Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava»*
(Lc 1,46-48).

El Magníficat es el canto de alegría que una joven aldeana proclama al compartir con su prima la profunda felicidad que siente dentro de sí. Ella, que piensa que no es nadie, ha sido escogida para albergar a quien sabe que lo es todo.

En el Magníficat María nos habla de la «puerta de la humildad», esa puerta que nos conduce al vacío interior, a la ausencia del ego, donde no hay una identidad personal de la que preocuparnos. Entrando por esa puerta somos como una simple piedrita en el camino, como un cantoral de la capilla, como un geranio en el balcón, como el trino de un pájaro...

Pero da miedo asomarse por esa puerta, porque tras ella no hay un suelo en el que sustentarse. Sólo

mirar a través de ella da vértigo. Esa es una experiencia que en cierto modo hemos vivido interiormente o, al menos, la intuimos. Por eso nos cuesta tanto buscar la puerta de la humildad, más aún encontrarla, y nos resulta casi imposible cruzarla. Nos atenaza un miedo irracional que nos impide a veces siquiera pensar en ella.

Necesitamos que alguien nos coja de la mano con cariño, nos lleve a esa puerta y nos muestre que no hay que tener miedo de ella, que cruzándola seremos totalmente distintos, personas nuevas, transformadas por el amor de Jesús.

Esa persona que nos puede ayudar a cruzar la puerta de la humildad es, sin duda, la Virgen María, la esclava del Señor. Ella conoce muy bien esa puerta porque, como dice el Magníficat, Ella es «la humilde» por antonomasia, la esencialmente humilde. En María no hay ni una brizna de ego. Su interior es un puro e inmaculado vacío sólo habitado por Dios.

En efecto, Ella, la humilde, la vacía de ego, la llena de Dios, nos anima a cruzar la puerta de la humildad. Y nosotros podemos hacerle caso o no. Somos libres de guiarnos por nuestros miedos... o por nuestra Madre celestial. A nosotros nos toca elegir. Somos libres... y responsables...

El Adviento es un tiempo especialmente bueno para tenderle la mano a María, para que Ella nos ayude a cruzar la puerta de la humildad y nos introduzca en nuestro más profundo interior, allá donde no hay suelo, donde no hay referencias, donde no hay nada... pero sí hay Alguien.

Traspassando la puerta de la humildad uno siente una experiencia de amor sin igual, que lo llena todo y da sentido a todo. Y comprueba que ese amor no es un espejismo ni un sueño, sino que es real, lo más real que nunca haya conocido y experimentado. Infinitamente más real que «dos y dos son cuatro» o que la fuerza de la gravedad.

Y uno puede permanecer en oración ahí dentro por mucho tiempo, o, al menos, el tiempo del que uno disponga, hasta que el cuerpo se canse y pida a gritos levantarse, o hasta que llegue la hora de cumplir un compromiso, o, simplemente, hasta que uno se quede dormido... Y esta experiencia nos acompaña, a modo de recuerdo espiritual, en nuestra vida cotidiana.

Con un corazón así, totalmente transformado por la humildad, se llega interiormente preparado a la Navidad. Es entonces cuando podemos exclamar como María: «*¡Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador!*».

Ánimo, crucemos con María la puerta de la humildad, la puerta de la Navidad.

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.
Salamanca (España)

ESTUDIOS

Un reino para todos

UN REY CON CORAZÓN

Los que somos de Cristo, los que decimos ser cristianos, vivimos en la permanente pasión por saber más de Él, por conocer quién es Él. Para nosotros Cristo es el que de verdad importa; es el único necesario. Él es nuestro único Bien, nuestro único Amor, nuestro único Señor. Cristo y sólo Cristo. Pero el misterio de Cristo es tan rico y profundo y, por otro lado, nosotros somos tan pobres y superficiales, que nunca vamos a poder tener una inteligencia total del mismo. De ahí, que en nuestra limitación, nos acerquemos a Cristo poco a poco, considerándole cada vez desde alguna de las múltiples facetas de su rica identidad personal.

Así, unas veces le contemplamos hecho niño en Belén, o como Varón de dolores clavado en una cruz, o como Señor resucitado. Otras veces le contemplamos como Maestro, Sacerdote y Rey, o en el misterio de su Cuerpo y Sangre. Gracias a lo que Él mismo nos reveló de sí, Cristo es para nosotros Alfa y Omega, Vid, Camino, Verdad y Vida, Buen Pastor, Luz y Pan. ¿Pero daremos con alguna palabra que resuma todas éstas? Tenemos esa palabra: *Cristo es para nosotros Corazón*. No encontraremos mejor palabra que exprese quién es Cristo para nosotros. Contemplemos ahora a Cristo en el misterio de su Corazón Sagrado.

Las páginas del Antiguo Testamento ya dan testimonio del amor y de la benevolencia de Yahvé Dios hacia los hombres. Bajo muchas imágenes se presenta como un Dios misericordioso y fiel, que con entrañas de ternura quiere a los hombres por encima de los pecados y de las infidelidades de los mismos hombres.

Un día Moisés pidió a Yahvé Dios la gracia de poder contemplarle en todo el esplendor de su gloria (cf. Ex 33,18). Dios prometió a Moisés que pasaría delante de Él con todo el esplendor de su gloria, pero que el rostro de Dios no lo podría ver (cf. Ex 33,19-20). Cuando Dios, en toda su gloria, empezó a pasar delante de Moisés, Dios mismo metió a Moisés en una cueva y cubrió la entrada con su mano, para que Moisés no pudiera ver su rostro. Cuando Yahvé Dios retiró su mano y Moisés salió a la entrada de la cueva, ya sólo pudo ver la espalda de Dios y, al verla, pronunció unas palabras llenas de belleza, que son una de las definiciones más hermosas que de Dios podemos tener: *«Señor, Señor, Dios de ternura y compasión; lento a la ira; rico en clemencia y fidelidad; que mantienes tu fidelidad por mil generaciones; que perdonas el mal y el pecado»* (Ex 34,6). Si Moisés tan sólo con ver la espalda de Dios, pudo pronunciar palabras tan bellas, ¿qué no hubiera dicho si hubiese contemplado el rostro del mismo Dios?

Un día los hombres pudimos ver el rostro mismo de Dios, cuando contemplamos el rostro de Cristo, que es el Hijo de Dios hecho carne. Recordemos la historia de este Corazón. Existe desde siempre un Corazón inconmensurable, cuyos latidos rigen todo lo que existe: éste es el Corazón de Dios. Quiso ese Corazón

desmesurado hacerse de carne y pequeño, y, diminuto, se fue formando al abrigo de otro Corazón –limpio, puro, inmaculado–, el de María. Nació este Corazón caliente y rebosante de vida; fue creciendo henchido de amor y pasó por el mundo haciendo el bien, dando amor sobremanera, desmesuradamente, hasta el extremo. Al final, este Corazón se dejó expropiar cuando se le acusó, se le juzgó y se le condenó como reo de muerte. Era el Corazón más bueno y más amable que ha latido en la tierra.

Murió el Corazón y los hombres, de corazón de piedra, tentados por la curiosidad, hurgaron en Él, preguntándose: ¿Qué habrá dentro de este Corazón? Y una lanza descubrió el secreto: Agua y Sangre; y desde entonces el mundo quedó teñido de blanco y rojo, que son los colores de la bandera de Cristo y de su Corazón. El Corazón de Cristo vive y sigue latiendo: grande más que un océano, fuerte como un toro bravo, limpio como una azucena. Todo un Corazón, el de Cristo.

El amor del Corazón de Cristo es universal y eterno. Porque es *universal*, nadie está excluido de Él y porque es *eterno*, permanece para siempre. Cada uno de nosotros tenemos un sitio en el Corazón de Cristo. Él nos quiere a cada uno y nunca va a dejarnos de querer. A pesar de nuestros pecados e infidelidades, Él nos quiere y su amor por nosotros no se altera. Cada uno de nosotros puede decir, con la seguridad y el convencimiento de que dice una verdad: «*Cristo me amó y se entregó por mí*» (Ga 2,20).

Sabernos queridos por Cristo y conocer que cada uno de nosotros tenemos un sitio permanente en su

Corazón Sagrado, nos tiene que llenar de alegre confianza. Nada ni nadie es más fuerte que su amor por nosotros; por ello nada ni nadie nos podrá separar de su amor. Ni las dificultades, ni los fracasos, ni las desgracias, ni los apuros económicos, ni los problemas familiares, ni las enfermedades, ni el miedo ante un futuro incierto nos van a separar del amor de Cristo (cf. Rm 8,39). Es más, es precisamente en esas ocasiones cuando más hemos de confiar en el Corazón de Cristo. Por ello, siempre y en toda ocasión, podemos decir: *Sagrado Corazón de Jesús en Ti confío, porque todo lo espero de tu amor.*

Pero también el sabernos queridos por Cristo y conocer que cada uno de nosotros tenemos un sitio permanente en su Corazón Sagrado, nos tiene que animar a corresponder a su amor. El amor sólo con amor se puede pagar y, nunca jamás comprar. Si tanto nos ha querido y nos quiere el Corazón de Cristo, se espera de cada uno de nosotros que amemos a Cristo, al que encontramos en su Palabra, en su Cuerpo y Sangre, en su Iglesia, en sus hermanos.

LA SOBERANÍA DEL REY

El apóstol Tomás metió su mano en el costado abierto del Redentor y confesó: «*Señor mío y Dios mío*» (cf. Jn 20,27-28). Cristo también espera de nosotros que nos acerquemos a su Corazón, traspasado de parte a parte por la lanza del soldado, y le reconozcamos como nuestro *Dios y Señor*. Cristo es Rey, pero no como los reyes de este mundo. Aunque su Reino no sea de este mundo, no por ello Cristo deja de ser Rey y Señor (cf.

Jn 18,36). Y como Rey que es, quiere reinar, quiere que los hombres le tengamos sólo al Él en el centro de nuestra existencia y le dejemos ser Señor de nuestras vidas. Cristo es Rey para el bien del hombre, para su salvación, libertad y felicidad. Con la llegada de Cristo Rey y Señor, el príncipe de este mundo ha sido arrojado fuera (cf. Jn 12,31), y donde abundaba el pecado y la muerte, empezó a reinar la gracia y la vida (cf. Rm 5,21).

Cristo es Rey *por derecho de conquista*: su Sangre preciosa es el precio que pagó para nuestro rescate (cf. 1 Cor 6,20; 1 Pe 1,18-19). Cristo es rey *por derecho de herencia*: su mismo Padre le ha legado el reino y el señorío (cf. Dan 7,13-14; Sal 2, 6-8). Ahora falta que Cristo sea Rey *por derecho de elección*. Y eso ya depende de nosotros y de cada uno. El que es Rey del universo quiere serlo de ese pequeño universo y centro de decisiones que es nuestro propio corazón. Cristo no impone su señorío, pues espera que nosotros le elijamos como Rey de nuestra vida, amo de nuestra existencia y centro de nuestro corazón.

Para muchos, el Reino de Cristo, con sus implicaciones y exigencias morales, es molesto y, por ello, se empeñan en no dejar reinar a Cristo, proponiendo a los hombres vivir al margen del Señorío de Cristo y tener por tiranos a los ídolos de la modernidad, que esclavizan, engañan y frustran el ideal humano que Dios pensó como la auténtica realización del hombre.

De mil maneras se nos dice que no tenemos necesidad de Dios para nada. Creer en Dios ya estaría pasado de moda y sería algo trasnochado. El hombre, ya emancipado, no necesitaría de la tutela de ningún Dios.

El hombre ya se vale por sí mismo y es su propio rey y señor. Por ello carece de sentido la oración y toda esperanza en una vida después de la muerte. Los que dicen creer en Dios serían gente rara, que le tienen miedo a la vida y a la libertad y, por ello, se refugian en la oración y el narcótico de otra vida mejor después de ésta.

De mil maneras se nos dice que el dinero y las posibilidades económicas son la única llave de la felicidad. Lo importante es tener, tener más, acumular, porque sólo así uno será feliz de verdad. Y con tal de tener, todo quedaría ya permitido: robar, defraudar, comprar influencias, engañar, aprovecharse y pisar a los demás.

De mil maneras se nos dice que el placer y el sexo son los valores máximos de la vida, a los que habría que sacrificar todo. En este campo lo importante es disfrutar al máximo y no permitir que nada ni nadie nos complique la vida. Con tal de gozar lo más posible, todo estaría permitido: las prácticas sexuales más atrevidas, todos los métodos anticonceptivos, la literatura pornográfica, abortar, incluso, a los niños engendrados y no deseados.

De mil maneras se nos dice que cada uno, y sólo él, es la última norma de referencia en la vida. Cada uno debería conducirse en la vida siguiendo su propio parecer y antojo, no permitiendo que leyes, normas o reglamentos le coarten. Allá la suerte de los demás. Y así entendemos que el egoísmo más salvaje campee a sus anchas en nuestra sociedad.

Todo esto, que de mil maneras se nos dice, es una invitación que, hoy y aquí, en este tiempo y en nuestro suelo, se nos hace a los creyentes. La invitación se

resume diciendo: no te guíes por los mandamientos de Cristo; no dejes que Cristo sea tu Rey y Señor: ni en tu vida, ni en tu familia, ni en tu patria. Vive al margen de Cristo y de su Iglesia. Esta invitación es avasalladora, pues nos entra por los ojos y nos llena los oídos. La invitación también es sutil: los que no la secundan son ridiculizados y señalados como raros.

Los que tenemos a Cristo por Rey y Señor, los que estamos contentos de ser creyentes, sabemos bien que esta invitación es radicalmente falsa. En ella no hay nada de Evangelio. Es la mentira más grande y, como tal, sólo puede venir de aquél al que Cristo definió como *el mentiroso, el padre de las mentiras*.

Nuestra fe nos asegura que sólo teniendo a Cristo por Señor de la propia vida y su ley como la norma de la propia existencia, seremos de verdad más felices, más libres y mejores hombres y mujeres. Al margen de Cristo nos anquilamos, no somos nada, nos engañamos. Cristo reina –viene a nosotros su Reino– cuando en lo que pensamos, decimos y hacemos guardamos sus mandamientos. Cristo reina –viene a nosotros su Reino– cuando no dejamos que dominen en nosotros el poder egoísta, el placer y el tener. Cristo reina –viene a nosotros su Reino– cuando juzgamos nuestro vivir y nuestro morir a su luz y no según los dictámenes de filosofías ateas y deshumanizadoras, aunque estén de moda.

LA RECOMPENSA DEL REY

Cristo es Rey desde la Cruz, donde murió entre malhechores, como un malhechor más, habiendo sido el mayor bienhechor que los hombres hemos tenido,

pues «*pasó por el mundo haciendo el bien*» (Hch 10,38). Uno de los dos malhechores que con Jesús fueron crucificados, reconoció en Cristo a alguien que hizo el bien cuando al otro compañero le dijo: «*Éste nada malo ha hecho*» (Lc 23,41). Y fue este convencimiento lo que le animó a pedirle a Jesús que fuera bienhechor con él: «*Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino*» (Lc 23,42). Y Jesús le hizo bien de inmediato: «*Hoy mismo estarás en mi Reino*» (Lc 23,43).

La petición de aquel malhechor y el hecho de que Jesús le concediera lo pedido de inmediato, nos indica cuál es lo que de verdad deberíamos pedir a Dios. Aquel malhechor no le pidió libertad, ni ropa, ni comida, ni dinero, ni comodidad, ni salud. Le pidió, en cambio, lo único importante: *No te olvides de mí y llévame a tu Reino*. A Jesús le agradó la petición, pues de inmediato se la concedió.

¿Qué le pedimos nosotros a Dios? ¿Le pedimos que las cosas nos vayan cada día mejor; que funcionen nuestros negocios y venga siempre buen tiempo a las cosechas; que no tengamos ninguna desgracia y rebosemos siempre de salud? Pedir esto está bien. Pero junto a estas peticiones, ¿le hacemos otras, tales como: «Ayúdame a no pecar», «llévame al cielo», «que mis hijos no se aparten de mí», «que se cumpla en mí y en mis cosas tu voluntad», o «dame aquello que más me convenga»?

Empecemos a pedir a Cristo Rey que venga a nosotros su Reino, pues todo lo demás se nos dará por añadidura.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Salamanca (España)

Sé fuerte, espera en el Señor

*«Si nos fatigamos y luchamos
es porque tenemos puesta
la esperanza en el Dios vivo» (1 Tm 4,10).*

El hombre, al leer las líneas de su propia historia, no sólo se descubre a sí mismo, sino que descubre a Dios, y en ello descubre además que no puede vivir al margen de él, sino que lo necesita. Es aquí donde se despierta el ser profundamente religioso. Así, el hombre entra en otra fase o dimensión de su historia: *se descubre sujeto de la salvación de Dios*. Con la revelación de Dios, el hombre se descubre presente, ya no dentro de su propio plan de búsqueda, sino dentro de una historia de salvación, comenzada en el corazón del mismo Dios.

El hombre toma conciencia de que en algún momento se había alejado de Dios (pecado original) pero siente dentro de sí un impulso a volver a él. Pasó de ser «el que busca a Dios» al «que regresa a Dios». ¿Qué ha sucedido en el transcurso de este tiempo? Dios hará tomar conciencia al hombre de su propia naturaleza y limitación, no para humillarlo, sino para abrirse a él con todo su amor y acogerlo entrañablemente.

Cuando tomamos conciencia de estar alejados de Dios, nos descubrimos oprimidos, cegados, limitados

por el pecado (recuerda el caso de la samaritana); una realidad de la que Dios desea liberarnos y llevarnos a la comunión de vida con él, que es gracia y felicidad eterna. Así, cuando Israel se ha alejado de Dios, el profeta Oseas clamaba diciendo: «Venid, volvamos al Señor... Él nos curará... Él nos vendará... Conozcamos, corramos al conocimiento del Señor... Él vendrá a nosotros como la lluvia temprana, como la lluvia tardía que riega la tierra» (Os 6,1.3). Pero, no sólo del corazón del hombre surge este deseo, sino también del corazón de Dios que nos grita: «Volveos a mí para salvaros... porque yo soy Dios y no hay otro» (Is 45,22); «volveos a aquel de quien profundamente os apartasteis, hijos de Israel» (Is 31,6).

De aquí que la *esperanza* en el Antiguo Testamento madura en una conciencia y en una espera salvífica: esperamos la salvación de Dios; y dice Jesús: «todos la verán» (Lc 3,6); salvación que él mismo personificará. Simeón esperaba la *consolación de Israel* (cf. Lc 2,25); la Samaritana esperaba la *llamada de Cristo* (cf. Jn 4,25); los samaritanos esperaban al *Salvador del mundo* (cf. Jn 4,42); Pedro lo confesó como el *Santo de Dios*, el que tiene palabra de vida eterna (cf. Jn 6,68-69); Natanael lo llama *Hijo de Dios, el Rey de Israel* (cf. Jn 1,49); los de Emaús esperaban que Jesús fuera el *libertador de Israel* (cf. Lc 24,21); Marta *esperaba la resurrección del último día* para su hermano Lázaro y la encontró en Jesús (cf. Jn 11,24-25).

Jesús, el que salvará al pueblo de su pecado (cf. Mt 1,21), es la promesa de Dios personificada, hecha carne; y su obra el cumplimiento de la voluntad de Dios (cf.

Jn 4,34) sobre la creación entera (cf. Jn 19,30). La esperanza cristiana no se centra sólo en la promesa de los bienes futuros (*vida eterna*, fruto de la redención), sino en la fe depositada en una persona concreta: Jesucristo, el Hijo de Dios, el enviado por amor; pues, como escribe Juan en su Evangelio: «esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3); y el mismo Pablo llama a Jesucristo: «nuestra esperanza» (1 Tm 1,1).

La esperanza cristiana sólo tiene sentido unida a Cristo. Con él (esperanza encarnada) el hombre tiene la oportunidad de esperar la plenitud de su existencia y de su vida (muchas veces llamada inconscientemente *felicidad*); comenzada, obrada y continuada por el Mesías enviado, según el designio del Padre, por medio del Espíritu Santo.

En el encuentro con Dios: o el corazón te habla, o ninguna experiencia o acontecimiento personal te dice algo. Pedro dice en su segunda carta: «Dad culto a Cristo, el Señor, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3,15). El auténtico culto a Dios es en espíritu y verdad (cf. Jn 4,23-24); es decir, hacerle sitio a Dios en el corazón y dejar que él sea Dios; sólo así se podrá dar razón de lo que se espera, porque nadie puede amar a quien no conoce, ni hablar de él sin amarlo.

¿Qué es para ti la esperanza? ¿Qué esperanza habita tu corazón? ¿Qué esperas de Dios? ¿*Qué puede hacer Dios por ti?* (cf. Lc 18,41).

Cuando el pueblo de Israel sufría el desconsuelo del destierro en Babilonia, dice el salmista: «Allí nos pidieron nuestros deportadores cánticos, nuestros raptos alegría: “¡Cantad para nosotros un cantar de Sión!”». Pero, ¿cómo podríamos cantar un canto del Señor en una tierra extraña?» (Sal 137,3). Mientras vivimos, esperamos, pero cuando dejamos de esperar, cuando desaparece de nosotros la esperanza, vivimos como si estuviéramos ya muertos. Muchos se preguntan si tendremos vida después de la muerte; pero, hoy, yo me pregunto: ¿tenemos vida antes de la muerte?

¿En qué, o mejor dicho: en quién fundamentas tu vida y tu esperanza? ¿Es para ti la religión un «caramelo dulcificador de aquello que aparentemente no puedes cambiar»? ¿Acaso somos nosotros los artífices de nuestra esperanza? Pues a esto te respondo con toda certeza que no. Sólo Dios puede ser nuestra esperanza, porque él es el primero en esperar algo de nosotros. ¿Creo realmente que Dios espera algo de mí?

En un pasaje de Isaías encontramos estas palabras de Dios en boca del profeta: «¿Qué más se puede hacer ya a mi viña, que no se le haya hecho? Yo esperaba que diese uvas. ¿Por qué ha dado agraces?... Esperaba de ellos justicia, y hay iniquidad; honradez, y hay lamentos» (Is 5,4.7b). Sin embargo, «tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único» para que el que crea en él no muera en la desesperanza, sino que tenga vida, que en su vida habite la Vida; y lo envió no para condenar al mundo, sino para salvarlo (cf. Jn 3,16-17).

Es decir, tanto te ama Dios a ti –sí, a ti, personalmente– que te envía todo su amor, todo lo que él más

ama, su Hijo, para que tu horizonte de esperanza no se cierre, sino que se abra al don de la vida, se abra a aquel que es la Vida (cf. Jn 14,6), y él es capaz de darla para que los demás tengan vida en abundancia (cf. Jn 10,10a-11; 20,31). Ese horizonte de esperanza que Dios siembra en ti, va más allá de todo lo que puedes desear, pensar, esperar o procurar. Por eso dice el salmista: «mi alma espera en el Señor más que los centinelas la aurora» (Sal 130,6). En definitiva, eso es la navidad: el que Dios te diga que cuenta contigo, que puede sacar de ti lo mejor, más incluso de lo que eres capaz de dar.

La esperanza nace en el encuentro con Dios, en salir a su encuentro y en dejarse encontrar por él. La esperanza nace en el corazón cuando te dejas abrazar por Dios, te dejas acoger –y él te acoge tal y como eres–. Dios no te acoge por lo que puedes darle, o por lo que tengas, o por lo que eres capaz, o por lo que hagas, no... (eso es negociar con Dios, y con él no se negocia); Dios se da sin más y sin medida, dice Pablo: «nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes... ha sido un derroche para con nosotros» (Ef 1,3.8).

Pero también Pablo, consciente de haberse sentido personalmente acogido por Dios, y de que a todos Dios nos acoge de esa forma, exhorta a la comunidad diciendo: «acogeos mutuamente como os acogió Cristo para gloria de Dios» (Rm 15,7). Acoger significa tomar, sostener entre las manos, dar seguridad. La acogida que Dios hace con cada uno de nosotros es desinteresada, ¿cómo es la tuya? La esperanza es solidaria.

La oración es un modo de acoger al Dios que sale a tu encuentro, es dejarle que te desborde por su amor,

es acoger su misericordia, es dejar que saque lo mejor de ti. Por eso la oración es siempre un *kairós*, un tiempo de salvación; es un hacerse consciente del hoy de su presencia sanadora y salvadora. Y, por eso, la oración nunca es individual, siempre es un «nosotros», porque cuando eres capaz de abrirte a la acción acogedora de Dios no puedes más que salir al encuentro del otro: María salió presurosa al encuentro de su prima (cf. Lc 1,39); la Samaritana echó su cántaro y salió corriendo al pueblo a comunicar su experiencia con el Mesías (cf. Jn 4,28-29), y María Magdalena corrió gozosa a comunicar a sus hermanos su experiencia con el Resucitado (cf. Jn 20,18).

En la oración, en el encuentro con Dios, nace algo nuevo en nosotros. Por eso debemos estar atentos y pedir siempre que el Señor nos despierte ante eso nuevo que surge en nuestro corazón. Pablo exhorta diciendo: «es ya hora de despertaros del sueño, que la salvación está más cerca de nosotros. La noche está avanzando, el día se echa encima» (Rm 13,11-12). Porque, como dice Juan: «todavía no se manifiesta plenamente lo que seremos» (1Jn 3,2), es decir, eso nuevo que va despuntando en nuestra vida cada vez que nos atrevemos a encontrarnos con Dios, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados, por eso el profeta insiste: «buscad a Dios mientras se deja encontrar, llamadle mientras está cerca» (Is 55,6); y Jesús asegura: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al llama, se le abrirá» (Mt 7,7-8).

Lo que más nos abre a la esperanza es ser conscientes de que el reino está en nuestro corazón, está en

medio de nosotros (cf. Lc 17,21). Desde ahí brotará. Pues es en el corazón del hombre donde nace todo (cf. Mt 12,35). Cada árbol se conoce por sus frutos (cf. Lc 6,43-45). En el encuentro con Cristo, en esa venida intermedia, dice san Bernardo, está nuestro descanso y nuestro consuelo, pues los que se encuentran con Dios pueden descubrirlo en lo íntimo de sí mismos¹.

Y como la oración es ir al encuentro del que viene, te propongo orar con estas palabras de Beda el Venerable²:

*Oh Dios, mi única esperanza,
tú que permaneces,
segura ancla de salvación,
concédeme tu ayuda,
en esta dura batalla
y salva de la caída a tu siervo, oh gran Rey.
Haz que mi débil carne no sucumba, sola,
a las innumerables flechas del terrible tirano.
Recuerda: yo soy como ceniza al viento.
Como un tierno hilo de hierba,
se escapa mi vida;
pero tu misericordia,
que resplandece desde toda la eternidad,
libre a tu siervo del engaño.
Tú que bajaste de lo alto revestido de carne,
vence al maligno,
y haz que la carne*

1. Cf BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermón V en el Adviento del Señor*, 1; *Opera Omnia*, edición cisterciense (1996), IV, 188.

2. BEDA EL VENERABLE, *Hymni*; PL suppl. IV, 2237.

*se dirija gloriosa hacia el reino de Dios.
Líbrame, oh Altísimo, de todo mal,
y haz que me acerque a la verdadera Luz
para florecer en el resplandor de tu Templo,
oh gran Rey,
y tener parte en el sagrado coro del Cielo.*

MARCELO BARVARINO
Ávila (España)



*El equipo que hacemos Vida
Sobrenatural les deseamos de
todo corazón a nuestros
lectores una Feliz Navidad.*

*Que todos podamos llegar
humildemente al portal para
adorar al Niño y darle todo
nuestro amor y cariño.*

*Y que en el año 2012 alcancemos la felicidad
de sentirnos hijos queridos de Dios.*

Mirada contemplativa y cine contemporáneo

2. El nuevo cine norteamericano

Tras la breve introducción que ofrecimos en «1. Contemplación y cine: la mirada», adentrémonos ahora en el cine mismo, dejando ya de lado las consideraciones más teóricas. Pues, del mismo modo que no existe el cine más que en las películas mismas, tampoco la contemplación significa nada sin el mismo hecho contemplativo. En esta característica, en la que la experiencia concreta cinematográfica y contemplativa anteceden y exceden su teoría, también hay una relación.

Gran parte del cine norteamericano, el que proviene de Hollywood, está destinado al mercado. Se rige, por tanto, por las leyes del mismo, buscando, en cuanto tal, agrandar al mayor número de espectadores posible, para lo cual no dudará en ajustar sus producciones a los parámetros, estilos, esquemas, argumentos, ritmos y desenlaces que van a encontrar una acogida favorable, fácil y rentable. Esta manera de hacer cine responde también a esa función del séptimo arte como generador de entretenimiento. Lo cual no es malo: hay, simplemente, películas que se piensan como obras de arte y otras como obras para el entretenimiento y la diversión. Conseguir entretener y divertir de forma

original no es, por otro lado, tarea fácil. Requiere creatividad, conocimiento del medio y de la técnica.

Pero es injusto calificar todas las películas que provienen del cine norteamericano como meros productos para el consumo masivo. Hay, dentro de estas producciones, un gran número de propuestas que, además de acertar a convertirse en productos para el gran público, consiguen realizar obras que verdaderamente hay que considerar como artísticas, originales y sugerentes en orden a la reflexión e incluso la contemplación. Es el caso, por traer algún ejemplo conocido, de filmes de Clint Eastwood tales como *Million dollar baby*, *Gran Torino* o *Mystic river*.

Por otro lado, en Estados Unidos, así también como en Canadá, ha nacido en las dos últimas décadas un cine que, o bien incluye la preocupación religiosa y trascendente del ser humano o bien acoge cuestiones y planteamientos relacionados con la dimensión religiosa y espiritual de la existencia. Ya que no podemos extendernos y queremos sugerir algunos títulos concretos, nos ceñiremos a algunas obras que, al citar aquí, recomendamos.

LA DELGADA LÍNEA ROJA

La delgada línea roja (*The thin red line*, EE.UU, 1998), de Terrence Malick, película basada en la novela homónima de James Jones (1962) que narra las vivencias de un grupo de soldados durante la guerra de Guadalcanal, es una obra maestra del cine de los 90. El argumento es simple: durante la II Guerra Mundial,

las tropas norteamericanas y japonesas se ven sumidas en un sangriento conflicto por el control de las islas del Pacífico. La película se adentra en los vericuetos de la violencia humana, lo cual se desarrolla en el contexto de una batalla que se libra en un paraíso natural y que da lugar a una profunda reflexión sobre la vida y la muerte, la creación y el hombre, la inmortalidad y la violencia, la gloria y el infierno.

Se trata de un film antibelicista pero diferente en su formato absolutamente poético. Entre otras cosas, el enemigo no aparece y, en lugar de asentarse sobre los esquemas consabidos de buenos y malos, de agresiones y ataques ejercidos en respuesta, abre una brecha en la conciencia para fondear los bajos de la naturaleza humana y encontrar, nos guste o no, las preguntas fundamentales con que el ser humano ha de enfrentarse tarde o temprano y que, guste o no, le abren a la trascendencia: qué es el hombre, qué es la vida, qué sentido tiene la muerte, por qué la belleza, por qué el horror, ¿hay algo o alguien a quien esté abierto nuestro ser?

UNA HISTORIA VERDADERA

La otra gran película que selecciono para representar ese que he llamado «nuevo cine americano» es *Una historia verdadera* (*The Straight story*, EE.UU, 1999) de David Lynch. Otra cinta para la historia del cine.

Muestra una trama directa y sencilla, pero no simple. Un anciano recibe la noticia de que su también

anciano hermano, con quien no se habla desde hace diez años, está a punto de morir. Ante la imposibilidad de hacerlo de otro modo, Alvin emprende un viaje desde Iowa hasta Wisconsin sobre el único medio de transporte que le queda, su cortacésped, con la única finalidad de, suponemos, pedir perdón a su hermano y reconciliarse con él, consigo mismo y con la vida. El viaje sobre la cortacésped nos brinda la ocasión de recorrer la geografía de la América profunda, sus gentes, sus valores y sus contradicciones.

Aunque el argumento, en otras manos, se prestaría a un panfleto sentimental, en la nunca convencional mirada de Lynch se convierte en un poema épico, en absoluto indulgente o autocomplaciente, de la fraternidad humana y de los valores sobre los que se asienta la verdadera identidad de los Estados Unidos de América, tratando, y ésta es la razón por la que aquí la incluimos, aspectos tan denostados como discutidos como son: el aspecto expiatorio de determinados gestos humanos; el alcance universal de un solo acto de reconciliación; y la identidad tocada por la gracia, capaz de lo mejor, del ser humano retratado con y más allá de todos sus defectos y todos sus errores.

Se trata de una película que ha de verse con mirada especialmente contemplativa. Su ritmo lento es cercano al ritmo de la existencia humana en sus aspectos profundos, aquellos que no se pueden filmar con prisa y con efectos gratuitos y superficiales. La música compuesta por Badalamenti es más música para la conciencia y para el alma que para la mera orquestación de las imágenes. A lo largo del film, uno no puede dejar

de preguntarse ¿qué significa, en el fondo, vivir?, ¿qué cosas son las verdaderamente importantes y cuáles no?, ¿podemos, con un gesto de nuestra existencia, reparar todos los daños y los odios que hemos ido dejando enquistarse en el camino?

Ahora, eso sí, estamos ante una película que requiere la actitud contemplativa de la paciencia, la ascesis visual y rítmica, una cierta mirada generosa y «mansedumbre». De lo contrario, nos quedaremos en lo anecdótico y hasta en lo ridículo. En cambio, si la vemos en clima cercano a la meditación, saldremos cambiados, madurados e iluminados de este fin que se cierra con una elevación de la cámara hacia el cielo y que sugiere así la dimensión trascendente del ser humano, incluso cuando la cuestión religiosa no se haga explícita.

En los dos siguientes partes de este estudio nos adentraremos en «Dogma 95» y el cine europeo.

FRAY ANTONIO PRAENA, O.P.
Granada-Valencia (España)

Cómo vivir el silencio

El ciego de Betsaida

«Presentaron a Jesús un ciego y le pidieron que le tocara. Jesús tomó de la mano al ciego y lo condujo fuera de la aldea. Allí le untó los ojos con saliva, le puso las manos encima y le preguntó: “¿Ves algo?”. El ciego abrió los ojos y dijo: “Veo a la gente. Son como árboles que andan”. Jesús le puso otra vez las manos sobre los ojos, y entonces el ciego vio perfectamente. Estaba curado; podía ver ya con toda claridad. Después Jesús le mandó a casa, encargándole que ni siquiera entrara en la aldea» (Mc 8,22-26).

Hay una expresión en nuestro lenguaje con la que calificamos que una persona está atolondrada: decimos «está ciega», como que ha perdido ese saber estar. Pero en ocasiones todos estamos ciegos, nos ciegan muchas cosas en la vida: la ambición, el trabajo, el miedo, la desconfianza, la ira, el orgullo, la rutina, la costumbre... Es bueno romper el ritmo.

A Jesús le presentan este ciego. Puede que haga alusión a estas cegueras. Jesús es un gran pedagogo y lo primero que hace es sacarle fuera de la aldea. Y le lleva al campo. Es un gesto lleno de sencillez y de luz. Para ver una cosa uno debe alejarse de ella. Sólo cuando nos alejamos de las situaciones las podemos ver.

La gente lo llevó para que lo tocara. Aparece el símbolo del contacto. El contacto nos hace despertar.

Existe la edad de la palabra, la del oído, la de la mirada... pero en este momento Jesús se detiene en la edad del contacto. Es la edad de la comunión, la edad del seno de la madre. El camino del contacto es el de la más profunda comunión. Jesús tocaba.

Se puede decir que orar es «tocar a Dios».

El contacto le cura.

Sabemos poco de la riqueza de nuestro contacto. Es un camino de comunicación maravilloso. En la enfermedad muchas personas no buscan más que el contacto.

Jesús le manda después a su casa, diciéndole: «Cuidado con entrar en la aldea». Un verdadero contacto nos envía siempre dentro. No es el contacto del cutis, sino el que nos pone en marcha hacia nuestro interior.

Mandarle a casa es mandarle a su corazón. Como si le dijera: «Y no te entretengas con tu superficialidad». Es el barullo de la exterioridad.

No le manda ir sino a su propia casa, que es como introducirse en el misterio de Dios, «*vete a ti*» dice el Amado a la Amada en el Cantar de los Cantares (cf. Can 7,1). El amor busca la verdad del otro y que viva en la verdad. Un amor que nunca es posesivo. Del amor que busca acaparar hay que temblar. «*Vete a ti*» es expresión de la pureza del amor. El que educa es el que lleva al otro al corazón.

PRESENCIA

La confusión en la que a veces vivimos nos ciega. Lo primero es estar donde uno está: estar aquí. Reducir el contacto al máximo con lo que está en el pasado, estar enteramente donde se está. Nuestro caos es no estar donde estamos. Estar en el antes o en la memoria o en el ayer... Ni el pasado es nuestro, ni el futuro es nuestro. Si algo hay nuestro es este ahora.

Aprender «presencia» es maravilloso. Y si Jesús le toca a este hombre es para eso. A un distraído le tocamos para que caiga en la cuenta. Éste es el primer camino para poner orden a nuestro desorden.

CONTACTO CON LA NATURALEZA

Este pasaje nos invita a tomar contacto con la naturaleza: le lleva al campo. Es muy importante contactar con la naturaleza.

La naturaleza es como una voz mística que nos lleva a trascender, a restablecer nuestra armonía... Hemos de tomar contacto con una noche estrellada, con un atardecer, con este cosmos.

Pero a esta naturaleza el hombre la ha maltratado. Un estudio reciente ha comprobado que unas ballenas al ver su hábitat maltratado se han suicidado. Los animales, sobre todo, huyen del hombre. Esa insolidaridad es el resultado de nuestra ambición.

Si estuviéramos con esa puesta de sol, también nuestra emoción se serenaría. Si se mira con una verdadera y generosa mirada, algo se restablece en nosotros. Quizá por eso Jesús llevó a este hombre al campo.

ACTUAR SEGÚN LO QUE VE EL CORAZÓN

Otro camino para recobrar este orden de nuestra vida puede ser el no discutir, el no distraernos nunca de lo que vemos en el silencio interior. No distraernos de lo que vemos con los ojos de nuestra profundidad: «Vete a tu casa y no te entretengas en la ciudad».

La voz del corazón siempre es una voz verdadera. Por eso se ha de decidir hacer lo que se ve por medio de él.

Pero después surge la duda, la inseguridad. Y se empieza a conversar con esas dudas que van en nosotros, que son las dudas de nuestra razón o las resistencias de nuestra sensibilidad o de nuestra costumbre.

Hacer lo que se ve en esas horas de claridad. Por ejemplo: en la oración uno comprende que debe estar ahí, viviendo por nada. Pero al rato surge la duda y empieza a discutir, y eso es lo que engendra desajuste. Vete a tu casa y no te quedes en los alrededores de tus emociones o de tus juicios o de tus sentimientos o de tus costumbres. Si uno ha visto algo con el corazón... que lo haga sin discutir.

Las discusiones con uno mismo son las que más nos descoyuntan y desordenan. Si queréis que se sere ne vuestra conciencia emocional, vuestra conciencia racional, haced lo que ve vuestro corazón. Que todo ceda a favor de la mirada del corazón, que todo se ponga al servicio de lo que el corazón está viendo.

Lo fluido, lo espontáneo. Esa luz que brota de dentro siempre es pura y no suele haber ninguna

confusión. La discusión surge cuando algo en nosotros lo encuentra dificultoso o casi irracional. Haced las cosas por nada, ¿dónde se ha visto? En nosotros hay barreras que nos dificultan y nos separan de nuestro corazón.

CUIDAR EL CUERPO

Otro camino para ordenar nuestro corazón es cuidar el cuerpo. Es muy importante cuidarle bien. El cuerpo percibe bien cuando está bien. Si se le alimenta demasiado poco o si se descansa poco, la percepción no es buena.

Ningún exceso es justo para el cuerpo. Ni por exceso ni por defecto. La dieta del alimento y del descanso nocturno no tiene nada de vulgar: después de una comida exagerada uno no está para meditar, se está embotado.

Hay que cuidar el cuerpo si se quiere un cierto orden y equilibrio.

Había una ley en Grecia que decía: «Nunca nada demasiado». Ni demasiada comida, ni demasiado ayuno.

Cuidar la relación con la naturaleza. No es lo mismo un paseo por el campo que por la ciudad. La mente necesita todos estos cuidados. Si se paseara todos los días como mínimo una hora por el campo, posiblemente la mente estaría más serena.

ESTAR ATENTOS A LO QUE HACEMOS

Y también ejercitarse siempre en el estar con las cosas que se está. Sentir esto si toco esto: no pensarlo, no dejar que nuestra mente siempre esté activada. Ejercitarnos en el sentir. Al comer: sentir la naranja, el vaso de agua... no estar pensando, sino atentos a lo que hacemos.

Estar con cada situación y con cada sensación, entonces la mente saldrá beneficiada. Esto supone un adiestramiento, pues estamos acostumbrados no a sentir sino a pensar. Entrar en contacto con las cosas. No es indiferente comer cualquier cosa o descansar de cualquier manera.

La escuela del silencio es la vida.

El silencio es la atención. No es mudez, sino estar atentos.

Se puede estar en silencio verbal y estar juzgando o siendo intransigente: eso no es silencio.

ESTAR BIEN, EN ARMONÍA

Reservar para la meditación el mejor tiempo del día no es un acto de egoísmo sino de amor con todos, porque cuidar el corazón, la armonía, es un gesto de amor. Si uno está bien, todos los demás estarán mejor contigo. Si uno está pacífico y armonizado, todo está mejor.

A veces no hay que hacer nada: nada más que estar bien. Nos pasamos la vida pensando hacer el bien, pero quizá el gran bien es el que se transparenta desde una manera de estar bien en la vida.

El Evangelio es salud y armonía. Hay que cuidarlo todo, hasta el agua que se bebe, hasta la comida que se come. Si nos fiáramos del cuerpo y no de la mente, posiblemente comeríamos lo que necesitamos.

AYUNO DE INFORMACIÓN

También cuidar el ayuno de información, de lectura.

En el campo de la lectura ver también lo que a uno le favorece, lo que necesita. No tragarse toda la prensa o todas las tertulias de la radio o todos los programas de la televisión. En el campo de la información ahora hay un superávit, es una condena tener que leerlo todo y oírlo todo o verlo todo.

Leer sólo lo que se necesita. Nuestra relación hay que cuidarla con las personas pero también con las cosas: con ese espectáculo, con esas horas que preceden al descanso... todo hay que cuidarlo, nada queda al margen de un mundo saludable.

El cuerpo nos va diciendo nuestra situación, escuchando al cuerpo se sabe poner punto final a lo que sea. El cuerpo es muy honesto porque es espontáneo, es nuestra mente la más traviesa y engañadora.

El silencio es receptividad, disponibilidad, acogida.

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

Emmanuel: el Niño Dios como dinamismo comunitario

(Isaías 7,14)

«Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: he aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel».

Esas palabras de Isaías, familiares para nosotros, nacieron entre los años 734-733 a.C. Geográficamente se localizan en Judá/Jerusalén, tierra gobernada por el rey Acaz (cf. Is 7,1), a quien el profeta le destina el mensaje. Ahora les comparto, brevemente, la controversia del contexto: dos naciones extranjeras (Siria y el reino de Israel) querían hacer una alianza con el rey Acaz (reino de Judá). El objetivo era unirse para hacer frente al avance de los poderosos asirios. Sin embargo, Acaz se negó a la propuesta, y por ello tuvo problemas políticos con esos pueblos. ¿Saben qué hizo? El astuto monarca estableció una relación «amistosa» con los asirios sometiéndose al imperio (cf. 2 Re 16,10-18).

Confiado más en los asirios que en Dios, el rey Acaz estaba en crisis de fe. A la hora de la verdad, optó por abrazar lo que él consideró más seguro. En este ambiente, las palabras proféticas se hicieron sentir, y en su traducción a partir del hebreo, su significado queda más evidente: *«la joven mujer está encinta...»*.

Les comparto lo que descubrimos en un grupo de estudio: por el artículo «la» en la frase, la joven mujer está presente en la comunidad donde el profeta habla, y todos saben de quién se trata. Pero, el nacimiento de este niño es un acontecimiento futuro: en cada criatura que nazca se renovará la promesa. A esto se le llama en la tradición bíblica «esperanza mesiánica». En este dinamismo teológico se consolida la fe del pueblo de Dios. Para Isaías, este Niño Dios concentra la esperanza de la comunidad, y no los asirios, como pensó el rey.

Observo que la importancia del texto recae en ese Niño y el significado de su nombre: Emmanuel –«Dios con nosotros»–, o sea, no tiene nada que ver con ser la «pertenencia privada de alguien influyente», sino que «Dios está con la comunidad». La belleza de los nombres en el Antiguo Testamento reside en que ellos ejecutan el mensaje que transmiten. Esto quiere decir que «Emmanuel» es la señal de la inocencia y de la salvación aconteciendo en el pueblo de Dios.

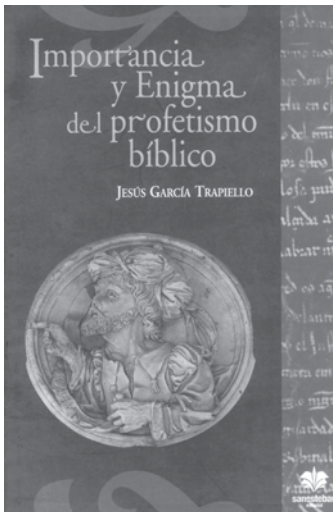
Para estar en sintonía con ese Niño, es necesario, pues, entrar en su dinámica de la no violencia, así como ser coherente con la ética que exige. Para la comunidad de Mateo, en el Nuevo Testamento, y para nuestra tradición cristiana, el nacimiento de Jesús cumple la profecía (cf. Mt 1,23). Pero este Niño no quedó pequeño en los brazos de María y José, sino que creció y procuró cumplir la misión que le fue confiada, asumiéndola con todas sus consecuencias.

Queridos lectores, el dinamismo mesiánico continúa porque todavía hoy compartimos la misma promesa de fe.

Sabemos que es difícil comprender para nuestro intelecto un Dios que se expresa en la sencillez, en la fragilidad, en lo que aparentemente carece de estatus social. Sabemos que este Dios es tremendo y hasta parece que juega con nosotros.

Entremos también en su dinámica de justicia y paz. Seremos testigos de su presencia salvadora entre nosotros.

HNA. ÁNGELA CABRERA, O.P.
São Paulo (Brasil)



IMPORTANCIA Y ENIGMA DEL PROFETISMO BÍBLICO

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

Páginas: 276 Precio: 22 €

El lenguaje profético es siempre actual y merece la pena ser conocido. Para ello es preciso enmarcarlo en su ambiente y percibir su origen en Dios. Esta es la perspectiva en la que se sitúa esta obra que puede ser considerada una introducción al profetismo bíblico.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

Ayudar a contemplar el Nacimiento del Señor

El belén del monasterio de Santa Ana
(Monjas Agustinas)

El año pasado estrenamos una experiencia con el belén que solemos montar en la iglesia y deseamos compartirla con los lectores de *Vida Sobrenatural*.

Dado que en años anteriores ya íbamos haciendo un belén de grandes proporciones –lo que hacía que cada vez fuera más visitado–, tratamos de aprovechar la ocasión para tratar de ayudar a nuestros visitantes a contemplar y a hacer una lectura actual del Nacimiento de Jesús, ese acontecimiento de hace 2000 años que sigue vivo y actuando entre nosotros. ¡Y bendita la hora en que empezó a ser así!

Como en años anteriores, y más aún, todo el belén estaba cargado de detalles, de modo que quien estuviese dos minutos delante viese unas cosas; quien cuatro, viese otras; y quien seis, otras. Y así en todas las partes del belén, mirase desde donde se mirase. Estaba hecho de manera que tenía un recorrido largo. Tenía un río con agua corriente y un pequeño lago con unas cataratas. Y la cantinela del agua, de por sí tan relajante, era otro de los elementos que ayudaban a estar bastante tiempo contemplando el belén e irse

llenando, a través de mensajes subliminales (eso tan de moda), de silencio, de paz, de armonía...

Otro de los elementos principales lo constituía el hecho de que el belén no estaba, por ejemplo, en un almacén, sino en una iglesia, donde la presencia de Jesús «llena» el ambiente de esa forma tan especial y sosegada.

A todo esto, que en menor escala ya realizábamos en años anteriores, el año pasado añadimos una dinámica a base de tres grandes carteles (con letras grandes) colgados de las columnas de la iglesia que estaban incorporadas al belén. Cada cartel estaba dedicado a un misterio: anunciación a los pastores, nacimiento y adoración de los Reyes, con una cita bíblica y unas fotos actuales y alusivas.

La cita bíblica de la anunciación a los pastores fue: *«Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los sencillos»* (Mt 11,25); la del nacimiento: *«Os anuncio una gran alegría: os ha nacido el Salvador»* (Lc 2,11); y la de la adoración de los Reyes Magos: *«Buscad al Señor y revivirá vuestro corazón»* (Sal 68,33).

Cerca, pero separada del belén, teníamos una mesa con otro gran cartel: *«Te invitamos: a contemplar y meditar»* (y en letra más pequeña: *«En el cajón tienes papel, boli y soporte»*). Sobre la mesa había tres montones de hojas, cada uno dedicado a uno de los misterios (con algunas hojas ya escritas por hermanas del monasterio), con los que se invitaba a aportar alguna idea sobre algún misterio, o sobre los tres.

Dimos por supuesto que no iba a ser fácil que alguien se pusiera a escribir, pero nos dábamos por satisfechas si alguien se tomaba un tiempo para contemplar el belén con paz, leía los carteles y hojeaba lo que estaba escrito en los papales. Si eso se daba, estaba cumplido el objetivo de impartir unas catequesis sobre la Navidad y sobre cómo meditar el Evangelio.

Para nuestra sorpresa, al terminar el tiempo navideño pudimos descubrir que las expectativas se habían cumplido por encima de lo esperado y fueron varias las colaboraciones que encontramos escritas en los distintos montones.

Felices días y que Jesús, siempre generoso, les colme de sus gracias y bendiciones.

HNA. GEMMA DE LA TRINIDAD, OSA
Sant Mateu (Castellón)



**MARÍA. UN DON DE DIOS
Y UNA EXISTENCIA DE FE**
MIGUEL IRIBETEGUI

Páginas: 136 Precio: 10 €

Estas páginas son un paseo teológico,
una visita guiada por las trazas
de la mariología



www.sanestebaneditorial.com

LITURGIA

Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía

8. La Eucaristía es acción de gracias

(DEMOS GRACIAS AL SEÑOR, NUESTRO DIOS)

Con estas palabras, la liturgia antigua judía comenzaba su acción de gracias. Con las mismas palabras la Iglesia de Cristo quiere mostrar que el Sacrificio de Jesús es la «acción de gracias» que damos al Padre, es decir, la Misa... Es sacrificio de propiciación, de alabanza y de *acción de gracias*. Continuamos hoy lo que el Señor hizo en su última Cena: Él dio gracias (cf. Lc 22,19). Hoy nosotros participamos en la acción de gracias de Cristo al Padre y, con la Cabeza de la Iglesia, nosotros, sus miembros, también damos gracias. Tenemos el deber y el derecho de dar gracias al Padre, dador de todo bien. Por eso, en el diálogo previo al *Prefacio*, cuando se nos invita a la acción de gracias, contestamos: «*Es justo y necesario*».

LA MISA ES NUESTRA ACCIÓN DE GRACIAS

Aquí no se trata de dar gracias a Dios «con ocasión de la Misa», sino de insertarnos en una realidad que es acción de gracias: damos gracias *en* y *con* la Misa. Ésta es «el lugar» de una plena acción de gracias de

Cristo y de su Cuerpo místico. Este momento de la Eucaristía que ahora tratamos, debe traer a la memoria de nuestra alma, tantos momentos en los que Nuestro Señor demostró tener un corazón agradecido, momentos que fueron imitados por sus discípulos y que son un incentivo para que nosotros también seamos agradecidos: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado» (Jn 11,41). Jesús no tiene la menor duda de que su Padre lo escucha. ¿Es semejante nuestra confianza...?

Cuando el Salvador constata las maravillas que Dios va a cumplir por su mediación –por ejemplo: resucitar a su amigo, Lázaro (cf. Jn 11,1-44)–, no puede hacer otra cosa sino darle gracias. Y esta acción de gracias tiene una fuerte dimensión de alabanza. Cuando multiplique los panes, también pronunciará una oración de acción de gracias (cf. Mc 8,6). En su última Cena pascual, la acción de gracias crecerá hasta adquirir la forma de caridad en la cruz. Es la acción de gracias del que ama hasta el fin y decide quedarse con nosotros, para que lo reconozcamos en la fracción del Pan (cf. Lc 24,35).

CRISTO: MOTIVO PRINCIPAL DE ACCIÓN DE GRACIAS

Todo lo que sucede a los Apóstoles en orden a la salvación, es causa de que vivan en acción de gracias. Pablo alaba la fe de los romanos (cf. Rm 1,8), lo mismo que la gracia de Dios aceptada por los corintios y su testimonio cristiano (cf. 1 Cor 1,4-6). Ante el don extraordinario recibido (el don de lenguas), da humildes gracias a Dios (cf. 1 Cor 14,18). Al descubrir que la

Muerte nada puede contra la victoria de Cristo, la acción de gracias fluye de los labios del Apóstol (cf. 1 Cor 15,57). Por el don de Cristo y por usarnos como instrumentos aptos para el apostolado, da nuevas y renovadas gracias (cf. 2 Cor 2,14). Lo mismo por la caridad de los cristianos de Éfeso con sus hermanos en la fe (cf. Ef 1,16). Igual actitud tiene cuando los filipenses se prestaron gustosos a servir al Evangelio (cf. Flp 1,3). También la acción de gracias brota de su alma y de sus labios por haber sido hecho fuerte para Jesús y por haber recibido de Él la misión, desde el ministerio sacerdotal (cf. 1 Tim 1,13).

También el Apocalipsis canta y da gracias, no por otro motivo, sino porque Dios es Todopoderoso y porque ha querido establecer su Reino entre los hombres (cf. Ap 11,17).

Cristo Jesús es la causa de nuestra acción de gracias, porque sabemos que Él –con su Muerte y vuelta a la vida– es acción de gracias al Padre.

Pero, para no hablar sólo de Jesús y de sus primeros seguidores, hablaremos de nosotros, los que domingo tras domingo celebramos la Misa. Si bien aquellos son privilegiados, lo son porque fueron fieles al Padre: se presentan como modelos imitables, con un testimonio válido para los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar.

MOTIVOS CERCANOS DE ACCIÓN DE GRACIAS

¿Es distinta la fe del siglo I a la del XXI?

¿No vemos en nuestro entorno a hombres, mujeres e Instituciones en los que la presencia de Jesús nos

mueve a testimoniar tal presencia con gratitud de ánimo?

¿No vive Cristo-Resucitado en cada bautizado, en cada iluminado por la luz de la Vida?

¿No sabemos, en nuestro tiempo y en nuestras ciudades y países, que la Muerte ha sido vencida y que ya nada puede contra Cristo-victorioso?

¿No es evidente que Jesús nos usa como instrumentos pobres pero dóciles, para que su plan de salvación se lleve a cabo?

¿No tenemos, en la Iglesia, nuestro hogar, un cálido y hermoso lugar como hijos y hermanos?

¿No pedimos a Dios todos los días que su Reino venga y... ¡el Reino viene!?

¿No son todos éstos, un motivo de profunda acción de gracias, motivo capaz de abrir nuestros corazones, como quien abre una compuerta que está reteniendo un caudal que pugna por salir con fuerza?

¿Y otros motivos...? La vida, la familia, el trabajo, la salud, la cultura, los amigos?

¿No seremos –con frecuencia– ciegos ante el paso del Señor y sordos ante su voz?

¿No serían éstos, motivos para convertirlos en Eucaristía, en la acción de gracias de Cristo y de su Iglesia?

Cuando en la Misa escuchemos: «*Demos gracias al Señor, nuestro Dios*», respondamos, con voz fuerte y el corazón puesto en cada palabra: «*Es justo y necesario*», porque faltaríamos a la justicia si no diéramos gracias,

y porque nuestro corazón ha sido elevado para ser sacrificado en acción de gracias.

Y esta «acción de gracias» es la Eucaristía, por la que la Iglesia agota sus posibilidades de ofrenda agradable a Dios y de frutos buenos para los hermanos.

FRAY HÉCTOR MUÑOZ, O.P.
Mendoza (Argentina)



**EL EVANGELIO
DEL SEÑOR
EN LA CRUZ**

GREGORIO CELADA LUENGO

Páginas: 95

Precio: 10 €

Las siete palabras de Jesús en la cruz son de gran transcendencia para los cristianos.

 **sanesteban**
editorial

www.sanestebaneditorial.com

TESTIGOS

El P. Miguel Barbero Moreno, O. Carm. (1930-2006)

«*Yo sólo soy un pobre hombre muy necesitado de Dios*». Así se autodefinía.

Nació el 14 abril de 1930 en Hinojosa del Duque (Córdoba, España), en el seno de una familia profundamente religiosa, que le impuso en el bautismo el nombre de Pedro Víctor, pero que él cambió en la vida religiosa por Miguel, en honor de su padre. Era el menor de cinco hermanos: tres mujeres y dos hombres. Una de sus hermanas, Lourdes, murió siendo carmelita. Su padre se dedicaba a la labranza.

Su infancia transcurrió como la de cualquier otro niño, aunque interrumpida por acontecimientos que lo marcaron para siempre. Cuando tenía 6 años estalló la Guerra Civil española y, debido a la zona en la que vivía su familia, tuvo que presenciar situaciones que quizá no comprendía totalmente en aquellos momentos, pero que, más tarde, influyeron en su vida de forma determinante. Su intuición de niño le mostraba lo que sus padres y familiares mayores le ocultaban para que no sufriera, pero el desconcierto y los tensos momentos que tuvieron lugar en el hogar, arriesgando sus vidas por ocultar allí a frailes carmelitas perseguidos, hicieron de Pedro Víctor un niño responsable, obediente y con frecuencia desconcertado interiormente,

aunque con las travesuras propias de cualquier otro de su edad.

Ya de adulto, su gran prudencia y discreción hacían que no hablara de estos hechos. Su temprana experiencia de la tragedia de una guerra entre hermanos lo llevó a ser un gran defensor de la Verdad en cualquier ámbito de la vida. No se decantaba ni por «derechas», ni por «izquierdas» ni por «centros», sino que defendía sin contemplaciones la justicia, la dignidad de toda persona, la libertad de pensamiento y de creencia y, sobre todo, defendía la Verdad, que es lo mismo que decir el Amor.

Admira ver cómo había trabajado su fe a lo largo de su vida hasta aprender a dejarse llevar por la voluntad de Dios. *«Conforme me he hecho mayor, he dejado de ser tan racionalista y, para mí lo considero un logro, he entendido de forma más honda que el hombre es también, y mucho, sentimiento. He pasado de la vivencia de una fe algo fría y descarnada a intentar implicar el sentimiento en esa vivencia de la fe, en definitiva una fe más humana, más comprensiva. Vivo el providencialismo de una manera intensa, y lo considero una riqueza, un logro. Me ha hecho descubrir y tener la certeza de que Dios (ese Dios Padre que me dio la existencia) me acompaña en todos los acontecimientos de mi vida y que acompaña a todos y cada uno de los hombres [...]. No creo en la casualidad, fuera de en cosas baladíes. Yo, por ser excesivamente racionalista, no era casi nada providencialista. Hasta que me “bajé del burro”. Ahora hago las cosas, no sólo cuando racionalmente creo que debo hacerlas, sino también cuando presiento que debo hacerlas».*

Cuando se le preguntaba por su quebrada salud, daba muy escasos datos y terminaba diciendo: «*Tengo suficiente salud para hacer lo que tengo que hacer*». No comprendía que las personas consagradas se preocuparan en exceso por la salud, y sus múltiples sufrimientos los mantenía ocultos, silenciados. Lo importante para él era estar dispuesto a aceptar la voluntad de Dios, que es, ante todo, Padre amoroso y sabe mejor que nadie lo que nos conviene. Cuando se le pedían oraciones por alguien, él se preocupaba, en primer lugar, por la aceptación de la voluntad de Dios por parte del enfermo.

Estuvo en la brecha hasta el final de sus días porque era un trabajador incansable y estudioso constante. No le gustaba perder el tiempo y descansaba del trabajo que lo tuviera ocupado en un momento determinado, haciendo otro distinto como, por ejemplo, escribir cartas de dirección espiritual. Se esforzaba por estar al día en todo lo que podía constituir el bagaje necesario para ayudar a los demás. No concebía la idea del cristiano sin formación. Para él, los valores humanos eran la mejor base para que el auténtico cristiano fuera, al mismo tiempo, un buen ciudadano. Estaba al día en cultura y era amante de la Historia y la Psicología.

Prefería escuchar a hablar, pero sus silencios estaban cargados de mensajes de apoyo, de discreción, de finura espiritual, de acompañamiento, sin jamás dejar espacio a la indiscreción, la curiosidad, al consejo no pedido... Sentía un enorme respeto por la libertad del hombre y su capacidad para elegir, y se negaba a tomar decisiones que no le correspondían, incluso en casos muy difíciles de los que tenemos constancia.

En el acompañamiento espiritual se ofrecía a Dios como pobre instrumento y confesaba que le *«humillaba»* saberse elegido por Dios para acompañar a las almas, porque él, al tiempo que acompañaba, no se quedaba en la orilla, viendo cómo arreciaba la tempestad, sino que iba en la misma barca, acompañando y sufriendo con el alma encomendada.

Era notorio comprobar «cómo se le llenaba la boca» cada vez que pronunciaba la frase *«yo, como sacerdote»*... No existía para él ninguna otra misión más encomiable, digna y respetable; se sentía orgulloso de ella. Estaba enamorado de su vocación (comenzada a los 11 años); vocación que fue creciendo a medida que se iba quedando solo en «la subida al monte Carmelo».

El carisma carmelita lo había mamado en su hogar: tenía dos tíos maternos y una hermana carmelitas. Como consecuencia, su amor a la Santísima Virgen era de predilección. Y si había un momento mariano que le impresionaba sobremanera, ese era la fe firme que sostuvo a María, de pie, sin desfallecer, al lado de la cruz. Era su momento favorito.

Aunque aparentemente seco de trato, su sensibilidad era de una exquisitez que le llevaba a comentar: *«A mí se me humedecen los ojos cuando pienso en lo que sufrió Teresa del Niño Jesús en los últimos meses de su vida o cuando pienso en ese viaje de Edith Stein en un tren inmundo, hacinada con otras mujeres (con la sensibilidad y finura espiritual de ella) y su llegada al campo de concentración y cámara de gas. ¡Cuántas veces me he preguntado ¿por qué, Señor? ¿Por qué? Después de su generosa búsqueda del verdadero rostro de*

Dios, tanto de una como de la otra, ¿por qué este final? La respuesta, ¡también incomprendible! – la encuentra uno en la contemplación del Hijo de Dios crucificado y en su grito: “¿Por qué me has abandonado?” [Mc 15,34]».

Se había ejercitado en la humildad porque sabía que fácilmente podía caer en la soberbia. Baste el ejemplo que escribía en una carta: «...en los seminarios se estudiaba Oratoria, era una de las muchas asignaturas que teníamos. Ya no, hace mucho tiempo que, gracias a Dios, se quitó. A mí me sucedió una cosa que me cambió mi manera de predicar. Los primeros cinco años de sacerdote los pasé en Osuna y me invitaban mucho a predicar. Pero un día, una señora, espontáneamente me dijo entusiasmada de mi sermón: “Cuando usted predica, al terminar ciertas frases, se tiene una que contener para no aplaudir”. Ten en cuenta que los sermones los escribía y después me los aprendía de memoria, cosa que no me costaba mucho trabajo [...]. A partir de entonces, hice que mis sermones fueran de una comunicación más sencilla y directa. Me dio miedo de que hiciera teatro».

Consiguió, a base de mucho esfuerzo y amor a Dios, pasar por la vida intentando no destacar, excepto en la entrega a Dios y a los demás. Él quería ser como los demás, como hacía al vestirse de paisano en su pueblo a fin de no diferenciarse en nada.

Si en algo todas la personas que lo conocían estaban de acuerdo era en su condición de director espiritual. Era muy exigente en este terreno, pero quien se dejara dirigir por él terminaba sintiendo siempre hambre de Dios. Su mano era firme pero suave, exigente

pero comprensiva, acompañaba pero no guiaba; su ejemplo, más que sus palabras, alentaban al dirigido a buscar más y más a Dios.

Tanto para la gente en general como para aquellos que tenían un trato más cercano con él, el P. Miguel transmitía paz, quietud; sus palabras estaban llenas de mesura y de sentimiento de acogida. Según él mismo confesaba, siempre había tenido las ideas muy claras, pero también muy pensadas. Y éste era el resultado. Aunque fuera parco en su conversación, su interlocutor siempre salía aliviado, con una extraña ¿por inusual? sensación de serenidad.

El carisma del Carmelo fue el marco que consideró perfecto: *«Entregar la vida de uno a favor de la humanidad y de la Iglesia es lo más hermoso que puede hacer una persona. Es así como enriqueces a la Iglesia y haces el bien a la humanidad. Esa es la comunión de los santos».*

En la homilía que predicó en la celebración del 50 aniversario de su ordenación sacerdotal, con una sencillez inigualable, declara: *«En estos 50 años, a pesar de mis muchas infidelidades con el Señor, Él ha tenido mucha paciencia conmigo y me ha bendecido a manos llenas. Lo mismo que antes os dije que el Señor me eligió como un premio a mis padres, debo también a otra persona la perseverancia en mi vocación. Esa persona especial fue mi hermana Lourdes, la mayor de mis tres hermanas, que murió a los 44 ó 45 años siendo religiosa carmelita. Sé por otros sacerdotes carmelitas que esa fue una de sus grandes preocupaciones. ¿Ofreció su vida por la perseverancia en mi vocación?».* En su vida todo

lo consideró gracia, regalo, sin ningún mérito por su parte.

Sentía un enorme respeto y admiración por la vida de clausura, que conocía bien debido a la dirección espiritual que ejercía con un buen número de monjas. Escribió documentos de gran profundidad sobre la vida de comunidad, que son reflejo de lo que él no se cansaba de repetir, quizá por experiencia propia: «*La vida consagrada está diseñada para morir a uno mismo*».

Escribiendo sobre la necesidad de «vivir la provisionalidad», sobre dejarse llevar por Dios en cada momento de nuestra vida, matizaba: «*Lo que no quiere decir que no podamos vivir hasta los 90 años. Espero que no me suceda a mí. Sólo podría interpretarlo como que no estoy maduro para que Dios me acoja en su seno*».

Amanecía cada día preparándose para el encuentro definitivo y poniéndose en manos de Dios Padre y de la Santísima Virgen y, cuando tenía 76 años, poco después de escribir esas líneas, el Señor vio su madurez espiritual y lo llamó para abrazarlo, 14 años antes de ese tope que él se había marcado.

Concluamos dejando volar nuestra mente hacia el profeta Elías, inspirador del Carmelo. A semejanza de él, creemos que Dios Padre arrebató amorosamente al P. Miguel cuando iba a reunirse con su familia en su pueblo, Hinojosa del Duque (Córdoba), muriendo a causa de un accidente de tráfico el 29 de diciembre de 2006.

Desde el día de aquel inesperado desenlace, los que aún sentimos su pérdida estamos felices de que

el P. Miguel esté ya participando y viviendo en plenitud el misterio que adoraba y tanto le fascinaba. No encontramos palabras mejores que las suyas para expresar esta realidad:

«El misterio de Dios me fascina cada vez más, me hace ver mi propia pobreza, y me obliga a bendecirlo y alabarlo por todo. Cuanto más se adentra uno en él, menos se entiende con nuestro pobre entendimiento. Pero no es cuestión de entender, sino de asumir y adorar»¹.

PAULA RIGUES

Jerez de la Frontera (España)

1. Nota: si le interesa informarse o conocer algunas de las Reflexiones del P. Miguel sobre: *La Virgen; El Magnificat; María y el Carmelo; La fe; Dios Padre y Misterio; Jesucristo, Iglesia y Sacramentos; Vida Espiritual; Vida Consagrada; Importancia de la Vida Fraterna en la vida religiosa o consagrada; La Eucaristía; Homilía del 50 aniversario de su Ordenación sacerdotal; El P. Miguel Barbero Moreno. Rasgos biográficos*, etc. puede escribir un correo electrónico a: leugim9806@hotmail.com.

Vita Christi: 2. La infancia de Nuestro Señor

DE LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Después que se cumplió el tiempo que la divina Sabiduría tenía determinado para dar remedio al mundo, envió el ángel san Gabriel a una virgen llena de gracia, la más bella y la más pura y escogida de todas las criaturas del mundo, porque tal convenía que fuese la que había de ser Madre del Salvador del mundo. Y después que este celestial embajador la saludó con toda reverencia, y le propuso la embajada que de parte de Dios le traía, y le declaró de la manera que se había de obrar aquel misterio, que no había de ser por obra de varón sino por Espíritu Santo, luego la Virgen con humildes palabras y devota obediencia consintió a la embajada celestial, y en ese punto el Verbo de Dios omnipotente descendió, en sus entrañas virginales, y fue hecho hombre, para que de esta manera haciéndose Dios hombre, viniese el hombre a hacerse Dios (cf. Lc 1,26-38).

Aquí puedes primeramente considerar la conveniencia de este medio que la sabiduría de Dios escogió

1. Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid, 1906, 362-365.366-367.370-372.373-375. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo hemos excluido algunas partes del texto original.

para nuestra salud –de la manera que en el preámbulo precedente está dicho– porque ésta es una de las consideraciones que más poderosamente arrebató y suspende el corazón del hombre en admiración de esta inefable sabiduría de Dios, que por tan conveniente medio encaminó el negocio de nuestra salud, dándole juntamente con esto gracias, así por el beneficio que nos hizo, como por el medio por que lo hizo, y mucho más por el amor con que lo hizo, que sin comparación fue mayor.

Después de esto pon los ojos en las virtudes excelentes de esta Virgen que Dios escogió para su Templo y morada. Mira primeramente la pureza y gloria de su virginidad, pues ella fue la primera que trajo esta invención al mundo, haciendo voto de perpetua virginidad. Mira su clausura y recogimiento, cual convenía a tal propósito, y los ejercicios espirituales de oraciones y lágrimas en que gastaría las noches y los días en aquel su retrainimiento. Mira el rigor de su silencio, pues entre tantas palabras como habló el ángel, habló ella tan pocas y tan necesarias. Mira también su humildad y obediencia en aquel final consentimiento que dio al ángel, diciendo: «*Ecce ancilla Domini...*» (Lc 1,38). La humildad en llamarse «sierva» la que era escogida por madre, y la fe en creer tan grandes misterios sin pedir señal, como Zacarías y como otros pidieron, y la obediencia, en resignarse y entregarse en las manos del Señor para lo que de ella quisiese hacer.

Mas sobre todo esto es mucho más para considerar los movimientos, los júbilos y los ardores que en aquel purísimo corazón entonces habría con la llegada

del Espíritu Santo, y con la encarnación del Verbo Divino, y con el remedio del mundo, y con la nueva dignidad y gloria que allí se le ofrecía, y con tan grandes obras y maravillas como allí le fueron reveladas y obradas en su persona. Mas ¿qué entendimiento podrá llegar a entender esto como ello fue?

LA VISITACIÓN A SANTA ISABEL

Como el ángel dijo a la Virgen que su parienta Isabel en su vejez había concebido un hijo, dice el Evangelista que partió luego con gran prisa a visitarla. Y entrando en su casa y saludándola humildemente, así como oyó Isabel la salutación de María, saltó de placer el niño en su vientre. Y en este punto fue llena del Espíritu Santo Isabel, y exclamó con una grande voz, diciendo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre ¿Y de dónde a mí tan grande bien que la Madre de mi Señor venga a mí?» (cf. Lc 1,39-56).

Tres personas tienes aquí en que poner los ojos: el niño san Juan, su madre y la Virgen. En el niño considera una tan extraña manera de movimiento y sentimiento como fue el que tuvo en la presencia de Cristo. Porque allí le fue acelerado el uso de la razón y le fue dado conocimiento de quién era el Señor que allí venía. De lo cual fue tan grande la alegría que recibió en su voluntad, que vino a hacer aquella manera de salto y movimiento con el cuerpo, por la grandeza de la alegría del espíritu. Donde podrás ver qué tan grande sea el misterio y beneficio de la encarnación de Cristo, pues con tal manera de sentimiento y reverencia quiso el Espíritu Santo que fuese por este niño celebrado, y

por consiguiente, qué es lo que debe hacer el que es ya hombre perfecto, pues este niño encerrado en las angosturas del vientre de su madre tal sentimiento tuvo.

Mas en la madre considera qué tan grande sería la admiración y alegría de esta santa mujer con el súbito resplandor de tan grande luz –que es con el conocimiento de tan grandes maravillas como allí le fueron reveladas– pues en aquel instante por una muy alta manera le fue hecha revelación cuasi de todo el discurso del Evangelio. Porque allí conoció que aquella doncella que tenía delante era Madre de Dios, y que había concebido del Espíritu Santo, y que el Hijo de Dios había encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido, y que el mundo con su venida había de ser reformado, y finalmente allí conoció todo lo que el ángel con la misma Virgen había tratado.

Pues si el estilo del Espíritu Santo es dar el sentimiento de la voluntad conforme a la lumbre que da al entendimiento, ¿cuáles serían los ardores y sentimientos de aquella santa voluntad, precediendo tal lumbre en el entendimiento? No hay palabras que basten para explicar esto cómo es, para que por aquí veas cuán grandes sean los dones y favores de Dios, aun en esta vida mortal, para con los suyos.

Entendido por esta vía el corazón de esta santa mujer, trabaja como pudieres por entender el corazón de la Virgen y las palabras de aquella maravillosa canción que allí cantó sobre este tan alto misterio. Mira cuán alabada es allí la humildad, cuán detestada la soberbia, y cuán encarecida la misericordia, la fidelidad y la providencia paternal de Dios para con los suyos.

Oh, bienaventurada Virgen, ¿qué sentía tu piadoso corazón cuando decías: «Engrandece mi ánima a Dios, y mi espíritu se alegró en Dios, e hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso» (cf. Lc 1,47-49)? ¿Qué grandezas y qué maravillas eran ésas? No es dado a nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos, y alegrarnos, y quedar atónitos con la meditación de éstas, ¡Oh, dichosa suerte la de los justos, pues tan altamente son a veces visitados y consolados de Dios!

EL NACIMIENTO DEL SALVADOR

En aquel tiempo, dice el Evangelista que mandó el emperador Cesar Augusto que todas las gentes fuesen a sus tierras a inscribirse. Por cuya causa la sagrada Virgen caminó de Nazaret a Belén a cumplir este mandamiento, donde cumplidos los nueve meses, parió su Hijo, y –como dice el Evangelista– lo envolvió en pañales y recostó en un pesebre, porque no tenía otro más conveniente lugar en aquella posada (cf. Lc 2,1-20).

Aquí puedes primeramente considerar el sufrimiento que la Virgen pasaría en este camino, pues el tiempo era tan contrario al caminar, y ella era tan delicada, y la despensa y provisión para el camino tan pobre. Camina, pues, tú con el espíritu en esta santa romería, y sigue estos pasos piadosos, y sirve en lo que pudieres a estos santos peregrinos, y mira cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios, unas veces orando, otras dulcemente hablando, y así alternando los ejercicios, venían el sufrimiento del caminar.

Pon luego los ojos en la sacratísima Virgen, y mira con qué amor y reverencia abrazaría aquel santo Niño, cómo lo adoraría, con qué devoción lo arrimaría a sus pechos y le daría su leche, y cuáles serían allí las alegrías de su corazón, cuántas las lágrimas de sus ojos viéndose Madre de tal Hijo, viéndose abrazada a tal tesoro, y viéndose finalmente parida sin dolor ni menoscabo de su pureza virginal.

Mira luego con cuánta devoción y compasión lo acostaría en aquel pesebre, donde hallarás maravillosos ejemplos de humildad, pobreza, aspereza y caridad del Hijo de Dios ¿Qué mayor humildad que nacer en un establo? ¿Qué mayor pobreza que los pañales en que fue envuelto? ¿Qué mayor aspereza que ser en tan tierna edad reclinado en un pesebre? ¿Qué mayor caridad que ponerse a padecer todos estos sufrimientos por nuestra causa el Señor de todo lo criado? Y mira cómo las cosas más bajas escogió Dios, por donde parece que éstas deben ser las mejores, aunque todo el mundo lo contradiga.

También tienes aquí que mirar –además de aquellas dos resplandecientes lumbres: Madre e Hijo– las lágrimas y alegría del santo José, los cantares de los ángeles, y particularmente la devoción de los pastores. Y si tú quieres que te quepa alguna parte de esta fiesta como a ellos, trabaja por imitar la simplicidad, la humildad, la pobreza y las vigilias de ellos, y serás visitado por los ángeles y cercado de luz como ellos. No seas doblado, ni malicioso, ni ambicioso, conténtate con las riquezas de la simplicidad, vive según naturaleza, y luego este Niño, amador de simples y de niños, te hará participante de estos misterios.

Al cabo de todo esto mira cómo la sacratísima Virgen meditaba y confería todos estos misterios en su corazón –como dice el Evangelista– para que por aquí veas cuán alto y cuán divino ejercicio sea la meditación de la vida de Cristo, pues aquella que fue consumadísimo dechado de toda perfección y contemplación, tan a la continua se ejercitaba en él.

PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Cumplidos los cuarenta días que mandaba la ley para que se purificase la mujer que paría, dice el Evangelista que fue la Virgen a Jerusalén a cumplir esta ley y ofrecer el santo Niño en el Templo. Donde fue recibido en los brazos del santo Simeón, que tanto tiempo aguardaba por este día, y donde también fue conocido y adorado por aquella santa viuda Ana, que acudió allí en esta ocasión (Lc 2,22-38).

Aquí puedes primeramente considerar la humildad profundísima de esta Virgen, que habiendo quedado de aquel parto virginal más pura que las estrellas del cielo, no se desdeñó de cumplir las leyes de la purificación y ofrecer un sacrificio que pertenecía a mujeres no limpias. Donde verás cuán diferente camino llevan la Madre y el Hijo del que llevamos nosotros. Porque nosotros queremos ser pecadores, y no queremos parecerlo, mas Cristo y su Madre no quieren ser pecadores, y no se desdeñan de parecerlo. Porque del Hijo se dice que después de los ocho días se sometió al remedio de la circuncisión –que era señal de pecadores–, y de la Madre que después de los cuarenta días

se sometió a la ley de la purificación, que era sacrificio de no limpias.

Considera también la grandeza de la alegría que aquel santo Simeón recibiría con la vista y presencia de este Niño, la cual excede todo encarecimiento. Porque cuando este varón, que tanto celo tenía de la gloria de Dios y de la salud de las ánimas, y que tanto deseaba ver antes de su partida. Aquel en cuya contemplación respiraban los deseos de todos los padres, y en cuya venida estaba la salud y remedio de todos los siglos, cuando le viese delante de sí, y le recibiese en sus brazos, y conociese por revelación del Espíritu Santo que dentro de aquel corpecico estaba encerrada toda la majestad de Dios, y viese juntamente en presencia de tal Hijo tal Madre, ¿qué sentiría su piadoso corazón con la vista de dos tales lumbreras y con el conocimiento de tan grandes maravillas? ¿Qué diría? ¿Qué sentiría? ¿Qué sería ver allí las lágrimas de sus ojos, y los colores y alteración de su rostro, y la devoción con que cantaría aquel suavísimo cántico en que está encerrada la suma de todo el Evangelio?

¡Oh, Señor, y cuán dichosos son los que os aman y sirven, y cuán bien empleados sus sufrimientos, pues aun antes de la paga advenidera tan grandemente son remunerados en esta vida!

Después que así hubieres meditado el corazón de este santo viejo, trabaja por considerar y entender el corazón de la santísima Virgen, y hallarla has por una parte llena de inefable alegría y admiración, oyendo las grandezas y maravillas que de este Niño se decían, y por otra, llena de grandísima e incomparable tristeza

mezclada con esta alegría, oyendo las tristes nuevas que este santo varón del mismo Niño le profetizaba.

Pues ¿por qué quisiste, Señor, que tan temprano se descubriese a esta inocentísima esposa tuya una tal nueva, que le fuese perpetuo cuchillo y martirio toda la vida? ¿Por qué no estuviera este misterio debajo de silencio hasta el mismo tiempo del sufrimiento, para que entonces solamente fuera mártir, y no lo fuera toda la vida? ¿Por qué, Señor, no se contenta tu piadoso corazón con que esta doncella sea siempre virgen, sino quieres también que sea siempre mártir? ¿Por qué afliges a quien tanto amas, a quien tanto te ha servido, y a quien nunca te hizo por donde mereciese castigo?

Ciertamente, Señor, por eso la afliges, porque la amas, por no defraudarla del mérito de la paciencia, y de la gloria del martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitación de Cristo, y del premio de los sufrimientos, que cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor corona. Nadie, pues, infame los sufrimientos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorecido de Dios cuando se viere atribulado, pues la más amada y más favorecida de todas las criaturas fue la más lastimada y afligida de todas.

CUANDO SE PERDIÓ EL NIÑO JESÚS

Siendo ya el Niño de doce años, subiendo sus padres a Jerusalén –según la costumbre del día de la fiesta–, quedose el Niño Jesús en el Templo, sin que ellos lo supiesen. Y después de que lo echaron de menos y lo buscaron

tres días con grandísimo dolor, vinieron a hallarlo en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles muy sabiamente, y poniendo a todos en admiración con la grandeza de su prudencia y con sus respuestas (cf. Lc 2,41-50).

Aquí puedes considerar primeramente cuán grande sería el dolor que la sacratísima Virgen en estos tres días padecería, habiendo perdido un tan grande y tan incomparable tesoro, y con cuanta diligencia, con cuánto cuidado y con cuántas lágrimas lo buscaría por todas partes, y con cuánta devoción y humildad por una parte suplicaría a Dios le mostrase aquel tesoro, y con cuánta obediencia, por otra parte, se resignaría en sus manos y haría sacrificio de sí y de su amantísimo Isaac (cf. Gn 22,1-19) al común Señor de ambos.

Pues ya, cuando pasados estos tres días de tan grande martirio, lo viniese a hallar en causa de tanta admiración, ¡cuál sería allí su gozo y su alegría! ¡Cuán dulces abrazos le daría! ¡Cuántas lágrimas derramaría! ¡Cómo se encontrarían allí las lágrimas del dolor y de la alegría juntamente, las del dolor, por haberlo perdido, y las de la alegría, por haberle hallado de la manera que le halló! Por donde conocerás cómo no es perpetua la consolación ni la desconsolación de los siervos de Dios en este mundo, porque el Señor que a tiempos los aflige y ejercita, a tiempos también los consuela, y según la muchedumbre de los dolores de su corazón, así y mucho mayor es la de su consolación.

Aprende también de aquí a no desmayar cuando algunas veces perdieres de vista este Señor –quiero decir, la alegría y consolación espiritual que de Él nos

viene— pues esta sacratísima Virgen lo perdió sin culpa suya, por sola voluntad y dispensación divina. Y aprende también de ella a resignarte en las manos del mismo Señor cuando así le perdieres, estando aparejado a padecer el martirio de esta ausencia por todo el tiempo que Él fuere servido, aunque no por eso debes aflojar ni descuidarte cuando así lo vieres, antes, en este tiempo debes andar con mayor recaudo, y buscar lo que perdiste con mayor cuidado, como lo hizo esta Virgen, la cual perdió a tiempos este tesoro para nuestro consuelo, y después lo buscó para nuestro ejemplo, y finalmente lo halló para nuestro esfuerzo. Porque por esta causa hace el Señor estas ausencias: para darnos materia de todos estos ejercicios de virtudes. Se va para humillarnos, viene para consolarnos, y se entretiene para probarnos, y purgarnos, y ejercitarnos, y darnos conocimiento de lo que somos.

Por último, considera la sumisión y obediencia de este Señor para con sus padres —de que hace mención el Evangelista— para que, admirado de tan grande obediencia y confundido de tu gran soberbia, aprendas de aquí a someterte y obedecer no solamente a los iguales y mayores, sino también a los menores, a ejemplo del Señor. Y mira cómo desde esta edad hasta los treinta años de su vida no se escribe que predicase ni que hiciese alguna maravilla, aunque no hizo poco en callar todo este tiempo, para enseñarnos a no hablar ni predicar antes de tiempo, para que el mismo Señor que es maestro del hablar, nos lo fuese también del silencio, que no es menos necesario.

Bibliografía

JOSEP-IGNASI SARANYANA, *Breve historia de la teología en América Latina*.

Ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2009.
370 pp.

Josep-Ignasi Saranyana es profesor ordinario de Historia de la Teología en la Universidad de Navarra y miembro del Pontificio Comité de Ciencias Históricas. Así mismo, forma parte de las Academias de la Historia de España, México, Colombia, Perú y Puerto Rico.

Este autor pone a nuestro alcance un manual completo de la teología cristiana en América Latina. Hace una exposición de su itinerario desde la implantación de la Iglesia en el Nuevo Mundo hasta nuestros días. Su estructura cronológica y, dentro de cada periodo, según un orden temático, facilita la consulta y el estudio.

La obra se divide en tres partes: el ciclo colonial (hasta 1810), el primer siglo republicano y, por último, el siglo XX. Enmarcadas en su contexto histórico y geográfico, se revisan las tesis teológicas más originales (generalmente por autores), se analizan las propuestas pastorales de mayor proyección evangelizadora surgidas en cada época y se hace una reseña de los cuatro ciclos conciliares de América Latina y de la teología de las Conferencias Generales.

Se señalan las fuentes primarias para facilitar el trabajo de los investigadores y se da un cumplido detalle de la bibliografía secundaria más destacada. Un completo índice onomástico facilita la localización de los teólogos estudiados.

Creemos que este manual contribuirá al mejor conocimiento de la rica y fecunda evangelización llevada a cabo a lo largo de cinco siglos. Bien sabemos que el cristianismo es un distintivo esencial de América y forma parte de la memoria histórica de sus pobladores, con sus luces y sombras. Olvidarlo sería mutilar su identidad y empobrecería las perspectivas de futuro.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.
Lima (Perú)

CARLOS MARCELO BARBARINO, *Consolad, consolad a mi pueblo*.
Editorial San Pablo, Madrid 2010. 180 pp.

Consolad, consolad a mi pueblo es un libro muy oportuno para un público que vive en un mundo «desconsolado» y sin Dios. El autor nació en Tucumán, Argentina. Está doctorado en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia de Salamanca en 2009.

El tema del libro es de lo más actual. Se lee muy bien, porque trata las ideas clave con realismo y objetividad. Se desarrolla en cinco apartados: 1) Lo humano de la consolación. 2) Sanación y consolación en el Nuevo Testamento. 3) Cristo, consuelo eterno y espe-

ranza gozosa. 4) ¿Cómo hablar del consuelo de Dios? 5) Pistas para vivir el ministerio de la consolación.

El corazón humano sigue buscando ansiosamente ese «fundamento» donde apoyar su propio *ser*. Sólo Dios es *el que ES*, y el que hace *ser*.

Pero la sociedad actual, bajo la influencia del individualismo y el hedonismo, que de alguna manera la atenazan, rechaza la experiencia tanto personal como comunitaria del Dios que nos sostiene y nos abre a la esperanza; con lo cual, pierde el sentido de la vida, llegando en casos extremos al suicidio. Pero, sin que se dé éste, el hombre experimenta la desolación y el sufrimiento. Normal.

El Papa Benedicto XVI en su encíclica *Spe Salvi* nos da la clave: «Podemos limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no suprimirlo... Lo que sana al hombre es aumentar la capacidad de aceptar el dolor y la tribulación, y encontrar en ellos un sentido. Esto sólo se consigue mediante la unión con Cristo, que sufrió con un amor infinito».

Y ¿qué significa consolar? Es la acción que se dirige a una persona que se encuentra en un estado de sufrimiento. Es, por tanto, el fruto de un «encuentro» personal. Somos seres relacionales (no es bueno que el hombre esté solo). Es en el encuentro con el otro, donde y cuando nos humanizamos y personalizamos. Nos *hacemos* en la oblación y receptividad.

El hombre de hoy y de siempre está necesitado de consuelo, porque el sufrimiento tiene su origen en las limitaciones que le impiden alcanzar la plenitud de su

ser, de su vida, que sólo se encuentra en Dios. Inútil recurrir a la técnica, la economía, la política, la autonomía, etc.

El consuelo es un DON de Dios. Cuando lo recibimos, debemos tratar de compartirlo con los demás. Se trata, pues, de un DON y una TAREA.

Cristo ha dado sentido al sufrimiento con su presencia vivificante, sanante y santificadora. No quita el sufrimiento, sino que lo encauza y propone como medio de salvación. Contamos con Él, y con el Paráclito: el Espíritu Santo, que es el Óptimo Consolador, como le llama la Iglesia en la Liturgia.

La lectura de este libro puede abrir horizontes nuevos, y sumergirnos en la esperanza de ser sanados y de transmitir consuelo a los demás.

SOR MARÍA JESÚS CUESTA, O.P.
Palencia (España)

MANUEL FERNÁNDEZ MÁRQUEZ, *El silencio es la música del alma.*

Editorial San Pablo, Madrid 2010. 183 pp.

El autor de este libro es un religioso Jesuita, licenciado en Filosofía y Teología, que ha compaginado su labor pastoral y de enseñanza durante más de 25 años, y desde hace 14 se dedica en exclusiva a dirigir Ejercicios Espirituales y a realizar cursos de «Vida y Contemplación», donde acompaña a varios grupos nacidos a la sombra de dichos cursos. Sus textos, elocuentes y pedagógicos, dan forma y expresan su experiencia

personal como orante y maestro de oración, anclado en la vida de cada día y profundamente enraizado en Dios.

Esta obra está pensada para hacer una lectura espiritual, dejando un tiempo para meditar y orar después de cada capítulo. En realidad no sigue un orden metódico sino que su fin es despertar nuestra dimensión contemplativa para descubrir el silencio que lleva a Dios, escuchándole en todas las cosas y diferentes situaciones. Para aprender a vivir en profundidad, en armonía y en plenitud con Dios, con los demás, con la creación. Ha intercalado textos bíblicos, lecturas de los místicos y pensamientos que él llama «del viento», junto a unas reflexiones propias con ideas repetidas que van calando en el corazón del lector.

El tema principal de esta obra es vivir el silencio más allá del ruido mental, corporal o afectivo; es vivir en el centro de tu ser. ¿Te vives a ti mismo? Nos pregunta el autor en la página 82. ¿Creces tú desde dentro? ¿Te sientes vivir conscientemente y con amor? El lenguaje que emplea es sencillo y repetitivo, semejante a la poesía y está al alcance de todos los públicos.

Esta nueva forma de pensar, de ver y valorar las cosas, más profunda, armoniosa y contemplativa, la ejerce constantemente el autor, dejándose transformar por el Señor, y esto se refleja en la lectura del libro; se nota su experiencia espiritual y su deseo de que descubramos toda la riqueza de nuestro ser profundo y la riqueza de cada persona y de todas las criaturas, viviendo presentes en el aquí y ahora como único momento y lugar que disponemos para vivir. Es

un libro que incita a la oración y ayuda a vivir de manera más serena, libre y dichosa.

SOR MARÍA DE NAZARET ESPINO, O.P.

Palencia (España)

PABLO CERVERA BARRANCO (ed.), *Escuela de grandes orantes. Los santos, maestros de oración.*

Editorial San Pablo. Madrid, 2010. 364 pp.

Pablo Cervera Barranco (Madrid, 1963), es sacerdote de la archidiócesis de Madrid. Ha sido director de Pastoral de la Fundación Universitaria San Pablo –CEU– y director de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Es director de la edición española de la revista *Magnificat* desde su fundación. Dicha revista, en distintas secciones, proporciona textos de la Eucaristía de cada día, oraciones, meditaciones de los Padres de la Iglesia, relatos de vidas de santos, etc.

Los estudios publicados en *Magnificat* bajo el epígrafe «Escuela de grandes orantes» son los que se recogen en este libro, a primera vista algo voluminoso, pero multicolor en su exposición. Los diversos autores de los artículos –especialistas en la espiritualidad de los santos que trata cada uno– nos permiten acceder al interior de la oración de santos de todos los tiempos. Hombres y mujeres que, en la diversidad de ambientes sociales en que vivieron, circunstancias, gozos y sufrimientos, lograron mantener vivo el diálogo orante con el Dios que experimentaban como Padre en sus vidas. No siempre lo lograron desde el principio, sino que su apertura al infinitamente Otro fue progresiva.

Ante nuestros ojos se presentan santos muy conocidos, como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz; santos contemporáneos, como la Beata Teresa de Calcuta, santa Edith Stein, San Josemaría Escrivá de Balaguer y el Beato Manuel González; fundadores como San Francisco de Asís y San Benito; y tantos otros, que resultaría una lista demasiado larga de enumerar.

Ellos, los santos, se convierten en maestros de oración: nos enseñan que el único que nos hace santos es Dios, si nos dejamos modelar por él; que la oración no es una imposición, sino una necesidad esencial para todo cristiano; y que la oración está al alcance no sólo de almas privilegiadas, sino de todo aquél que lo desea. El deseo mismo es ya oración. Y, sobre todo, al leer este libro podemos comprobar cómo hay tantos modos de oración como orantes. Cada uno habla con Dios y escucha a Dios a su modo. Nosotros, también. Lo importante es comenzar cada día este fascinante camino interior.

SOR MARÍA DE JESÚS GIL, O.P.
Palencia (España)

STEFANO DE FIORES, *María, síntesis de valores. Historia cultural de la mariología.*

Editorial San Pablo, Madrid 2011, 765 pp.

Este libro es la traducción del original italiano publicado por la misma editorial en 2005. Se trata de una obra original y de gran envergadura que viene a colmar un vacío existente en el ámbito de la historia

de la mariología, a pesar de los más de 1.200 títulos que se publican al año sobre este tema. Su autor es, si no el mayor, sí al menos uno de los mejores especialistas de la mariología en nuestros días. El libro cuenta con la presentación del cardenal Angelo Amato, SDB.

Stefano de Fiores ofrece a los lectores un panorama sintético del gran conjunto de escritos que la Virgen María ha suscitado a lo largo de los siglos del cristianismo. El interés que despierta la figura de María en todos los períodos de la historia se debe principalmente a que ella es el perfecto modelo de unión con Dios, que es lo que anhelan todas las religiones. Divide su estudio en cuatro partes correspondientes a los cuatro períodos en los que divide la historia de la cultura a partir de la aparición del cristianismo. La primera parte se centra en la figura de María tal y como es presentada en la cultura mediterránea (siglos I-IV). La segunda parte recorre la cultura medieval (604-1492). La tercera parte nos presenta a María en la cultura moderna (1492-1989). Y la última parte está dedicada a la visión de María en la cultura posmoderna (desde 1989 hasta el comienzo del tercer milenio).

El autor se apoya en los estudios que ya existen sobre María relativos a los diversos períodos de la historia, al mismo tiempo que es consciente de que en este campo «nadie es capaz de escribir un libro verdaderamente exhaustivo sobre María». La metodología que utiliza se diferencia de otras metodologías anteriores en que no se mueve en el campo estrictamente mariológico, ni solamente en el teológico o eclesial, ni se ajusta totalmente al criterio diacrónico

o al análisis del fenómeno mariológico, sino que contempla a María desde el punto de vista *cultural*, adoptando una perspectiva diacrónica y sincrónica al mismo tiempo.

Parte de la convicción de que no es posible comprender la figura de María al margen de la cultura en la que ella está inserta. Esta perspectiva mira a María no sólo desde el punto de vista del dogma o del culto de la Iglesia o de la visión histórico-salvífica, sino también desde la dinámica cultural de las diversas épocas, aunque éste es un camino todavía poco explorado por los historiadores.

Stefano de Fiore muestra en estas páginas cómo María aparece en cada época como una figura indispensable que conquista el tiempo, el espacio, a las personas y a las instituciones. María llega incluso a constituir un modelo ejemplar e incluso un sistema de valores y a ayudar a conquistar nuevas metas. La inspiración de este enfoque lo encuentra en la exhortación apostólica de Pablo VI *Marialis cultus*, donde se distingue con respecto a cada época las concepciones antropológicas y los esquemas interpretativos, y se invita a distinguir oportunamente entre los contenidos de la fe y las expresiones culturales de los mismos, expresiones que están sujetas a cambios.

Según el procedimiento utilizado en este libro se llega a María a través de círculos concéntricos: a través del círculo más amplio de la cultura, luego a través del círculo más específico de la teología y del culto, y, finalmente, a través del círculo de la mariología. En definitiva, se trata de discernir los paradigmas o modelos

dentro del conjunto teológico y cultural de las distintas épocas de la historia del cristianismo.

Después de este recorrido por la historia cultural relacionada con María, Stefano de Fiores concluye en el epílogo diciendo que actualmente las dos trayectorias que hay que recorrer son la histórico-salvífica y la cultural. La primera implica un adecuado conocimiento de la teología bíblica, que no sólo inserte a María en la historia de la salvación, sino que, además, ayude a ver la lógica divina que se manifiesta en los acontecimientos bíblicos como concentrados en María: «microhistoria de la salvación». La segunda trayectoria exige la encarnación de la figura de María en las culturas actuales sin excepción, con los problemas epistemológicos, filosóficos y hermenéuticos que lleva consigo cada una de esas culturas.

Sin duda se trata de un libro de gran altura, quizás no fácil para quienes no estén familiarizados con el estudio de la teología.

FRAY MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.
Salamanca (España)

MATILDE DE TORRES, *Detrás de la apariencia*.
Editorial Desclée De Brouwer, Bilbao 2010. 140 pp.

Matilde de Torres es licenciada en medicina y trabaja en los Dispositivos de Cuidados Críticos y Urgencias (DCCU) de Málaga. Estudió Sofrología en Granada. Imparte cursos sobre autorrealización siguiendo las enseñanzas de Antonio Blay. Dirige desde hace muchos años grupos de meditación.

En los diez apartados de esta obra, la autora comparte algunas pautas que podrían ayudarnos a traspasar el velo que nos impide ver el otro lado de las cosas.

Matilde Torres nos invita a considerarlo todo como vehículo, como una oportunidad, como una puerta que nos da paso a espacios nuevos, insondables, a una eternidad presente. Si nos decidimos a mirar detrás de la apariencia, todo se convertirá en milagro manifiesto.

La lectura y reflexión del contenido de esta pequeña obra nos cuestionará y estimulará a salir de los límites del pensamiento, a abrirnos a las nuevas posibilidades que nos presenta el día a día, a aprender a mirar de otra manera, a cambiar de posición para ver mejor y con más perspectiva. En cristiano: a aumentar nuestra fe.

SOR LILIANA AYASTA BURGA, O.P.
Lima (Perú)

TEÓFANES EGIDO, *Teresa de Jesús. Escritos para el lector de hoy.*

Editorial de Espiritualidad, Madrid 2008. 240 pp.

En las doscientas cuarenta páginas del libro que nos presenta Teófanos Egido –buen historiador y, como carmelita, también buen conocedor de la vida y obras de Santa Teresa de Jesús–, ha emprendido la ambiciosa tarea de ofrecernos la lectura de la vida y escritos de la Santa de Ávila de una manera más asequible para las personas del siglo XXI. Para ello, Teófanos Egido ha hecho unas pequeñas y concisas introducciones,

que nos sitúan en el entorno y condicionamientos culturales-religiosos de los años en que se desarrolló la vida de Santa Teresa.

«Es preciso para una lectura cabal de Santa Teresa –nos dice Teófanos–, tener idea de la autora, de las circunstancias en que vivió y escribió, de los tiempos y motivos que (por gusto o por obediencia la impulsaron a escribir)...». Decíamos, que nos parecía un trabajo ambicioso porque, aparte del fecundo bagaje de los hermosos escritos que Santa Teresa nos dejó, estos son de una intensidad profunda y variada, aunque detrás de todos ellos aparezca siempre la huella inconfundible de su fascinante personalidad.

Pero, en todo caso, no es lo mismo la narración recogida en el Libro de las *Fundaciones*, en donde «todo el libro respira gratitud y amor», que sus relatos en las últimas *Moradas*, donde, a través de las «metáforas», «símbolos» e «imágenes» nos conduce a la «mística nupcial», donde «Santa Teresa es una auténtica señora del lenguaje místico».

Digamos finalmente, que el libro puede considerarse como una buena introducción, para aquellos lectores de hoy que se acerquen a una primera lectura de la siempre encomiable obra de una de las mejores y más atractivas maestras espirituales de todos los tiempos.

FRAY ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.
Peña de Francia (España)

Índice general del año 2011

EDITORIAL

COS, J. DE, <i>Belén en familia</i>	1-3
— <i>La viuda despojada y la hija amada</i> . . .	81-83
— <i>El Espíritu Santo se muestra simbólicamente</i>	161-164
— <i>El amor del Esposo</i>	241-243
— <i>El rezo del Rosario con todo nuestro ser</i>	321-324
— <i>La puerta de la humildad</i>	401-403

ESTUDIOS

BANDERA, A., <i>Lectura de la obra Evolución mística del P. Arintero</i>	26-32
BARVARINO, M., <i>Salir al encuentro</i>	33-37
— <i>El encuentro con Dios: camino de amor. El diálogo con la samaritana</i>	92-104
— <i>La felicidad según el Antiguo Testamento</i>	165-176
— <i>Por tu misericordia</i>	275-280
— <i>La paciencia de Dios nos salva</i>	353-359
— <i>Sé fuerte, espera en el Señor</i>	412-419
CABRERA, A., <i>Experiencia, conocimiento y compromiso: reflexión a partir de Oseas 2,16-19</i>	10-14
— <i>El milagro de compartir: Elías y la viuda de Sarepta humanizan nuestro mundo</i>	

<i>cotidiano</i>	119-121
— <i>Desde el vientre de un pez, en el fondo del mar. Salmo de Jonás (2,1-11)</i>	206-208
— <i>Un proyecto de vida. Comentario bíblico a partir de Miqueas 6,8</i>	244-252
— <i>Rajab: construyendo de forma femenina la justicia de Dios (Josué 2)</i>	360-362
— <i>Emmanuel: el Niño Dios como dinamismo comunitario (Isaías 7,14)</i>	432-434
COS, J. DE, <i>Los orígenes de la vida religiosa: los monjes del desierto</i>	209-217
— <i>Algunas claves del discernimiento comunitario</i>	253-264
FERNANDEZ MORATIEL, J., <i>La Palabra nace del calor del silencio</i>	23-25
— <i>El arte de morir</i>	105-114
— <i>Una mirada limpia</i>	197-201
— <i>Las dimensiones de la persona y la búsqueda de Dios</i>	269-274
— <i>Rezar el Ave María con el cuerpo, desde el silencio</i>	325-336
— <i>Cómo vivir el silencio</i>	425-431
GEMMA DE LA TRINIDAD, <i>Ayudar a contemplar el Nacimiento del Señor</i>	435-437
GIMENO, J. C., <i>La Pascua: fuente de vida cristiana</i>	122-130
HERRERO PRIETO, L., <i>2011: Otro año de la mano de María</i>	15-22
— <i>El corazón de Cristo y las mujeres (Quinta meditación del octavario)</i>	38-40
— <i>El corazón de Cristo y las mujeres (Sexta meditación del octavario)</i>	15-118

— <i>Edificados en Cristo. Reflexión para jóvenes y mayores en torno a la JMJ. Madrid 2011</i>	177-185
— <i>El corazón de Cristo y las mujeres (Séptima meditación del octavario)</i>	202-205
— <i>El corazón de Cristo y las mujeres (Octava meditación del octavario)</i>	281-286
— <i>Un reino para todos</i>	404-411
LARRAÑETA, J. J., <i>Los sentimientos de Jesús</i>	4-9
— <i>La entrega en Cristo</i>	84-91
MAESO, M. E., <i>En torno al día pro orantibus</i>	218-219
MARTÍNEZ, M. A., <i>La vocación del Maestro Eckhart. Una breve síntesis de su vida</i> .	265-268
PÉREZ CASADO, A, <i>Confidencias a la Virgen en el Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia</i>	186-196
— <i>El conocimiento místico guía de la realidad más profunda de las cosas</i>	337-347
PRAENA, A., <i>Mirada contemplativa y cine contemporáneo: 1. Contemplación y cine: a mirada</i>	347-352
— <i>Mirada contemplativa y cine contemporáneo: 2. El nuevo cine norteamericano</i>	420-424

LITURGIA

MAESO, M. E., <i>Carta abierta a los sacerdotes, mis hermanos</i>	287-288
— <i>Salmo 22. El Señor es mi pastor</i>	368-370
MUÑOZ, H., <i>Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 3. Cristo es misericordioso y alabo al Dios Uno y Trino</i> . . .	41-44

- *Dando vueltas alrededor de la Navidad: Reflexiones sobre un Himno para el Tiempo navideño* 45-53
- *Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 4. La fe nos mueve a profesarla* 131-135
- *Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 5. Te bendecimos por los frutos de la tierra* 220-223
- *Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 6. El «sacerdocio ministerial» y el «sacerdocio de los fieles»* 289-292
- *Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 7. Sintonizamos con lo alto* 363-367
- *Paso a paso, viviendo la celebración de la Eucaristía: 8. La Eucaristía es acción de gracias* 438-442

TESTIGOS

- GEMMA DE LA TRINIDAD, *Vida de la Madre Juana de la Encarnación, OSA (1672-1715). 1ª Parte* 293-303
- *Vida de la Madre Juana de la Encarnación, OSA (1672-1715). 2ª Parte* 371-380
- GALLEGRO LUPIÁÑEZ, *Divinización de la vida cotidiana en el mensaje a Sor Josefa Menéndez (1890-1923)* 224-231
- PÉREZ CASADO, A, *El Padre Vicente Lebbe: Heroico abanderado de la evangelización en China. 2ª parte: su apostolado* 54-66

- *El Padre Vicente Lebbe: Heroico abandonado de la evangelización en China. 3ª parte: su profunda vida espiritual* 136-141
- RIGUES, P., *El P. Miguel Barbero Moreno, O. Carm. (1930-2006)* 443-450

ESCUELA DE VIDA

- BASILIO DE CESAREA, *Homilías sobre la creación en seis días: la creación de las aves* 67-75
- *Homilías sobre la creación en seis días: las lecciones de las aves* 142-151
- *Homilías sobre la creación en seis días: la creación del alma viviente* 232-236
- *Homilías sobre la creación en seis días: las cualidades de los animales* 304-314
- COS, J. de, *Presentación de la Vita Christi de fray Luis de Granada* 381-382
- LUIS DE GRANADA, *Vita Christi: 1. Preámbulo* 383-395
- *Vita Christi: 2. La infancia de Nuestro Señor* 451-461

INFORMACIONES

- CAMPOS, J., *Próximo simposium sobre vida contemplativa femenina* 152-154

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. G., *El colgado* 156-157

BARBARINO, C. M., <i>Consolad, consolad a mi pueblo</i>	463-465
BERMEJO, J. C., <i>Mi ser querido tiene alzhéimer. Cómo poner el corazón en las manos</i>	397-398
BIANCHI, E., <i>El amor vence a la muerte. Comentario exegético-espiritual a las Cartas de san Juan</i>	237-238
CASTRO MIRAMONTES, F. J., GARCÍA RUBIO, A., <i>Historias que curan el alma</i>	160
CERVERA BARRANCO, P., (ed.), <i>Escuela de grandes orantes. Los santos, maestros de oración</i>	467-468
DERWAHL, F., <i>Anselm Grüm, su vida</i>	315-316
ETCHEBERRIA, X., <i>La espiritualidad del románico</i>	318-319
FERNÁNDEZ-CARVAJAL, F., <i>Para llegar a puerto. El sentido de la ayuda espiritual</i> ...	238-240
FIORES, S. de, <i>María, síntesis de valores. Historia cultural de la mariología</i>	468-471
GRÜN, A., <i>Respóndeme cuando te invoco. Salmos que acompañan mi vida</i>	79-80.
ESPEJA PARDO, J., <i>Jesucristo. Una propuesta de vida</i>	155-156
FERNÁNDEZ MÁRQUEZ, M., <i>El silencio es la música del alma</i>	465-467
GUARDANS, T., <i>La verdad del silencio. Los caminos del asombro</i>	78-79
LAZACANO, R., <i>Ana Catalina Emmerick (1774-1824)</i>	159
NOLAN, A., <i>Esperanza en una época de desesperanza y otros textos esenciales</i>	320

OTÓN CATALÁN, J., <i>Historias y personajes. Un recorrido por la Biblia</i>	157-158
RODENAS, E., <i>Thomas Merton. El hombre y su vida interior</i>	399-400
ROMERO SALORD, J., <i>El invitado imprevisto</i>	396-397
PUJOL I BARDOLET, J., <i>Hacia el futuro de la vida consagrada. "Vino nuevo en odres nuevos" (Mt 9,17)</i>	76-77
THOMPSON, W. M., <i>Fuego y Luz: Mística y Teología</i>	77-78
SARANYANA, J.-I., <i>Breve historia de la teología en América Latina</i>	462-463
TORRES, M. de, <i>Detrás de la apariencia</i> . . .	471-472
ZUNIGA, G., <i>Está todo ahí</i>	316-318